

*Mi lugar
favorito*

**MARTA
FRANCÉS**

*en el Mundo
eres*

Tú



MI LUGAR FAVORITO EN EL MUNDO ERES TÚ

Marta Francés

© Marta Francés
1ª edición, noviembre de 2017
ASIN: B076Y32P4Y
Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los lugares que aparecen en esta novela son reales, pero cualquier situación vivida por los personajes es ficticia y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

«Yo me enamoré de sus demonios, ella de mi oscuridad.
Éramos el infierno perfecto».
Mario Benedetti

Índice

[CARRETERA Y MANTA](#)

[UNA NUEVA VIDA](#)

[PLAN DE «M»](#)

[¿Y YO POR QUÉ HAGO ESTO?](#)

[OH, VENGA, NO ME JODAS](#)

[INSPIRACIÓN Y TORMENTAS](#)

[LA FORASTERA](#)

[PINTAR, ASUSTAR Y... ¿ALGO MÁS?](#)

[LA BORDA](#)

[SORPRESAS TE DA LA VIDA](#)

[JORGE](#)

[HABLADURÍAS](#)

[LIDIAR CON LO NUESTRO](#)

[PERSEIDAS](#)

[VERDADES QUE DUELEN](#)

[SER VALIENTE](#)

[PREGUNTAS, RESPUESTAS Y SORPRESAS](#)

[VISITAS](#)

[LOS AMIGOS DE ALICIA](#)

[MI SUEÑO](#)

[INVIERNO, NIEVE, HELADO](#)

[PEDIR AYUDA](#)

[¿PARA QUÉ CONTESTAS?](#)

[Y ME DEJAS...](#)

[MADRID](#)

[ERRORES](#)

[HE VUELTO](#)

[LA VIDA SIN TI](#)

[CINCO AÑOS DESPUÉS...](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

CARRETERA Y MANTA

«*Y yo me fui, adiós, me fui y no me importa*».

Cantaba a pleno pulmón a Luis Fonsi, y esa canción que tan bien se identificaba con mi propia situación. Yo también llevaba mi corazón en la maleta. Bueno, mi corazón y todas mis pertenencias. Y no se trataba exactamente de una maleta, eran cuatro, e interminables cajas de cartón que ya estaban cargadas en una furgoneta de mudanzas que llegaría a su destino aquella tarde.

Toda mi vida en la maleta.

Con las manos en el volante, conduje entre canciones, entre letras que se asemejaban a mi vida, entre temas que se convertían en mis propias vivencias. Todas tenían algo que me hacía identificarme con ellas. Daba igual que fueran melodías lentas, movidas, *reggaeton* o *dance*. En todas y cada una de esas canciones encontré una frase que explicaba a las mil maravillas cómo me sentía en aquel momento, atravesando medio país para terminar en un pequeño pueblo de los Pirineos Aragoneses. Sí, ahí estaba yo, montada en mi Ford Focus negro, conduciendo por carreteras plagadas de curvas, disfrutando de preciosos paisajes verdes llenos de vegetación y dirigiéndome a la siguiente etapa de mi vida.

De mi caótica y maldita vida.

Huía. Así de claro, escapaba de lo que dejaba atrás. Había recogido todo, hecho las maletas y decidido dar carpetazo a todo para cambiar de aires. Lo necesitaba. Dejar atrás a mi madre, a mis amigos (que en realidad no lo fueron tanto) y al innombrable. Tuve que hacerlo. No podía seguir con lo que creí que era todo y terminó siendo nada.

Giré a la derecha en el cruce de la carretera que indicaba que entraba a los Valles Occidentales. La carretera se estrechó, así como el paisaje, que se contrajo en un pequeño valle flanqueado a ambos lados por árboles muy verdes. A mi derecha, el río seguía mi avance. A mi izquierda, una pared de piedra estrechó un poco más la carretera, obligándome a centrar toda mi atención en ella y consiguiendo que maldijera las carreteruchas que estaba teniendo que atravesar para llegar a mi destino.

Mi destino... Os preguntaréis adónde narices iba yo, la chica que huía de su tranquila vida en la gran ciudad, acostumbrada a todo lo que la urbe le

daba y que cambiaba de aires de esa manera tan radical. Pues mi destino no era otro que Aragüés del Puerto, un pueblecito oscense a novecientos setenta metros sobre el nivel del mar y con un censo de ciento veintiocho habitantes. No necesitaba más vecinos que esos ciento veintiocho; es más, me sobraban cien. No me sentía especialmente sociable y por eso decidí ir allí. Un pueblo con pocos habitantes, de los cuales la gran mayoría serían ancianos simpáticos de esos que van con su boina y su gayata por la calle, acompañados de un perro achuchable y que no se meterían en mi vida ni les importaría de dónde venía. Allí iba yo, con el corazón a mil por hora porque cada curva que tomaba me acercaba un poco más a mi destino y, a su vez, conseguía que tuviera muchísimas ganas de frenar en seco, dar media vuelta y volver a mi querido Madrid. Pero no, no haría eso. La decisión estaba tomada. No había vuelta atrás.

Definitivamente, yo, Alicia Ciruelos, había perdido la cabeza.

Cuando las últimas curvas me llevaron hasta la entrada del pueblo, lo tuve todavía más claro. Aparqué el vehículo a mano derecha antes de encarar la cuesta que me adentraría en las calles de Aragüés del Puerto, en un pequeño aparte de la carretera, y salí al exterior. Respiré hondo mientras observaba el paisaje. El precioso paisaje, eso sí. Qué bonito era. La abundante vegetación que bañaba el valle, las montañas que se veían al fondo todavía coronadas por nieve, el cielo azul que lo cubría todo, el sonido del agua del río que reinaba sobre la paz del lugar, el piar de los pájaros cantarines de finales de abril. Tomé una profunda bocanada de aire antes de cerrar los ojos, estirar los brazos y echar la cabeza hacia atrás.

Las cosas iban a salir bien. No se me había ido la pinza del todo al ir hasta allí. Encontraría mi sitio en ese lugar. Hallaría la paz que necesitaba y daría rienda suelta a todo lo que bullía en mi interior.

Allí podría hacer todo lo que siempre había soñado. Mi arte. Mis dibujos. Mis cuadros. Mis bocetos. Mis creaciones. Mis esculturas. Mi vida. Aquello que durante años me llenó por completo, que me hacía sonreír y sentirme realizada. Aquello que dejé de lado por creer que no era lo suficientemente buena. No es cierto, no fue por eso. Creí lo que me hicieron creer, dejé que me convencieran de que mi pasión por el arte no tenía ningún futuro, que no llegaría a ningún sitio si me dedicaba a ello. Olvidé todo lo que me habían dicho en la universidad: las alabanzas de mis profesores, los halagos de mis compañeros, la propuesta de aquel viaje a Nueva York para asistir a aquel curso. Me olvidé de todo y me centré en mi obligación. Y pasé a ser la

asistente personal del jefe, la que atiende el teléfono con voz alegre, la que lee los correos y se inventa excusas para no asistir a un evento u otro. Esa fui yo durante casi tres años. Gris, vacía, sin alegría, sin ilusión por lo que hacía. Aunque eso se compensaba al llegar a casa y tener a alguien a quien amaba a mi lado y por el que era correspondida.

¡Imbécil, estúpida e ingenua!

Me insulté antes de respirar hondo y volver a admirar el paisaje que me rodeaba. Así había sido yo hasta entonces. Pero esa Alicia ya no estaba, no existía. Ahora era una nueva mujer que se había plantado ante la mentira y el engaño, que se había puesto en pie para gritar que no, que todo aquello había terminado. Y esa nueva Alicia iba a luchar por sus sueños, los había desempolvado y sacado del rincón al que los condenó años atrás.

Tragué saliva y me decidí a volver al interior de mi vehículo.

Subir la empedrada cuesta de acceso al pueblo se me hizo eterno. Madre mía, lo estaba haciendo, aquello que nunca pensé que sería capaz de hacer, lo estaba haciendo de verdad. Parecía tratarse de una de esas tonterías que se te pasan a veces por la cabeza cuando hablas con alguien. «El día menos pensado cojo las maletas y me piro, muy lejos, a un lugar tranquilo donde viviré con lo justo». Y lo estaba haciendo. Iba a vivir en un pueblo pequeño, sin las comodidades de la gran ciudad, sola... ¡Con un par de huevos! Asentí con la cabeza y pisé algo más fuerte el acelerador. Yo podía con eso y más. Claro que sí.

Dejé a la izquierda un par de casas individuales, chalets preciosos con sus jardines bien cuidados y sus fachadas de piedra tan típicas en el Pirineo. Seguí calle arriba hasta que mi GPS me avisó de que había llegado a mi destino. Gracias al cielo, ese chisme funcionaba sin problemas y me había llevado hasta donde necesitaba que me llevara. Después de todo, la cobertura parecía no fallar, y eso me alegró. Detuve mi Focus frente al número nueve de la Calle Lizara y me planteé cómo narices descargar todo lo que llevaba en el maletero sin obstaculizar el paso. No parecía haber demasiado tráfico por las calles del pueblo. Es más, en la última media hora, solo me había cruzado con un coche por la carretera. No había ni un alma por la calle. Nada ni nadie. Inquietante... Miré adelante y atrás, a ambos lados después, y decidí, encogiéndome de hombros, que no pasaría absolutamente nada si me ponía a sacar allí mismo todas mis cosas, en medio de la calle. En caso de venir alguien, seguro que me pediría de manera amable que moviera el coche y no habría más problema.

Levanté la vista para observar la que se iba a convertir en mi casa. Fachada de piedra, dos plantas, tejado de pizarra inclinado para que las nieves del invierno no hicieran estragos con su peso, contraventanas de madera que necesitaban un ligero pulido y barnizado, y una enorme puerta de madera con un gracioso tirador de hierro que emulaba unas hojas. Saqué las llaves de mi bolso, tomé aire y la abrí. Sonó como en las películas de terror. Un chirrido casi espeluznante acompañó al empujón que tuve que darle. Se atascaba al rozar demasiado en el suelo. Tendría que lijarla.

Todo estaba oscuro. Le di al interruptor de la luz, pero nada... que si quieres arroz, Catalina. Recordé que la señora que me había alquilado la casa (y con la que había quedado en el pueblo anterior a Aragüés para recoger las llaves) me dijo que debía encender la luz de la toma general para que esta funcionara.

—Estupendo —me dije a mí misma—. ¿Y eso dónde narices está?

Miré hacia la calle. Seguía sin pasar ni Peter. Pero solo faltaba que me pusiera a investigar por la casa y algún coche apareciera en ese momento. Abrí las ventanas más cercanas a la puerta, por las que entró la luz de la tarde alumbrando los pocos muebles repartidos por el espacio diáfano, y volví al exterior. Saqué mis maletas del maletero con mucho esfuerzo, las dejé en el suelo y empecé a arrastrar las dos más grandes al interior de la casa. Pesaban como muertos. Toda mi ropa ahí metida. Traté de no pensarlo demasiado o me daría un bajón otra vez al recordar lo que dejaba atrás. Las abandoné en la entrada y volví a por otras dos. Cuando estaba dejándolas junto a las anteriores, escuché el sonido de un claxon. Y no un simple bocinazo, no, se trataba de un bocinazo constante.

—¡Ya voy, ya voy! —grité, saliendo de la casa.

Pero el sonido continuó. Me quedé mirando al coche que quería pasar y venía de la entrada del pueblo. Se trataba de una camioneta *pickup* de color gris oscuro que parecía casi blanca de lo sucia que estaba. En su interior, el conductor seguía pitando, no cesaba.

—¿Pero no me ve? ¡Que ya voy!

Di la vuelta hasta la puerta de mi coche, envuelta en el sonido de las narices. Se me empezaron a hinchar los bemoles, la verdad; ese idiota no dejaba de pitar y estaba tocándome la moral que fuera tan desagradable. Me quedé quieta ante la puerta y me encaré con él.

—¿Puede dejar de tocar el pito? ¿No está viendo lo que estoy haciendo o qué? ¡Que ya me voy!

Levanté las manos en el aire para dejarlas caer sobre mis caderas. El sonido se detuvo por fin, y respiré aliviada. Era un ruido de lo más molesto. Hice un gesto de agradecimiento con la cabeza hacia el conductor del otro vehículo, que permanecía oculto tras la sombra que le proporcionaba el parasol, y abrí mi puerta. Justo cuando me senté en el interior y arranqué, el pitido volvió de nuevo.

—¡Pero este es tonto o le falta algo! —exclamé, golpeando el volante.

Bajé la ventanilla y le grité que ya iba, que dejara de tocar el jodido pito. Tal cual: «el jodido pito». Es que no podía soportarlo más. Pero no sirvió de nada, porque el bocinazo continuó hasta que salí de allí y conduje calle arriba. No tenía ni idea de adónde iba, por supuesto, ni pajolera idea de dónde debía dar la vuelta para volver a mi casa (que se había quedado completamente abierta, por cierto), pero con la compañía inmejorable del imbécil de la *pickup* que seguía tras de mí sin dejar de tocar el puñetero pito.

—Más le valía tocarse el suyo y dejar de tocar el del maldito coche —grité al llegar a una plazoleta en la que varios vehículos estaban aparcados.

Me detuve en medio, no sabía para dónde tirar. Dejé paso a la *pickup* que, en lugar de dirigirse a donde narices fuera, se detuvo a mi lado. Entre cabreada e intrigada por conocer al imbécil que conducía ese coche y había estado tocándome la moral a la vez que tocaba el claxon, bajé la ventanilla del lado del copiloto para poder verle la cara al fenómeno. La ventanilla de su lado también descendió. Un codo se apoyó en ella y un rostro barbudo apareció con gesto nada amigable.

—Forastera, no podía ser de otra manera.

Abrí mucho los ojos al escucharlo.

—Oiga, perdone, no sabía dónde podía dejar el coche para descargar todas mis...

—No me importan sus problemas. No vuelva a dejar el coche en medio de la calle.

Subió la ventanilla y se marchó de allí con su puñetera *pickup*, dejándome con la palabra en la boca. Y no hay cosa que peor me sepa en el mundo.

—¡Pero bueno! —grité, indignada—. ¡Será capullo!

Una mujer que había presenciado todo el espectáculo desde su asiento privilegiado en uno de los bancos que rodeaban la plaza me observó en silencio, asintió con la cabeza y volvió a lo suyo, es decir, a estar ahí tan tranquila. Fruncí el ceño, esperando que dijera algo, porque no me quedó claro que el asentimiento se debiera a que secundaba mis palabras sobre el

idiota de la *pickup* o si era un simple «sí, yo también lo he visto» de complicidad. La mujer no me hizo el más mínimo caso. Estuve varios segundos observándola mientras trataba de asimilar lo que acababa de suceder.

Mi primera toma de contacto con los habitantes del lugar había sido un desastre. Ni señores mayores con gayatas y perros achuchables ni leches. Al primer ser que tenía que encontrarme en ese sitio era a él, el que seguramente sería el más desagradable de todos los vecinos de ese apacible pueblo. Maldita fuera mi suerte.

Estuve un par de minutos tratando de recuperar la calma. Respiré hondo durante cuarenta largos segundos, igual que mi amiga Megan me dice que hace cuando Estefan la pone de los nervios, y finalmente arranqué de nuevo para estacionar el coche junto a un Peugeot de color rojo. Pensé que, ya que mis maletas estaban en la casa, podía dejarlo ahí aparcado para evitar más problemas. Cogí la mochila que permanecía solitaria en el maletero y la enorme bolsa con comida que me había preparado Megan, y me fui de la plaza dejando a la mujer en la misma posición. Le dije adiós, pero no me contestó.

Segundo ser humano con el que me cruzaba en ese pueblo y tampoco parecía demasiado agradable.

Me dio miedo. ¿Serían todos iguales?

Caminé cargada a lo largo de la calle hasta mi casa, que seguía abierta y con las maletas en la puerta. Nadie se había acercado a ellas y eso significaba que, o no había pasado ni un alma por delante, o allí no había problemas de seguridad. En Madrid te dejas cuatro maletas delante del portal y en dos minutos han desaparecido.

Menos mal que ese lugar parecía tener algo a su favor.

Al entrar al interior de la casa, dejé caer la mochila al suelo y me acerqué hasta la encimera de la cocina para colocar la bolsa encima. Como todo seguía sin luz, tuve que buscar el interruptor para encenderla. Me costó un buen rato hasta que lo encontré bajo la escalera que llevaba al segundo piso. Cuando vi la casa alumbrada, me dieron muchas ganas de llorar.

No había nada más que un sillón orejero lleno de polvo hasta las propias orejas, una mesa baja de madera que parecía tener un siglo de antigüedad y tres sillas con los tapizados destrozados por el paso del tiempo (o porque algún animal había terminado con ellos a zarpazos. Dios, ¿y si había ratas ahí?). La cocina se unía al salón/comedor/de todo que era toda la planta de

abajo, solamente separada por la encimera en la que había dejado la bolsa con la comida. Los muebles eran viejos, los armarios estaban descoloridos, no había lavavajillas y ni rastro de la lavadora. La nevera no tenía mala pinta y parecía funcionar, el ruido que hacía dejaba claro que estaba en marcha. Abrí uno de los armarios amarillentos y me quedé con la portezuela en la mano. Gemí muy alto y se escuchó un ruido en la planta de arriba. Del susto que me llevé, fui corriendo hasta la salida de la casa y me quedé muy quieta, dispuesta a echar a correr por la calle si algo bajaba por las escaleras. El corazón me latía a cinco mil revoluciones por minuto. ¿Y si había algún animal? ¿Serían las ratas que se habían comido las sillas?

No soy miedosa, de verdad que no. Soy una mujer que se atreve con cualquier cosa. Pero las películas de terror me han hecho mucho daño. Disfruto viéndolas, eso es cierto, pero luego soy una acojonada de la vida que creo que cualquier escena de las que he visto va a cobrar forma ante mí en el momento más inesperado. Como en aquel momento, en aquella casa que perfectamente podría ser escenario de la siguiente entrega de *Expediente Warren*. Me podía imaginar al matrimonio ahí metido, con sus ropajes de la época que podrían pasar desapercibidos en un lugar como ese.

Estuve cinco minutos paralizada en completo silencio ante la puerta, haciendo oído por si volvía a escuchar más ruidos, pero nada se oyó. Respiré aliviada y, al llevarme la mano a la cabeza, me di cuenta de que todavía sujetaba con fuerza la portezuela del armario de la cocina. Joder, esa casa era una ruina.

Al día siguiente no podía con mi alma. Pero tenía cosas que hacer. Millones de cosas que hacer. Entre ellas centrarme, conocer el pueblo, buscar un carpintero y organizar todas las cajas que los de la mudanza me habían dejado en casa la tarde anterior. Vamos, que el día pintaba estupendo.

Busqué la Nesspreso entre mis cosas, pero no hubo manera de dar con ella, así que me adcenté un poco y salí a buscar un bar para tomarme el café que necesito para poder ser persona todas las mañanas. No tenía ni idea de dónde estaría, pero había poca pérdida. El pueblo era pequeño y dudaba que pudiera extraviarme en sus calles. Subí hasta la plaza donde estaba aparcado mi coche y, como no había nadie a quien pudiera preguntar, seguí calle arriba hasta llegar a otra plaza. Las calles eran todas muy similares, con sus casas de

piedra, sus contraventanas de madera, sus chimeneas y su tranquilidad. Otra cosa no, pero paz... allí había para dar y vender. Qué relajación provocaba caminar por esas calles estrechas. Qué calma empezó a invadirme conforme las recorría. Casi sin darme cuenta, una sonrisa se dibujó en mis labios. El día era radiante, brillaba el sol aunque hiciera frío, porque eran las nueve de la mañana de un domingo de comienzos del mes de abril y todavía apetecía ponerse el abrigo. Al doblar una esquina, después de pasar por la cuarta plaza que me encontraba en mi paseo, descubrí el bar. Apreté el paso, pensando ya en el café tan calentito que me iba a tomar. Encima de la puerta, podía leerse el que supuse sería el nombre del dueño: Tomás. Bueno, no hacía falta más. El bar de Tomás, estaba claro, así no daba opciones a ningún tipo de error entre los vecinos del pueblo. Cuando abrí la puerta, escuché las voces de los tertulianos, que estarían ya tomando sus cafés antes de ir a sus respectivos quehaceres. En cuanto me vieron cruzar el umbral, todos guardaron silencio y me observaron.

No eran miradas demasiado agradables.

Traté de sonreír y saludé con la mano.

—Buenos días.

Nadie respondió. Volvieron a su conversación y yo caminé hasta una de las banquetas junto a la barra. Me cago en la leche. ¿A que lo de la simpatía de las gentes de la montaña era un mito? Tomé asiento y busqué a Tomás, el dueño. No había nadie tras la barra. Me volví hacia los hombres, que seguían a lo suyo, sentados alrededor de la mesa. Si me vieron buscar al dueño, no hicieron nada por echarme una mano; me ignoraron de nuevo. Me estiré hacia la puerta entreabierta que había al final de la barra por si veía alguna sombra o a alguien, pero no, no había rastro de Tomás allí tampoco. Apoyé los brazos en la barra y me dieron ganas de llorar. Yo solo quería un café, una mirada amable, una sonrisa, un «buenos días, ¿qué tal? ¿Eres nueva?». No sé, solo buscaba algo de hospitalidad. No era tanto pedir, ¿verdad?

Estaba a punto de derramar la primera lágrima, ya sentía los ojos anegados, cuando escuché una voz a mi espalda:

—La chica quiere tomar algo, ¿por qué no se lo habéis ofrecido?

Me giré, y vi a un señor dando la vuelta alrededor de la barra y entrando en ella por un lateral. Rondaría los sesenta, tenía el pelo cano y un enorme bigote igual de blanco. Iba vestido con pantalones de montaña, un jersey grueso y botas marrones. Se acercó hasta mí y me miró a los ojos antes de sonreír.

—Disculpa la tardanza. Tomás nos ha dejado al mando, pero teníamos que comentar el plan de caza que tenemos para hoy.

—Ah, claro, no hay problema.

Disimuladamente, me pasé una mano por los ojos cuando se dio la vuelta hacia la cafetera, para que no se diera cuenta de que su sonrisa había sido lo más agradable de los últimos dos días e incluso me había emocionado.

—¿Te apetece un café, bonita?

—No hay nada que quiera más, gracias.

Operó con la cafetera y colocó una taza blanca bajo uno de los chorros, por donde comenzó a salir esa maravilla líquida de color marrón. El hombre volvió frente a mí y se apoyó en la barra.

—No te había visto nunca. ¿Estás de vacaciones?

—No, he venido a quedarme.

Abrió mucho los ojos y se incorporó casi de un salto.

—¿A quedarte aquí?

Asentí con la cabeza. Él se rascó la nuca y me miró extrañado.

—Me sorprende, aunque me alegra. Somos pocos los que vivimos aquí, así que cualquiera que decide unirse a la comunidad es bienvenido. —Alargó la mano y sonrió de nuevo—. Yo soy Alfredo, el alcalde. Es un placer conocerte.

—Oh, encantada... Yo soy Alicia.

¿El alcalde? Madre mía. La primera persona sociable de todo el pueblo no podía ser otra que el alcalde. Menos mal que todavía había esperanza.

—Y dime, Alicia, ¿a qué has venido? Imagino que habrás llegado acompañada. Tendrás en mente algún negocio que...

—No, no, he venido sola —aclaré, antes de que siguiera hablando.

—¿Sola? —repitió. Parecía impactado.

—Sí, necesitaba un cambio de aires.

—Pues aquí de eso no nos falta.

Se echó a reír y me gustó. Me sentí bien hablando con aquel hombre. Alfredo parecía buena persona, algo cotilla, teniendo en cuenta que no había tenido reparos en preguntar de manera tan directa qué hacía yo por allí, pero simpático. Le sonreí de vuelta y él asintió complacido. Parecía pensar que era una chica valiente por haber decidido instalarme allí sola. Y eso que no tenía ni idea del resto de mi historia.

Alfredo fue a coger mi taza ya llena de café y después la colocó frente a mí junto con un par de sobres de azúcar.

—Si necesitas cualquier otra cosa, estaré allí mismo, ¿de acuerdo?

Le dije que sí y abandonó la barra para ir hacia la mesa con sus compañeros de caza. Respiré hondo, mientras dejaba salir parte del agobio que había sentido, y cogí uno de los sobres de azúcar, vertí la mitad en mi taza y doblé el papel para dejar la parte restante sobre la barra. Comencé a remover el café justo cuando la puerta del bar se abría. Me volví para ver quién entraba.

Oh, no. Él no.

Casi me tiro el café por encima.

El imbécil de la *pickup*.

Me dieron ganas de encogerme en mi asiento para que no me viera, pero decidí que de eso nada, que si me veía le respondería con una sonrisa y listo. Entró sin saludar. Qué raro, derrochando simpatía de nuevo. Lo vi ir hasta la barra sin preguntar. Eso parecía lo normal en aquel lugar, así que no le di importancia realmente. Me fijé en él. Iba vestido con unos vaqueros oscuros que le quedaban grandes, botas negras llenas de barro y una cazadora negra con algún salpicón de la misma sustancia. Llevaba una gorra negra que dejaba a la vista parte de su pelo castaño, que llevaba bastante largo. De espaldas a mí, comenzó a operar con la cafetera, pero debió de hacer algo mal al intentar meter la dosis de café porque no encajaba al tratar de colocarla en su lugar. Soltó una maldición, y los hombres de la mesa le pidieron que tuviera paciencia, que siempre hacía lo mismo y debía aprender de una vez. Alfredo se puso en pie y fue hasta él, le explicó cómo debía hacerlo y él le dio las gracias con voz fría y carente de agradecimiento real, antes de volverse hacia la barra a esperar que su café saliera. De volverse hacia mí.

Al darme cuenta de que entonces sí podía verme, decidí agachar la mirada. Una acción cobarde, lo sé, pero, después de ver su mala leche matutina y la del día anterior, deduje que ese hombre siempre debía actuar con el mismo mal genio. Prefería no tener que cruzar ni media palabra con él.

Removí mi café en silencio. Podía sentir que me observaba. Tragué saliva y cogí la taza para dar un sorbo. Al levantar la cabeza, traté de ignorar que estaba justo frente a mí, pero, al dejar la taza de nuevo sobre el plato, sus ojos y los míos entraron en contacto.

Nunca jamás en mi vida había visto unos ojos de ese color. Azules como el fondo del océano. Oscuros. Fríos. Daban miedo, y, sin embargo, eran tan atractivos... Me quedé paralizada observándolos.

Entonces, reparé en que él me miraba igual, expectante.

Varios mechones de pelo le caían por la cara, pero dejaban a la vista sus rasgos. Tenía la nariz grande, aunque no lo parecía tanto con la espesa barba que cubría todo su mentón. Sus enormes ojos azules seguían mirándome con detenimiento, con descaro incluso. De repente, una sonrisa burlona se materializó en su boca.

—Vaya, vaya... si tenemos aquí a la obstaculizadora de la calle.

Me sorprendió que supiera pronunciar semejante palabra.

—Vaya, vaya... —respondí, irguiéndome en mi banqueta—, si tenemos aquí al simpático de la bocina.

La sonrisa no se borró de sus labios, sus ojos no se desviaron de los míos, la boca se me empezó a secar y no tenía ni idea de la razón que llevaba a mi corazón a latir tan rápido. Pasaron varios segundos hasta que apartó la mirada de repente, dejó caer un euro en un bote de cristal que había al lado de la cafetera, cogió su taza y salió de la barra. Sin decirme ni media palabra ni despedirse de los hombres que seguían ahí a lo suyo, salió a la calle y vi que se sentaba en el escalón de la entrada. Un perro blanco fue hasta su lado para tumbarse a sus pies. Él lo acarició bajo la oreja.

Aparté la mirada de allí y clavé la vista al frente mientras me tomaba el café, venciendo la tentación de volver a mirarlo. Minutos después, entró de nuevo, dejó la taza sobre la barra y dijo adiós con esa voz tan fría y carente de sentimientos. Los hombres le respondieron, yo no fui capaz.

UNA NUEVA VIDA

Concentrarme no era nada sencillo. Veía pasar una mosca y me pasaba un minuto entero observándola volar, mover las alitas transparentes a toda velocidad y chocar contra el cristal de la ventana para intentar salir fuera. ¿Si dijera que envidiaba a la mosca sería asqueroso? Bueno, no la envidiaba por el hecho de ser una mosca, sino porque podía volar; escapar de los sitios sin problema, huir a toda velocidad de cualquier cosa. Y la verdad es que no parecía tener demasiada memoria si era capaz de golpearse contra el cristal diez veces seguidas sin entender que de esa manera no podría salir nunca al exterior. A veces me habría gustado no tener memoria, olvidar.

Pero debía continuar con mi vida, costara lo que costara. Y yo había ido allí por una razón: mi arte. Tampoco así, tal cual, como si fuera una artista de renombre que vendía sus obras a precios prohibitivos o exponía cada seis meses en alguna galería prestigiosa de la gran ciudad. Si en aquellos momentos ni siquiera vivía en una ciudad... Es más, desde que había llegado a Aragüés no había hecho nada, ni pintar ni crear ni nada. No me sentía capaz porque no podía dejar de dar vueltas a las cosas que rondaban mi mente, a todo lo que había abandonado y de lo que intentaba escapar y que no cesaba de atenazar mis nervios. Trataba de no pensarlo, pero la traición era relativamente reciente.

Tampoco podía evitar recordarlo. Pese a que de aquello ya hubieran pasado tres años. Pero debía volver a la vida, ponerme en marcha. Llevaba dos semanas viviendo allí, y la verdad es que por tiempo no era, me sobraba a cantidades industriales.

Desde que llegué, había dedicado casi todo ese tiempo a adecuar mi casa, que ya parecía un hogar.

Limpié el polvo del suelo, lijé las ventanas y contraventanas para después darles un par de capas de barniz y fregué la cocina de arriba abajo. Alfredo me ayudó a arreglar los armarios que no cerraban bien (resultó que sabía un poquito de todo y había sido el chapuzas del lugar durante años). También llené de comida la nevera tras ir a comprar parte a la pequeña tienda de Aragüés y el resto al supermercado de Hecho, el pueblo más cercano. Guardé el sillón orejero y las sillas en una habitación vacía del piso de arriba y planté mis dos sillones rojos de diseño en medio del salón. Arreglé la mesita de

centro y coloqué mi televisión plana en el suelo justo frente a ella. Adorné las paredes con algunas de las obras que había pintado en mi época universitaria y también con posters de láminas que siempre había admirado como *La noche estrellada* de Van Gogh o *Several Circles* de Kandinsky. Coloqué mi colcha nórdica con su funda de Devota y Lomba sobre el colchón de la enorme cama que presidía mi habitación (nueva, por cierto, menuda sorpresa me llevé). Limpié el cuarto de baño a conciencia con lejía y sulfumán, sobreviviendo a la intoxicación. Y, por último, colgué unas preciosas cortinas naranjas en todas las ventanas de la casa, puesto que no me hacía gracia que solo unas contraventanas me protegieran de las miradas indiscretas, aunque era bastante improbable que nadie me espicara, teniendo en cuenta la cantidad de vecinos que habitaban aquel lugar.

Todas las mañanas iba a tomar café al bar de Tomás porque necesitaba salir de casa, socializar un poco. Y lo conseguí en parte. El resto de parroquianos ya me decían hola y adiós, y lo consideraba un gran avance en nuestra relación. Estaba muy contenta por sentirme aceptada de alguna manera. No parecían ser malas personas, aunque lo de la amabilidad lo tenían un poco olvidado. Conocí al famoso Tomás una mañana. Solo coincidimos dos minutos porque tenía que marcharse a Jaca a comprar unas cosas. No fue desagradable, aunque tampoco simpático; me dio un apretón de manos demasiado efusivo, pero no me miró a los ojos ni una sola vez. Era grande, muy grande, y muy pero que muy calvo. Grande y calvo, esa era la manera de describir al dueño del único bar del pueblo. Y ausente, esa también servía. Aquello era un *self service* de los de toda la vida. Y parecían fiarse los unos de los otros porque nadie se paraba a mirar si pagabas tu consumición. Yo dejaba en el frasco de cristal el euro de mi café o el euro y medio de los refrescos que también me tomaba alguna tarde. Y creo que todo el mundo hacía lo mismo, pero no me dedicaba a vigilar que así fuera. Si Tomás no se tomaba en serio su negocio, no sería yo la que lo hiciera.

Alfredo sí hablaba conmigo, todos los días. Parecía un buen hombre. Fue la única persona con la que me relacioné al principio y el que me pareció más amable de todos. Me echó una mano a subir los muebles por las escaleras, además de con la reparación de los armarios. Allí había poco que hacer laboralmente hablando. Todos tenían huerto, eso sí, pero le dedicaban unas horas al día y el resto lo pasaban en el bar o charlando en la calle con los vecinos. La vida en Aragüés del Puerto era sencilla, tranquila y reposada.

Excepto cuando el Sombrío aparecía.

Lo había bautizado así al descubrir que se trataba de una persona oscura, huraña, huidiza de compartir relaciones con otros seres humanos. Solo se relacionaba con su perro. Era el único ser del lugar que parecía tener sintonía con él. Todas las mañanas iba al bar a tomarse su café, refunfuñaba cuando la máquina le daba algún problema y aceptaba a regañadientes la ayuda que le prestaban. Después salía a la calle a bebérselo en soledad, incluso cuando llovía. Nunca hablaba con nadie, pero tampoco a nadie parecía importarle. Él llegaba con su aura sombría y se marchaba de igual manera. Sin una sonrisa, sin un gesto, sin nada de nada. Por no haber nada, ni siquiera había miradas hacia mí. Me ignoraba. Completa y absolutamente. Era como si yo no estuviera sentada en una mesa leyendo el periódico, o como si no coincidiéramos dentro de la barra al dejar la taza en el fregadero, o como si no saliera del baño a la vez que él entraba y casi chocáramos. Yo no existía para él. Y, claro, él para mí tampoco, no pienses que me importaba lo más mínimo. ¿Que lo observaba? Por supuesto, para evitar que me pillara desprevenida en caso de venir a soltarme alguna de sus perlas. ¿Que no podía evitar seguirlo con la mirada cuando pasaba a mi lado? Claro, porque trataba de averiguar si tenía cuernos bajo la gorra o el rabo le asomaba por la pernera del pantalón. Pero el rabo de demonio, ¿eh? Ni de coña había llegado yo a pensar en el otro rabo del Sombrío. ¡Por favor!

Mis días eran monótonos. Al levantarme, iba al bar a tomar mi café diario; después, limpiaba en casa, sacaba mis pinturas, el lienzo y me colocaba frente a la ventana para aprovechar la luz del sol. Intentaba pintar, pero... nada. La mañana pasaba más rápido de lo que debía entre divagaciones, alguna pincelada y muchas miradas perdidas. Después preparaba algo de comer, me lo zampaba, dormía veinte minutos mientras veía las noticias y volvía a ponerme frente al lienzo esperando que la inspiración me encontrara. Tampoco tenía éxito entonces, así que me ponía la ropa de deporte y salía a correr. Carretera arriba, hacia las montañas, respirando el aire puro que mis pulmones tanto necesitaban después de haber pasado toda su vida rodeados de la polución de la gran ciudad, admirando la vegetación que lo envolvía todo, tornando el paisaje en verde absoluto, solo salpicado por rocas y troncos marrones, con el sonido del río y de los pájaros piando acompañándome en mi carrera. Era reconfortante poder hacerlo en un entorno como aquel. Sin ruidos de coches ni voces de nadie, solo la naturaleza y yo. Me sentía en paz mientras corría. Ni siquiera me ponía los cascos ni cogía el móvil. ¿Para qué? El sonido ambiente era mejor que nada

que pudiera escuchar. Y eso me calmaba. Tranquilizaba mi interior y aplacaba los recuerdos. Nada parecía tan malo como antes de llegar a ese paraíso oculto en las montañas. Volvía a casa tras varios kilómetros corriendo y otros tantos caminando. Entonces, me daba una ducha, preparaba la cena, leía un rato en la cama y me pasaba horas mirando el techo pensando y pensando en el espejismo que había sido mi vida los últimos años, hasta que el sueño me alcanzaba.

Era jueves. Ese día, un pequeño mercadillo en un pueblo cercano me daba la oportunidad de hacer algo diferente. Cogí el coche y conduje hasta Hecho, a unos diez kilómetros de Aragüés. Aquella mañana de principios de mayo, el sol brillaba en un cielo azul salpicado de nubes blancas como bolitas de algodón. En el reproductor de mi coche sonaba la recopilación que había titulado «Buen rollo». Fui cantando hasta el pueblo canciones de Avicii a todo pulmón. Aparqué al lado de la carretera y caminé canturreando *Trouble* hasta la plaza, donde cinco o seis chiringuitos exponían todo lo que vendían: ropa, bolsos y abalorios. Estaba observando unas pulseras muy bonitas que habían llamado mi atención cuando alguien me empujó de repente.

—Perdón —exclamó una voz femenina a mis espaldas.

Me di la vuelta y me encontré con una chica que parecía tener mi edad, de pelo castaño y ojos oscuros que me observaron, acompañados de una sonrisa.

—No pasa nada —respondí quitándole importancia.

—Te conozco.

—¿Eh?

—Digo que te conozco, pero no sé de qué.

Se toqueteó la barbilla con gesto pensativo; entonces, me di cuenta de que le faltaba la última falange del dedo anular. El resto de uñas las llevaba pintadas de un vistoso color naranja.

—¿Vives aquí? —me preguntó.

—No, vivo en Aragüés.

—¡Claro! Por eso me suenas. Yo también vivo allí.

La miré con los ojos muy abiertos y abrí la boca, dispuesta a decirle que jamás la había visto por el pueblo, cuando ella se echó a reír.

—No me has visto nunca, tranquila, pero yo a ti sí.

—¿Eso debería inquietarme?

Realmente lo hacía.

—Vivo en la plaza.

Me eché a reír.

—¿En cuál? Hay más plazas que habitantes.

—Tienes razón. —Sonrió—. Vivo en la plaza donde sueles aparcar el coche, por eso te veo. La ventana de mi salón da al lugar que ocupas casi siempre.

Asentí con la cabeza, porque no sabía qué más decir. ¿Me espiaba? ¿Me controlaba cada vez que aparcaba y me iba caminando hasta casa? ¿Debía asustarme por ello?

—Mi madre está enferma y cuido de ella. Por eso no salgo mucho. Por no decir nada. —Sonrió de nuevo y me relajé automáticamente—. He venido a hacer la compra semanal, ya sabes que en la tienda de allí no hay de todo, y también tengo que ir a la farmacia a por medicinas para mamá. He aprovechado para darme una vuelta por aquí, me gusta observar los colores de la ropa.

—Espero que lo de tu madre no sea grave —dije.

—Bueno, en realidad lo es, pero ella está bien. ¿Te apetece un café?

Me sorprendí por esa invitación inesperada, aunque accedí. Hacía mucho tiempo que no hablaba con alguien de mi edad, y esa chica parecía simpática. Mi necesidad de mantener una conversación entre mujeres primó sobre cualquier otra cosa.

Fuimos al Subordán, un bar en esa misma plaza, y pedimos un par de cafés. El mío solo, el suyo con leche.

—Oye, perdona, ¿cómo te llamas? No sé tu nombre.

—Me llamo Miriam —dijo mientras se sentaba en una banqueta al lado de la barra—. ¿Y tú?

—Yo soy Alicia. Es un placer conocerte.

Nos dimos dos besos y sentí una especie de afinidad con aquella chica. Parecía diferente, me transmitió ternura a raudales. Supe desde ese instante que seríamos buenas amigas.

Le conté qué hacía allí; a grandes rasgos, claro. Obvié mi historia real, lo que me había llevado hasta aquel pequeño pueblo tan lejos del que hasta hacía menos de un mes había sido mi hogar. Ella me habló un poco de su madre, pero tampoco dijo demasiado. Me contó que casi no había salido del pueblo; lo más lejos que había llegado había sido a Jaca, y está a menos de tres cuartos de hora de distancia. Le dije que yo había estado en Londres,

París, Roma y Múnich. Me obligó a contarle qué había hecho en cada una de las ciudades, y cuando le hablé de los museos me miró con ojos soñadores, brillantes, con una atención que nadie jamás me había prestado cuando hablaba de la pasión que sentía por aquellos lugares. Miriam lo hizo sin borrar la sonrisa de sus labios.

Estábamos riendo mientras le comentaba que una vez en París un camarero me confundió con una actriz, cuando la puerta del bar se abrió de repente y apareció la persona que menos esperaba ver en aquel momento.

—¡Cristóbal! —gritó por encima de la barra, sin saludar, como de costumbre—. ¡Cristóbal, coño! Sal, que te necesito.

Miriam y yo observamos la puerta al fondo de la barra, esperando que saliera el tal Cristóbal, que lo hizo antes de que el Sombrío se pusiera a dar patadas a las banquetas. Parecía muy nervioso. El dueño del bar lo miró fijamente mientras se limpiaba las manos en el mandil.

—¿Qué cojones te pasa? No me digas que has vuelto a tener problemas.

—Lo de siempre, macho, el mismo problema de siempre.

—Deberías empezar a plantearte lo que hablamos la otra vez —le contestó, saliendo de la barra y quitándose el mandil—. No puedes estar así eternamente. El día menos pensado esa chatarra te dejará tirado.

—¿Y lo vas a pagar tú, listillo?

Su voz destilaba cabreo y chulería. Nunca lo había oído hablar durante tanto tiempo seguido, ni mantener una conversación tan larga con nadie. Me descubrí a mí misma intrigada por conocer el objeto de su conversación. ¿Qué habría pasado? Parecía tratarse de su coche, esa *pickup* que siempre iba llena de polvo y barro. Casi como su dueño.

—¡Puri! —gritó Cristóbal hacia la puerta tras la barra—. Me voy un momento, ocúpate tú, que vuelvo enseguida. Hasta luego, chicas. Un placer verte de nuevo, Miriam.

Sonrió a mi acompañante, me dedicó un movimiento de cabeza a modo de despedida y salió delante del Sombrío. Este nos miró a ambas un segundo, pero enseguida se dio la vuelta y salió sin despedirse.

—Jodido desagradable —murmuré para mí misma.

—Es buena gente.

—¿Ese? —exclamé ante el comentario de Miriam—. Permíteme que lo dude.

Sonrió mientras jugueteaba con la cucharilla. Me fijé en que su melena castaña necesitaba un repaso, tenía las puntas abiertas, le faltaba brillo,

cuerpo, alegría. Entonces, una duda me asaltó de repente: ¿había peluquería en el pueblo o tendría que cortarme el pelo yo misma?

—Es un buen chico, aunque parezca tan borde.

—No lo parece, lo es —maticé con una mueca.

—De acuerdo, es borde. Pero ha tenido una vida complicada y ahora está solo. Si supieras todo lo que ha pasado, lo mirarías de otra manera.

—Y si él supiera todo lo que yo he tenido que vivir, sería más agradable conmigo. No digas tonterías. El que es borde es borde, y ya está. No se puede justificar porque haya pasado por A o por B en su vida.

Miriam me miró con una sonrisa.

—Tiempo al tiempo —dijo de manera enigmática.

—Sí, sí, todo el tiempo que quieras demostrará que el que es desagradable lo sigue siendo pase lo que pase.

Cambiamos el rumbo de nuestra conversación y nos pusimos a hablar de lo poco apetecible que era quedarse en el pueblo un sábado por la noche, sin planes para personas de nuestra edad. Miriam me dijo que, una vez al mes, todos los jóvenes quedaban en el bar de Tomás a tomar unas copas, ponían la música que querían y reían mientras charlaban. Bueno, no era el plan de mi vida, pero era mejor que quedarse en casa. Volví a Aragüés contenta, porque ese mismo sábado era el día elegido de ese mes. Debía pensar qué ponerme para salir. Tacones descartados, por supuesto, con esas empedradas calles sería sencillo que me hiciera un esguince. Vestido tampoco, pues desentonaría con el estilo de la montaña. ¿Qué me ponía? Bueno, daba igual, lo realmente importante era que ese sábado tenía un plan, con gente joven y en un bar. No importaba que fuera un bar similar al de la tercera edad. Alicia Ciruelos, por primera vez en semanas, tenía un plan.

La noche de aquel viernes alguien llamó a mi teléfono.

Me quedé paralizada observando la pantalla iluminada. Un número desconocido aparecía escrito en ella. No lo cogí. No me moví. Dejé que sonara hasta que quien quiera que llamara colgase. Estuve varios minutos esperando en mi posición, por si insistían, pero no fue así. Menos mal. Respiré aliviada, dejando salir todo el aire que había contenido durante los segundos de tensión.

Solo mi mejor amiga, Megan, me llamaba a ese número. Cada dos o tres

días, para ver qué tal estaba, para saber cómo estaba llevando mi nueva vida, para preguntarme por cosas de las que no me gustaba hablar y a las que nunca le respondía.

Nadie aparte de Megan conocía mi número. Bueno, y Miriam y Alfredo. Pero ellos formaban parte de mi nueva vida. De las personas que dejé en Madrid, solo Megan sabía que ese era mi nuevo teléfono. Me deshice del antiguo, tirando el terminal a un contenedor y destrozando la tarjeta SIM con unas tijeras hasta que fue imposible de recomponer. El que fuera que había llamado debía de haberse equivocado. Claro, eso era, una equivocación. Ni él ni ella podían tener mi número. Era completamente imposible.

Mi corazón comenzó a relajarse al comprender aquello, y devolví toda mi atención a las páginas del libro que estaba leyendo por aquel entonces, uno de Matilde Asensi que me tenía bastante absorbida por su trama. Me acomodé en el sillón de nuevo, cubrí mis piernas por una suave manta de color blanco y dejé que el sonido de la nevera me envolviera. Montaba tal estruendo que se había convertido en un ruido al que me había acostumbrado, hasta el punto de que me resultaba somnífero en ocasiones. Me relajé mientras leía y olvidé aquella llamada. Mi teléfono volvió a quedar abandonado sobre la mesa.

PLAN DE «M»

Como era de esperar, no resultó sencillo decidir qué narices ponerme para aquella noche de sábado. La primera en que saldría como la joven de veintisiete años que era y que alternaría con personas de mi edad en el pueblo. Sin saber por qué, sentía los nervios recorriendo mis venas. No entendía la razón, solo iba a un bar que habitualmente frecuentaban personas con una media de edad de sesenta años, a tomar unas copas y a conocer al resto de personas jóvenes que vivían en Aragüés del Puerto. No podían ser muchas, la verdad. Yo calculaba unas seis o siete, y entre ellas estaría Miriam, así que tenía un porcentaje aceptable ya cubierto. Conocer a cinco personas no podía ponerme tan nerviosa, maldita sea, ni que fuera una fiesta con famosos en la Gran Vía.

Me había decantado por unos vaqueros Levi's de tiro bajo que me quedaban francamente bien y que disimulaban las caderas que había heredado de mi abuela. En la parte de arriba, lucía una camisa rosa palo de Dolores Promesas con un precioso lazo blanco a un lado de mi cuello, con mangas abullonadas y entallada. No era un atuendo excesivo para una noche de copas. Podría haberme puesto unas botas de tacón de aguja para rematar el conjunto, pero, como ya he comentado, preferí no atentar contra mi integridad física, por lo que me calcé unas botas altas de piel marrones y con cuña, mucho más cómodas para caminar por las empedradas y empinadas calles. Me había peinado con esmero, entreteniéndome en rizarlo con cariño para que quedara perfecto. Así que mi melena rubia presentaba unos rizos sin apelmazar ni erizar. Me di un toque de maquillaje nada excesivo, solo base, rímel, color en las mejillas y pintalabios rojo. Y, por último, decidí ponerme mi cazadora de piel marrón, que quedaba a las mil maravillas con las botas.

Ese *look* podría haberlo utilizado en Madrid para ir a tomar una cerveza una tarde cualquiera, así que en Aragüés sería el adecuado para una noche de sábado. No era nada del otro mundo, teniendo en cuenta que, cuando vivía en la gran ciudad, los sábados por la noche llevaba vestidos de lentejuelas o con transparencias, porque sin ellos no me dejaban entrar a los locales que frecuentaba con mis acompañantes. Eliminé ese pensamiento de mi mente y me centré en aquella noche exacta. Nada de vivencias anteriores, y menos todavía recordando la compañía.

Me dirigí al bar de Tomás bajo un oscuro cielo estrellado. Eran las diez de la noche y estaba completamente despejado, tampoco había luna. Me encantaban esas noches en el Pirineo. Qué bonita era esa oscuridad salpicada de luces. Caminé con una sonrisa, esperando pasar una noche divertida y ansiando tomarme una copa que enviara mis nervios al fondo de mi estómago. Al aproximarme a la puerta, pude escuchar el murmullo de voces y risas, acompañadas por las notas de una música que no reconocí. Tomé aire antes de colocar mi mano sobre la manivela de la puerta. Justo cuando iba a tirar de ella, alguien abrió desde el otro lado y me empujó, haciéndome perder el equilibrio y caer al suelo.

—¡Un poco de atención, coño!

Miré hacia arriba, hacia esa voz grave que gritaba, tratando de obviar el dolor en mi culo. Y me encontré con una sonrisa burlona cubierta de pelo. Y de sombras.

Mierda.

—Deberías tener más cuidado —soltó, el muy idiota, comenzando a caminar hacia un lateral del edificio sin ayudarme a levantarme.

—Tú deberías tenerlo, además de un poquito de educación.

Me puse en pie echando chispas. Sin su ayuda. Sin un amago de intención que probablemente habría rechazado. Di un par de manotazos a mi pantalón tratando de eliminar cualquier resto de suciedad que se me hubiera pegado del suelo, y lo miré, respirando agitada. Estaba cabreada. El muy idiota había hecho que me cayera y no había sido capaz de echarme una jodida mano. Ni de pedir perdón, claro.

—¿Me has oído? —lo increpé, acercándome a donde estaba apoyado contra la pared.

—Perfectamente. El volumen de tu voz penetra hasta lo más hondo de mi cerebro, perforándolo. Es imposible no hacer caso a su timbre.

Me quedé alucinada tras escucharlo decir eso. No solo por el hecho de cómo se había referido a mi voz, sino porque, además, había hablado como una especie de... ¿culto sabiondo? No me jodas.

—¿Tú de qué vas? —exclamé, plantándome frente a él.

—De persona normal, por lo que veo.

Su mirada recorrió mi vestimenta de arriba abajo con aquella estúpida sonrisa socarrona pegada a sus labios. No llevaba gorra esa noche, así que su melena castaña clara le cubría los laterales del rostro. Iba vestido como cualquier otro día, pero sin barro, y eso era bastante sorprendente. Siempre

parecía un pordiosero, y aquella noche parecía limpio. Aunque igual de borde.

—Disculpa, pero esta ropa... —empecé, señalando mi blusa.

—No me importa —me cortó, apartando la mirada y centrándola en el cielo negro plagado de estrellas.

Abrí mucho los ojos y tragué saliva, tratando de tranquilizarme. Me estaba tocando las narices. Mucho. Demasiado. Y, de nuevo, me había dejado con la palabra en la boca.

Oh, Señor, dame paciencia, porque si me das más ganas le cruzo la cara de un guantazo.

—Veo que has decidido venir a lucir palmito de ciudad por aquí —soltó antes de darme tiempo a decir palabra—. Seguro que a Abel le encantas.

—Pero... pero...

No sabía qué decirle, qué contestar a eso de «lucir palmito», cuando todavía tenía atascadas en la garganta las palabras para contestarle a su «no me importa» de antes. Las sentía apelotonadas, esperando salir a borbotones y acompañadas de alguna palabra malsonante. Pero, entonces, tras su nuevo corte, ya no tenía sentido decirlas. ¡Maldito fuera el Sombrío! ¿Por qué era tan sumamente imbécil?

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo y lo miré con odio.

—¿Tú de qué vas? —exclamé de nuevo, porque estaba tan enfadada que no sabía ni qué decirle.

Se volvió a mirarme. La luz de las farolas incidió en sus ojos azules y por un instante me atraparon en su oscuridad. Brillaron con una especie de picaresca que hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Sus labios se torcieron en una nueva mueca cargada de burla hacia mí antes de decir:

—De Bitter Kas.

Se echó a reír a carcajadas ante mi cara de pasmo. Fue una risa en plan villano Disney. No sabría decir si me recordó más a Úrsula o a Jafar. El Sombrío se movió a un lado y volvió al interior del bar, dejándome allí, todavía impactada por esa respuesta tan de crío, tan de hace veinte millones de años y tan estúpida.

Sí, claro, estúpida, pero que me había pillado desprevenida. Otra vez.

Odiaba mucho a ese imbécil. ¡Muchísimo!

Gruñí un poco, y estuve tentada a darme la vuelta y volver a mi casa. Pero no lo hice. Aquel tipejo no podría conmigo. No conseguiría afectarme lo más mínimo ni uno solo de sus actos de nuevo. Tomé aire, conté hasta diez y abrí

la puerta del bar. En cuanto puse un pie en su interior, todos los ojos de las personas allí reunidas se posaron en mí. De no ser porque sonaba una música extraña plagada de gaitas, podría haberse escuchado el sonido de los grillos. Todos se quedaron en silencio, observándome. Sin disimulo, como venía siendo habitual entre los habitantes de aquel lugar. No sé si no se lo enseñaban cuando eran pequeños, pero alguien debería haberles explicado que mirar de esa manera a un desconocido no es de buena educación.

En total habría unas quince personas. El doble de las que yo esperaba. Detecté cuatro melenas largas de varias tonalidades. Únicamente cuatro chicas, y una de ellas era Miriam, que me saludó con la mano cuando todos decidieron volver a sus conversaciones y pasar de mí. El resto eran chicos. Y el Sombrío, que no podría considerarse persona. Eso sí, observarme... me observaba, el muy capullo. Con aquella sonrisita maldita. Lo miré fijamente y estuve tentada a enseñarle el dedo corazón de mi mano derecha, pero, en lugar de aquello, me quité la cazadora y la dejé apoyada sobre una silla.

—¡Qué bien que has venido! —exclamó Miriam, plantándose a mi lado y dándome un par de besos—. Ven, te presentaré a todo el mundo.

El bar estaba como siempre, salvo que las mesas habían sido retiradas hacia las paredes para dejar más espacio para movernos, porque dudaba mucho que nadie hubiera ido allí a bailar.

—Estas son Mariela, Esther y Nagore —explicó Miriam mientras señalaba a tres chicas que me sonrieron tras observar mi ropa con una mirada indescifrable.

—Hola, es un placer. —Me acerqué a todas ellas y les di los dos besos de cortesía.

—Igualmente —respondió la de la melena más larga.

Todas ellas eran morenas. Una tenía los ojos claros, las otras dos los tenían tan castaños como los míos. No supe quién era quién, tampoco ellas me resolvieron la duda. No dijeron demasiado, solo la de ojos claros se interesó por mi procedencia y por saber qué hacía allí. Las otras dos se fueron apartando poco a poco de la conversación hasta terminar yéndose hacia otro lado para conversar con un par de chicos con unas pintas que dejaban mucho que desear.

—¿Quieres una copa? —me ofreció Esther (acababa de recordarme su nombre cuando le pregunté, tras cinco minutos de charla).

—Me encantaría, gracias. Un ron con Sprite estaría bien.

—No tenemos Sprite. —Sonrió en una especie de disculpa.

—Pues un *gintonic* de Seagrams.

—Solo tenemos Larios.

—Eemmm... pues... no sé, ¿qué tenéis?

—De todo.

Me dieron ganas de reír, pero me aguanté mordiéndome los labios por dentro.

—Un ron con Coca-Cola estará genial.

—Estupendo.

La chica sonrió de nuevo y fue tras la barra para ponerme la copa.

Me pareció simpática, y fue un detalle que me preparara la bebida sin tener por qué hacerlo. Cuando di el primer trago, agradecí que no tuviera un sabor tan terrible como recordaba. Hacía años que no bebía ron con Coca-Cola, y me supo bien. Demasiado bien, teniendo en cuenta que en la última media hora había atravesado por varios estados de ánimo, desde el nerviosismo hasta la ansiedad, pasando por un ataque de ganas de asesinar a alguien. La bebida fría descendió por mi garganta hasta mi estómago, envolviéndolo en una calma que necesitaba.

Dejé vagar mi mirada por la sala y descubrí a un chico bastante guapo que reía conversando con otros tres. Era rubio, llevaba el pelo algo largo para mi gusto y un pendiente en la nariz. Tenía los ojos claros y la nariz grande, ganchuda, pero le daba un atractivo especial a su rostro aniñado. Al observar sus ropas, me di cuenta de que había sido una idiota al vestirme de esa manera. Todos llevaban vaqueros; las chicas llevaban botas como las mías, sí, pero ninguna llevaba camisa, y mucho menos blusa de marca. Los chicos vestían camisetas de manga larga o camisas de cuadros y las chicas iban muy similares a ellos. Los colores que predominaban eran el azul y el verde. Nadie llevaba nada rojo, con lo bonito que es ese color. Y qué decir de maquillajes o peinados elaborados. Ni rastro. Así que era como si me hubiera puesto un foco sobre la cabeza para llamar la atención de todo el mundo, con mi camisita pija, mis rizos perfectos y mis labios rojos. Estupendo, Alicia.

El sonido de la risa del chico rubio llamó mi atención de nuevo y me provocó una sonrisa involuntaria.

—Se llama Abel.

Me volví hacia Esther, que había seguido el rumbo de mi mirada.

—Está casado —añadió.

—Ajá...

—Con ella.

Señaló a una de las morenas de antes, no sé si Mariela o *NoSéQué*, que se llamaba la otra. No me estaba mirando con buena cara, la verdad. Pero, como yo no había hecho nada excepto observar, y eso es gratis, decidí no darle importancia, pero sí dejar de mirar al susodicho para evitar problemas. Ya sabía yo de buena mano que en relaciones ajenas no hay que meterse, así que por mucho que el colega estuviera de muy buen ver no sería yo la que diera pie a que su mujer se sintiera violenta. Me volví hacia Esther y Miriam, y comenzamos a conversar sobre nosotras.

Me enteré de que Esther era la hija del señor que regentaba la tienda del pueblo y que hasta ese mismo viernes había estado en Huesca haciendo un curso de administrativa para poder echarle una mano a su padre con todo el papeleo. Desde entonces, no tenía pensado moverse del pueblo a no ser que fuera para irse de fiestas a alguno cercano. Miriam y ella tenían veintiocho y veintiséis años respectivamente. Se habían criado allí y se conocían desde siempre. El resto de las personas reunidas aquella noche en el bar eran todos de Aragüés, a excepción de la mujer de Abel, que había terminado en el pueblo tras conocer a su marido mientras estudiaban en Huesca; y otro de los chicos, que era de Zaragoza, pero desde hacía cinco años vivía allí porque había montado unas casas rurales en el pueblo que tenían mucha afluencia de turistas.

La música nos acompañó durante toda la noche. Una música algo extraña al principio, pero que se volvió más comercial conforme avanzaron las horas y la gente empezó a encontrarse más animada. Tampoco es que pinchara David Guetta, pero el chico que se encargó de poner música no lo hizo mal del todo.

Madre mía, si una que yo me sé me hubiera visto en aquel lugar, rodeada de esa gente y moviéndome al ritmo de esas canciones, le habría dado un parraque.

Pero no, esa que yo me sé era una zorra asquerosa que no podía ocupar mi mente aquella noche. Ni tampoco nunca, dicho sea de paso.

Iba por mi tercer cubata. Todos en el mismo vaso, por cierto. Después, había que fregarlos a mano, así que nada de un vaso limpio para cada consumición. Si querías, podías darle un agua bajo el grifo antes de rellenarlo, pero siempre utilizamos el mismo. Me pareció algo normal, teniendo en cuenta el detalle del fregoteo.

—¿Y cómo se decide quién friega cada noche? —le pregunté, curiosa, a Miriam.

—Ya lo verás.

Su sonrisa debió avisarme de lo que estaba por venir, pero no supe detectar nada extraño en ella.

Conocí al resto de personas que había en el bar, aunque no todos sus nombres se quedaron en mi cabeza. Además, comenzaba a ir algo achispada y no estaba prestando especial atención. Solo recordaba a Esther, Mariela y *No Sé Qué*, un tal Ander, Gonzalo y, por supuesto, Abel. Y es que este último había empezado a observarme tras mi vuelta del cuarto de baño y no me quitaba ojo de encima. Traté de obviarlo, pero al final resultó demasiado escandaloso como para hacerlo.

Estaba rellenándome el cuarto cubata cuando sentí una mano en la cintura. Me volví y me di de bruces con sus ojos verdes, ligeramente enrojecidos a causa del alcohol. Sonrió y me di cuenta de que tenía las paletas demasiado pegadas, una de ellas montaba a la otra. Me pareció sexy. Demasiado.

—¿Qué tal, chica nueva? ¿Te sientes cómoda en el pueblo? —se interesó, mientras yo me hacía a un lado y él comenzaba a prepararse un nuevo combinado.

—No me quejo.

—Somos buena gente, aunque podamos parecer algo cerrados al principio. Ya verás como poco a poco nos vas cogiendo cariño, sobre todo a algunos.

Me guiñó el ojo y, como no me lo esperaba, le sonreí, puede que demasiado coqueta, olvidando por completo el lugar en el que me encontraba. La última vez que alguien me había guiñado un ojo de esa manera había terminado muy mal, sobre todo con un remordimiento de conciencia que todavía me pesaba. Yo no había salido mucho de juerga hasta unos tres meses atrás, cuando todo cambió, y podría decirse que desde entonces atravesé una breve aunque bastante alocada temporada. Sabía lo que querían decir las miradas, no era estúpida. Sabía lo que los hombres querían cuando utilizaban un tono determinado de voz. Y también sabía lo que yo quería de ellos. No, no es cierto, sabía lo que yo quise de ellos. Entonces ya no. No me interesaban los problemas ni los líos, y la forma de actuar que este chico estaba teniendo conmigo gritaba que los repartía gratis y sin que los vieras venir. El alcohol que llevaba dentro me había hecho reaccionar de manera equivocada, no debí sonreírle de aquella manera porque le dio a entender que podría tener algo conmigo. Me equivoqué. Di un par de pasos atrás, disculpándome, diciendo que tenía que ir al baño.

Cuando me dirigía hacia allí, vi que la mujer de Abel me observaba con

mala cara. Perfecto, había visto mi desliz en forma de sonrisa coqueta. Si antes había estado mirándome mal, no me cupo duda de que, desde ese momento, me habría crucificado de por vida.

Entré al cuarto de baño y me senté a hacer pis tranquilamente, olvidando por completo lo que acababa de suceder. Esperaba que no fuera más allá de lo que era: una simple tontería de esas que pasan cuando has bebido. Me lavé las manos y recogí mi copa de nuevo para salir. Al abrir la puerta, me topé con un hombre alto, vestido de gris oscuro, con el pelo largo y una barba que enmascaraba su rostro. Se detuvo ante mí y me miró durante varios eternos segundos. Como yo ya estaba borracha, no le dije ni media palabra, me cuadré de hombros ante él y esperé a que tuviera el valor de soltarme una de las suyas, porque estaba preparada para darle un rodillazo de los buenos en el epicentro de su masculinidad, si es que él tenía algo de eso.

Los ojos del Sombrío se posaron en los míos, envolviéndome de nuevo en aquella oscuridad que parecían arrastrar con ellos, dejándome bloqueada, haciéndome olvidar eso de golpear su masculinidad y consiguiendo que mis rodillas empezaran a temblar un poco. Era como la mirada de algún ser oscuro, del inframundo. Unos ojos tan tan atrayentes que daban miedo. Pero, de repente, me pareció que se dulcificaban, y un destello de fragilidad apareció en ellos. La mano del Sombrío se movió en mi campo de visión y me apartó el pelo de la cara con deliciosa lentitud. Se me erizó la piel, y que conste que quise evitar esa reacción porque nada que viniera de ese ser debía causarme algo similar al placer. Pero aquella caricia...

—Él no te conviene —murmuró con voz suave.

Parpadeé confundida, y eso pareció hacerlo despertar. Apartó la mano, pestañeó y todo rastro de dulzura desapareció, dando paso a las tinieblas del más allá de nuevo. Se apartó de mí a toda velocidad y se marchó del bar.

Me quedé muy quieta, viendo las tiras de goma del toldo de la puerta meciéndose de un lado a otro tras su salida. Sentí un inusual calor invadiendo mi cuerpo.

¿Qué coño había sido eso? ¿Aquella había sido su voz de verdad, la misma de siempre?

—¡Alicia! Ven dentro. —Miriam apareció frente a mí y me cogió la mano —. Ahora vas a descubrir cómo decidimos quién friega esta noche.

Me arrastró de nuevo al centro del bar, y vi que todos estaban reunidos con unas enormes sonrisas en sus rostros. Abel me miró con más detenimiento que el resto, haciéndome sentir algo incómoda, sobre todo por

su mujer, que estaba a su lado, ajena a esa mirada. La advertencia del Sombrío resonó en mi cabeza, pero la alejé. No pensaba acercarme a Abel, así que... fin del asunto.

—Bueno, vamos a ver a quién le toca fregar esta noche —anunció un chico con el que había estado conversando acerca de lo que él consideraba arte (comida; así estaba el pobre, que lo tirabas calle abajo y rodaba cual pelota)—. Sabéis que habitualmente nos lo jugamos de la misma forma, pero hoy tenemos una nueva integrante en el grupo y no podemos dejar que se marche a casa sin haber sido iniciada en la noche en la montaña.

—¡La noche en la montaña! ¡La noche en la montaña! —corearon todos.

¿Qué narices era eso?

Los miré frunciendo el ceño, abrí la boca para preguntar a qué se referían, pero no pude, ya que varias manos me agarraron de repente y me levantaron en volandas. Grité y pataleé, pero no me soltaron. Empecé a asustarme; entonces, vi que Miriam y Esther reían con todos mientras me sacaban del bar, así que no dejé que aquella sensación de pánico fuera a más. No me harían nada malo si ellas estaban allí también.

Salimos todos entre gritos, aullidos y aquello de «¡La noche en la montaña!» que repetían sin cesar. Hasta yo canturreé lo mismo, moviendo los brazos en el aire conforme me llevaban calle abajo. Entonces, me di cuenta de que no me llevaban únicamente calle abajo, me llevaban a las afueras del pueblo. Moví la cabeza para alcanzar a ver a Esther o a Miriam, pero no podía distinguir los rostros. El miedo volvió de repente. Incluso empezaron a pitarme los oídos.

Vi que mis amigas (porque eran las únicas que conocía en aquel lugar y creí que lo eran) forcejeaban con un par de chicos que las empujaban y obligaban a retroceder. Ellas trataron de golpearlos, y ellos se mostraron bastante agresivos, zarandeándolas de muy malas maneras. Abrí mucho los ojos y grité con todas mis fuerzas:

—¡Miriam! ¡Esther! ¡Por favor, bajadme!

Las manos que me sujetaban intensificaron su agarre, haciéndome incluso daño en algunas zonas de mi cuerpo. Pataleé, pero no sirvió de nada. Grité, y tampoco. Además, los perros guardianes que vigilaban los huertos próximos al río, al pie del pueblo junto a la carretera, escucharon mis gritos y comenzaron a ladrar y aullar, enmascarando mis peticiones de auxilio. Perdí de vista a Miriam y Esther. Perdí de vista la esperanza.

Si eso era lo habitual en ese pueblo, a mí que no me jodan; normal que

solo vivieran unas cien personas. La idea de hacer las maletas apareció en mi mente junto con una hermosa denuncia ante la policía por maltrato, o secuestro, o yo qué sé... por algo. Eso que me estaban haciendo no podía ser normal, debía de estar amparado por la ley y ser denunciabile.

Llegamos hasta la carretera y todos se detuvieron; traté de ver sus caras, pero de nuevo no reconocí ninguna. Estaba oscuro, no había luna, por lo que la noche era cerrada. Fue entonces cuando recordé una frase que Megan decía a todas horas: «La noche es oscura y alberga horrores». Jodido *Juego de Tronos*. Maldita Melisandre, ¡qué razón tenías!

—Si quieres librarte de fregar los vasos —dijo una voz que no supe identificar—, deberás regresar al bar en menos de cinco minutos.

—¿Cómo?

Traté de volverme hacia abajo, de mirar a las personas que me llevaban en volandas y adivinar si todo aquello estaba sucediendo de verdad o era una jodida broma de iniciación, como en las fraternidades universitarias de Estados Unidos. Cuando estiré el cuello, las manos que me sujetaban se movieron hacia delante impulsándome con ellas. Volé. Por unos segundos volé hacia la nada, hacia la oscuridad, hacia el sonido de la noche que lo envolvía todo, haciéndolo tenebroso. Pero seguidamente caí. Y no fue nada agradable. Aterricé sobre piedras y arbustos. Me hice daño en las manos y en los codos, puesto que caía de cabeza e intentaba protegerme. Por las justas, me dio para estirar los brazos hacia delante. Sentí un roce en la frente que comenzó a picar enseguida. Mis manos detuvieron mi avance al poco tiempo, deslizándose sobre la tierra, que sentí húmeda bajo las palmas.

Un montón de risas a mi espalda se vieron acompañadas por sonidos de pisadas. Los cabrones que me habían llevado hasta allí echaron a correr de vuelta al pueblo y me dejaron tirada.

—Hijos de una hiena... —murmuré sobre aquel suelo plagado de piedras.

Intenté ponerme de pie para correr tras ellos y regresar, ya no al bar, sino a casa. Quería encerrarme en ella y no volver a pisar aquel maldito bar en la vida. Quería recoger todas mis cosas y marcharme de ese pueblo del infierno en ese mismo instante. Me costó un rato, pero me puse de pie, y fue entonces cuando el mundo se me vino un poquito más encima.

Oscuridad. Crujidos. Susurros. Sombras terroríficas. El siniestro sonido del río a mi espalda. Frío.

—Mierda...

Me abracé a mí misma. Mi abrigo se había quedado en el bar y mi

preciosa blusa estaba rasgada en los brazos, dejándolos al aire. El frío me caló hasta los huesos. Estábamos en mayo, pero las noches eran muy frías. El alcohol que había consumido aquella noche se heló en mis venas y un miedo irracional me invadió por completo.

Estaba en medio de la vegetación, de noche; viendo las luces del pueblo al fondo, sí, pero sola, tirada en medio de la nada. Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Qué pasaba con esos gilipollas? ¿Acaso tenían quince años para comportarse así? ¿Y yo qué había hecho para merecer aquello? Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos y me abracé más fuerte, temblando, asustada, desilusionada, defraudada... Sobre todo conmigo misma. No podía con eso, no podía. Necesitaba volver a Madrid, a casa.

Un momento, ¿a qué casa? ¿A la suya? Nunca. Jamás. Me prometí que no volvería a pisar aquel lugar en los días de mi vida, y eso era lo que pensaba hacer. No regresaría. Además, ¿para qué? Volver para vivir una mentira no entraba dentro de mis planes. Aunque la verdad es que ser lanzada por un terraplén tampoco era algo que hubiera apuntado en mi lista de cosas que hacer antes de morir. ¡Oh, mierda! Iba a morir ahí, en medio de la nada, sola, sin que nadie pudiera escuchar mis gritos... Sollocé más alto y miré a mi alrededor. De repente, unos arbustos frente a mí se agitaron y grité, saltando en mi posición cuando vi una sombra salir de ellos y venir hacia mí. Chillé tanto que creo que perdí la voz.

—No grites, loca, que vengo a sacarte de aquí.

Y, por primera vez desde que aquel imbécil se topó conmigo con su *pickup* de color gris, escuchar el sonido de su voz carente de emociones fue lo mejor del mundo. Me abalancé contra él y sollocé en su pecho mientras me acunaba y me decía que todo estaba bien.

¿Y YO POR QUÉ HAGO ESTO?

El Sombrío

Yo me marchaba a casa, en serio. Me iba de allí porque estaba harto de aguantar las mismas gilipolleces de siempre.

En muchas ocasiones me había preguntado qué hacía yo juntándome con esa gente. No eran mi estilo de gente. Jamás lo habían sido. Lo de relacionarme con niñatos de más de veinticinco que seguían comportándose como si tuvieran quince no iba conmigo. Puede que porque yo maduré antes que ellos. Porque no me quedó otra alternativa. Por eso, los veía hacer todas las estupideces que hacían, o escuchaba sus comentarios, y me daban ganas de gritarles para que espabilaran de una santa vez. La vida no estaba para malgastarla con aquellas tonterías. La vida estaba para vivirla, pero no de aquella manera, no como ellos la sobrevivían.

Cada vez que escuché un comentario saliendo de la boca de Abel o de Ander, cada vez que vi cómo observaban a la chica nueva... me hervía la sangre. De verdad. «Niñatos gilipollas», tenía ganas de gritarles, «dejad de comportaros como críos y sed hombres». Pero con ellos era imposible. Nunca había entendido su manera de actuar y, a aquellas alturas, no iba a conseguirlo. Dudaba que alguna vez lo lograra.

La verdad es que no entendía por qué tenía que importarme a mí lo que dijeran o cómo miraran a esa chica. A Alicia. Porque ese era su nombre. Aunque a mí me gustaba más llamarla forastera, o no llamarla. Pasar de ella era lo más sencillo, por mucho que la primera vez que la vi descubriese algo en sus ojazos marrones que consiguió ponerme la piel de gallina. Puede que aquel brillo plagado de miedos, desamparo y desconcierto se semejara tanto al que una vez vi reflejado en los míos que hiciera que sintiera cierta conexión entre nosotros. Y, sin embargo, me daba igual todo lo que tuviera que ver con ella. ¿Qué importaba que hubiera visto algo familiar en su mirada? ¿Por qué narices debía afectarme a mí lo que el cerdo de Abel le dijera? Pero, por algo que no alcanzaba a entender, lo hacía.

En resumidas cuentas, no me hacía gracia que hablasen del tamaño de sus tetas o de su culo, y me gustaron mucho menos las miraditas que le echó Abel. Si las miradas follaran... la pobre chica no podría sentarse en días. Y conociéndolo, sabiendo del palo que iba, no me gustaba nada de nada.

Vamos, que su mujer desconocía su pasado y su... ¿cómo decirlo? Para explicarlo con claridad: su presente ocasional acompañado de mujeres que no eran ella.

«Él no te conviene».

¿Y entonces quién sí? ¿Yo? Vamos, no me jodas. Menuda manera de cagarla. No sé para qué le dije aquello, aunque la verdad es que me salió solo.

No debería haberla tocado. Al acariciar su rostro, sentí de nuevo la corriente que me conectaba a su mirada de cervatillo desamparado. No sé si ella era consciente de todo lo que sus ojos transmitían. Puede que no tuviera ni idea de que eran una ventana abierta a su interior y, en aquel momento, me contaron tantas cosas.

Mamá solía decir que tenía una capacidad especial para calar a las personas, que con solo una mirada podía descubrir mucho de ellos. «Eso es especial», decía, mientras me apartaba el pelo de la frente y me miraba con una sonrisa.

Puede que recordar a mi madre fuera lo que hizo que me urgiera escapar de allí, que sintiera la necesidad de tomar el aire y despejarme. Salí del bar, y el frío de la noche impactó contra mi rostro, miré hacia el cielo oscuro y respiré hondo. No me gustaba recordar. Me sentía incómodo al sentir la rigidez en el estómago y el picor en la nariz que venían unidos a un recuerdo. Prefería no pensar en nada del pasado, dejarlo atrás, olvidado, guardado bajo llave en el que fue el rincón más dulce de mi corazón, ese rincón que estaba destinado a no usarse jamás, a llenarse de polvo y de telarañas puesto que no tenía intención de abrirlo nunca. Dolía.

Oí las risas en el interior y decidí marcharme a casa. Había bebido lo suficiente como para excederme en mi trato con la nueva y cometer la estupidez de tocarla. *Bastante por hoy, Jorge, vete para casa y no la cagues más.* Así que comencé a caminar hacia el final de la calle sin que los sonidos de las risas y las voces desaparecieran del todo. Fue entonces cuando escuché la gilipollez de la noche en la montaña. No me gustó esa frase. Detuve mis pasos y agucé el oído a ver qué tontería se le había ocurrido a esa cuadrilla de lumbreras. Salieron del bar entre gritos y carcajadas, escuché a la nueva sobre las voces de los demás pidiendo ayuda, entre risas. Eso hizo que me relajara un poco. Pero ¿por qué coño me había inquietado? ¿Qué más me daba a mí lo que le pasara a aquella pija? Porque se notaba a la legua que era una niña pija que había escapado de la gran ciudad porque papá se había plantado y le había dicho que se buscara la vida, cortándole la Visa y obligándola a

ahuecar el ala de su acomodada vida de niña consentida. Aunque, bien pensado, si debía buscarse la vida, no tenía ni puñetera idea de qué hacía allí, en ese pueblo alejado de la mano del hombre y los dioses.

Iba a reanudar mi marcha cuando escuché que las risas pasaban a ser solo masculinas. Entre medias, creí oír alguna queja de las chicas, gritos y algo más. Chasquéé la lengua por ser tan jodidamente idiota como para ir a meterme donde no me llamaban, y volví hacia el bar. Mariela y Nagore estaban en la puerta, mirando cuesta abajo, de brazos cruzados y demasiado sonrientes. Me parecieron sonrisas de zorras, la verdad.

—¿Qué ha pasado?

—La pija, le van a dar una lección. —Nagore sonrió con malicia.

—¿Qué lección?

—Una noche en la montaña, ¿no lo has oído?

Las dos se echaron a reír y las miré ceñudo.

—Hasta las pelotas me tenéis —murmuré, comenzando a andar cuesta abajo.

—Podría ayudarte con ellas si quisieras...

Bufé, asqueado por la proposición de Mariela. Qué tía más pesada. Qué cansina. ¿No pensaba dejarme en paz nunca o qué?

Me olvidé de Mariela y lo que ella creía que a mí me gustaría que hiciera con mis pelotas, y seguí caminando. Me encontré con Esther y Miriam, que parecían asustadas, además de enfadadas. Me pidieron que fuera a ayudarla, así que seguí mi camino. No me crucé con nadie hasta llegar a la carretera. Los muy idiotas habrían vuelto al pueblo por las escaleras junto a los chalets, para confundir más a la chica. Malditos fueran.

—Cuadrilla de niños insensatos.

Me dio la risa, como cada vez que la palabra «insensatos» salía de mi boca o la escuchaba en cualquier conversación, película o donde fuera. Me recordaba a Gandalf y a todos los memes que rondaban por internet. ¡*Corred, insensatos!* Me hacía mucha gracia y no pude evitar que se me escapara una risita tonta. Pero cuando escuché sollozos entre la maleza, se me fueron las ganas de reír y volvieron las de cagarme en la madre de alguno.

Anduve despacio, adentrándome en los arbustos, descendiendo por la pendiente con cuidado de no resbalarme con las piedras sueltas, porque había bebido algo más de la cuenta y mi equilibrio no estaba al cien por cien. Los sollozos se escucharon con más nitidez. ¿En serio habían tenido la genial idea de tirarla allí, sola, en medio de la noche y con unas copas encima? ¡¿En

serio?! El enfado hizo que caminara más rápido y me olvidara de tener cuidado. Mi corazón latía demasiado deprisa y apreté las mandíbulas sintiendo algo extraño en mi interior. Un par de pasos más y la vi, justo en el instante en que ella me vio a mí y chilló como si fuera una alarma de incendios.

—No grites, loca, que vengo a sacarte de aquí —le dije para que callara de una maldita vez.

Se lanzó contra mí y me abrazó con tanta fuerza que casi me deja sin aire. Pero le devolví el abrazo sin decir nada. La mecí entre mis brazos mientras le pedía que se tranquilizara porque todo estaba bien.

Pero ¿por qué narices estaba yo abrazándola como si fuera una niña pequeña? Si esa pija a mí me daba igual. Entonces... ¿por qué noté que mi corazón se aliviaba al encontrarla sana y salva entre los arbustos y que latía de forma desconocida mientras sentía su cuerpo pegado al mío?

OH, VENGA, NO ME JODAS

Abrí los ojos lentamente. Pestañeeé para acostumbrarme a la luz que entraba por la persiana entreabierta de la ventana Velux que tenía encima y me estiré todo lo que pude en la cama. Qué bien se estaba tapada hasta las cejas después de una noche de...

Un momento. Mi habitación no tenía Velux.

¿Qué narices...?

Me incorporé como un rayo y observé la habitación. Que no era la mía, claro. Me cubrí hasta la barbilla con el nórdico y miré en todas direcciones por si había alguien más allí.

El techo abuhardillado de madera tenía dos Velux, pero solo por una entraba la luz del sol. Era la más cercana a unas escaleras también de madera que descendían hacia otra planta desde la que subía la melodía de una canción que no me resultó conocida. Las mesillas de color claro no tenían demasiadas cosas encima; es más, una estaba completamente vacía, la de mi lado. Bueno, *mi lado*, como si fuera mi cama. La mesilla del lado que estaba ocupando yo, por vete tú a saber qué. En la otra había una lámpara, un libro y un botellín de agua casi vacío. Me estiré para ver de qué libro se trataba. *El último catón*, de Matilde Asensi. Abrí los ojos, sorprendida. Era el mismo libro que yo estaba leyendo entonces. Recorrí el resto de la habitación, pero había poco que me diera pistas sobre dónde me encontraba. El armario estaba cerrado, era de color claro, al igual que las mesillas. Un sillón en un rincón, justo bajo la Velux, que permanecía con la persiana bajada, me hizo sonreír. Era una ubicación interesante para un sillón, parecía orientado a mirar el cielo. Justo entonces, las primeras notas de *My Girl*, de The Temptations, ascendieron por las escaleras hasta meterse en mi interior encogiéndome el corazón. Una sonrisa nostálgica se formó en mis labios. Me relajé y decidí levantarme para descubrir dónde me encontraba.

Fue entonces cuando vi que no llevaba puesta mi ropa.

De un fognazo, recordé la noche anterior. Mi blusa rota, la oscuridad de la noche, el frío en mis huesos, las lágrimas recorriendo mis mejillas, el miedo, el aroma del pecho del Sombrío mientras me abrazaba...

Di un respingo y volví a la cama. No me jodas. No, no, no. Era completamente imposible.

Bajé la vista y observé la camiseta que llevaba. Blanca, sin dibujos ni letras, grande, bastante probable que fuera de su talla. Olfiqué el cuello y el recuerdo de sus brazos a mi alrededor me golpeó de nuevo. Mierda. Carraspeé al continuar hacia abajo y mirarme las piernas. Desnudas, claro, pero sí llevaba las bragas. Menos mal. ¿Y quién me había desnudado? Esperaba fervientemente que hubiera sido yo.

Joder, Alicia... cómo te luces a veces.

Tragué saliva antes de decidirme a bajar de aquella preciosa habitación abuhardillada que no le pegaba en absoluto al ser que parecía habitar en ella. Necesitaba beber algo para quitarme el mal sabor de boca y el dolor de estómago que se me había puesto de repente. Y si descubría que había compartido cama con aquel... con ese... con él, moriría en ese mismo instante, de eso no me cabía la menor duda.

Descendí despacio las escaleras, agarrada a la hermosa barandilla de madera oscura y brillante que acompañaba los peldaños. La música seguía sonando cargada de recuerdos de una infancia que parecía terriblemente lejana, pero me provocó de nuevo una sonrisa. La planta de abajo era un enorme salón-comedor en el que un sofá negro de tremendas dimensiones presidía el espacio, justo en el centro, frente a una televisión de plasma *full HD, mega equip*, mega todo, de trepicientas pulgadas, que incluso me pareció curva. ¡Qué pedazo de tele! La mesa del comedor también era enorme, como todo lo que había repartido por la sala. Unas quince personas podrían sentarse a su alrededor para compartir una comilona. Las sillas de madera hacían juego con ella, todas del mismo tono oscuro, con una preciosa filigrana en el respaldo. Cuatro ventanas, abiertas de par en par en ese momento, iluminaban todo, dejando entrar la luz del sol y permitiéndome ver una estantería plagada de libros, fotos y pequeñas figuritas. En las paredes había cuadros. Me acerqué a verlos cuando escuché un carraspeo a mi espalda.

—Veo que por fin has vuelto en ti.

Cerré los ojos y me dieron ganas de estirar el bajo de la camiseta hacia mis rodillas para que no me viera nada que no debía. Pero no lo hice. El habitual frío sonido de su voz había sido distinto. Me pareció... normal.

Di un paso adelante y comencé a volverme despacio. Me peiné un poco con los dedos, demasiado nerviosa de repente. Me humedecí los labios cuando lo encontré de pie ante mí. Algo le pasó a mi corazón, que se detuvo por un segundo. Puede que fuera porque lo que vio no le resultó indiferente.

No sé a qué persona en su sano juicio le hubiera resultado así.

El Sombrío estaba descalzo sobre el suelo de madera, llevaba un pantalón de pijama azul marino de tela y una camiseta blanca exactamente igual a la que yo llevaba puesta, pero que le quedaba demasiado ajustada para mis pícaros ojillos. Pude ver tatuajes en sus brazos. Bueno, sería más correcto decir que vi brazos en sus tatuajes puesto que, desde la muñeca hasta donde alcanzaban las mangas cortas de la camiseta, se veía tinta negra por todas partes. Tragué saliva. Me pareció que su pecho estaba excesivamente bien definido. Dirigí mi vista hacia su rostro y casi me atraganto con mi propia saliva. Una coleta. Una jodida aunque a la vez gloriosa coleta le apartaba el pelo de la cara. Sus enormes ojos azules me observaban con cierta sorna. Carraspeé y me cuadré de hombros.

—¿Qué hago aquí?

Siguió mirándome con fijeza hasta que su boca se curvó en una sonrisilla de esas cargadas de burla tan habituales en él.

—Buenos días a ti también, forastera. No temas, no atenté contra tu estatus de doncella.

—¿Y mi ropa?

—En la basura.

—¡¿Qué?!

Avancé hacia él, porque a su lado estaba la habitación de la que había salido, y mi ropa podía estar allí si eso era la cocina. Acerté, lo era. Una pedazo de cocina que hacía que la mía pareciera sacada de la casa de los Pin y Pon. Electrodomésticos modernos de acero inoxidable, muebles en color caoba, encimera Silestone (en serio, yo entendía de calidades y esa era de las buenas) y una mesa con un par de sillas en la que dos tazas, dos platos y unos cubiertos descansaban sobre un precioso mantel de tela blanco.

¿Qué narices hacía el Sombrío viviendo en aquella casa? ¡Era la casa de mis sueños! Tan bonita, espaciosa, luminosa y ¿he dicho ya que era preciosa? En serio, no entendía nada.

Me quedé paralizada en medio de aquella cocina sacada de uno de esos programas del canal Divinity en los que te construyen la casa que tú quieras, y me sentí completamente desubicada. De fondo se escuchaba una canción de los Beatles, fui incapaz de reconocerla porque mi cerebro estaba en *off*.

—¿Quieres café?

Sentí que pasaba a mi lado, traté de evitar aspirar su aroma conforme lo hacía, pero fue imposible, y vi que cogía la cafetera para después darse la

vuelta hacia mí y mostrármela. Como si yo fuera tonta y no supiera lo que era el café. Aunque por mi cara de pasme, podía dar la impresión de que sí lo fuera. Parpadeé y, de nuevo, volvió su sonrisita burlona. En serio, ¿no se cansaba de esa pose? Ni de esa jodida coleta que le hacía parecer, no sé, un puñetero modelo del catálogo de tíos buenos. Un momento, acababa de pensar que él era un tío bueno, ¿verdad? *Señor, llévame pronto, estoy perdiendo la chaveta*. Pero es que, sinceramente, ¡lo era! Volví a observar sus brazos tatuados, su barba demasiado larga para mi gusto, que ni siquiera me gustan esas de aspecto de tres días, y, cuando iba a volver a centrarme en sus ojos, agitó la cafetera ante mí de nuevo.

—¿Estás enterándote de lo que te digo, forastera?

Asentí deprisa y él vertió café en una de las tazas, que después me ofreció y cogí con ambas manos antes de apretarla contra mi pecho.

¿Qué narices estaba pasando? ¿Había sido abducida por extraterrestres que me habían llevado a un planeta Tierra paralelo donde el Sombrío vivía en una casa preciosa, escuchaba buena música, leía libros, tenía tatuajes y vestía un pijama demasiado sugerente rematado por una coleta que lo hacía tremendamente sexy?

Era eso, o había perdido la cabeza tras ser despeñada por aquel terraplén la noche anterior.

—He preparado tostadas francesas, ¿quieres?

Asentí muy despacio con la cabeza, asustada, realmente acojonada por la posibilidad de haber viajado a otra galaxia a través de un agujero de gusano y encontrarme en esa maldita realidad paralela en la que él sabía hacer tostadas francesas. ¡Tostadas francesas! ¿En serio?

Retiré la silla y tomé asiento muy despacio, como si mi cuerpo estuviera dormido de repente. Toda aquella información estaba siendo demasiado para mí. Me encontraba al borde del yuyu. El Sombrío me plantó una tostada que olía muy bien en el plato, espolvoreada con azúcar glas. Mi estómago rugió encantado.

—Gracias —murmuré, cohibida.

Él asintió y empezó a comer. No dijo nada ni yo abrí la boca, excepto para devorar esa maravilla de bomba calórica que había cocinado. Estaba deliciosa. Comimos en un cómodo silencio aderezado por las voces y la música de Paul, John, Ringo y George.

—Tu ropa está ahí —dijo de repente, señalando una bolsa junto a la puerta.

—Oh...

—No la he tirado, chica pija, te estaba gastando una broma.

Y sonrió.

Y el cielo se abrió, y los ángeles cantaron, y las arpas sonaron, y Alicia Ciruelos casi babea delante del tipo de hombre que jamás creyó que podría activar todas y cada una de las células de su cuerpo con una simple sonrisa. Pero es que menuda sonrisa.

¿Dónde estaba el Sombrío y quién era ese modelo de pasarela que estaba sentado ante mí?

—¿Quién coño eres?

La pregunta se me escapó, en serio, pero empezaba a creer de verdad que había sido abducida y llevada a aquella realidad paralela en la que la persona que me sonreía y me observaba con esos ojos azules tan profundos como el océano no era la misma que había estado pasando de mí día sí y día también, además de tratarme con bastante malas formas.

—¿Ayer te golpeaste en la cabeza cuando esos idiotas te tiraron? — Frunció el ceño y se acercó a escudriñar mi rostro.

—No me golpeé, estoy bien. —Entonces me toqué la frente y descubrí un araño. Bueno, sí me golpeé, pero no es eso, es que... estás raro.

—No estoy raro.

—Claro que sí. Tú jamás sonríes.

Soltó una risita que me sobresaltó.

—Ni te ríes —exclamé, señalándolo.

—Me río, sonrío, canto en la ducha y me tiro pedos. ¿Qué te parece?

Se puso de pie y empezó a recoger los platos. Yo me quedé mirándolo embobada. De verdad, que alguien me tirara un vaso de agua helada para espabilarme porque aquello no era normal. Él comenzó a fregar, y yo seguí creyendo que me había vuelto loca un rato más. Cuando terminó, se me quedó mirando, apoyado en la encimera y con los brazos cruzados sobre el pecho. *Hello*, músculos.

—Tengo que irme —soltó, haciéndome despertar de pronto—. Tengo cosas que hacer y ya es demasiado tarde, nunca me marcho a estas horas de casa.

—¿Adónde vas?

Me picaba la curiosidad ante la persona que había creído que era, pero que resultaba ser completamente ficticia.

—A trabajar, forastera, algo que tú también deberías hacer si quieres vivir.

—Estoy dándome un tiempo.

—Qué suerte, yo no puedo hacer eso. Así que venga, mueve el culo, que tengo prisa.

Me sorprendió su brusquedad y que no me preguntara nada ante lo que acababa de decirle. Lo normal cuando dices que te estás dando un tiempo es que la gente se interese por saber por qué. Hice amago de levantarme de la silla, pero volví a sentarme. Él me miró e hizo un gesto con las manos para que me levantara de una vez.

—Antes de irnos, esto... Necesitaría saber qué pasó anoche exactamente.

Volvió a apoyarse en la encimera y se cruzó de brazos.

—Te recogí de entre los arbustos, me abrazaste como si fuera tu salvador, quisiste besarme, te desmayaste y te traje aquí. No sabía a dónde llevarte, no me pareció correcto quitarte las llaves de tu casa para meterte en la cama a escondidas. Menuda habladuría para la señora Palmira, que vive justo enfrente... Tuve que quitarte la ropa porque estabas llena de polvo y no pensaba meterte así en mi cama. Bonitas bragas, por cierto. Aunque no te toqué ni un milímetro de piel, tranquila. Como ya te he dicho antes, respeté tu estatus de doncella. Me acosté a tu lado y hemos dormido plácidamente; yo hasta hace una hora más o menos, tú hasta hace un rato.

Boqueé un total de cinco veces durante su respuesta. ¿Cómo? ¿Qué? *What?*

—Venga, en serio, chica pija, tengo que irme.

Salió de la cocina dejándome allí, todavía impactada por lo que acababa de decir. Con total parsimonia, por cierto. Como si el hecho de que acabara de meter en una misma frase que era mi salvador y que yo había intentado besarlo no fueran claros signos de alarma, pavor e histeria. Escuché que subía escaleras arriba, así que ahí fui yo, tras él, con una especie de subida de azúcar por la tostada francesa que me ayudó a recomponerme.

—¡Oye! —grité conforme subía—. Quiero dejar muy claro que anoche yo no me encontraba especialmente bien, había bebido, me asusté mucho y...

—No pasa nada, forastera.

Cuando llegué a la habitación, lo vi de espaldas, con la cabeza metida en el armario, buscando ropa.

Que no le diera la importancia que yo le estaba dando me sentó mal. Muy mal.

—Claro que pasa.

—Tengo que cambiarme. ¿Quieres estar presente mientras lo hago?

Parpadeé muy deprisa. *Oh, sí, por favor, desnúdate despacito, muy lento y contonea ese cuerpazo que gastas para mí... No. No, no, no.* Tragué saliva y me di la vuelta para bajar las escaleras a toda velocidad. Creí volver a escuchar esa risita de antes en la cocina. Me quedé sentada en el último escalón agarrada a mis rodillas, pensando que, si de verdad había intentado besarlo, eso era el fin. ¿Cómo iba yo a intentar besar a un ser como él, oscuro, sombrío y sin sentimientos? Ni de coña. Imposible.

Cuando lo escuché bajar, me puse de pie. Ahí estaba el Sombrío de vuelta, con su ropa oscura, sus botas de montaña y el pelo suelto cubierto por una gorra negra. Una parte de mí gimió decepcionada por volver a verlo así. Yo quería más coleta, más ojazos azules bien visibles, más brazos tatuados, más torso musculoso, más... *Más te vale centrarte de una puñetera vez, Alicia.*

—Puedes marcharte cuando quieras, cierra bien al salir —dijo, pasando a mi lado y yendo hacia la cocina de nuevo.

—¿Me vas a dejar aquí? —exclamé, sorprendida, caminando tras él—. Tengo que irme a casa.

—Si te vistes, te llevo. O, si prefieres ir enseñando esas bragas de color rosa por todo Aragüés, tendré que preparar el móvil para grabarlo, me encantaría volver a ver el espectáculo una vez tras otra.

¿Estaba bromeando conmigo?

—Mi ropa está destrozada...

—Espera, te dejaré algo que pueda servirte. —Salió de la cocina y dejó una bolsa térmica junto a la puerta de la casa.

Lo observé ir hacia una de las dos puertas cerradas que había junto a la cocina, la abrió, entró rápidamente y cerró tras él. Me quedé muy quieta sin saber qué debía sacar en claro de aquello de dejarme ropa que pudiera ser de mi talla. ¿Ropa de quién? La puerta se abrió de nuevo, y vi que llevaba unos vaqueros y una camisa de cuadros, doblados con cuidado entre las manos. Se acercó a mí para dármelos y señaló la otra puerta cerrada.

—Esto es el baño. Tienes dos minutos exactos o me iré sin ti.

Jodido borde.

Pero hice lo que me dijo. Entré al baño y casi muero de gusto al ver lo bonito, limpio y ordenado que estaba, de nuevo preguntándome qué hacía él viviendo allí. Sin embargo, esta vez no le di demasiadas vueltas. Tenía que vestirme a toda velocidad. Me puse los vaqueros, que me estaban un pelín ajustados, tuve que aguantar la respiración para poder abrochar el último botón. La camisa era muy bonita pese a ser de ese estilo de cuadros leñadores

que todos parecían vestir en aquel lugar. Era en tonos rosas, verdes y azules claros. ¿De quién sería? La talla me iba perfecta. Abrí el grifo del lavabo para lavarme la cara y observé el cepillo de dientes sobre la repisa. Solo uno. Un único cepillo. Así descarté la opción de que viviera con una chica.

¡Un momento! ¿Y a mí qué coño me importaba si vivía solo o acompañado? Era el Sombrío, leches, ¡el ser sin alma que te miraba con trazas de infierno helado en sus ojos!

Traté de peinarme los restos de los rizos de la noche anterior con un poco de agua y salí de nuevo. Él ya estaba esperándome con la puerta abierta. La música había cesado, y el absoluto silencio me incomodó un poco. Cogí mis botas, que estaban junto a la bolsa en la que reposaban los restos de mi ropa, y me las puse lo más rápido que pude. Lo observé tratando de encontrar parte del chico medio agradable que había compartido conmigo el desayuno, y, cuando levantó la vista de la pantalla de su teléfono móvil y nuestros ojos se encontraron, un destello de algo que no reconocí me sorprendió.

—Vamos, vamos, vamos. Llego tarde, forastera.

Adiós, destello. Caminé delante de él y, al salir a la calle, el sol de la mañana impactó en mis ojos, haciendo que tuviera que ponerme una mano a modo de visera. Me volví hacia atrás, él cerró con llave la puerta y comenzó a andar hacia la derecha, sin decirme nada. Lo seguí a pasos rápidos, porque casi iba corriendo, y con esas piernas tan largas avanzaba mucho más que yo. Cuando llegamos a su *pickup* llena de barro, ambos nos metimos en su interior. Arrancó tras varios intentos y juramentos, y dio marcha atrás para salir. Me pareció ver que las comisuras de su boca se curvaban en una sonrisa. Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Nada, nada.

Y su sonrisa apareció amplia, radiante, blanca, iluminando su rostro enmarcado por esa maraña de pelo. Mira que iba con la ropa de trabajar, con esa horrible gorra, montado en ese coche lleno de porquería, pero... lo vi guapo. Y me asusté. Creo que malinterpretó el gesto de mi rostro porque, cuando comenzó a conducir por las estrechas callejuelas del pueblo y su boca se convirtió en la línea recta que era habitualmente, dijo:

—Estaba pensando que, si hubieras ido vestida con la ropa que llevabas anoche, no te habrías montado en este coche ni loca.

—¡Ni de coña! —exclamé divertida, casi sin darme cuenta.

Él sonrió. Yo me asusté de nuevo. Por sus palabras, por su preciosa

sonrisa, por haber acertado de pleno con su comentario, por mi respuesta espontánea, por lo cómoda que llevaba sintiéndome con él toda la mañana y porque sí, coño, porque era el Sombrío, la persona que llevaba haciéndome sentir como un cero a la izquierda desde el primer día que puse un pie en ese lugar. Desagradable, hosco, frío, distante... así había sido él. Pero ahora no. Bueno, tampoco es que fuera la simpatía personificada. Parecía reservado y cambiante a la hora de mostrar sus sentimientos. Pero tenía algo... algo oculto que...

—Tu parada.

Me sobresalté cuando detuvo el coche frente a la puerta de mi casa.

—Gracias por traerme. —Carraspeé, agarrando la manivela de la puerta y abriéndola—. Y por lo de anoche.

—No hay de qué.

Se volvió a mirarme con esos abismos de incertidumbre que eran sus ojos. Yo permanecí estática.

—Alicia, baja de una jodida vez.

—Sí, claro. —Lo hice, pero no cerré la puerta—. Sabes mi nombre...

—Todo el mundo conoce tu nombre. Eres la nueva aquí, ¿recuerdas?

—Pero yo no sé el tuyo.

Se llevó una mano a la visera de la gorra y la echó un poco hacia atrás, me miró fijamente, y de nuevo todas las células de mi cuerpo se activaron, nerviosas.

—Me llamo Jorge.

—Genial.

Pisó el acelerador y empujó la puerta para que se cerrara mientras su coche avanzaba calle abajo. Me quedé ahí, plantada, con cara de no tengo ni idea qué, rumiando todo lo sucedido, bastante exaltada, con una sensación extraña recorriéndome el cuerpo.

—¿Qué pasa, Alicia? ¿Tomando un poco el aire?

Pegué un bote en el sitio y me volví arrebolada hacia mi vecina Palmira, que me miraba desde su ventana con cierto aire de alcahueta que acaba de presenciar todo, pero no piensa soltar prenda.

—Sí, sí, hace muy buena mañana, ¿no le parece?

—Demasiado buena...

Sonreí ante el tonito malintencionado de su voz, tratando de hacerme la inocente y la indiferente. Cogí las llaves de casa de dentro de la bolsa con mi ropa y abrí la puerta lo más rápido que pude. Una vez en el interior de mi

hogar, respiré hondo para que esas extrañas sensaciones que me habían invadido a lo largo de ese rato con él desaparecieran. No las quería dentro de mí. Que mi cuerpo reaccionara de esa manera ante una persona como el Sombrío no me gustaba. Lo detestaba. A él y las sensaciones.

Jorge, se llamaba. Jorge, el Sombrío. Jorge, el de los tatuajes en los brazos y los ojos azules más penetrantes que había visto jamás. Jorge, el de la coleta sexy. *¡Jorge mis cojones, Alicia! Basta ya, basta, basta.* Me paseé por la planta baja de mi casa negando con la cabeza. Jorge, no. Era el Sombrío, debía recordarlo.

El sonido de mi teléfono me sobresaltó y me acerqué para ver quién era. Reconocí el número y contesté con una enorme sonrisa.

—¡Megan! ¿Qué tal estás?

—Jodida tarada, ¿el aire de la montaña te está haciendo entrar en razón y vas a volver a Madrid de una vez o piensas seguir allí mucho tiempo?

—Yo también me alegro de escuchar tu voz —reí, sentándome en el sillón más cercano a la puerta.

—Te echo de menos, ¿qué esperabas?

Gimió un poco y sonreí, nostálgica.

Megan, mi mejor amiga, lo mejor del puñetero mundo. Lo único que me había dolido dejar atrás.

—Yo también te echo de menos a ti —admití, observando las cortinas naranjas.

—Espero que me cuentes que ya has hecho un par de obras de arte para poder comenzar con eso de exponer.

—No he hecho una mierda.

—¿Y qué narices haces allí todo el día? —Su voz denotaba cierta diversión.

—Estoy convirtiéndome en una huraña mujer del norte, Megan, como todos los habitantes de este lugar. Oscura, cerrada y cascarrabias.

—Imposible. Tú eres como una bolsa llena de chuches: tan dulce que puedes causar dolor de estómago.

Las dos nos echamos a reír. Cuánto echaba de menos tenerla cerca. En ese momento, le hubiera dado un abrazo.

—Y dime, ¿dónde estabas? Llevo llamándote desde hace una hora. He estado a punto de decirle a Estefan que robara el helicóptero del Samur para ir a buscarte.

—Exagerada...

Guardé silencio un par de segundos, planteándome contarle lo que había pasado. Tragué saliva y me pasé la mano por la nuca.

—Ali... —empezó con su voz de interrogatorio—, ¿hay algo que quieras contarme? ¡Espera! ¿Has encontrado al montañero?

Puse los ojos en blanco. Y dale con el jodido montañero. Cada vez que hablábamos por teléfono, me venía con lo mismo. Desde que le hablé de mi idea de irme a los Pirineos, había estado dándome la murga con el montañero de las narices. Que si iba a encontrar un hombretón curtido que me pondría mirando a Cuenca, que si tendría las manos fuertes y rasposas, que si sabría arar y plantar tomates, que si me plantaría un buen pepino... Megan y sus fantasías masculinas. Con las pocas ganas que me habían quedado a mí de tener fantasías. Y menos todavía masculinas.

La imagen de Jorge de pie en el centro de su salón, mirándome, descalzo, con la coleta y esa camiseta blanca inundó mi cerebro y la obligué a marcharse de allí. Acababa de decir que nada de fantasías masculinas. Debía recordarlo, tenerlo muy presente. Cero fantasías, imágenes en la mente o pensamientos impuros sobre mi cuerpo pegado al suyo. ¡Alicia, coñe, ya vale!

—Aquí hay muchos montañeros, pero ninguno como el que tú te imaginas —le dije, suspirando—. Lo que hay es mucho imbécil y bastantes gilipollas. ¿Te puedes creer que anoche me tiraron por un terraplén en una especie de iniciación a la vida de aquí?

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Salimos a tomar algo al bar de Tomás, bueno, al bar a secas; solo hay uno, así que no importa que tenga nombre. Bebimos un poco, me presentaron a toda la gente joven de aquí y...

—¿Cuántos hay?

—¿De qué? —pregunté confundida.

—De jóvenes.

—Unos quince.

Se carcajeó a gusto. Me hizo sonreír.

—Y la mitad son estúpidos, bueno, casi tres cuartas partes. Las chicas, unas arpías, excepto Miriam y Esther el resto no merecen la pena. Y los chicos, auténticas bestias. Me cogieron en volandas, me sacaron del bar y me tiraron por una pendiente, en medio de la noche, sin más. ¿Qué te parece?

—Joder, qué cabrones, ¿no?

—Unos hijos de fruta es lo que son. Pasé un miedo terrible, a oscuras,

escuchando los sonidos de los animales que correteaban por ahí —dramaticé un poco la situación, aunque lo cierto es que me había acojonado mucho—, pasando frío porque me destrocé la blusa y aquí las noches son heladoras. Menos mal que Jorge vino y...

—¿Jorge? ¿Quién es Jorge?

Pensé en cambiar de tema, pasar de contarle nada referente a él, aunque... Bueno, necesitaba hablarlo con alguien, y Megan era mi único alguien en el mundo. ¿A quién se lo iba a contar si no, a la señora Palmira?

—Jorge es el nombre del Sombrío —solté, notando que se me subían los colores.

Megan estalló en carcajadas. Le hacía gracia eso del Sombrío. Cuando le hablé de él por primera vez, declaró su odio perpetuo hacia él por tratarme de aquella manera. Sin embargo, conforme le fui contando sus desplantes, lo encontraba más y más divertido, justo lo contrario de lo que me sucedía a mí, que cada vez lo odiaba un poquito más.

—¿El Sombrío te rescató?

Casi me la podía imaginar sentada en el sofá de su salón, echada hacia delante y gesticulando con las manos.

—Sí, él me rescató.

—Joder, va a resultar ser menos demonio de lo que creímos.

—Y que lo digas, aunque ganas de pecar con él sí que dan.

Lo solté sin pensar. Ella estalló en carcajadas, escandalosa como Megan era. Tuve que echarme a reír también. Hablar de eso con ella me venía bien, desahogarme y tratar de encontrar una explicación a todo lo vivido aquella mañana. Así que le conté lo de la preciosa casa en la que vivía, lo del pijama, lo de la coleta, lo de los tatuajes, lo de las tostadas francesas, lo de su bordería, pero atenuada por esa... no sé, ¿galantería? Estaba confundida, muy confundida con el Sombrío... con Jorge... ¡como fuera!

—Así que el Sombrío está de toma pan y moja —sentenció cuando terminé de contarle.

—Está de móntame y cabalga.

—Joder, qué sorpresa. Y encima es un rescatador de damiselas en apuros. Alicia, menudo hallazgo inesperado.

—No creas, sigue teniendo algo oculto, esos ojos no parecen de ser humano. Puede que haya sido enviado por Lucifer a la Tierra como castigo por algún gran pecado que cometió, y viva una vida amarga que lo hace ser así de frío y borde. Pero es tan guapo que, de vez en cuando, sale por ahí para

engatusar mujeres, hacerles caer en sus redes seductoras y mandarlas derechitas al infierno para sufrir bajo el yugo de su padre Satanás. ¡Coño, eso es! Es el hijo del demonio padre, por eso está tan bueno.

Las dos nos reímos hasta las lágrimas. Pasamos varios minutos más hablando de Estefan, de sus turnos interminables como auxiliar del Samur, del agobio en el trabajo de Megan, ahora que tenía que cubrir un encuentro internacional de telefonía móvil para el periódico en el que trabajaba, de cómo iban las cosas por Madrid e, inevitablemente, ellos salieron a relucir.

—Los vi hace dos noches —dijo con voz suave y cierto toque precavido.

—No me importa.

No quería hablar de ellos. No quería saber nada de nada.

—Jesús preguntó por ti.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no tenía ni idea de dónde estabas. Sé que si se entera se lo dirá a la Gran Perra.

—Gracias, prefiero que sigan sin conocer mi paradero.

—Sabes perfectamente que no seré yo la que diga ni media palabra. Respeto tu decisión. Creo que hiciste lo correcto.

Respiré hondo.

—Yo también, aunque me cueste. A veces me siento muy sola aquí. La soledad no mola tanto como creía.

—Estás conociendo gente, Ali. Ya verás como poco a poco todo irá mejor.

—Si consigo encontrar la inspiración para ponerme a pintar o hacer algo con estas manos que han olvidado cómo modelar, empezaré a encontrarme mejor. Llevo aquí tres semanas y no he pintado ni un triste bodegón.

—Sal a la calle. Coge tus lienzos y busca un lugar donde la inspiración te encuentre. Eso es lo que hacías en la universidad, ¿recuerdas? No esperes que venga sola, Ali, deja que ella vaya a ti.

Asentí despacio. Tenía razón.

Nos despedimos mandándonos muchos besos y abrazos, me levanté del sillón y subí a mi cuarto para cambiarme de ropa. Dejé la que Jorge me había prestado en el cesto de la ropa sucia para poder devolvérsela limpia cuanto antes, me puse unos pantalones de algodón amplios, una sudadera y mis New Balance azules. Cogí el caballete, tres lienzos y mi maleta de pinturas, pinceles y demás. Bajé las escaleras casi corriendo, cargada con todas mis cosas, abrí la puerta y salí a la soleada mañana en la que pensaba dejar que la inspiración me encontrara de una maldita vez.

Di con un paraje precioso, a cinco minutos en coche, en el que coloqué el caballete y comencé a pintar sin pensar en nada, solo observando lo que me rodeaba. Árboles, cielo azul, montañas, el sonido del río y de las aves, flores aromáticas... y la inspiración llegó. Ella sola. Entró en mí sin que me diera cuenta, llenando mi cerebro de la calma que me solía invadir antes, cuando pintaba, y salió a través del pincel manejado por mis hábiles manos.

No sé el tiempo que pasé allí sentada sobre una enorme roca, al lado del río, con toda la belleza del valle ante mí. No tuve hambre ni sed, tampoco sentí frío. No noté nada que no fuera concentración. Me embargó una tremenda emoción por lo que estaba consiguiendo al fin.

Llevaba años sin pintar. Demasiado tiempo. Con lo que el arte había significado para mí durante toda mi vida... Qué injusta fui conmigo misma. Pero entonces creí que hacía lo correcto. Lo aparté rápido y sin dudarle ni un instante. Por ellos. Dejé que sus palabras hicieran mella en mi interior, creí lo que decían y dejé de creer en mí. Me fallé. Durante años dejé que la Alicia con la cara manchada de pintura y sonrisa alegre fuera sustituida por la Alicia perfectamente arreglada que contestaba al teléfono en una oficina. Y me conformé. Aunque también me equivoqué. ¡Y de qué manera!

Por suerte, a veces solo necesitamos caer para darnos cuenta de que al ponernos de nuevo en pie todo puede arreglarse. Los sueños siguen allí, tan solo tenemos que quitarles el polvo y luchar otra vez por ellos.

Aquel día, junto al río, cuando observé el cuadro finalizado y unas cosquillas que no recordaba recorrieron mi estómago por el orgullo del trabajo bien hecho, recordé lo que papá solía decirme cada vez que le mostraba uno de mis trabajos.

—Qué grande eres, hija mía. Transmites magia con lo que pintas. Eres una maga del arte.

Cómo me gustaba cuando me llamaba maga. Podía recordar con total nitidez su mirada orgullosa, su caricia en la mano, su sonrisa sincera y el olor a tabaco impregnado en sus ropas. Todavía hoy lo recuerdo, como si fuera ayer, como si al abrir los ojos fuera a estar ahí sentado junto a la ventana observando la lluvia caer, algo que le encantaba hacer y disfrutaba.

Sentí mis ojos llenándose de lágrimas con aquel recuerdo. No solía dejarme llevar por la nostalgia, pero aquel día lo hice. Puede que el haber

escuchado la canción que él decía que era nuestra me hubiera afectado más de lo que creí. *My Girl* era nuestra, de papá y mía. Yo era su chica, su niña, su maga del arte. Y él era mi héroe, mi apoyo, mi padre. Y, en aquellos momentos, lo eché más de menos que nunca. Ya no estaba para abrazarme y decirme que siguiera luchando por mis sueños. Ya no estaba para darme su apoyo en esa nueva andadura. Ya no estaba para ayudarme a conseguir aquello que nos propusimos hacer juntos. Tres años son mucho tiempo, pero hay heridas que nunca cicatrizan. Ese sueño que compartimos, que era tan suyo como mío, que me recordó por última vez la tarde en que nos dejó, ese sueño se haría realidad. Porque mis sueños habían vuelto, nítidos, vivos y reclamando la atención que merecían, tanto que me había propuesto hacerlos realidad. Como debieron hacerse mucho mucho tiempo atrás.

INSPIRACIÓN Y TORMENTAS

Por las mañanas remoloneaba. Mucho. Se había convertido en uno de los mejores momentos del día. Me costaba bastante pillar el sueño por las noches así que, al despertar, normalmente nunca después de las ocho, me gustaba quedarme en la cama, cubierta por el grueso nórdico que en aquellas fechas todavía no me molestaba, porque las noches eran frescas y dormir sola aún me enfriaba los huesos.

La ventana de mi habitación estaba pegada a la cama, así que estiraba una mano y abría una de las contraventanas para dejar que la luz entrara a sus anchas. Y me quedaba allí, mirando con pereza hacia fuera, con ojos adormilados y cansados, observando el cielo, a veces nublado y en ocasiones tan azul que parecía irreal. Todo allí era más. El cielo era más azul, los árboles eran más verdes, el agua más cristalina, el aire más puro, el sol calentaba más y el frío apretaba muchísimo más. Y yo sentía que me convertía en más. Ahí tumbada, con el brazo flexionado sobre mi cabeza, con mi melena rubia esparcida por la almohada, mirando al exterior desde mi refugio de piedra y madera, lejos de todo lo que me hizo tanto daño, de aquellos que me hicieron sufrir... ahí sentía que era yo, y que era más.

Pasaban minutos y minutos, sin moverme, observando todo y con la mente en blanco. Ese era mi momento diario de paz, el que me permitía levantarme con fuerzas después de darme cuenta de que el mundo era bonito, de que todavía había esperanza para mí y que en aquel lugar podía volver a ser la Alicia que siempre había soñado ser.

Cuando era niña, quería ser pintora. Después, quise ser artista. Sin más. Artista. Dedicarme al arte, a pintar, a modelar, a crear... A dar rienda suelta a lo que hacía que un cosquilleo me recorriera los dedos de las manos a todas horas. En ocasiones era tan intenso que tenía que ponerme a dibujar en cualquier lugar: una servilleta en un bar, una acera mientras esperaba que pasaran a recogerme o uno de los cuadernos que solían acompañarme en mi bolso siempre que salía de casa. Necesitaba pintar, era algo sin lo que mi vida carecía de sentido. Poco después, me di cuenta de que la escultura no se me daba mal y empecé a modelar y a crear obras que decoraban mi cuarto y la habitación que se había convertido en mi estudio personal. Tendría quince años cuando dije a mis padres que quería ser pintora; los dos se echaron a

reír. A los diecisiete, cuando les dije que iba a estudiar Arte, empezaron a creérselo. Parecía que la niña no les estaba tomando el pelo. A mi madre no le hizo ninguna gracia, ¿cómo iba a ser yo, la heredera de Emilio Ciruelos, una simple pintora? Yo debía estudiar Derecho o Dirección de Empresas, o cualquier carrera que me ayudara a tomar las riendas del imperio familiar. Pero mi padre me miró muy serio y me dijo que debía hacer lo que me hiciera feliz. Así que me matriculé en la facultad de Arte y comencé mi aprendizaje para cumplir mi sueño.

Y mi padre sonreía al verme hacer aquello que me apasionaba, disfrutaba viendo mis obras y mis logros. Se emocionó cuando saqué las mejores notas de toda la promoción, y, el día que me ofrecieron aquel viaje a Nueva York para perfeccionar mi estilo y aprender con los mejores, derramó tantas lágrimas como yo. Mi sueño se hacía realidad, lucharía por él y haría lo que de verdad quería hacer en la vida.

Pero ese sueño se quebró y quedó relegado a un segundo plano cuando las cosas cambiaron. En el mismo instante en que todo dio un giro de ciento ochenta grados, la Alicia artista, la maga del arte, como me llamaba papá, pasó a ser la Alicia administrativa, servicial y eficiente que desempeñaba las labores que le encomendaban para el buen funcionamiento de la empresa que llevaba su apellido. No fui yo la que asumió el mando, por supuesto que no; al no estudiar para ello, no tenía conocimientos básicos, y podría haber sido un error colosal que ni la junta directiva ni mi madre pensaban permitir. Así que entré en la empresa para poner una sonrisa cuando fuera necesario, sobre todo de cara a la galería. Pero fue otra persona la que asumió las labores de dirección. En aquellos momentos, fue la decisión acertada, nadie lo dudó ni un instante. ¿Quién mejor que Jesús Ángel, mi novio desde hacía cuatro años y con el que seguramente terminaría casándome, para ocupar el puesto de mi padre? Así yo seguiría siendo la segunda de a bordo, sonriente, servicial e impoluta, siempre al lado de Jesús, posando para las entrevistas, contestando a las llamadas desde mi puesto de asistente personal, respondiendo emails todas las mañanas de los siguientes tres años de mi vida. Una vida que había perdido el sentido que un día tuvo.

Ya no tenía las manos manchadas de pintura, ya no me recogía el pelo en un moño despreocupado, ya no vestía mis viejos vaqueros, tan anchos y cómodos, para sentarme frente a un lienzo, ya no llevaba restos de arcilla en la cara ni pasaba horas en mi estudio diseñando algo que había cruzado mis sueños la noche anterior... Yo ya no soñaba. Mis noches eran oscuras,

dormía sin paz, no descansaba. Cerraba los ojos y, cuando los volvía a abrir, comenzaba un nuevo día. Uno sin sentido, porque esa no era la forma en la que quería que mis días se sucedieran.

Cuando papá se fue, mis sueños se fueron con él.

Pero no fue el culpable de que eso sucediera. Solo yo debía cargar con ese peso a mis espaldas. Papá deseó que fuera la artista que siempre había ansiado ser, pero las cosas habían cambiado tanto... Sentí que debía dejarlo de lado para continuar con la realidad que tenía frente a mí: la empresa familiar, lo que él había conseguido tras años de esfuerzo. Todos dijeron que debía hacerlo así, que era mi obligación y que tampoco era tan buena como para dejarlo todo por una tontería como pintar cuadros. «Del arte no se vive, Alicia», decía mi madre, «no puedes dejar de lado la empresa familiar por una tontería». Así que la obligación superó a mi sueño, y este se fue derecho a un rincón oscuro de mi interior.

Hasta que, de nuevo, otro giro hizo que saliera de allí y reactivara a la Alicia que fui. Y en aquellos ratos tumbada en la cama de mi nuevo hogar, sentía que había hecho bien, que él querría que hubiera dado ese paso y me plantara, que luchara de nuevo y que hiciera lo que de verdad me hacía sentir viva. Por eso pasaba esos minutos mirando por la ventana, porque me sentía en paz con papá y conmigo misma. Y eso, puedes creértelo a pies juntillas, hacía que me sintiera feliz y quisiera más. Más de lo que ese lugar me transmitía, más de lo que yo creía que podía dar a ese lugar. Y lo haría, se lo daría. Aquello que surgió como una broma con papá, eso que él me recordó en su testamento, fue tomando forma en mí por aquel entonces caótica mente, un poquito más cada mañana mientras observaba a través de ese cristal. Y yo sabía que se haría realidad algún día.

Ya me sentía bien allí, cómoda, completamente instalada. Aquella ya era mi casa. Con los cuadros que había pintado en la universidad y los lienzos todavía en blanco que tenía intención de llenar de vida. Con mi ropa en el armario; algunas prendas todavía gritando que llegaba de la gran ciudad y no estaba acostumbrada a la montaña, pero otras listas para recorrer caminos e impregnar sus costuras del aroma a pino y helecho. Con mi esencia en cada rincón. Con mis miedos desprendiéndose y colándose por la ventana. Con mi recién adquirida soledad y mis inquietudes llenando cada una de sus habitaciones.

Es cierto que la soledad me pesaba un poco, tirando de mí hacia abajo en alguna ocasión puntual. Como dos días después de que me tiraran por aquel

terraplén, cuando sentí que nadie compartía afinidad conmigo. O como aquella noche tan fría en que necesité alguien a quien abrazar y que me hiciera compañía. O como aquella mañana en que eché de menos una sonrisa a mi lado... Pero no podía permitir que esas sensaciones me invadieran y tomaran las riendas de mis pensamientos. La soledad era buena; es más, la necesitaba. Necesitaba estar sola para encontrarme.

A veces es bueno estar solo porque es cuando nos damos cuenta de quiénes somos en realidad, y entonces descubrimos que aquellos que creímos ser no tienen cabida en el mundo. No hay nada mejor que aprender a estar cómodos con nosotros mismos para poder llegar a sentirnos cómodos en compañía. Y yo sentía que la compañía cada vez era más agradable, que los ratos que compartía con Miriam cuando salíamos a pasear por las tardes me llenaban cada día un poquito más, que las tardes en la tienda con Esther conseguían que la risa me curara, que las anécdotas cargadas de conocimiento de Alfredo me hacían más sabia.

Poco a poco, la Alicia que quería hacer realidad ese sueño estaba volviendo, estaba creciendo.

Durante las siguientes semanas, traté de no cruzarme demasiado con la gente del pueblo. Todos sabían lo que había sucedido aquel sábado por la noche. Cómo no, entre cien personas todo se sabe. Así que evité que nadie me lo recordara. Estaba enfadada con todos esos idiotas que habían decidido que era divertido putear a la nueva y lanzarla por una pendiente para reírse de ella. Estaba enfadada con ellos, aunque también conmigo misma. Yo no tenía culpa de nada, eso bien es cierto, pero también estaba molesta porque en cierta parte creía tener que ver en lo sucedido. Si no hubiera mirado más de la cuenta a Abel, si no hubiera vestido de esa manera, si...

Así que salía poco de casa, únicamente a comprar a la tienda y así pasar un rato con Miriam y Esther, a tomar mi café matutino de todos los días y a pintar a cualquier rincón apartado del mundo que encontraba en mis ratos de paseo por los alrededores.

El lunes, tras el episodio en casa de Jorge, cuando fui al bar, una estúpida sensación de nervios me acompañó todo el tiempo. Esperaba verlo, claro, quería saber cómo reaccionaría al encontrarme. ¿Seguiría siendo borde? ¿Se sentaría a hablar conmigo y a contarme qué tal estaba? ¿Sonreiría para

dejarme obnubilada de nuevo? ¿O pasaría de mí, como cada mañana? Me senté en la banqueta, conversé un rato con Tomás y no dejé de observar la puerta con el rabillo del ojo.

Él no apareció. Ni ese día ni ninguno de los siguientes.

Me sentía ligeramente decepcionada, para qué engañarnos. Pensé que había encontrado un amigo, que podría compartir con él un rato de conversación por las mañanas, que incluso podríamos quedar de vez en cuando a ver una película o... ¿Pero qué narices estabas pensando, Alicia? El Sombrío viendo una película contigo, siendo tu amigo. ¡Ja! Ilusa de mí...

Así que los días fueron pasando y las tormentas que llevaban anunciándose desde hacía varias jornadas llegaron, y con ellas una extraña sensación de tristeza. Me gusta la lluvia, pero cuando dura demasiado me pongo demasiado nostálgica. Y juro por lo más sagrado que jamás había visto tormentas como las de allí. Madre del amor hermoso. Eso eran tormentas y lo demás tonterías. Rayos y truenos, lluvia torrencial, más truenos ruidosos que parecían caer justo en el tejado de mi casa y que casi hacían temblar los cimientos. Tormentas terroríficas. Así que, además de tristeza, también tenía miedo. Sí, era toda una vergüenza que una mujer de veintisiete años que había sido capaz de dejar tanto atrás y daba el aspecto de ser fuerte e independiente tuviera miedo de algo tan tonto como una tormenta. Pero de verdad digo que eso no eran tormentas sin más, eran TORMENTAS.

La tarde de ese viernes, después de haber estado tomando un refresco en la tienda con Miriam y Esther, puesto que parecía haber dejado de llover y el cielo estaba algo despejado, volví a casa para hacerme la cena. Iba recordando lo que ellas me habían contado: que todos los involucrados en la bromita del sábado las evitaban, que Nagore parecía orgullosa de que lo hubieran hecho y que ellas no querían saber nada de ellos, al menos, durante una larga temporada. Yo no quería que tomaran parte en el asunto, me parecía mal que decidieran apartarse de su habitual grupo de amigos por mi culpa. Aunque había dos cosas bastante claras: yo no había hecho nada para ganarme aquello, así que mi culpa era inexistente (aunque a veces una parte de mí siguiera pensando que sí), y Miriam y Esther parecían la antítesis del resto de personas que se reunían los sábados en el bar. Ellas eran buenas, no podían pertenecer al mismo grupo de amigos que ellos. Eso me llevó a pensar que en un pueblo como aquel tenías pocas posibilidades de elegir grupos de amigos puesto que solo había uno. O estabas dentro o estabas solo. Algo complicado para personas que se sintieran diferentes o que realmente no

fueran afines al resto. Cosa que sucedía con ellas dos.

Caminaba rápido, ya que parecía que las nubes volvían, negras, amenazantes, acompañadas de un viento gélido que me obligó a subir el cuello de mi chaqueta. Me abracé a mí misma para darme calor en el momento en que el primer rayo se dibujó en el horizonte. Apreté el paso. Una gota impactó en mi rostro. El estruendo del trueno retumbó en todo el valle. De verdad, parecía que el cielo iba a caer sobre nuestras cabezas, como decían Astérix y Obélix. Estaba a punto de echar a correr cuando escuché que un vehículo se aproximaba. Me arrimé a la pared de una casa, las calles eran tan estrechas que había que hacer eso para que los vehículos pudieran pasar. Cuando vi el coche del que se trataba, el corazón me dio un vuelco en el pecho.

Jodida *pickup* de color gris oscura como su dueño.

Me quedé quieta, muy pegada a la pared. La lluvia arreció en ese exacto momento pasando a ser torrencial. Estupendo. La *pickup* se aproximó despacio y yo me debatí entre mirar al suelo y mirar al conductor. No sabía qué haría él. Podía pasar delante de mí como si nada o podía parar para preguntarme si quería ir a ver una película... ¡Y dale con la jodida película! ¿Pero es que estaba volviéndome tonta?

Decidí levantar la vista y la clavé en el conductor. Las frías gotas de lluvia me mojaron la cara. Lo vi, con su inseparable gorra negra y su ropa oscura. Sus ojos permanecían ocultos tras su pelo, además de que la oscuridad había inundado todo a causa de la tormenta. Un nuevo trueno retumbó en el valle justo en el instante en que él pasó por delante sin mirarme ni un solo segundo. El coche siguió su camino y yo me quedé allí, mojándome, cagándome en la madre que lo parió y en mí misma por idiota. Comencé a andar de nuevo a pasos enfadados, refunfuñando, pisoteando los charcos del suelo y calándome hasta las rodillas. Estaba cayendo el diluvio universal. Veinte metros más y llegué a casa, abrí la puerta y entré, mojando todo el suelo. Me quité las New Balance, la chaqueta y miré por la ventana. Los cristales repiqueteaban con el sonido de las gotas impactando en ellos. Aunque los latidos de mi corazón se escuchaban por encima.

Estaba enfadada. Conmigo y con él. Conmigo más, claro, pero con él mucho.

—Idiota, imbécil, gilipollas... —empecé a decir, dándome la vuelta y dirigiéndome hacia las escaleras.

Subí hasta el cuarto de baño insultándolo, o puede que a mí misma, no lo

tengo del todo claro. Me quité la ropa empapada. Era increíble como en tan solo unos minutos me había podido mojar tantísimo. Cogí una toalla y comencé a secarme el pelo mientras observaba mi reflejo en el espejo. Tenía las mejillas arreboladas. Probablemente por lo indignada que me sentía. Volví a insultarlo, esta vez solo a él, en exclusividad. Fui a mi habitación para ponerme un chándal. Bajé al piso de abajo todavía con la toalla, saqué una taza de un armario y la llené de agua. Necesitaba un té que me hiciera entrar en calor, además de relajarme.

Cuando introduje la bolsita de la infusión en el agua ya caliente, alguien llamó a la puerta. Me quedé mirándola sorprendida. Nunca nadie había llamado a mi puerta. El sonido de unos nudillos golpeando la madera volvió a escucharse. Dejé la taza sobre la encimera y fui a abrir. Al descubrir a la persona que había al otro lado, el corazón comenzó a latirme deprisa, entre enfadado y estúpidamente emocionado.

—Hola, te traigo esto. Te lo dejaste en mi casa.

El Sombrío estaba mojado de la cabeza a los pies. El pelo le caía a ambos lados de la cara, empapado, la visera de su gorra goteaba. Su expresión era seria e incluso distante, como si aquello no fuera con él. Me tendió una bolsita pequeña de papel en la que pude ver mis pendientes y mi pulsera. Debí dejármelos olvidados sin darme cuenta. Ni siquiera los había echado en falta esos días.

—Oh, gracias... —dije sorprendida.

—Me he acordado de ellos al verte por la calle, así que he pensado en traértelos.

Nos quedamos mirando en silencio. Solo se oía el sonido de la lluvia caer. Olía a tierra mojada, a árboles húmedos, a verde y marrón cubiertos de agua. Un aroma que evocaba una imagen: una taza de algo caliente junto al fuego. Abrí la boca para decirle si quería pasar a tomar un té, pero se me adelantó.

—Bueno, adiós.

Y se marchó.

Estuve un rato con la puerta abierta, sorprendida y sin entender nada. ¿Había venido bajo la lluvia únicamente a traerme eso? ¿En serio había sido capaz de mojarse para traerme algo que podría haberme dado en cualquier otro momento? Y lo más importante y que más me cabreaba: ¿de verdad me había visto al pasar con el coche y no me había dicho ni un jodido «hola»? ¡¿De verdad?!

Cerré de un portazo, subí a mi habitación, me puse unos vaqueros, cogí

una cazadora, bajé al piso de abajo y me calcé las New Balance todavía mojadas. Qué importaba. Abrí la puerta y salí a la lluvia de nuevo. Ni cerré con llave. Del cabreo que llevaba ni me acordé. Solo pensaba en decirle un par de cositas al ser más desagradable que había conocido en la vida. Unas cosas que me quemaban por dentro desde el primer día que lo vi, cuando me infló a bocinazos.

Caminé a grandes zancadas, subí las calles que llevaban hasta su casa y llamé a la puerta de madera. El pelo se me pegaba a la frente. Llevaba los calcetines mojados, lo notaba. Apreté la mandíbula con fuerza y repasé mentalmente todas las cosas que quería decirle. No pensaba callarme ninguna. Él abrió la puerta y me miró sorprendido. Ya no llevaba la gorra, pero tampoco coleta. El pelo húmedo enmarcaba sus preciosos ojos que reflejaban la sorpresa causada por mi visita inesperada.

—¿Tú de qué vas? —lo increpé, empujándolo en el pecho, dando un paso adelante y metiéndome en su casa sin ser invitada—. Vienes a mi casa bajo la lluvia para traerme eso, pero no eres capaz de saludarme al verme por la calle. ¿Qué pasa contigo? ¿Eres bipolar? Porque tan pronto me salvas y después me sonríes, como haces que no existo y ni me miras. ¡No te entiendo! Y me cabreas, ¡me cabreas mucho! Porque desde el otro domingo creí que las cosas cambiarían entre nosotros, pero después me paso días sin saber nada de ti y, al hacerlo, resulta que finges que no me ves, ¿por qué? ¿Qué narices pasa contigo, eh, Jorge?

Me miró fijamente mientras yo respiraba entrecortada después de haber soltado mi discurso. Impasible, se hizo a un lado y me señaló el sofá con un gesto.

—Siéntate, te prepararé un té. ¿Te gusta el rooibos o lo prefieres verde?

Parpadeé confusa. ¿Cómo?

Al ver que yo no decía nada, encogió los hombros y entró en la cocina.

—A mí me apetece uno verde, así que haré el mismo para ambos. Cierra la puerta, por favor, no quiero que Picasso salga con la que está cayendo.

—¿Picasso?

—Sí, mi perro pastor, está en la alfombra del salón.

Fruncí el ceño, cerré la puerta y caminé hasta allí. En efecto, un perro de color blanco se encontraba recostado sobre una mullida alfombra gris oscuro. El mismo perro que había visto acompañándolo muchas mañanas cuando iba al bar a tomar su café diario. El animal levantó la cabeza y me miró con la lengua fuera. No se movió de su sitio, solo me observó un par de segundos y

volvió a su anterior posición. Pasando de mí. Como su dueño. Eso me recordó algo...

Fui hasta la cocina y lo vi metiendo dos tazas blancas en el microondas.

—¿Me piensas decir qué coño pasa contigo?

Se volvió a mirarme tras cerrar la portezuela.

—No se me dan bien estas cosas —confesó, metiéndose un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Por «estas cosas» te refieres a comportarte como una persona normal?

—No, aunque también. La gente no es mi fuerte, la verdad. Relacionarme, conversar, tratar con otras personas... no va mucho conmigo. Pero no es solo eso. Contigo es... diferente.

—¿Por qué?

El ambiente se había calmado. Bueno, yo me había calmado. Escucharlo hablar de esa manera tan tranquila había conseguido que mi enfado remitiera un poco. Ahora lo miraba esperando descubrir qué había de especial en mí para que fuera tan complicado hablar conmigo. Él carraspeó y se apoyó en la encimera.

—No tengo ni idea, la verdad. Pero me pareces tan diferente al resto de personas que hay por aquí que siento que no puedo estar a la altura.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿A la altura de qué? —tuve que preguntar.

—A tu altura. Hace tiempo que no trato con alguien como tú.

Nos quedamos callados. Yo no sabía qué decir. Él parecía no querer añadir nada más. Sus ojos me observaban con fijeza y mi corazón reaccionó poniéndose a latir como loco. Contemplé su barba, larga y mal cuidada. Pensé que, si se afeitara y se cortara el pelo, estaría guapísimo. Aunque de esa manera tan descuidada tenía un *no sé qué que qué sé yo* que me gustaba. Sí, lo he dicho, me gustaba. Miré sus labios y de pronto pensé en acercarme y besarlos.

El timbre del microondas interrumpió nuestro silencio y me sobresaltó. Él sacó las tazas, metió las bolsitas de té y echó una cucharada de azúcar en cada una. Ni me preguntó cuánto quería, aunque acertó. Tragué saliva cuando se acercó a mí y me ofreció una de las tazas.

—Gracias —murmuré.

—Deberías quitarte esa ropa, forastera, vas a coger un resfriado.

«Quítamela tú», pensé, comiéndomelo con los ojos.

—Tú tampoco pareces demasiado seco —contesté, en lugar de aquella

perversa respuesta que rondaba mi mente.

Se me quedó mirando. Estábamos a medio metro de distancia. Sus ojos azules me mostraron de nuevo la inmensidad que había en ellos, pero esa vez no se veían fríos, sino ansiosos por enseñar todo lo que parecían ser capaces de ofrecer. Entreabrió los labios, yo seguí ese movimiento con atención.

—En este momento podría decir algo que hiciera que salieras corriendo por esa puerta, chica pija.

—No me asusto con facilidad.

Una de las comisuras de su boca se elevó. Dio un paso hacia mí. Olía a monte, a sudor y a lluvia. Mi estómago se contrajo en una especie de advertencia. Si daba otro paso más, no sería capaz de contenerme. Miré sus labios, su mentón, su nariz, sus ojos.

—Ay, forastera... no juegues...

Me di cuenta de que el sonido de mi respiración se escuchaba por encima del sonido de la lluvia que caía fuera. Jorge levantó una mano y me apartó el pelo mojado de la frente.

—Espera un momento, te traeré algo para que puedas cambiarte.

Desapareció de mi vista y me dejó ahí, paralizada, con el corazón a mil, las hormonas revolucionadas y unas ganas tremendas de comerle la boca. ¿Qué narices había pasado? Regresó antes de que me diera tiempo a recomponerme, me dio una camiseta de manga larga roja y unos calcetines gordos.

—Cámbiate y tómate el té conmigo —dijo, caminando hacia las escaleras—. Si quieres, claro.

Desapareció en el piso de arriba y me costó un eterno minuto poder moverme del sitio. Entré al cuarto de baño que ya conocía y me quité la sudadera mojada casi sin saber cómo. Hice lo mismo con la camiseta que llevaba debajo y me puse la que me había dejado. Me quité las zapatillas y los calcetines para ponerme los otros. Salí del baño todavía aturdida por lo que había sucedido. Me lo encontré con un pantalón de chándal color gris y una camiseta negra de manga larga. Se acercó a mí y me quitó la ropa mojada de las manos.

—La tenderé para que se seque cuanto antes.

Y entró en la cocina. Yo me acerqué al salón. Picasso me miró de nuevo sin levantar la cabeza. Parecía estar muy bien allí, calentito y al refugio de la lluvia.

—El otro día Picasso no estaba aquí —comenté, agarrando mi taza de té

con ambas manos.

—No, normalmente se queda en la borda, para que cuide de ella si algún extraño se acerca más de la cuenta. Pero no me gusta dejarlo allí cuando hay tormentas como la de hoy. Le dan miedo.

Se había aproximado hasta el sofá, estaba a mi lado. En un rápido movimiento se recogió el pelo con ambas manos y lo peinó en una santa y bendita coleta. Oh, Dios... Casi emití una especie de gorjeo al verlo. Qué guapo.

Mierda, de nuevo lo había pensado. Pero es que, para qué iba a engañarme, era guapo sin coleta, así que con ella... márame, camión.

—¿Te apetece que veamos una película?

Se me escapó la risa al escucharlo. Me miró frunciendo el ceño y yo negué con la cabeza.

—Nada, no me hagas caso. Me parece bien, podemos ver una película.

—Toma asiento, entonces.

Hice lo que me pedía y me senté en el sofá más cómodo del mundo. Qué maravilla, lo bien que se estaba allí. Parecía acogerte entre sus almohadas hasta amoldarse a las curvas de tu cuerpo. Él se puso a mi lado y su aroma me envolvió. Joder, qué bien olía. Olor a hombre de verdad. Mi pulso se alteró un poquito más.

—No tengo ni idea del tipo de cine que te gusta —empezó, estirándose a coger uno de los mandos que había sobre la mesita—, pero, puesto que estamos en mi casa, que has aparecido aquí echando chispas como una auténtica loca, que llueve y que, por alguna razón que desconozco, me siento cómodo contigo... ¿qué te parece ver *Indiana Jones y la última cruzada*?

El estómago se me contrajo en respuesta.

—Me encantaba esta película. Hace siglos que no la veo.

—Genial. Acomódate, chica pija, vamos a disfrutar con Harrison y Sean.

Sonreí al escucharlo y, una vez le dio al botón de reproducir y se recostó de nuevo en el sofá, vi que él también sonreía.

—Deberías hacer eso más a menudo —solté sin pensarlo mucho.

—¿El qué, ver a Harrison?

—No, sonreír.

Me miró sorprendido.

—Estás más guapo si lo haces —dije, centrándome en las primeras imágenes que ya aparecían en la pantalla.

—Lo tendré en cuenta, forastera.

Supé que sonreía por la manera en que lo dijo, aunque no lo miré. Simplemente me centré en la película que tantas veces había pensado en ver con él, en la calidez que emanaba de su cuerpo y en lo cómoda que también me sentía a su lado, cosa que tampoco entendía, porque parecíamos ser la noche y el día.

LA FORASTERA

Jorge

Lo de invitar a chicas a casa es algo que no solía hacer. De verdad. Hacía años que no le decía a nadie que se quedara a ver una peli conmigo. Bueno, ni una peli ni a tomar un café, y mucho menos a cenar. No me gustaba tener extraños en casa. Ese era mi refugio, mi espacio privado, donde estaban mis cosas y mis recuerdos. Compartirlos con alguien no entraba dentro de mis planes. Ni siquiera con ella. Pero... había algo, una extraña conexión que me hacía sentir bien a su lado, incluso cuando me gritaba. Aunque, sobre todo, eso sucedía cuando me miraba sorprendida, con los ojos desenfocados tras soltarle algo que no esperaba que dijera.

Sus ojos seguían siendo una apertura a su interior y me decían tanto...

Gritaban que habían pasado por algo difícil. Como yo. Chillaban que se sentían solos. Como yo. Y pedían compañía, alguien con quien ser como eran de verdad, con quien pasar un tiempo que ayudara a que sus heridas cicatrizaran. Como yo.

Mis heridas estaban allí. Unas más viejas que otras, pero todas abiertas. Todavía dolían cada noche cuando, al cerrar los ojos, los fantasmas volvían. Seguían quemando cuando las horas en vela pasaban y me era imposible conciliar el sueño. Llevaba tanto tiempo sin dormir bien que me había acostumbrado a ser una persona taciturna y cansada. No sé si estaba cansado de vivir o de morir en vida. Porque criticaba a la gente que simplemente sobrevivía a la vida como todos los idiotas del pueblo por su manera de comportarse, pero yo no hacía nada diferente a ellos. En ocasiones, incluso pensaba que no tenía vida por delante, que ya la había dejado atrás y no me quedaba nada por lo que continuar y que me empujara a avanzar. Seguía metido en mi agujero, refugiándome en mi soledad, mis animales y mi Pirineo.

Nunca creí necesitar nada más.

Qué equivocado estaba...

—¿Puedes creer que, cuando era pequeña, esta película era una de mis

favoritas? —rió Alicia cuando apagué la televisión.

—A mí también me gustaba mucho.

—Es probable que ya haga diez años desde que la vi por última vez.

Me pareció que su sonrisa se plagaba de nostalgia, y supe que se debía a alguien que ya no estaba y con el que compartía el gusto por esa película. Qué fácil era leer en su rostro... En sus ojos castaños, en su sonrisa radiante y de dientes rectos, en su expresión sincera, en su nariz pequeña y en sus pómulos marcados, en su barbilla estrecha y en su melena rubia que a veces llevaba rizada. Un segundo, ¿se puede leer algo acerca de una persona en su jodido pelo? *Jorge, en serio, esta semana rodeado de vacas te ha sentado fatal.*

Estiré los brazos, repantingado en el sofá, ella se removió un poco antes de incorporarse.

—Será mejor que... —carraspeó— que me vaya a casa. Te devolveré toda la ropa que me estás prestando; si la cosa sigue así, pronto tendré que traértela en una maleta.

Soltó una risita y la miré fijamente. Una parte de mí quiso acercarse, apartarle el pelo de la cara con dulzura, acariciar su mejilla y besarla como nunca nadie la había besado.

—Miraré si tu ropa está ya seca.

Me puse de pie y fui a la cocina, abrí la puerta que daba al pequeño cuarto donde tenía la lavadora y toqueteé sus prendas. Seguían húmedas. Como yo, cojonudo.

—No, lo siento, todavía están mojadas —grité desde la cocina.

Apareció en la puerta y se apoyó en el quicio. Tragó saliva y tiró del bajo de la camiseta hacia abajo, nerviosa, inocente, jodidamente apetecible. Maldita sea.

—Me gusta prestarte ropa —solté sin dejar de mirarla.

Levantó la vista y sus enormes ojos marrones brillaron por la sorpresa.

«Aunque a veces también me gustaría quitártela», pensé para mí, sin poder apartar la mirada de ella. Carraspeé cuando me di cuenta de que estaba ahí, tan quieta que podría acercarme, cogerla por la cintura para estrecharla entre mis brazos y besarla con todas las ganas que sentía en ese momento. Pero no podía hacer eso. No debía. Por ella y por mí.

—¿Quieres cenar algo? —solté, sin saber muy bien qué decir.

—No... eerrr... gracias, no —tartamudeó dando un paso atrás—. Es muy tarde, debería irme a casa.

Miré el reloj de la pared para descubrir que eran más de las once de la noche. El tiempo se me había pasado volando en su compañía. Ni siquiera me había acordado de comer nada, y eso que desde mediodía y aquel triste bocadillo de queso no había probado bocado.

Alicia se dio la vuelta y fue hacia el baño, donde había dejado sus zapatillas al quitarse la ropa mojada. Me quedé en la cocina, pensando en qué pasaba con aquella chica que la hacía diferente al resto. ¿Por qué esa comodidad cuando estaba a su lado? Eso sí, una cosa tenía clara, no podía cagarla. No podía meter la pata con ella o todo se iría al traste. Parecía una buena chica, bastante confiada y algo inocente. Yo no era para ella. Es más, yo no era para nadie. Lo mío con la gente en general estaba claro desde hacía mucho tiempo.

—Por cierto...

Su voz me hizo volver al presente y la miré. Había vuelto a la cocina, ya calzada. Se metió un mechón de pelo tras la oreja, dejando a la vista el lunar que descansaba en su mejilla derecha.

—¿Dónde te has metido todos estos días? No te he visto en el bar.

—He estado con mis vacas.

—Ah.

—Soy pastor.

—Lo imaginaba.

—¿Me pega?

—Bueno, dado el estado de tu coche, hay poco que pensar, era eso o forestal. Lo llevas tan lleno de barro y polvo que está muy claro que te mueves por las montañas.

—Debería lavar ese cacharro, ¿verdad?

Los dos nos echamos a reír, y un calor inusual se expandió en mi interior al escuchar lo bien que quedaban nuestras risas juntas. La de ella sonaba a campanillas alegres, a tardes bajo el sol tumbado sobre la hierba, a una limonada en la terraza, a verano, a caricias perezosas mirando las estrellas.

—Cuando pasen estos días de tormentas, la lavaré, te lo prometo —dije, marcando una cruz en mi pecho con el dedo índice.

—Más te vale, o tendrás que quitarle el barro con un cincel.

—No sería la primera vez que tengo que usar un palo.

Su risa de nuevo. Calor de nuevo.

—Entonces, con tus vacas... ¿estás con ellas mientras pastan?

Sonreí al escuchar su interés. Me crucé de brazos antes de apoyarme en la

encimera.

—Las vacas de aquí son diferentes a las que tú estás acostumbrada a ver.

—No he visto nunca ninguna vaca, solo en la tele, así que no estoy acostumbrada a nada.

—¿En serio? —La miré como si fuera un bicho raro.

—En Madrid no hay vacas por la calle. —Soltó una risita.

—Aquí tampoco. Bueno, no en la calle concretamente, aunque alguna vez puedes encontrarte con una en la carretera.

—¡Qué dices! Madre mía, ¡qué miedo!

—No son peligrosas, Alicia —reí al ver su cara de pasme—, son vacas de montaña. No van a echar a correr tras de ti, son pacíficas y muy tranquilas.

—No sé, no sé... no me fío de los animales con cuernos.

Solté una carcajada.

—Algún día te llevaré con ellas para que veas que son inofensivas.

Asintió con la cabeza y sus labios se curvaron en una preciosa sonrisa que me hizo sentir incómodo. ¿Por qué tenía que hacerme sentir de esa manera? Estaba tocándome algo dentro con sus sonrisas, sus miradas y sus risas. No podía ser. No y no.

—Bueno, es tarde. —Carraspeé incorporándome y caminando hacia ella—. Será mejor que te marches o la gente empezará a pensar cosas raras si te ve saliendo de aquí a horas indebidas.

Fui algo cortante, lo sé, ella se dio cuenta, también lo sé, pero debía ser así.

Me miró sorprendida un instante, aunque se recompuso enseguida. Noté que sus ojos volvían a lanzarme una mirada de esas exasperadas, pero no dijo nada, simplemente fue hacia el salón para ver si se dejaba algo, me miró una última vez antes de decir adiós en voz muy baja, abrió la puerta y se marchó. Y yo me quedé mirando la madera, pensando en qué habría pasado si me hubiera atrevido a acercarme y besarla.

Aparté ese pensamiento de mi mente y observé la habitación que permanecía cerrada. Llevaba varios días sin entrar en ella, hasta que Alicia llegó esa tarde. Tragué saliva y me decidí a hacerlo, cerré la puerta tras de mí y caminé lentamente hasta la cama que todavía estaba hecha. Me senté cabizbajo, tomé una honda bocanada de aire y miré a mi alrededor, a todo lo que una vez metí en aquella habitación porque no tuve el valor suficiente para tirarlo a la basura. Mi corazón hizo lo de siempre: bombear a toda velocidad, alterado por aquellos recuerdos, todavía enfadado, resentido, culpable...

Por eso Alicia no debía pasar de ser una simple amiga. Aunque mi cuerpo gritara por ella. No podía ser.

A la mañana siguiente, bastante temprano (puede que fuera antes de las ocho), entré en el bar de Tomás casi corriendo, tratando de refugiarme de la lluvia que caía de nuevo. Sacudí mis hombros y me quité la gorra para hacer lo mismo con ella. Picasso salpicó mis pantalones al quitarse el agua de encima. Le dije que se sentara en la entrada porque a veces Tomás se enfada cuando entra y fuera llueve; dice que le pone todo perdido. Ni que fuera el palacio de Buckingham. Solo de ver los servicios, podías apreciar la cuidadosa limpieza de la que hacía gala. Pero respetaba su opinión, para eso era el dueño. Y me suministraba café por las mañanas. Lo necesitaba, no podía correr el riesgo de perderlo.

La vi en cuanto puse un pie en el cálido interior del bar. Estaba sentada en una banqueta frente a la barra, el lugar habitual en el que llevaba viéndola durante semanas. Vestía un jersey azul y vaqueros claros. Su melena rubia caía en cascada por su espalda. Se dio la vuelta al escuchar que entraba y algo me mordió el estómago cuando sus mejillas se tiñeron de rojo. Qué bonita estaba aquella mañana.

—Buenos días —murmuró, volviendo a su café.

No contesté. Miré a mi alrededor y vi que no había nadie más allí. Estábamos solos. Ella y yo. Genial. Respiré hondo y fui hacia la barra.

—¿Ha salido?

Ella ya sabía que le hablaba de Tomás.

—Me ha dicho que tenía que acercarse a Huesca a por no sé qué.

Asentí mientras comenzaba a prepararme mi café. Esperaba que la maquineta no me diera problemas esa mañana, no quería tener que pedirle ayuda a ella. No quería tener que pedirle nada. Una voz en mi cabeza dijo: «Podrías pedirle un beso». Cerré los ojos con fuerza y mandé a esa voz a tomar por culo. Notaba que ella me miraba, sus ojos parecían pegados a mi espalda. Y entonces recordé lo bien que lo había pasado con ella la tarde anterior, viendo la película, riendo, compartiendo esa burbuja de intimidad que ambos creamos en el sofá de mi casa. Respiré hondo de nuevo y me di la vuelta para enfrentarme a ella. Sus ojos castaños se desviaron a toda velocidad para centrarse en su café. La había pillado observándome. Fingí no

haberlo hecho.

—¿Qué tal has dormido, forastera?

Me miró sorprendida. Puede que sin entender que no la saludara al entrar y ahora me interesara por ella. Si supiera el debate interno que me estaba suponiendo tenerla frente a mí, entendería el porqué de mi forma de actuar. O puede que no. Ni siquiera yo me entendía.

—Bien —murmuró, cohibida con ese rubor precioso.

—Menudo día de perros.

—Sí, parece que la lluvia ha venido para quedarse.

Y silencio.

Hablando del tiempo. Qué bien.

Me quedé mirándola. Mucho. Demasiado. No podía dejar de hacerlo. Había algo que me atraía a ella, que me decía que me acercara, la tocara y acariciara su boca con la mía. Pero ¿por qué? ¿Qué tenía aquella chica?

—Me gustó pasar la tarde contigo ayer —solté, no sé por qué.

—Y a mí. Fue raro pero divertido.

—¿A ti también te lo pareció?

Asintió, dando vueltas a su café, escondiendo una sonrisa tímida que me encantó.

—Podríamos repetirlo algún día.

Sus ojazos castaños me miraron desconcertados. La verdad es que, si ella no se esperaba esa frase, yo tampoco. Pero dije la verdad. Quería volver a estar con ella. Solos. En el sofá. Disfrutando de su cercanía y su aroma tranquilizador.

—Me encantaría.

Su susurro quedó flotando en el ambiente como una brisa de verano, dando calor a mi interior, a mi corazón helado. Sonreí sin poder apartar la mirada de ella. Eso pareció ponerla más nerviosa porque, no sé cómo, derramó su café por la barra, mojándose las manos. Saltó de la banqueta y yo me acerqué, asustado por que se hubiera quemado.

—Estoy bien. No pasa nada —dijo, azorada—. Mierda.

Sacudió sus manos, y yo le di una de las bayetas de Tomás que había encima de la cámara frigorífica. No podía dejar de sonreír al observarla.

—Será mejor que me vaya. Ya he cubierto mi cupo de meter la pata y pasar vergüenza por hoy.

—Estás muy guapa cuando te sonrojas. Por mí, podrías meter la pata a todas horas.

Su boca se abrió, presa del impacto por mis palabras. Parpadeó varias veces. Yo me apoyé sobre la barra, tratando de contener las ganas de saltarla para abalanzarme sobre ella y besarla de una jodida vez.

—Sí... bueno... —empezó, mirando a su alrededor como buscando una escapatoria.

Hacía bien queriendo escapar. De mí.

—Me voy a casa.

—De acuerdo, forastera. Que tengas un buen día.

—Sí, lo mismo para ti.

Me miró varias veces mientras se dirigía hacia la puerta, se metió el pelo tras las orejas, dejándome ver mejor esas mejillas arboladas, sonrió una última vez y desapareció. Y yo suspiré muy alto, muy profundo, muy confundido y muy cachondo. Todo eso, sí. Así me dejó la forastera.

Varios días después, cuando subía hacia la borda para revisar el estado de los quesos que había hecho la tarde anterior, vi a una chica rubia corriendo a un lado de la carretera. Desde lejos la reconocí. Su coleta se movía de un lado a otro. Las mallas que llevaba le quedaban demasiado bien. Reduje la velocidad para disfrutar un poco más del paisaje.

Ella no parecía darse cuenta de que un coche transitaba muy despacio tras ella. Sonreí. Podría haber ido a dos kilómetros por hora como su estela, y ella no se hubiera enterado. Decidí adelantarla, aunque no pasé de largo; me puse a su vera y bajé la ventanilla. Fue entonces cuando reparó en mí.

—Oh... Hola.

—Deberías estar más atenta a los coches.

—Iba pensando en mis cosas.

Sonrió, tratando de quitarle hierro al asunto, y no supo que el peso lo echaba a mis espaldas. Esa sonrisa debería estar prohibida. Me hacía querer cosas que no podían ser. ¿O quizá sí?

—No sabía que corrías.

—Me gusta, me sienta bien. Sobre todo aquí. Es una maravilla poder correr en este lugar. Las vistas son...

«Y que lo digas», pensé mirándola a ella. Pedazo de vistas.

—Cuando lles un tiempo viviendo aquí, empezarás a aborrecer las vistas. Ya lo verás.

—No creo. Eso es porque tú no sabes apreciar lo que tienes.

Me tragué la risita irónica que ascendía por mi garganta. No sabía lo equivocada que estaba. Apreciaba todas y cada una de las cosas que tenía porque nunca sabía cuándo podía ser la última vez que las viera. Aunque todas fueran cosas materiales. Las personales estaban prohibidas. Aunque quizá con ella podría hacer una excepción...

—¿Adónde vas? —preguntó, deteniendo sus pasos.

Hice lo mismo y frené a su lado. Apoyé el codo en la ventanilla.

—A trabajar, chica pija.

—Ah, claro, con tus vacas.

—Efectivamente. ¿Y tú, qué planes tienes hoy?

—No lo sé. Puede que me anime a salir a pintar un rato.

—¿Pintas?

—Sí, bueno; por ahora, lo intento. Pero es a lo que me dedico... dedicaba —se corrigió, con una mueca encantadora—. Estoy retomándolo.

—Nunca había conocido a una artista. Me alegra que haya llegado una al pueblo.

—Sí, claro.

Rio con amargura, en una especie de gracia íntima y personal. Que no me gustó, por cierto. A una parte de mí le alegraba que ella hubiera llegado al pueblo, pintora, artista o lo que fuera. Ella había traspasado una frontera invisible que solía ser infranqueable para la mayoría. Y me quitaba el sueño por las noches. Sí, lo que te cuento. Desde la noche en que durmió en mi cama, había sido culpable de mis ojeras. Lavé las sábanas aquella misma tarde, pero su aroma seguía impregnándolas. O no. Yo qué sé. Igual hasta me lo imaginaba. La cuestión es que saber que había ocupado mi cama perturbaba mis intentos de conciliar el sueño. Y también había estado en mi sofá, y no pensaba lavar las fundas de los cojines, así que su olor sí estaba en ellos. Ella, Alicia, estaba allí. Pero no solo en mi casa, estaba en mi cabeza. Todo el día. A todas horas. Esa parte de mi interior que siempre pensaba en ella se alegraba de que hubiera venido a Aragüés.

¿Lo malo? Que le estaba ganando terreno a la parte que no quería saber nada de ella.

—De verdad me alegra, Alicia.

Tendría que haberme callado la puta boca. Pero ver la expresión de su rostro mereció la pena. Primero sorprendida, luego avergonzada y después me pareció hasta coqueta.

—Gracias —murmuró, tocándose el cuello—. La verdad es que las cosas aquí van mejorando poco a poco. Ya me siento un poco más integrada.

No tienes ni idea de lo integrada que te haría sentir yo si me dejaras.

Hice un movimiento de cabeza para alejar pensamientos de ese estilo. Al volver a mirarla, mis ojos se dirigieron a su escote. Llevaba una camiseta de tirantes ajustada que dejaba ver demasiado. Tragué saliva y metí primera.

—Bueno, forastera, será mejor que me marche.

—Que vaya todo bien por allí arriba.

—Gracias. Que te vaya bien a ti corriendo. Ah, y pintando.

Sonrió, y estuve tentado a bajarme del coche para besarla. Pero no. Volví a respirar hondo, ignoré la sensación extraña que sentí en el estómago y arranqué. Ella se quedó parada en el sitio, observándome. No pude evitarlo, así que frené en seco, saqué la cabeza por la ventanilla y grité:

—¡Esas mallas te quedan de miedo, forastera!

Contemplé su reacción, su rubor, su intento por aparentar indignación, que fue un absoluto desastre, y cómo levantó la mano derecha para mostrarme el dedo corazón. Solté una carcajada y volví a arrancar. Aquella mañana no pude dejar de sonreír porque fue imposible dejar de pensar en ella, en sus sonrisas y en aquellas jodidas mallas.

PINTAR, ASUSTAR Y... ¿ALGO MÁS?

Debo admitir que el día que vimos juntos la película volví a casa algo enfadada, aunque a la vez algo ilusionada. Enfado e ilusión, juntos, ¿cómo se come eso? No me gustó cómo me echó de allí, porque claramente fue lo que sucedió. Estábamos conversando y me echó. Tal cual. Sin embargo, a la vez, me sentí bien por haber pasado ese rato con él; me sirvió para ver que no era tan mal tío como pensé. Seguía siendo sombrío, la verdad, pero también vi que tenía su lado amable e incluso simpático. Lo que no terminó de convencerme fue esa conexión, esa inevitable atracción que sentí por él y que después me provocó desilusión, porque sí, lo admito, esperaba un beso, o dos, o un revolcón. ¡Para qué mentir! Me hizo sentir cosas que no esperaba.

Los siguientes encuentros con él fueron... más de lo mismo. Incrementaron la atracción y las ganas que tenía de que pasaran cosas entre ambos. Muchas ganas, es cierto. Y es que me miraba con unos ojos... ¡Madre mía! Conseguía que me entraran calores. Porque parecía devorarme con ellos. Y era raro, porque a la vez seguía viendo aquella oscuridad con la que parecía pelear cuando me observaba.

Pese a todo, debía admitir una cosa irrefutable: Jorge me ponía mucho.

Cuando todo terminó con Jesús, mi ex, tuve una temporada muy loca. Demasiado. Me pasé dos meses saliendo sin parar por Madrid, de juerga en juerga, acostándome con cualquiera que pasara mi filtro de «estás bastante bien y puedo liarme contigo» y sin pensar demasiado en las consecuencias. No me siento orgullosa de aquello, la verdad. Fue una etapa sin sentido de mi vida. Por aquel entonces, nada lo tenía; no se lo encontraba porque me sentí engañada, utilizada y estúpida, así que lo más fácil fue hacerme más daño a mí misma. Beber, ligar y enrollarme con tíos comenzó como una terapia y terminó siendo una desgracia. Traté de hacer lo mismo que habían hecho conmigo: utilizar. Como si de esa manera fuera a sentirme mejor. No hace falta que te diga que me salió como el culo; de no haber sido así, no estaría contándote esta historia sobre mi huida a las montañas.

Durante aquella breve aunque prolífera temporada de ligues sin sentido, salía de jueves a sábado, todas las noches. No tenía trabajo, así que tampoco obligaciones. Todo era juerga, risas falsas, desenfreno y sexo. Pero sexo del insano, de ese que no te hace sentir nada excepto de forma egoísta. Solo me

acostaba con tíos para desahogarme, no me paraba a pensar en qué tal lo hacían o en cuánto les devolvía yo. Si quería correrme, me centraba en ello y, al terminar, si te he visto no me acuerdo. Dependiendo del día que estuviera teniendo, podía animarme a centrar parte de mi atención en él, y a veces me entretenía algo más en su cuerpo que en mi propio placer. Pero eso sucedió en muy pocas ocasiones, porque la verdad es que me daban igual. Todos ellos me importaban una mierda, más o menos lo mismo que me importé yo a mí misma durante aquella temporada.

Me dejé. Pasé de mi propio bienestar para centrarme en aquel montón de *relaciones* vacías y depravadas. No me di cuenta de los kilos que perdía ni de las ojeras que se instalaron bajo mis ojos. Tampoco me miraba demasiado en el espejo para no encontrarme conmigo misma. Ni siquiera lloré, y eso fue tan malo que, cuando todo explotó, pasé dos horas sin dejar de hacerlo, rompiéndome por dentro y sacando todo lo que llevaba aguantando desde hacía tres años. Creo que ese fue el día que más lo eché de menos, justo el mismo en que me di cuenta de cuantísimo le había fallado. Por eso me marché, por eso estaba en aquel pueblo apacible y tranquilo donde únicamente el sonido del río rompía la calma.

O los truenos, claro.

Aquella semana en la que los encuentros con Jorge parecían surgir de debajo de las piedras, hubo un par de tormentas más, pero el martes, de manera inesperada, volvió a brillar el sol. Me olvidé del día y medio que habíamos estado incomunicados del mundo porque las antenas receptoras de la señal de televisión y la de telefonía se habían frito por un rayo. Me olvidé de la gotera de la pequeña habitación junto a la mía y que usaba como trastero, que me había llevado de cabeza con su repiqueteo incesante en el cubo que tuve que colocar debajo. Me olvidé de la llamada que había recibido desde el mismo número que me había llamado poco después de llegar a Aragüés y que tampoco en esa ocasión contesté. Lo olvidé todo. El sol había vuelto, así que aproveché para irme a correr por la mañana (con el consiguiente encuentro con él, que me dejó de nuevo entre cabreada e ilusionada. Y con más ganas, claro, porque la forma en que me miró el escote me calentó hasta lo más hondo de mi ser), y por la tarde decidí salir a terminar el cuadro que había empezado antes de que la era oscura causada por las tormentas cubriera el mundo.

Quería acabarlo y debía hacerlo en un lugar que me transmitiera. Así que cargué mi coche con todo lo que necesitaba y conduje acompañada de la

música de Beyoncé hasta que encontré un lugar que me pareció apropiado. La carretera era estrecha en esa zona, pero en un lateral podían aparcarse un par de coches sin problema. Me detuve allí y bajé, estirando los brazos mientras contemplaba el paisaje. Habría llegado unos seis o siete kilómetros arriba del pueblo; el valle se cerraba más en esa parte, así que todo era verde, precioso tras las lluvias caídas. El punto final de la carretera se intuía más cercano, los llanos de Lizara. Una vez llegabas allí, ya no podías continuar con coche; si querías seguir avanzando, debías hacerlo a pie, e incluso podías cruzar hasta Francia por esas montañas. Miriam me dijo que era una excursión preciosa, aunque bastante exigente. También dijo que podíamos hacerla algún día si me animaba. Era una idea que, de momento, no me llamaba nada la atención. Yo caminando por las montañas, trepando, cruzando ríos o escalando eran cosas que... no, gracias.

Respiré hondo antes de sacar todo del maletero, cargarlo como pude y cerrar el coche. Crucé la carretera y miré al frente, a las dos casas de color blanco y rojo que me esperaban tras un puente metálico pintado de verde suspendido sobre el río Osía. «Las monjas», así se conocía a aquel lugar. No es que fuera un convento ni nada similar, es que allí veraneaban unas monjas de vez en cuando. Bueno, monjas y niñas que iban en una especie de retiros espirituales o campamentos. También había escuchado una historia sobre unas locas que pasaron algunas temporadas allí que me había hecho menos gracia. Alfredo me lo contó aquella misma mañana, mientras tomaba café en el bar, justo tras decirle que tenía la intención de ir a pintar por esa zona. Rio al ver mi cara tras su relato, así que deduje que debía de estar de coña. El gusto por meter miedo a la gente parecía generalizado en ese pueblecito; tan pronto te dejaban tirada en medio de la nada una noche cerrada como te contaban historietas de terror. Qué puñeteros eran.

No le hice ni caso, claro, pero, conforme avanzaba por el estrecho puente metálico, con el sonido del agua del río bajo mis pies, ni un solo ruido más a mi alrededor y tras ver las dos casas cada vez más de cerca... coño, la cosa cambió un poco. Ya no me parecieron tan tranquilas y apacibles; descubrí que tenían cierto aire tenebroso que comenzó a darme mal rollo. Estaban ahí, abandonadas en medio de la nada, rodeadas de árboles que se cernían sobre ellas, con alguna ventana cerrada y otras medio abiertas, con esa estructura tan típica en el Pirineo, una con sus tres plantas y la otra con solamente dos, y ese color rojo que podía parecer alegre en un principio pero que descubrías envejecido, decolorado y resquebrajado conforme te acercabas. Y ni un ruido.

Ni uno solo. Coñe, qué mal rollo me entró. De repente, escuché un coche pasar por la carretera y sentí alivio. No estaba sola. Había más gente por allí, habrían visto mi coche en la carretera y sabrían que me encontraba justo ahí. Respiré tranquila. Vendrían a buscarme si mi coche seguía en el mismo lugar al día siguiente. Aunque, de todas maneras, yo era una mujer de veintisiete años curtida en la vida. Con todo lo que yo había pasado... ¿cómo iba a tener miedo de dos casas abandonadas? Qué tontería.

Incluso me eché unas risas yo sola.

Después de relajarme, procedí a colocar mis cosas en la explanada frente a las casas, al lado de los arbustos que había entre el río y donde me encontraba. Planté el caballete de manera que, al sentarme en el taburete portátil, quedara de cara a la vegetación, de espaldas a las casas. Eso era lo que yo quería observar: todo lo verde, lo natural. Justo lo que necesitaba ver para poder terminar el cuadro. Coloqué el lienzo y dejé el maletín con las pinturas en el suelo. Preparé las que iba a necesitar y las mezclé en la paleta, cogí el pincel más fino para los detalles más sutiles y dejé mi mente en blanco.

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasé allí sentada, mirando de vez en cuando hacia delante, pintando y disfrutando de la sensación de bienestar que me recorre cada vez que me meto de lleno en uno de mis cuadros. Desconecté del mundo real. Solo estábamos el lienzo y yo, los colores, el sonido del agua, los pájaros que cantaban de vez en cuando y algún que otro moscardón que pasaba zumbando cerca de mi oído. Me encontraba absorta en mi labor; tanto, tanto, que, cuando escuché que una rama crujía tras de mí, me llevé un susto tremendo y me volví con los ojos como platos.

Nada. Las casas seguían allí, solitarias. No había nada ni nadie que pudiera haber provocado ese ruido. Deduje que se trataría del sonido de algo que arrastraba el caudal del río y que yo confundí con el de una rama al romperse. Torné al cuadro, pero ya no estaba tan concentrada. Mi corazón todavía latía alterado, y mi oído había pasado a aumentar su interés en los ruidos que lo rodeaban, por muy mínimos que fueran. Por eso, cuando escuché algo similar al susurro de unos pasos, me puse en pie, dejando caer al suelo el pincel que sujetaba en la mano derecha. Tragué saliva e hice lo más tonto que se puede hacer en una situación como esta.

—¿Hay alguien ahí?

Ridículo, ¿cierto? ¿Quién coño respondería a esa pregunta si tuviera la intención de atacarte? Nadie, por supuesto, pero había que preguntar esa

tontería.

Empecé a asustarme, y entonces recordé que no llevaba el teléfono. Desde que había hablado con Megan la noche anterior para comunicarle que volvía a tener cobertura, seguía en el mismo lugar: la mesilla de mi cuarto, enchufado al cargador. *Estupendo, Alicia, ¿y ahora qué?*

Como no tenía otra opción, empecé a investigar. Y por *investigar* me refiero a coger el pincel más gordo que había en mi maletín, agarrarlo como si se tratara de un arma con la que pudiera enfrentarme a ninjas, mercenarios, asesinos a sueldo, sicarios o Freddy Krueger, y caminar hacia las casas muy sigilosamente para ver si había alguien merodeando por allí. Y, como fuera así, iba a darme un infarto.

Con el miedo corriéndome por las venas, esa arma de destrucción masiva entre las manos y más ganas de echarme a correr que de otra cosa, me acerqué hasta la edificación más cercana, la de la izquierda.

Observé las dos ventanas de la pared que tenía frente a mí. Una era rectangular, con contraventanas de madera pintadas con ese color rojo desvaído, cerradas a cal y canto. Y la otra tenía forma de media luna, con un arco de piedra sobre ella, y también con las contraventanas del mismo color, cerradas. Miré hacia arriba y observé el pequeño añadido que se convertía en saliente: una especie de mirador de madera roja que contrastaba con el acabado en blanco del resto de la casa. Doblé la esquina y observé la puerta, también cerrada. Entonces vi que la entrada a la otra casa, a la más grande, quedaba justo frente a esta. Tan solo cinco metros las separaban. Cinco metros de vegetación cubiertos por las largas ramas de los árboles que nacían de la parte trasera de las casas y las unían al bosque. Cinco metros fríos, húmedos y oscuros en los que no parecía incidir la luz del sol en ningún momento del día. Una fuente pegada a la vegetación, justo entre ambas entradas y cubierta de sombras, me puso la piel de gallina.

En ese momento, un escalofrío me recorrió la espalda. Supe que me observaban. Me volví, asustada, buscando unos ojos fijos en mí, pero no había nadie. Gotas de sudor frío descendieron por mi columna vertebral. Noté que la respiración se me alteraba un poco más, justo igual que los latidos de mi corazón, que parecía querer salirse del pecho.

Caminé despacio hasta la otra casa, cuya planta baja estaba rodeada por una cubierta que la dotaba de una estructura con tres columnas, como si fuera un porche. En el lateral frontal, había cuatro ventanas con rejas negras que no tenían las persianas completamente bajadas. Mantuve un debate interno

durante un largo minuto hasta que decidí echar un vistazo al interior de la casa. Si estaba investigando, debía hacerlo hasta el final. Puede que hubiera algún gato dentro y eso fuera lo que había causado los ruidos.

Me agaché y miré a través de una de las ventanas. Los cristales estaban sucios, pero eso no me impidió ver el interior. Contemplé una habitación enorme, tanto como abarcaban las cuatro ventanas. Estaba vacía, y pude ver montones de hojas secas acumuladas en montículos repartidos por el suelo, así como restos de papeles y suciedad. Las monjas parecían llevar demasiado tiempo sin aparecer por allí. Avancé hasta la siguiente ventana y entonces descubrí una pizarra que colgaba de la pared de la derecha. Fruncí el ceño al ver que había algo escrito en ella. La curiosidad pudo conmigo, así que fui hasta la siguiente ventana, desde la que podía verlo mejor. Me agaché y estreché la mirada para poder leer. «Voy a por ti». El estómago me dio un vuelco. Coño, joder, mierda. No me moví, principalmente porque no podía, me había quedado helada. Volví a leerlo de nuevo con el corazón en la boca. Entonces, algo se movió entre las sombras de aquella habitación y apareció ante mí, gritando y haciendo aspavientos. Chillé, di un paso atrás y me caí al suelo. No sufrí un ataque al corazón porque Dios no quiso. Me arrastré por la tierra al escuchar que una puerta se abría. No podía coordinar, no sabía ponerme en pie, había olvidado cómo caminar, a raíz del susto.

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡¡Que alguien me ayude!! —grité, esperando que cualquiera que pasara por la carretera me escuchara y viniera a salvarme.

Llevaba las manos llenas de tierra, estaba de rodillas en el suelo, al borde del llanto, asustada como nunca en la vida, tratando de ponerme en pie, gateando, con los ojos anegados en lágrimas, cuando unas piernas aparecieron en mi campo de visión. Y las patas blancas de un perro. Levanté la vista y me encontré con el valiente gilipollas que me acababa de dar el susto de mi vida.

Él no me ayudó, como venía siendo habitual cuando me caía por su culpa. Al ver mi expresión, empezó a reír a carcajadas. Pero a carcajadas auténticas de diversión máxima. Menudo gilipollas.

—¿Te parece bonito, tonto del culo? —grité, poniéndome de pie y dándole un puñetazo en el hombro.

Jorge ni se movió ni dejó de reírse. Iba vestido con sus habituales ropas oscuras y esa gorra negra. Se agarró el estómago mientras seguía partiéndose la caja a mi costa. Lo miré indignadísima, todavía recuperándome tras el mayor susto de mi vida, dándome cuenta de que no iba a morir descuartizada

por ningún asesino con máscara. Sus carcajadas crearon un eco que nos envolvió a ambos. Se estaba riendo tan a gusto que me contagié. No pude evitarlo. Me entró la risa tonta al darme cuenta de lo ridículo de la situación y no podía parar. Se me saltaron las lágrimas que había acumulado tras temer por mi vida. Podía ver a Jorge a través de mis llorosos ojos, con el pelo cayéndole sobre la cara. Se había quitado la gorra y estaba agachado sobre sí mismo, tratando de recuperar la calma.

—Ay, forastera, tendrías que haber visto tu cara —dijo, limpiándose una lágrima un rato después, ya más tranquilo.

—Me has dado el susto de mi vida, gilipollas.

—No lo jures.

Y empezó a reír de nuevo. ¿Y yo qué hice? Pues mirarlo maravillada, porque nunca había escuchado su risa durante tanto tiempo seguido. Era reconfortante. Oír lo a gusto que estaba carcajeándose (aunque fuera a mi costa) hizo que lo viera como a alguien de mi edad, que es lo que realmente era. Fuera esa fachada oscura y esa indescifrable expresión tan habitual en su rostro. El brillo divertido en sus ojos azules los hacía menos profundos y más cercanos. Más jóvenes y menos cerrados.

—No he podido evitar la tentación. He visto tu coche aparcado en la carretera y al asomarme al puente te he visto ahí sentada, tan concentrada, que lo de darte un susto me ha parecido tremendamente seductor.

—No te he oído venir hasta aquí, ¡ni siquiera a Picasso!

—Lo he cogido en brazos para que no escucharas sus pisadas.

—Tenías todo planeado, ¿eh?

Asintió con la cabeza antes de pasarse la mano por el pelo, echándolo hacia atrás y dejando su rostro visible. Hay que joderse con lo atractivo que era.

—En serio, deberías plantearte lo de cortarte esas greñas.

Lo solté casi sin darme cuenta. Él abrió mucho los ojos y sus labios dibujaron una sonrisa ligeramente petulante a la vez que volvía a ponerse la gorra.

—¿Otra de las cosas que me ayudarían a estar más guapo?

Pestañee un par de veces sin tener ni idea de a qué se refería.

—Junto con lo de sonreír más —añadió, guiñándome un ojo.

Me puse colorada como un tomate maduro. Había olvidado que le dije eso viendo *Indiana Jones*.

—Ah, sí...

—Lo tendré en cuenta, chica pija.

Me dio la espalda de repente y fue caminando hacia el atril donde reposaba mi cuadro casi terminado. Se detuvo justo enfrente para observarlo en silencio.

—Es precioso. ¿De verdad lo has pintado tú?

—No, los gnomos del bosque, no te jode.

Se volvió hacia mí con el ceño fruncido y abrió la boca, probablemente para decirme algo nada agradable acerca de mi comentario. Me adelanté y fui hasta su lado.

—Sí, lo he hecho yo. Muchas gracias. Todavía me falta un poco para terminarlo.

—Jodida graciosa —murmuró, volviendo al lienzo—. Eres buena. Por fin veo a la artista que me decías esta mañana. Así que... ¿a esto es a lo que has venido aquí, a pintar?

—Bueno, entre otras cosas.

—Además de a encontrarte a ti misma.

Lo soltó con completa normalidad. Como si se tratara de un comentario sin más y no acabara de dar de lleno en la diana. Lo miré sorprendida, abrí la boca dispuesta a decirle que no tenía ni idea de nada sobre mí y mucho menos derecho a opinar, pero, en lugar de eso, otras palabras abandonaron mis labios.

—Sí, es uno de los fines de este viaje.

—Este es un buen lugar para comenzar de cero —dijo, apartando los ojos del lienzo y centrándose en mi rostro—. Creo que ambos sabemos de eso.

La más absoluta conexión se cernió sobre ambos. Eso era. Nosotros entendíamos de empezar de cero. Él y yo sabíamos de qué iba la vida de verdad. En el pasado, habíamos chocado contra un muro irrompible que nos había hecho cambiar, convirtiéndonos en lo que éramos entonces y obligándonos a empezar de nuevo con la vida que creíamos merecer. Los dos habíamos sufrido algo que nos había afectado tanto y que nos había llevado hasta allí, hasta ese exacto momento. Yo conocía mis causas pero ¿qué había de las tuyas? ¿Por qué Jorge era tan oscuro? De pronto, una nueva sensación me recorrió entera. Quería saber de él, comprenderlo, conocerlo, descubrir qué le había pasado y por qué se comportaba de esa manera con la gente. O puede que solo fuera así conmigo...

—Tienes unos ojos preciosos, forastera —susurró de repente, dando un paso hacia mí.

—Los tuyos son increíbles.

¿De verdad acababa de decirle eso?

—Me resulta sencillo leer a través de esos iris marrones. Dicen tantas cosas...

—Justo lo contrario a los tuyos.

—Aprendí a esconderme tras la indiferencia.

—¿Eso es lo que causo en ti? —quise saber de nuevo, sin ser capaz de entender cómo podía estar haciéndole ese tipo de preguntas.

De pronto me sentía atrevida, no tenía nada de qué esconderme, él ni siquiera me conocía, por mucho que creyera que mis ojos le decían muchas cosas.

Su mano derecha me apartó un mechón de pelo que había escapado del moño que me hice al ponerme a pintar, y las yemas de sus dedos rozaron la piel de mi sien. Se me puso el vello de punta y cerré los ojos de placer.

—Me causas de todo excepto indiferencia, chica pija.

Su voz suave remató mi estado extremadamente receptivo. Abrí los ojos para encontrármelo demasiado cerca.

—No es bueno —murmuró, haciendo que su aliento acariciara mis labios de forma deliciosa—, esto no es nada bueno...

—¿Por qué?

—Nos haremos daño. Yo no sé hacer otra cosa.

—Deja que lo descubra por mí misma —susurré sin poder apartar la vista de su boca.

—¿Y si sales corriendo?

—¿Y si no lo hago?

Una sonrisa apareció en sus labios de ensueño antes de dar un último paso hacia mí. Sus manos fueron a mi cintura, envolviéndola como si fuera lo más delicado del mundo. Me sorprendió ese cuidado, esa deferencia con la que me trató. Y eso siguió cuando sus labios y los míos entraron en contacto. Suaves, tranquilos y calmados, se unieron, y mi corazón latió revolucionado. Me aparté despacio, pero respirando a trompicones. Sus ojos se abrieron y me miraron entre extrañados y sedientos. Frunció el ceño y abrió la boca para preguntarme algo; puede que quisiera saber por qué me había apartado, o igual iba a decir de nuevo que aquello que estábamos haciendo no estaba bien. No le di tiempo. Me lancé a besarlo, pasando mis manos por su cuello y pegándolo a mí como tantas y tantas veces había imaginado. En cuestión de segundos, sus manos estaban en mi cintura de nuevo, y su boca respondía a

mis demandas. Fue abrasador, cargado de todo el deseo que habíamos estado conteniendo en nuestros últimos encuentros.

Si llego a saber que besar a un ser sombrío era así, hubiera hecho cualquier cosa por besarlo mucho antes. La virgen, cómo besaba el hijo de Satán. Que hiciera conmigo lo que quisiera, si iba a seguir besándome de esa manera.

No tengo claro el momento en que perdimos los papeles. Puede que fuera cuando choqué contra la pared de una de las casas. Me había empotrado contra ella, sus manos estaban dentro de mi camiseta y las mías dentro de la suya. Su calidez me estaba poniendo a mil.

—Forastera, deberíamos parar.

Lo dijo sobre la piel de mi cuello, haciéndome estremecer.

—Tienes razón.

Pero no lo hicimos. Y los besos nos supieron a poco. Y las ganas empezaron a convertirse en necesidad.

Justo en el momento en que mis piernas se enroscaron alrededor de su cintura, Picasso comenzó a ladrar, haciendo que nos separáramos para mirar qué había llamado su atención. Jorge me soltó a toda velocidad, y menos mal que tuve los reflejos suficientes como para estirar las piernas y caer de pie, porque, gracias a su brusquedad, podría haber terminado de culo contra el suelo. Al levantar la vista, vi que dos personas bajaban la pequeña cuesta que llevaba hasta el puente verde metálico que conectaba la carretera con el lugar donde nos encontrábamos.

—Será mejor que me vaya —dijo Jorge, comenzando a andar hacia allí.

—¿Cómo?

No me contestó ni se volvió a mirarme. Caminó hasta el centro del puente, donde se encontró con esas dos personas, y entonces vi que se trataba de Abel y otro de sus secuaces. Palmearon el hombro de Jorge y escuché sus risotadas por encima del sonido del agua del río. Jorge no les dijo nada, no vi sus labios moverse en ningún momento. Los otros dos me lanzaron un par de miradas cargadas de burla y se marcharon los tres juntos.

Jorge no me miró ni una sola vez, Picasso sí se volvió hacia mí antes de desaparecer en la carretera.

Volví a casa pocos minutos después. Mi inspiración se había ido, junto con

mi dignidad.

Acababa de suceder algo que no era capaz de asimilar. Jorge y yo nos habíamos besado. Mucho y muy fuerte. Con ganas, con ansia, con algo que yo creí recíproco. Pero, al aparecer dos de los capullos más capullos de aquel lugar, me había soltado a toda velocidad y se había ido sin más. Ni una mirada ni una explicación, nada. Y mi mente era incapaz de descifrar el porqué.

¿Acaso le daba vergüenza que nos vieran juntos? ¿O era porque tenía algo entre manos con ellos y pretendían hacerme pasar por algo más vergonzoso que lo de tirarme cuesta abajo en medio de la noche?

Conduje hasta casa al borde de las lágrimas. Lo de que quisieran reírse un poco más de mí me había convencido. Jorge estaba aliado con ellos para tomarme el pelo. Había cambiado su manera de ser conmigo para llegar a eso, hasta tenerme a punto de caramelo para después descojonarse de mí a sus anchas con esos anormales. Y que conste que no me tuvo a punto de caramelo, me tuvo por completo. Porque creí en lo que me decía, en sus ojos azules menos oscuros y más abiertos, en sus sonrisas tan caras de ver, en sus caricias. Creí en él.

Una vez en el interior de mi casa, tuve ganas de dar patadas a algo, como había hecho en Madrid varios meses atrás, cuando descubrí que habían estado utilizándome durante demasiado tiempo. Miré a mi alrededor buscando qué patear, pero nada me parecía adecuado. Recordé que tenía una habitación llena de trastos inútiles que había acumulado tras mi llegada, y pensé en dar puñetazos a las sillas medio devoradas por las ratas. Sin embargo, al tratar de subir al piso de arriba, las fuerzas me fallaron, haciéndome caer al suelo y me descubrí sobrepasada por la situación. No tenía claro si se debía a lo que me acababa de suceder o al recuerdo de lo que sucedió en Madrid, que sobrevolaba mi vida, proyectando su sombra de desconfianza sobre mí.

Me abracé a mis rodillas y me quedé ahí, sentada en el suelo, justo al pie de las escaleras, mientras el tiempo pasaba. Cuando alguien llamó a la puerta, ni siquiera me moví. Agarré mis rodillas con algo más de fuerza.

—Alicia, abre, por favor.

Levanté la vista hacia la entrada a mi casa, sorprendida por que fuera capaz de transmitir tanto arrepentimiento en tan pocas palabras, después de lo que había hecho hacía un rato.

Seguí sin moverme. Él volvió a llamar.

—Te lo pido por favor, déjame entrar. Tengo que explicarte qué ha pasado

antes.

Tragué saliva y negué con la cabeza. No quería sus explicaciones.

—Vete —murmuré.

Entonces trató de abrir la puerta y recordé que, si no echabas la llave, se quedaba abierta. Así era mi casa, con una puerta de no-seguridad que cualquiera podía abrir desde el exterior a no ser que cerraras con llave. Y eso era algo que no había hecho al llegar. Jorge la abrió con total tranquilidad, llenando la estancia de la luz que iluminaba el exterior. Agaché la mirada antes de ponerme de pie. No quería que me viera ahí hecha un ovillo, aunque tampoco tenía intención de hablar con él.

—Márchate.

—No. He venido a explicarme.

—No quiero que me expliques nada. Vete, por favor.

Caminó hasta el centro del salón cerrando la puerta a sus espaldas. Yo fui a la cocina y abrí la nevera buscando algo que me ayudara con la sequedad de garganta.

—Seguro que te has llevado la idea equivocada.

Levanté la vista hacia él para mirarlo escéptica, saqué una botella de vino blanco muy frío que tenía guardada, y negué con la cabeza antes de empujar la puerta con la cadera y cerrarla.

—Equivocadísima, seguro.

—Alicia... no era lo que piensas.

—Ya, claro.

Saqué un sacacorchos del cajón y me puse a abrir la botella. Sentía la mirada de Jorge sobre mí. Me ponía nerviosa. Ni de coña conseguí sacar el jodido corcho, por supuesto. Se supone que ese cacharro está diseñado para facilitarnos la vida, para que quitar el corcho de la botella de vino sea algo simple y sencillo para cualquiera. Y una mierda. O lo metes de medio lado, o te cargas el corcho, o se te mete para dentro... Vamos, cualquier cosa excepto sacar el jodido corcho de los cataplines. En mi caso, ese día, se rompió parte al intentar sacarlo ya que, como era lógico, no lo había hecho bien al sentirme tan observada. Porque la cuestión es que Jorge no abrió la boca en ningún momento, simplemente se quedó ahí viéndome cagarla poco a poco.

—Mierda de chisme —exclamé, dejando la botella en la encimera con hastío.

—Déjame a mí, anda, que con esas manazas vas a terminar teniendo que tirar el vino a la basura.

—No.

Y cogí la botella de nuevo para esconderla a mi espalda. Él me miró sorprendido, y una sonrisa brotó en sus labios de caramelo.

—Alicia, en serio, trae la botella.

—No me da la gana. Antes la tiro a la basura que la abras tú. Es más, no sé qué narices estás haciendo aquí. ¿Te quieres marchar de una vez?

—No me voy a ir, digas lo que digas.

—Gritaré y gritaré hasta que te vayas.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera, totalmente despreocupado, con aire de malote. De malote desaliñado con greñas y ropa oscura. Y sin gorra, porque no la llevaba entonces. Qué guapo, cojones.

—Puedes comenzar a gritar cuando quieras —soltó, mirándome con chulería.

¡Habrás visto!

Abrí la boca, dispuesta a dejarme la voz gritando hasta que desapareciera de ahí, pero no pude hacerlo porque, en cuestión de dos segundos, sus brazos estaban alrededor de mí cogiendo la botella de mis manos y quitándomela sin esfuerzo. Su aroma me envolvió y me hizo perder la determinación. Sí, eso fue, que olera de aquella manera tan varonil no era justo. Me hizo un guiño divertido antes de colocar la botella sobre la encimera y quitarle el corcho en un abrir y cerrar de ojos. Yo lo miré cabreadísima. Con él, conmigo, con el sacacorchos y con el mundo en general.

—¿Unas copas?

—Una copa —lo corregí, abriendo un armario y sacándola.

Me miró fijamente y puso carita de perro abandonado.

—¿En serio? —exclamé al verlo—. ¿De verdad pretendes que te dé una copa de vino para beber conmigo después de lo que has hecho? ¿Y me pones cara de niño bueno para conseguirlo? Con esas greñas y esa barba, es imposible que me des pena.

Y entonces se recogió el pelo en una jodida coleta con una goma que llevaba en la muñeca. Y babeó. Y él lo vio. Y se rio. Y su risa hizo que mi corazón vibrara y mi estómago se encogiera.

—Maldito seas... —murmuré, sacando otra copa más.

—Gracias, chica pija.

Vertió vino en ambas copas y me dio una, que cogí con cierto recelo.

—Brinda conmigo —dijo, levantando la suya hacia mí.

—No quiero brindar contigo.

—Venga, Alicia, por favor...

Traté de ignorar que el hecho de que pronunciara mi nombre de aquella manera, como envolviéndolo entre algodones, me pusiera nerviosa.

—¿Luego saldrás corriendo sin explicación?

—Lo siento, ¿vale? No debí hacer eso, pero no quería que esos gilipollas pensaran algo que no es.

Levanté una ceja al mirarlo. No tenía ni idea de qué quería decir.

—Bebe conmigo, te lo explico después.

Cedí y choqué nuestras copas. Él sonrió.

—Por ti y por mí —dijo, mirándome a los ojos y consiguiendo ponerme más nerviosa—, porque no tenemos ni idea de lo que estamos haciendo, pero no podemos evitar hacerlo.

—Habla por ti. Yo ya me he dado cuenta de que acercarme a ti ha sido un error.

—En eso estoy de acuerdo.

Sonrió una última vez con cierta amargura y dio un trago a su copa. Lo imité porque estaba harta de hablar de algo que no terminaba de entender y necesitaba alcohol. Me encontré con sus ojos al dejar la copa sobre la encimera. Vi que tragaba saliva y se remangó el jersey dejando a la vista sus tatuajes.

—No soy sencillo, Alicia, no soy bueno para ti —dijo antes de respirar hondo—. Pero esos gilipollas son peores que yo... en ciertos aspectos. Si nos hubieran visto, habrían sacado conclusiones equivocadas y no quiero que eso te pase. No quiero que la tomen más contigo.

—Conclusiones equivocadas... sí, claro. ¿Me puedes explicar qué quiere decir eso?

—Yo no tengo buena fama con las mujeres por aquí.

Y parecía ligeramente avergonzado al decirlo. Lo miré esperando que siguiera hablando.

—Ya te lo he dicho varias veces, no soy bueno para ti, ni para nadie. No es bueno que me encariñe con nadie. Y mucho menos al revés. Esto hace que mis relaciones con las mujeres hayan sido bastante... escasas. Tampoco he tenido nunca demasiado trato con ellas porque ya te dije que no soy bueno con esas cosas.

—Relacionándote —apunté para saber si estaba entendiendo bien lo que trataba de decirme.

—Eso es. No se me da bien la gente, ya lo sabes. Así que tampoco he

tratado de que se me diera bien con las mujeres. Nunca he tenido novia.

—¿Nunca?

—Puede que tuviera una cuando era niño, con seis o siete años, pero, después de eso... nada.

Abrí mucho los ojos y cogí mi copa de vino para dar un largo trago. Él continuó hablando.

—No he sentido la necesidad de tener una relación con nadie, ya que, por circunstancias de mi vida, he estado mucho mejor solo. Y eso es lo que todos en este pueblo saben de mí, que me gusta estar solo. He tenido mis rollos, claro, pero nada más allá de una noche. No me interesan las relaciones con la gente.

—Vale, me estás dejando muchas cosas claras con esta confesión —dije, poniéndome a la defensiva.

—Yo creo que no, forastera, no estás entendiendo nada.

Dio un paso hacia mí y me quitó la copa de entre las manos para darle un sorbo y dejarla apoyada en la encimera de nuevo. Estiró una mano para apartarme el pelo de la cara y por poco no se me escapó un gemido.

—No me interesan las relaciones con la gente —dijo en voz baja y mirándome a los ojos—. Tú no entras dentro de lo que yo considero gente. Tú eres diferente.

—¿No soy gente?

Negó lentamente y yo asentí. No tenía ni idea de lo que hacía, estaba perdiendo el norte por completo.

—Eres Alicia.

No sé cómo no lo vi venir, pero su beso me pilló desprevenida. Aunque lo recibí con muchas ganas. Con tantas que mis manos fueron las primeras en meterse bajo su ropa y acariciar la piel de su espalda. Y por Dios, qué sensación tan increíble la de sentir su lengua junto a la mía mientras la calidez de su cuerpo traspasaba las yemas de mis dedos. Olvidé lo de hacía un rato, lo de la gente, lo de sus no relaciones. Lo olvidé todo y me centré en él.

—Esto está mal —murmuró sobre mi boca.

—Deja de decir eso. Esto está genial.

Rio antes de besarme con pasión. Pero dentro de ese beso descubrí su desasosiego y su indecisión. Había ganas, aunque también había algo más, algo que lo echaba para atrás y lo obligaba a pensar antes de seguir actuando. Lo supe porque no trató de desnudarme, como yo estaba intentando hacer. Sí,

es cierto, estaba tratando de quitarle la camiseta cuando sus manos me apartaron con cuidado y sus ojos me miraron con dulzura.

—No podemos seguir.

—¿Pero qué pasa contigo, joder? —exclamé, confundida y algo desesperada.

Yo quería más, para qué nos vamos a engañar. Seguía sin entender lo que trataba de decirme, pero quería más de él. Más besos, más saliva, más lengua, más piel, más contacto, más... todo.

—No sabes nada de mí —dijo, dando un paso atrás.

—¡Ni tú de mí! ¿Y eso qué importa ahora?

—Importa, y mucho. Contigo no quiero lo que había querido hasta ahora. Tú no eres como eran ellas, solo para un rato y después no volver a mirarlas a la cara. Tú eres más, Alicia.

Me quedé helada. Si había empezado a cabrearme un poco por su manera de darme largas, acababa de olvidarlo todo al escucharlo decir eso.

—¿Qué quieres de mí, entonces, Jorge? —pregunté, cansada de tanto acertijo.

—No lo sé.

Se dio la vuelta y fue hacia uno de los sillones para dejarse caer y esconder la cabeza entre las manos. Respiré hondo, intentando calmar mis hormonas, tratando de centrarme un poco y continuar con esa conversación que parecía ser el punto de partida de lo que fuera a surgir entre nosotros. Yo también me sentía como él. Sabía que no debía, pero ¡madre mía, si quería! Fui hasta el sillón y me arrodillé a sus pies, di un golpecito en su rodilla y él levantó la vista. Sonreí tratando de darle confianza.

—Esto no puede ser tan difícil como lo estamos haciendo ser.

—Puede que lo sea incluso más —dijo con un amago de sonrisa.

—No me ha gustado lo de antes, no te voy a mentir. Me he sentido utilizada y engañada. Pensaba que me estabas tomando el pelo y que eso había sido una nueva broma como la de la noche en la montaña.

—Yo jamás te haría algo así.

—Vale, pero sigo sin entender por qué te has ido de esa manera, escapando y sin mirarme siquiera al marcharte.

—No quería que ellos pensaran que eras una de esas con las que me lío cuando me siento solo. No quería que creyeran que habías tenido algo conmigo y que pasarías a ser nada para mí.

—¿Qué más da lo que ellos piensen? —Acaricié su rodilla y él me miró

con sus preciosos ojos azules oscuros como la noche—. A mí no me importa. ¿Por qué habría de importarte a ti?

—He dependido de ellos durante muchos años. Supongo que sus opiniones siempre han sido importantes, pese a no entenderlos, por mucho que a veces me preguntara por qué. Son los únicos amigos que he tenido.

—Pero no te sientes identificado con ellos. Tú eres diferente. Tú jamás serías capaz de abandonar a alguien en medio de la nada y dejarla allí muerta de miedo. Tú viniste a por mí, me salvaste.

Me miró en silencio, muy detenidamente, luchando contra las cosas que pasaban por su mente. Queriendo decirme tantas cosas, pero a la vez callárselas todas. Pensando en abrirme su corazón de una vez y explicarme todo lo que callaba cada vez que hablaba. Una capa de tristeza cubrió su rostro antes de acariciarme la mejilla.

—¿Te apetece pasar una noche en mi borda?

Su pregunta me pilló desprevenida, pero comenzaba a habituarme a eso de que me saliera por la tangente cuando algo lo incomodaba y no tenía ganas de responder.

—Me encantaría.

Y sonreí tanto al decirlo que lo contagié.

LA BORDA

—¿Pero tú estás loca?!

—No diré que no estoy algo desequilibrada porque es cierto que últimamente no ando demasiado centrada y no sé muy bien qué hago con mi vida. Pero loca, lo que se dice loca... yo creo que no.

—Alicia, en serio...

La voz de Megan se calmó un poco después del arrebató inicial. Y es que, claro, le estaba diciendo que me iba a ir a pasar la noche con un chico al que casi no conocía, que al principio creí el hijo del mismísimo Satán y que me tenía bastante turuleta. Sí, porque de nuevo decir loca no sería acertado. Ya no por ir desencaminado, sino porque se quedaría corto. Lo que me sucedía con Jorge pasaba de castaño oscuro. Ese hombre me había tocado por dentro. Algo de lo que su mirada transmitía me había afectado en lo más profundo y, pese a no tener ni idea de qué podía salir de todo aquello, estaba dispuesta a saltar con los ojos vendados. Qué puta locura, ¿verdad? Y más viniendo de lo que venía.

—Te pido que te centres un poco —continuó mi amiga al otro lado del teléfono—. No puedes irte con él a un lugar perdido en las montañas de donde no sabes si saldrás.

—¿Te estás oyendo? —exclamé entre carcajadas—. ¡Ni que fuera a matarme!

—Ríete todo lo que quieras, pero creo que no ves lo suficiente las noticias últimamente. ¿Sabes la cantidad de personas que desaparecen al año en España? Catorce mil, Alicia, catorce mil personas desaparecidas de las cuales algunas son encontradas y otras no. ¿Quieres ser una más de las que pasen a engrosar la lista de este año?

—Eres una exagerada crónica.

—De acuerdo, lo soy. Pero admite que debería darte, al menos, un poquito de reparo marcharte con él sin conocerlo.

—No me hará ningún daño.

—¡Ja! Ya te lo está haciendo.

—No es cierto, Megan, no seas así. Jorge me está ayudando mucho.

—Sí, claro, a encontrar tu punto G.

Me eché a reír a la vez que me dejaba caer en uno de mis sillones rojos.

—No hemos hecho nada.

—Porque no ha surgido el momento, pero tiempo al tiempo.

—¿Pero tú no querías que encontrara al montañero que me pusiera mirando a Cuenca y me plantara un buen pepino? —parafraseé su gran ilusión, que repetía día tras día antes de que yo dejara Madrid.

—¡Y sigo queriéndolo! Pero te puede hacer una plantación de pepino en casa, en tu habitación, en el sofá o en la bañera. No hace falta que os vayáis a una casita recóndita para que te haga un favorcito.

—No te preocupes. Puedes fiarte de él.

—Te recuerdo que hasta hace unos días lo odiabas a muerte.

—Pero ahora lo conozco un poquito mejor y...

—Y has perdido las bragas. ¡Como si lo viera!

—Es un chico complicado, lo único que necesita es a alguien que lo comprenda.

—Pero, Alicia, ¿esto te viene bien en este momento? Hace muy poco que las cosas con Jesús se torcieron, que descubriste lo de...

—No lo digas, por favor.

—Ni siquiera puedes hablar de ello. ¿De verdad crees que empezar algo con una persona que parece más jodida que tú es la solución?

—No lo sé, Meg, no tengo ni puñetera idea. Pero me siento bien con él, aunque sea un capullo realmente odioso en ocasiones. Es una de las pocas personas con las que me encuentro a gusto aquí y que me ayuda a sentirme bien conmigo misma. Sé que no estás a favor de esto, pero ¿podrías intentar hacerlo por mí?

—Chantajos a estas horas... —Escuché su chasqueo al otro lado. La podía imaginar negando con la cabeza todavía en pijama, sentada en una de las banquetas junto a la isla de su cocina y agarrada a su taza de café—. Está bien, tía petarda, voy a intentar ser algo positiva y no pensaré que vaya a hacerte sabe Dios qué cosas en lo alto de la montaña. Sé que tú quieres que te haga toda clase de perversiones que pasen por tu mente, pero de verdad te recomiendo que no sea así. Primero debes pasar página.

—Estoy en ello —murmuré, fijándome en el suelo de madera arañado y desgastado por el paso del tiempo—. Estar aquí me sienta bien, en serio. Pinto de nuevo, noto a las musas merodeando a mi alrededor a todas horas, soy capaz de estar horas en silencio sin llorar... Eso antes no podía hacerlo en Madrid. Ahora me encuentro mucho mejor, de verdad, mucho mejor que cuando me marché.

—Me alegra oír eso, Ali. Pero no quiero que confíes en las personas equivocadas.

—No volverá a pasarme nunca más. Conviví con el auténtico demonio, ¿recuerdas?

—Y ahora te vas de acampada con otro demonio... ¿cuándo aprenderás!

—¡No me voy de acampada!

—Pues te vas a la casa de la montaña del abuelito de Heidi, ¿me da igual! Dices que tuviste al demonio metido en casa, pero ahora estás a punto de meterte en la cama con el mismísimo Sombrío... ¿Por qué no me fui contigo para evitar que hicieras este tipo de cosas?

Fingía estar escandalizada, aunque yo podía reconocer una sonrisa tras sus reproches.

—No viniste porque Estefan te necesita —respondí, tratando de calmarla.

—Estefan lo que necesita es una bofetada con la mano abierta. ¿Te puedes creer lo que me hizo ayer? Llegó de trabajar a las seis de la mañana, tuvo guardia de veinticuatro horas, y ya sabes que vuelve como un zombi cuando le tocan esos turnos. Pues resulta que, al despertarme, me encontré la cocina como si la estampida de animales de Jumanji la hubiera atravesado: la nevera abierta, que funciona de puro milagro porque se pasó dos horas pitando como loca; la cafetera en marcha, pero la jarra sobre la encimera con la mitad del café desparramado por la superficie; el bizcocho que había hecho el día anterior destrozado, en serio, totalmente desmigado como si un gato hubiera saltado encima; cuatro vasos sucios en el suelo, sí, en el suelo, como si ese fuera su sitio y estuvieran bien allí; el trapo colgado de la campana extractora que, sí, lo has adivinado, estaba en marcha para aspirar el humo de la mala hostia que empezó a arder en mi interior al encontrarme ante semejante espectáculo. Estefan no me necesita a mí, ¡necesita una hostia bien dada porque en su casa no se la dieron a tiempo!

Estallé en carcajadas mientras mi amiga seguía despotricando acerca de Estefan y quejándose de su manía de llenar todo de migas cuando comía un sándwich, o de lo mucho que odiaba que él recogiera sus productos de belleza con cuidado en el baño. En realidad, Estefan era un santo. Podía tener algún momento más bajo, pero era algo comprensible; con esos turnos yo tampoco sabría si comerme el bizcocho o dormirme sobre él. Megan y Estefan se adoraban, eran mi pareja referente en el mundo. Nunca he visto a nadie mirarse como lo hacen ellos. Se quieren de verdad, un amor de esos que sabes que durará siempre por mucho que se enfaden, se griten o se

suelten alguna bordería de vez en cuando. Se adoran, solo hay que ver cómo brillan sus ojos cuando se encuentran. Y eso es lo que yo quiero para mí algún día, encontrar a alguien que me mire con dulzura y cariño, que piense que soy lo mejor de su vida y que, por mucho que de vez en cuando discutamos, sepamos que nos tenemos para cualquier cosa y que nada podrá cambiar eso.

Una borda es una casa antigua, más cercana a las montañas, donde hay prados para que el ganado pueda pastar, puesto que antiguamente se resguardaban en su interior. Solían utilizarse también para almacenar los productos derivados de dicho ganado, así como los utensilios que necesitaban para las labores de pastoreo o para la obtención de dichos productos, como podrían ser quesos, mantequilla, embutidos, etcétera.

Había muchas por la zona, sobre todo carretera arriba. Conforme ascendías en altura, encontrabas bordas a ambos márgenes del camino. Algunas abandonadas, puesto que las cosas han cambiado mucho desde que el pastoreo ha avanzado gracias a las nuevas tecnologías, pero otras habían sido reformadas para convertirse en segundas viviendas o incluso en casas rurales. Nunca había estado en el interior de ninguna, así que tenía mucha curiosidad. Las había observado al subir hacia Lizara, pero no había tenido oportunidad de verlas por dentro. Me emocionaba conocer algo tan típico del Pirineo Aragonés y de la gente de Aragüés.

Jorge pasó a recogerme a media tarde. Al marcharse el día anterior, no se había despedido con un beso. Se fue como alma que lleva el diablo. Me molestó, aunque no se lo tuve en cuenta. Comenzaba a conocer su forma de ser, y esas cosas eran habituales en él. Así que, cuando escuché el claxon de la *pickup*, salí corriendo de casa portando una mochila con algo de ropa y me monté sin esperar ningún beso de reencuentro. Es más, ¿por qué íbamos a besarnos? Si no éramos nada. Qué cosas tengo a veces.

Me monté en el coche y lo miré un instante para volverme al frente. Un momento... ¿qué narices...? Me volví hacia él con el ceño fruncido.

—¿Te has afeitado?

Giró la cabeza, y a pocas la diño en ese momento.

—¡¿Y te has cortado las greñas?!

No entendía nada. No sabía qué había pasado, por qué, cómo ni dónde,

pero así era, se había afeitado la barba que antes lucía tan mal cuidada y tan desastrosa. Y la piel de su mentón y su mandíbula y sus pómulos y su nariz quedaron a la vista, dando una belleza hasta ahora oculta a su rostro que lo de menos era que se hubiera cortado un poco el pelo. Y digo «un poco» porque todavía lo llevaba algo largo, pero le quedaba tan bien, taaaaan bien, que no importaba que técnicamente siguieran siendo greñas.

—¿Qué narices ha pasado? —exclamé inclinada hacia él, mirándolo con los ojos abiertos como platos—. ¿Has ido al peluquero?

—No, lo he hecho yo mismo. Empezaba a cansarme de escuchar tus quejas acerca de mis pintas.

—¿En serio?

Estaba completa y absolutamente en *shock*.

—No, chica pija. En realidad, quería que vieras que soy mucho más guapo de lo que creíste en un principio.

Y sonrió.

Babas, babas y más babas.

No es que fuera más guapo, ¡es que era un puto dios hecho hombre! ¿Quién era su padre en realidad, Zeus?

—Joder...

Mi expresión alucinada lo hizo reír, me dio un golpecito en el muslo que me sobresaltó, me guiñó un ojo y arrancó el coche.

Fuimos en completo silencio hasta la borda. Un silencio cómodo y tranquilo. Sin explicaciones ni comentarios acerca de nada. Me gustaba esa calma con él a mi lado, aunque de vez en cuando no podía evitar lanzarle miraditas para asegurarme de que lo del afeitado había sido real.

Si antes parecía un modelo ahora era... no sé, ¿qué hay más que un modelo? David Beckham está por encima, es futbolista, padre, modelo, guapazo de los que quitan el aliento y que mejora conforme pasan los años porque hay que verlo cada vez que sale en cualquier medio de comunicación, y si va vestido con un traje ya ni te cuento. Jorge era el David Beckham de los guapos. ¿Se me está yendo mucho la pinza? Sí, es probable, pero creo que pillas por dónde voy. Resumiendo: que el Sombrío ya no tenía nada de sombrío, excepto esa oscuridad en su interior, porque por fuera era un pedazo de bombón que quitaba el hipo. Su rostro ahora era luminoso, coronado por esos dos ojazos como dos soles. Qué pasada lo de verlos en todo su esplendor, tan azules, tan penetrantes, tan estupendos en su cara afeitada.

Dejamos atrás la antigua casa del forestal de la zona y comenzamos a

encontrarnos con varias bordas a ambos lados de la carretera. Una vez pasamos el puente de Labati, Jorge giró por un camino lateral que formaba parte de la red forestal a la que solo determinadas personas podían acceder con una tarjeta especial que debía solicitarse en el ayuntamiento del pueblo. La *pickup* era el vehículo perfecto para transitar por esos caminos, plagados de baches y piedras. Con mi pobre Focus, pareceríamos montados en una atracción de feria. Tan solo diez minutos después, se desvió por un estrecho camino a la izquierda que nos llevó directos a una explanada verde con una casita al fondo. La borda. Construida en piedra y con su tejado de pizarra, de dos plantas, con dos ventanas en el piso de abajo y un par de Velux en el lateral visible del tejado. La puerta de madera era nueva; bueno, en realidad todo excepto la estructura, parecía nuevo.

—Qué bonito —murmuré al observar el enclave.

De fondo, podía verse el Bisaurín y Lo Foraton, los dos picos más altos que presidían el valle, vigilando desde sus posiciones todo lo que quedaba por debajo de ellos. Aún había algo de nieve en las zonas más sombrías del Bisaurín. La vegetación parecía más verde en esa zona donde nos encontrábamos. Puede que tener el prado junto a la borda, con ese color tan vivo, aumentara la sensación de verlo todo todavía más verde. Abetos, pinos y hayas se atisbaban tras la construcción, rodeándolo todo, pues eran los árboles predominantes en el valle. El sonido del río se escuchaba con más claridad allí, incluso parecía bajar con mayor caudal. Y los pájaros... su piar lo hacía mágico. Qué lugar, qué paraje, qué preciosidad.

Varios metros más allá, tras la borda, una edificación de carácter más industrial colindaba con el terreno siguiente. Las paredes de hormigón y el tejado de uralita me dejaron claro que se trataba de la nave que Jorge utilizaba para guardar sus materiales de trabajo y, por la verja que podía verse en un lateral, entendí que las vacas pasaban algún tiempo por allí. Puede que en la temporada fría las guardara en su interior. Entonces parecía vacía. Me pregunté dónde andarían sus animales.

Bajé del coche llenando mis pulmones de oxígeno, el más puro que había aspirado nunca. Y, joder, sonaré a yonqui, pero fue un gustazo respirar ese aire tan fresco y reconfortante.

—Picasso, aquí.

La voz de Jorge me sacó de mi ensoñación bucólica para trasladarme a una más puramente erótica.

Me di cuenta de que no vestía ropa oscura, como venía siendo habitual en

él. Bueno, la camiseta sí, era negra, pero llevaba vaqueros claros, desgastados en las rodillas, ajustados en la cintura y marcándole un culote que olé ahí ese vaquero. El perro correteó con él hasta la puerta de la borda. Yo parpadeé babeando. Qué estampa, por favor, qué momento para inmortalizar con una cámara y poder volver a contemplar por los tiempos de los tiempos. Creo que fue la sonrisa de ese Jorge menos desaliñado, o el cariño con el que trataba a Picasso, o que jugueteaba con él antes de abrir la puerta, moviéndose de un lado a otro tratando de engañar al perro, que jadeaba contento con su amo. Solo sé que en ese instante se me escapó un suspiro.

Abrió la puerta y se volvió a mirarme. El sol ya se estaba poniendo, todo estaba iluminado por las últimas luces del día y él estaba tan guapo, tan sumamente guapo, que, cuando me hizo un gesto con la mano para decirme que fuera hacia allí, casi correteo como Picasso, con la lengua fuera incluida. Y no movía el rabo porque no lo tenía, que conste.

Cuando accedí al interior de la borda, me sorprendí de encontrarme con una preciosa casa rústica con interior de madera, chimenea, una cocina pequeña al fondo y un par de sillones de cuero marrón con mantas de cuadros en los respaldos. No había tele, no había sofá, no había teléfono ni microondas. Tan solo una nevera y una pequeña placa de vitrocerámica equipaban la cocina. A mano derecha, unas escaleras comunicaban con la planta de arriba, donde descubrí techos abuhardillados con vigas de madera hasta el suelo y una cama en el centro de la sala. Por favor, qué sitio tan maravilloso. Ni en las revistas más modernas y vanguardistas de decoración había visto reportajes de lugares como aquel. Me reafirmé en ese pensamiento al descubrir un coqueto cuarto de baño bajo las escaleras, con una ducha de hidromasaje que casi hace que se me salgan los ojos de las órbitas. ¿Pero qué sitio era ese? Parecía una casita rural de las que se promocionan diciendo que son lugares con encanto, de cinco estrellas, y por la que pagarías unos doscientos euros por pasar una noche. Y yo estaba allí gratis.

Miré a Jorge, que se había recogido el pelo en una coleta y estaba dejando varias cosas en la nevera, y un cosquilleo extraño recorrió mi cuerpo. Estábamos solos allí. Solos, solos. Con Picasso, sí, pero no contaba, era un perro. En esa borda en medio de la nada nos encontrábamos únicamente él y yo, con toda la noche por delante, el cielo estrellado sobre nosotros y el sonido del río para acompañarnos a lo largo de las horas. Me dio una especie de vértigo de repente. Ay, coño, ¿nos íbamos a acostar? Y es ahora cuando

dirás que qué narices esperaba yendo con él a ese lugar, ¿verdad? Pues sí, tienes razón. Claro que lo había pensado, muchas veces, desde hacía varios días la idea de acostarme con Jorge rondaba mi mente. Más exactamente desde que me lo encontré en pijama, descalzo y con la coleta aquel día que amanecí entre sus sábanas. Pero ahora me veía allí, tan de verdad, tan real, tan, tan... que algo muy similar al miedo comenzó a atenazar mis extremidades.

Si no se hubiese afeitado, el pavor podría ser menor. Y es que parecía tan fuera de lugar que me costaba creer que se encontrara allí de verdad. Era raro verlo moverse por aquel idílico enclave. Me resultaba tan irreal que me di cuenta de que parecía estar en medio de uno de mis sueños húmedos. A veces he tenido alguno, ¿qué pasa? Y, coño, en ese momento parecía que él iba a mirarme a los ojos, a humedecerse los labios, a comenzar a desnudarse al ritmo de una canción de Marvin Gaye (sí, lo sé, mis sueños eróticos son un cliché) y a hacérmelo sobre la alfombra frente a la chimenea. Y es que sí, lo has adivinado, ¡había alfombra! Y parecía tan suave y comfortable...

—Forastera, deja de pensar en eso que estás pensando y ven a poner la mesa.

Puede que fuera cierto eso de que mis ojos decían demasiado. Parpadeé y sonreí. Sin vergüenza, y no sé por qué, pero esa jodida comodidad entre ambos hizo que se me subieran los colores cuando supo ver en mi rostro lo que estaba pensando, aunque me dio igual acalorarme ante esa frase que no esperaba. Con él no sentía vergüenza, aunque no podía controlar la respuesta de mi cuerpo a sus comentarios.

Pusimos la mesa entre una charla sin demasiada profundidad: que si solía hacer fresco por las noches allí, que si Picasso disfrutaba correteando por los alrededores pero siempre volvía al finalizar el día, que si antes las vacas dormían justo donde nos encontrábamos.

—Mi padre heredó el ganado de su padre, entonces dormían aquí por las noches todos juntos.

—¿Vacas y personas? —Me sorprendí.

—Imagino que en alguna ocasión sí. —Rio, torciendo el gesto mientras descorchaba una botella de vino tinto—. No quiero imaginar cómo es compartir cama con una vaca.

—Arg, asqueroso.

Los dos nos echamos a reír. Vertió vino en las dos copas que habíamos colocado sobre la mesa y me tendió una antes de volverse para sacar un par

de fiambreras de la nevera. Bebí un sorbo y me apoyé sobre la madera de la encimera, observándolo y pensativa.

—¿Dónde están tus padres?

Se volvió a mirarme y vi su nuez subir y bajar. Sus ojos se desviaron hacia la ventana.

—No están. Se fueron hace muchos años.

Asentí lentamente con la cabeza. No dijo nada más. Nos quedamos en silencio unos segundos, él todavía mirando por la ventana y yo observándolo. No quise profundizar en el asunto, creo que no se sentía del todo cómodo, así que decidí dejarlo estar y me acerqué a su lado para ayudarlo en lo que estaba haciendo.

—¿Qué has preparado, chef?

Su mirada se centró en mí y sonrió.

—Un revuelto de ajetes tiernos, gambas y espárragos trigueros, y para después un poco de merluza con almejas. Me quedó algo seca, espero que no te importe.

Parpadeé sorprendida.

—Dime que no has hecho esto tú solo, que alguna vecina cocina para ti y lo tenías congelado en casa. Por favor, dime que no tienes ni idea de cocinar, que aquello de las tostadas francesas era lo único que sabías hacer y trataste de impresionarme esa mañana.

—Sé cocinar, forastera. —Rio divertido por la expresión de mi rostro—. Todo esto lo he hecho yo. La verdad es que la merluza sí estaba congelada porque me sobró de la vez que la cociné, pero el revuelto lo he hecho antes de pasar a por ti.

—¿En serio?

—Veo que te impresiono de nuevo.

Esa sonrisa que cada vez era más sencilla de ver en su boca de caramelo me deslumbró cuando todavía seguía impactada por que supiera cocinar. Pedazo de portento de hombre. ¿Qué narices hacía solo?

—Me impresionas, sí, mucho.

—Dime la verdad, chica pija, ¿qué te impresiona más? ¿Que sepa cocinar o que me haya afeitado?

—No sabría decirte. Creo que ambas cosas me tienen en un estado de alucinación extrema. Pareces sacado de uno de mis mejores sueños.

—No creas, puede que parezca un sueño y luego se torne en pesadilla.

—¿Por qué siempre dices esas cosas? —exclamé, molesta—. Tienes un

arte innato para arruinar los momentos bonitos.

—¿Esto era un momento bonito? Solo hablábamos de tonterías. Yo lo único que digo es la verdad.

—¡Aaagg! Me pones de los nervios.

Me di la vuelta levantando los brazos en el aire y fui hacia los sillones, me senté en uno y él siguió a lo suyo, preparando la cena. Que ya no me apetecía nada, por cierto. Escuchaba ruidos de platos y cubiertos, sus pasos por la pequeña cocina, las pisadas de Picasso fuera correteando, pero en mi cabeza no dejaba de oír las advertencias acerca de lo que estaba haciendo allí con él. La voz de Megan sonaba en mi mente diciéndome que estaba complicándome la vida. Me dieron ganas de volverme a Aragüés andando.

Estaba absorta en mis pensamientos cuando una copa de vino apareció ante mí.

—La copa de la paz.

Me giré a la izquierda para encontrármelo de pie al lado del sillón, mirándome expectante y con algo que me pareció ternura brillando en sus ojos. Cogí la copa y él brindó conmigo, los dos bebimos un trago y se sentó en el brazo del sillón. Nos quedamos en silencio. Cómodos y relajados. Los pensamientos desaparecieron poco a poco y todo lo demás también; solo quedamos él y yo en esa casita en las montañas. Muy lejos de Madrid, muy lejos de lo que me había llevado hasta allí. Jorge y yo, juntos, observando el lugar donde, de haber encendido un fuego, crepitaría en medio de la calma que se instaló en la sala.

—A veces meto la pata.

Me giré hacia su voz. Observaba un punto indefinido ahí donde habrían estado las llamas.

—Pero me gusta pasar tiempo contigo. —Sus ojos me miraron entonces y sus labios se curvaron en una dulce sonrisa—. No dejes que mis pequeñas cagadas jodan esto.

—No la cagues entonces.

—Ya sabes que no se me dan bien este tipo de situaciones, estar con... gente.

—Pero ayer dijiste que yo no soy gente.

—Es verdad, por eso es todavía más difícil que lo haga bien y más sencillo que la cague una vez tras otra.

Lo observé en silencio. Bebí un trago de mi copa y volví a observar el fogón. Jorge se puso de pie y fue hacia la cocina. Poco después, comenzó a

sonar la melodía de una canción que consiguió ponerme los pelos de punta: *Behind Blue Eyes*. La versión de Limp Bizkit, todavía más profunda que la original de The Who. Me volví hacia donde provenía la música y vi a Jorge. Estaba apoyado contra la encimera y me miraba fijamente. Tras él, su móvil dejaba salir las primeras frases en boca del cantante. Entonces comprendí algo. Esa canción, esa letra... era su letra, su canción. No solo porque hablaba de sus ojos azules, también por la tristeza que siempre transmitían, porque esa oscuridad que vi reflejada en ellos desde el primer día no se debía a que él fuera así. Jorge no siempre había sido oscuro, y seguro que antes le gustaba tratar con la gente. Algo sucedió, algo había pasado para que Jorge cambiara y trataba de decírmelo a través de esa canción. Quería que lo supiera, que estaba triste y solo, que nadie lo entendía de verdad, que se escondía tras una fachada que proyectaba ante los demás, aunque en realidad tenía sueños y miedos como todo el mundo.

—Esta canción es... —comenzó, tras tragar saliva con dificultad—. Es mi canción. No sé expresarlo mejor que su letra.

Me puse en pie y fui hasta él, dejé la copa de vino sobre la encimera y, sin decir ni media palabra, lo abracé. Sus manos enseguida estuvieron a mi alrededor, se apretó a mí y escondió el rostro en mi cuello mientras la canción nos envolvía, diciendo que nadie sabía lo que era ser el malo, el triste que hay tras unos ojos... como los suyos.

La música terminó, pero nosotros permanecemos ahí, abrazados, callados, diciéndonos demasiadas cosas sin mover los labios. Mi corazón latía rápido y mi mente me advertía sobre lo que Jorge podía representar para mí después de lo que había pasado unos meses atrás. No quise advertencias en ese momento, el calor que emanaba de su cuerpo entonces fue suficiente. Era lo único que necesitaba, saber que no era tan frío como siempre creí.

Jorge se movió un poco y me besó en la mejilla antes de apartarse despacio, tragó saliva de nuevo y me miró con cierta incomodidad y los ojos brillantes.

—Lo siento —murmuró avergonzado.

—No tienes nada que sentir. Me gusta que te abras, aunque sea a tu manera. Hace que parezcas menos sombrío que al principio.

—¿Sombrío?

Sonreí y me aparté un poco.

—Sí, era el apodo que te puse al llegar aquí. Eras el Sombrío.

Se echó a reír, negando con la cabeza.

—Me habían llamado muchas cosas en mi vida, pero nunca sombrío. Aunque, mira, me gusta, va mucho conmigo.

—Por eso te llamaba así. Siempre vistes con colores oscuros, vas con esa gorra y esos pelos que cubren tu rostro, con esa barba que te tapaba la cara y no dejaba ver tu expresión. Y tus ojos...

—¿Qué pasa con mis ojos? —preguntó, al ver que dejaba la frase inconclusa.

—Son oscuros.

Tomó aire y lo dejó salir lentamente.

—Hay oscuridad dentro de mí —dijo, perdido en un punto lejano de nuevo.

—No digas eso. —Acaricié su mejilla y entonces me miró—. Estoy empezando a ver luz ahí dentro.

Apretó los labios y esbozó una sonrisa que me pareció casi tímida. Cogió con delicadeza mi mano, que seguía sobre su piel, y la movió de su mejilla a su pecho para posarla sobre su corazón, que palpitaba a un ritmo muy similar al mío. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Tienes idea de lo que estás causando aquí dentro, chica pija?

Abrí mucho los ojos a la vez que sentía que mis mejillas se coloreaban. Jorge me miró con intensidad y se agachó un poco para besarme, primero en la frente, luego en la nariz, después en una mejilla, en la otra... Mi mano temblaba sobre su pecho. Sus labios se detuvieron a milímetros de los míos.

—Me gusta cómo me siento cuando estoy contigo —susurró, haciendo que su aliento rozara mi piel hasta estremecerme—. Me gustas tú, Alicia.

Asentí embobada antes de que me besara. Y me dejé llevar porque ante esas palabras no había nada que objetar. El Sombrío dejó de ser sombrío. Continuaba habiendo dudas y preguntas en el aire, pero ya llegaría el momento de hablar de ellas. Con los besos de Jorge, se me olvidaba hasta mi nombre, así que el resto pasaba a un segundo plano. O un tercero si me acariciaba de esa manera.

Mis manos estaban debajo de su camiseta y nuestros cuerpos demasiado pegados cuando el sonido de un móvil nos sobresaltó. Jorge se volvió hacia la encimera, donde lo había dejado al poner la que confesó que era su canción, y contestó.

—Dime, Antonio. ¡No jodas! ¡Mierda! No, claro que subo. Sí, ahora mismo. No puedo hacer otra cosa. Quédate cerca media hora hasta que llegue, por favor. Sí, de acuerdo. Gracias.

Resopló antes de dejar el teléfono sobre uno de los sillones. Se revolvió el pelo y a mí se me revolviéron las hormonas. Qué sexy.

—Tengo que irme, ha surgido algo que tengo que atender con urgencia. Lo siento, te llevaré al pueblo.

—No, te acompaño.

—¿Qué dices, forastera? —Rio divertido, cruzándose de brazos—. ¿Quieres acompañarme a atender el parto de una de mis vacas?

Ah, coño, a eso se iba... Me cuadré de hombros y olvidé todo: el miedo, que ya era de noche, que no tenía ni idea de animales y ¿he dicho ya el miedo? Joder...

—Quiero acompañarte —repetí, consiguiendo aparentar seguridad.

Jorge se echó a reír, cogió su gorra del mueble de la entrada, abrió la puerta y silbó para llamar a Picasso.

—De acuerdo, vamos. Pero coge ropa de abrigo, allí arriba a estas horas hace un frío que pela.

SORPRESAS TE DA LA VIDA

Jorge

Cuando salimos de la borda, no habría dado un duro por la forastera. Pero, en caso de haber apostado algo en su contra, seguro que lo habría perdido. Aquella noche me dio una lección.

Al llegar a los llanos de Lizara y encontrarnos con el espectáculo, se puso blanca como la leche. Reí entre dientes, pero intenté tranquilizarla para que viera que era algo natural, tan solo se trataba de un animal dando a luz. Luego recordé que estaba hablando con una chica de ciudad que no había visto una vaca en su vida, así que mucho menos habría visto ninguna pariendo. Es más, seguro que no había visto a nada dando a luz, persona o animal. También es cierto que eso no es algo fácil de ver, a no ser que seas médico o tu mujer sea la que tenga al bebé. Bueno, da igual, la cuestión es que la cara de Alicia se volvió blanca como el papel y creí que iba a echar la pota ahí mismo.

—Dame un momento, por favor —pidió, antes de irse unos metros más allá y ponerse a hacer aspavientos con los brazos.

Yo me quedé con Antonio mientras me contaba que Adela llevaba así alrededor de media hora, que el ternero estaba a punto de salir. Y tuvo razón, no tardó más de diez minutos. Necesitó mi ayuda para abandonar el interior de su madre, por lo que tuve que ponerme los guantes hasta los codos y hacer algo que no es mi actividad preferida de las que ser pastor engloba, pero debía hacerlo o el ternero estaría en riesgo. Alicia reprimió una exclamación al verlo. Me volví a mirarla desde mi posición, agachado frente al animal, esperando que echara a correr despavorida, pero no lo hizo. Aguantó a mi lado, todavía con el rostro ceniciento, durante todo el proceso. Cuando el ternero salió por fin, creí que vomitaría porque no es algo agradable de ver, y de nuevo me sorprendió cuando no lo hizo. Observó embobada al animal cubierto de sangre y restos, a su madre limpiándolo y cómo este trataba de ponerse en pie.

—¿Estás llorando, chica pija? —le pregunté, sorprendido, al colocarme a su lado.

—Jamás había visto algo tan bonito.

Negué con la cabeza a la vez que reía.

—Acabas de dejarme alucinado.

—¿Por qué? —Se volvió hacia mí con sus preciosos ojos marrones humedecidos y la vi más bonita que nunca.

—Porque sí, forastera. —Me acerqué a besarla fugazmente en los labios —. Y eso no sucede todos los días, puedes sentirte orgullosa.

La dejé con una sonrisa mientras me marchaba a la caseta común en la que los pastores de la zona guardábamos los útiles para asearme un poco. Antonio se quedó con el ternero, Adela y Alicia, vigilando que nada le pasara a ninguno de los tres. Abrí la puerta de la estructura de hormigón y uralita y tiré los guantes a un cubo junto a la entrada, fui hasta el fondo y me lavé en un pequeño lavadero sin poder borrar la expresión bobalicona de mi rostro.

Esa chica era alucinante. Acababa de soportar el parto de una vaca como una campeona. No todo el mundo es capaz de hacer algo así, la mayoría vomita, se queda al borde del *shock* o, como mínimo, emite exclamaciones de asco durante todo el proceso. Ella no. Y encima había terminado emocionándose. Me agarré al borde del fregadero y respiré hondo.

Una parte de mí quería alejarla, decirle que se marchara y me dejara en paz porque iba a terminar sufriendo. Algo malo le pasaría si seguía cerca de mí, como a todo el mundo que alguna vez quise. Era algo que iba conmigo, en el mismo *pack*: el dolor y yo, uña y carne, compañeros en la vida desde siempre. No quería que Alicia sufriera y mucho menos que le pasara algo malo. Ella merecía ser feliz, y esa parte que quería alejarla dudaba de que yo pudiera ser capaz de conseguirlo. Lo más seguro sería apartarla a un lado, espantarla y hacer que se fuera muy muy lejos.

Pero otra parte de mí, una que llevaba dormida demasiado tiempo, deseaba que se quedara cerca. Con sus sonrisas sinceras, con sus ojos expresivos, con sus secretos y sus miedos. La quería a mi lado porque con ella todo era mejor. Me hacía sentir cosas olvidadas y que podía dejar atrás el pasado, donde debía estar. Sabía que todo lo que había vivido sería algo que jamás conseguiría olvidar del todo, pero puede que algún día consiguiera perdonarme a mí mismo. Quizá ella me ayudaría a seguir adelante. Me entraban ganas de abrirme de una vez y contarle todas mis mierdas, todo lo que pasó y que me atormentaba día y noche. Sentía que con ella podría, que me acariciaría la mano y me miraría con sus dulces ojos marrones antes de acercarse y abrazarme. No diría nada, simplemente me abrazaría y dejaría que mi dolor saliera poco a poco. Como había hecho hacía un rato en la borda.

Suspiré profundo antes de tragar saliva.

—Chico, yo me marcho ya.

Me volví hacia la voz de Antonio, que me miraba desde la puerta de la nave.

—De acuerdo, Antonio. Muchas gracias por echarme una mano.

—Sabes perfectamente que tú solito te vales para este tipo de cosas. No soy yo el que tiene estudios.

—Sí, claro, pero se agradece tener algo de apoyo.

—Me parece que te has buscado una buena ayudante.

Me guiñó un ojo antes de desearme buenas noches, y se marchó. Salí enseguida porque Alicia estaría sola con los animales. Cuando llegué al prado, me sorprendí al encontrármela sentada en el suelo.

—¿Qué haces?

—Mirar las estrellas.

Levanté la vista al cielo para descubrirlo plagado de ellas.

—Es bonito, ¿verdad?

—En Madrid no se puede ver esto. La polución, los edificios, la contaminación lumínica... Es imposible disfrutar de este espectáculo.

Nos quedamos en silencio y la escuché suspirar.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo, palmeando el suelo junto a ella.

—Voy a guardar a Adela y su cría en la caseta, es mejor que pasen la primera noche bajo techo.

—¿Adela?

—Sí, así se llama.

—¿Todas tus vacas tienen nombre?

—No, bueno... En realidad, sí, aunque no los recuerdo todos.

Rio antes de volver a mirar al cielo.

—Vale, ve, pero no tardes en volver.

Me quedé mirándola ahí sentada y observando las estrellas, con una sonrisa bailándole en los labios. Tuve que contener las ganas de agacharme a su lado para besarla con toda el ansia que recorría mis venas. Creo que ese fue el momento en el que la parte que quería que Alicia entrara en mi vida ganó a la que quería que se alejara.

Cogí a Adela con cuidado y su ternero la siguió a pasos todavía vacilantes. Los metí en una de las jaulas que había en la caseta para estos casos, y dejé agua y paja para la madre. Revisé que todo estuviera bien con el pequeño, que su temperatura fuera la adecuada y no hubiera rastro de enfermedad o cualquier otra cosa que pudiera causar que no pasara de esa noche. A veces

sucede, no todos los terneros sobreviven a sus primeras horas de vida. Aunque los míos tienen un bajo índice de mortalidad, un simple cinco por ciento. No iba a dejar que ese pequeño se uniera a ese porcentaje. Me quedé más tranquilo al ver cómo se enganchaba a la ubre de su madre.

—Te veo por la mañana, Sebastián.

No pensaba demasiado en los nombres que les ponía a mis animales, simplemente me salían. Así que, desde ese momento, Sebastián fue uno más de mi rebaño.

Salí de la caseta y volví con Alicia. No estaba sentada, la encontré tumbada bocarriba, con los brazos flexionados bajo el cuello y la mirada perdida en el firmamento. Me observó al detenerme a su lado y sonrió; la imité mientras me tumbaba con ella.

—¿Sabes que puedes estar encima de una mierda de vaca, verdad?

No me esperaba el golpe, fue tan rápida que no lo vi venir. Me encogí masajeando mi estómago, que era donde su mano había impactado con fuerza.

—Por idiota —soltó, incorporándose—. Ahora no voy a estar cómoda tumbada.

—Espera, iré a buscar una cosa.

Me levanté riéndome, no sabía si me hacía más gracia su cara enfadada o que no parara de tocarse la espalda y el pantalón buscando restos. Fui hasta mi coche y cogí una manta que guardaba en el baúl de la parte de atrás, la llevé hasta donde ella estaba y la extendí sobre la hierba.

—Ahora sí, chica pija, no hay riesgos de que tus caros vaqueros se manchen con caca de vaca o barro.

—Me da igual que se manchen. Y no son tan caros como crees.

Nos tumbamos de nuevo. Podía notarla rígida a mi lado, probablemente todavía molesta por mi broma. Rodé hacia ella y pasé un brazo por su cintura, me miró a los ojos antes de que le acariciara el pelo.

—Siento que se nos haya jodido el plan.

—No pasa nada, no puedes controlar este tipo de cosas.

—Sabía que la fecha de parto estaba cerca, pero no esperaba que fuera esta noche. Puede que la luna llena haya influido un poco.

—Hoy no hay luna llena —dijo, señalando el cuarto menguante que presidía el cielo desde su trono nocturno.

—Pero las fases lunares influyen en estas cosas, aunque no lo creas tiene mucho que ver, sobre todo en los animales criados medio en libertad.

—¿Tus vacas están en libertad?

Me tumbé de nuevo a su lado y pasé los brazos por debajo de mi cabeza para estar algo más cómodo.

—Están medio en libertad. Eso quiere decir que pasan parte del año sueltas y parte bajo techo. Durante los meses de calor, solemos dejarlas libres por aquí, pastando a sus anchas. Ellas van y vienen, suben y bajan, y nosotros las controlamos de vez en cuando, acercándonos hasta donde se encuentran para ver que todas están bien. Normalmente las dejamos solas, pero nunca demasiado tiempo. A veces, según a dónde las llevamos a pastar, pasamos con ellas un par de días, aunque eso ya no es muy habitual. Los avances tecnológicos nos han ayudado mucho a mejorar nuestra calidad de vida desde hace unos años. No es nada similar a como lo hacían antes nuestros padres.

La manera en que me miró me dejó claro que no tenía ni idea de los avances que le hablaba.

—Tenemos pastores eléctricos.

—¿Cómo?

Su ceño fruncido me hizo sonreír.

—Se trata de un vallado especial que colocamos cercando la zona que no queremos que abandonen las vacas mientras se quedan solas, bien de día o de noche. Suelta pequeñas descargas eléctricas en caso de que el animal se acerque demasiado y con claras intenciones de salir del recinto. Lo demás viene con la inteligencia del propio animal, asocia el dolor causado por la descarga al vallado y no vuelve a acercarse a él.

—¿Y no les hace daño?

—No son descargas de miles de voltios, apenas alcanzan los dos julios de potencia. Son inofensivos para ti o para mí, y también para ellas. Nada malo les pasa. Además, te aseguro que ya ninguna se acerca a la valla.

—¿Y nunca les ataca ningún otro animal?

—Por eso no las dejamos solas mucho tiempo. No es algo común, pero a veces ha sucedido que algún lobo o un oso las ha atacado. Por aquí no hay osos, así que tenemos un problema menos, aunque lobos... Es raro que suceda, pero ha pasado.

—¿Te gusta ser pastor?

—Me gusta lo que hago, sí.

—Pero tú querías ser otra cosa.

Me giré hacia ella, sorprendido por que se hubiera dado cuenta de algo así.

—Sí, bueno... yo quería ser veterinario.

—¿En serio?

—Empecé la carrera de Veterinaria, pero no la terminé. Me faltan un par de asignaturas.

—¿Y eso?

—No podía ir a clase demasiado a menudo, mis obligaciones no me... esto... no me lo permitían.

—¿Qué obligaciones podía tener un chico que rondaba los veinte años?

Respiré hondo y traté de calmar mi corazón acelerado. Muchas preguntas y demasiado dolor tras las respuestas.

—Háblame mejor de ti, chica pija. ¿Qué haces tan lejos de tu hábitat natural?

Soltó una carcajada y me volví a mirarla, maravillado por la capacidad que el sonido de su risa tenía para calmarme. Seguía contemplando el cielo estrellado, y yo no podía dejar de contemplarla a ella.

—Siempre he vivido en Madrid, nací allí. La hija de un acaudalado empresario que debía continuar con el imperio familiar que su padre tanto tiempo y esfuerzo tardó en construir. —Dejó salir un suspiro—. Pero la niña modelo se rebeló.

—¿Eso hiciste? Vaya malota...

Me miró sonriente y se quedó así, observándome mientras su sonrisa se borraba poco a poco.

—Cuando mi padre murió, tuve que tomar las riendas de la empresa, entonces no pude seguir rebelándome más.

—Oh, lo siento, no sabía...

—No pasa nada. Ya hace tres años y, bueno, lo llevo bien, mucho mejor ahora que antes, claro. Aunque todavía me cuesta hablar de él y que no me tiemble la voz.

—Eso es muy difícil de conseguir.

Nos quedamos mirándonos a los ojos. Quise abrirme entonces, contarle que conocía esa sensación porque yo mismo la sufría todos los días. Quise hablarle de todo lo que había pasado a lo largo de mi vida, de todas las personas que se fueron y ya no volverían jamás. Quise contarle todo como nunca había hecho. Sentí que con ella podía hacerlo. Pero en vez de eso... estiré la mano y acaricié su mejilla.

—Dime que tú no estás tan jodida como yo.

—Tengo mis demonios.

—Yo tengo todo un puñetero infierno dentro.

—Explícame qué estamos haciendo, Jorge. No sé si esto está bien o no, puede que nos compliquemos más las cosas y...

—Las cosas no se pueden complicar más, es imposible.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. En mi vida ya he pasado por toda la mierda posible. Tú solo puedes traer cosas buenas, Alicia.

—¿Y si no es así? ¿Y si lo único que consigo es hacerme un lío y arrastrarte conmigo? No nos conocemos, no sabemos nada el uno del otro. Tú dices estar plagado de demonios, yo todavía estoy aprendiendo a luchar contra los míos... ¿Qué va a salir de esto?

Vi su fragilidad, tan poco diferente a la mía. Y en ese momento lo tuve claro.

—Me he cansado de pensar, de analizar las cosas y de buscarles lo negativo. No tengo ni idea de qué va a salir de esto, pero mis demonios y los tuyos pueden llevarse bien —murmuré, abrumado por la conversación que estábamos manteniendo—. Estoy dispuesto a arriesgarme.

—¿Por qué?

Su pregunta iba cargada de sentimiento, de miedo y angustia, de ilusión y esperanza. La miré con intensidad y me acerqué más a ella, tanto que nuestras narices se rozaron. Los latidos de mi corazón comenzaron a perder el control. Aspiré su aroma y cerré los párpados, a la vez que posaba una mano en su cuello.

—Porque tú y yo nos lo merecemos, chica pija.

Al abrir los ojos, me encontré con su sonrisa sincera plagada de dulzura.

—Saltemos entonces —dijo, pillándome desprevenido.

—¿Con los ojos vendados?

—Y sin dudarlo.

Nuestras bocas se unieron dando rienda suelta a nuestros sentimientos. No sé en qué momento esa chica había traspasado la delgada línea que me mantenía alejado de la gente, en qué instante había dejado de ser simple e insignificante gente para convertirse en ella. Alicia, la forastera, la chica pija, la que conseguía que el verdadero Jorge saliera a la superficie y se sintiera a gusto en su compañía.

Aquel rincón de mi corazón que creí condenado a helarse de por vida había empezado a descongelarse, despacio, gracias a la luz que Alicia proyectaba en mí. Esa luz que comenzaba a caldear mi alma pese a seguir sumida en las tinieblas. A veces, en momentos como aquella noche, sentía

que el sol volvía a mí, que calentaba mis venas y extremidades y me convertía en la persona que debía ser, en la que habría sido si mi vida hubiera sido más sencilla, si ellos no se hubieran marchado de mi lado.

Seguía sin tener claro qué saldría de todo aquello, mis miedos eran iguales a los suyos, o puede que mayores. Porque, pese al convencimiento ciego que me invadió de manera repentina aquella noche, había una cosa muy clara: cuando conociera la verdad de mi pasado, ella desaparecería, y nada haría que la sensación de calidez volviera, sería el Sombrío de nuevo. Pero en aquel momento me sentí tan egoísta que dejé de pensar en ello. La quería cerca, conmigo, a mi lado. Me daban igual las repercusiones, cuando llegaran traerían consigo los lamentos. Egoístamente, hice oídos sordos a los gritos de mis demonios y besé y acaricié a esa chica que gemía bajo mis manos.

JORGE

A veces, crees que conoces a alguien, pero, en realidad, no sabes absolutamente nada de él. Piensas que puedes dejarte llevar por una primera impresión que te dejó claro que aquella chica era estúpida o demasiado ñoña para tu gusto solo por la manera en que te habló un día, o piensas en lo simpático que era aquel vecino que te saludó con una sonrisa en el ascensor para luego enterarte de que suele abusar de su mujer día tras día. Nunca puedes juzgar a las personas por una primera impresión. Todos tenemos días malos, y es posible que el peor día de tu vida conozcas a alguien que piense que, por no haber respondido a su sonrisa, eres un desagradable, aunque lo que él no sabe es que esa misma mañana has perdido a tu padre... La vida es relativa, todo lo es. Debemos aprender a relativizar, a respirar y a apreciar las cosas tal como son. No podemos juzgar a la ligera.

Y esto lo aprendí yo aquel día con Jorge. Mientras pasamos la noche tumbados sobre aquella manta en el prado mirando las estrellas, besándonos, tocándonos, compartiendo historias y sonrisas, miradas y caricias... entonces supe que lo había juzgado mal.

Escuché con atención cómo me habló de sus animales, de lo mucho que le gustaba pasar tiempo con ellos porque no lo juzgaban nunca ni lo miraban con censura. Le hablé de mi pasión por el arte, de esa locura que me corría por las venas y debía sacar fuera a través de lienzos y esculturas. Me contó cosas sobre la gente del pueblo y reí con algunas anécdotas de las veces en que iban de fiesta a otras localidades vecinas. Le hablé de Megan, de lo mucho que la echaba de menos y que siempre había sido mi mejor amiga. Relató con pelos y señales cómo son los inviernos allí, fríos y duros, con el pueblo casi vacío y los corazones helados.

Y las horas pasaron y el sueño no nos pesaba. Las estrellas nos observaban desde su puesto privilegiado en el cielo y brillaban más cuando nos escuchaban reír. O eso me parecía a mí, que no podía dejar de verlas con ojos soñadores.

—Gracias por acompañarme esta noche —dijo Jorge tras unos segundos en silencio en los que nos dedicamos a mirar la bóveda estrellada que nos cubría.

—Me habías prometido una noche contigo, no pensaba dejarla pasar. En la

borda o aquí, ha merecido la pena.

—A partir de hoy, no me gustará pasar las noches solo por aquí arriba cuando me toque subir con los animales.

—Puedo acompañarte cuando quieras.

Se incorporó sobre un brazo y me miró.

—Querré siempre.

Sonreí y respiré profundo. ¿Podía ser más mono? Alargué una mano y le acaricié la mejilla con detenimiento para recorrer su rostro, mientras él cerraba los ojos y dejaba que lo acunara en mi palma. La suavidad de su piel calmó por un instante el hambre que sentía por su roce. Eso me hizo pensar en algo.

—Creo que te favorece la barba.

Abrió los ojos de golpe y me miró sorprendido.

—¿Has estado dándome el coñazo con mi barba de greñudo desde la primera vez que hablamos y ahora me vienes con estas? Joder, chica pija, me vuelves loco.

—La primera vez que hablamos fuiste un jodido desagradable.

—Y tú una obstaculizadora de calles —murmuró divertido, agachándose hacia mi rostro.

—Y tú un...

—Un ¿qué?

Su nariz rozó la mía y yo ya no sabía qué se suponía que debía contestar.

—Un desagradable —susurré perdida en sus ojos.

—Eso ya lo has dicho antes. —Acarició mi nariz con la suya y me besó en los labios—. Tienes que tener las respuestas preparadas, forastera, o siempre venceré estas batallas.

¿De qué batallas hablaba? Si la más importante ya la tenía ganada.

Nos besamos con urgencia. De repente, algo sucedió que aceleró las cosas. Un clic, un fogonazo, una chispa... Y sus manos recorrían mi cuerpo, y las mías querían quitarle la ropa cuanto antes, porque necesitaba sentirlo pegado a mi piel. Hacía frío, sí, pero me quemaba tanto por dentro que las células encargadas de la sensación térmica de mi organismo no tenían en cuenta la temperatura externa. Metí las manos bajo la camiseta de Jorge y acaricié toda su espalda; ardía. Se incorporó un poco y él mismo se quitó la ropa que ocultaba su torso. Los tatuajes que cubrían sus brazos y parte de su pecho llamaron mi atención y los recorrí con dedos trémulos. Él me observaba desde arriba, apoyado en sus manos sobre el suelo.

—¿Sabes que, desde la vez que tuve que desnudarte para acostarte en mi cama, tengo muchas ganas de inspeccionar bajo tu ropa de nuevo? Te dije que no te había tocado, pero lo que sí hice fue observarte mucho. Tu piel olía tan bien y parecía tan suave...

Me eché a reír y dejé a un lado sus tatuajes.

—Te facilitaré la labor —murmuré, tirando de mi jersey hacia arriba y quitándomelo, junto con la camiseta.

Jorge se mordió el labio inferior sin apartar la mirada de mi pecho y mi cintura. Negó imperceptiblemente con la cabeza antes de acercarse para besarme cada porción de piel que quedó a la vista. Yo me agarré a sus hombros y jadeé cuando sentí cómo sacaba mis pechos de las copas del sujetador. Los besó y lamió, para después succionar mis pezones con delicadeza, transportándome al séptimo cielo con cada caricia húmeda de su lengua. Llevé las manos a mi espalda para desabrocharme el sujetador y me lo quité despacio, con sus ojos bien atentos a mis movimientos, hasta dejarlo caer sobre la manta.

Entonces, uno de sus brazos envolvió mi cintura y me levantó para sentarme sobre su regazo. Cuando mi piel y la suya entraron en contacto, ambos gemimos. Besé su hombro y mordisqueé su cuello mientras sus manos recorrían mi espalda. Enredé mis dedos entre los mechones de su pelo, provocando que alguno se escapara de la coleta, y tiré de ellos para echar su cabeza hacia atrás y así besarlo con ganas. Nuestras bocas se fundieron y nuestras lenguas danzaron bailes prohibidos sin que nuestros cuerpos dejaran de frotarse. Sin saber cómo, me encontré tumbada de espaldas sobre la manta de nuevo, y Jorge estaba sobre mí. Sus manos recorrieron los contornos de mi cintura hasta llegar a los botones del pantalón.

—Si quieres parar, este es el momento —dijo, con una voz tan ronca y sexy que mi respiración se agitó un poco más.

—Ni loca.

Río con sus ojos pegados a los míos y se agachó a besarme antes de comenzar a desabrochar mi pantalón. Dejé que me lo quitara mientras depositaba un reguero de besos por mis muslos, provocándome descargas de placer a lo más profundo de mi cuerpo. Vi cómo se quitaba su pantalón y me incorporé con intención de ayudarlo, pero él me empujó hacia atrás y volví a caer entre risas sobre la manta.

—No te muevas, quiero verte así un ratito más.

Me removí coqueta, a la vez que él dejaba sus pantalones a su suerte, con

los míos y con el resto de nuestra ropa. Se colocó sobre mí y abrí las piernas para él, que se acomodó entre ellas hasta rozar mi sexo con el suyo. Gemí y eché la cabeza hacia atrás, momento que aprovechó para besarme en el cuello. Me agarré a su espalda. Sus mechones sueltos me hacían cosquillas en la cara. Cerré los ojos cuando su boca encontró la mía y perdimos el control por completo. Saliva, jadeos, roces, arañazos, lametazos, mordiscos... Oh, por Dios... Estaba a punto de irme y ni siquiera nos habíamos quitado la ropa interior. Necesitaba tenerlo dentro de mí, ver si eso de plantar pepinos se le iba a dar bien o no. Reprimí una risita mientras hacía acopio de toda mi fuerza para darle la vuelta a la sartén. Rodamos por la manta hasta que quedé sobre él. Lo besé una vez más y dejé que mis manos bajaran hasta la cinturilla de sus calzoncillos; tiré de ellos sin que Jorge apartara la mirada de mí. Me observaba con una sonrisa demasiado sexy dibujada en sus labios.

—Aunque desde aquí la vista tampoco está mal —murmuró mirando mis pechos.

Le dediqué una sonrisa provocadora antes de morderme el labio inferior.

—Oh, joder. No hagas eso...

Sus manos recorrieron mis muslos y agarraron mi trasero con fuerza, levantó las caderas para entrar en contacto conmigo, pero me aparté. Me miró sorprendido aunque divertido. Negué con la cabeza antes de agacharme a besarle una vez más. No podía dejar de hacerlo porque recordemos que tenía bajo mi cuerpo al Sombrío casi desnudo, con su cuerpazo escultural plagado de tatuajes, su sonrisa burlona pero rematadamente sexy y esos ojos que me quemaban incluso en la oscuridad de esa noche estrellada. Le bajé los calzoncillos sin entretenerme más y, casi sin que me diera cuenta, él me empujó a un lado e hizo lo mismo con mis braguitas. Adiviné que calzaba un buen pepino. Casi me entró la risa al pensarlo, pero su boca estuvo sobre la mía en cuestión de segundos, impidiendo que le diera vueltas a nada más. Mi mente solo era capaz de regirse por un único pensamiento: Jorge, dentro, ya.

Se apartó de mí un instante para buscar entre los bolsillos de su pantalón un preservativo.

—¿Venías preparado? —le pregunté, tratando de sonar sorprendida, aunque en realidad yo también llevaba condones en mi cartera. ¿Qué pensabas, que pese a no tener del todo claro lo que pasaría, no iba a ser precavida? ¡Ja!

—¿Tú no, chica pija? Creo que eres menos modosita de lo que me pareciste en un principio.

Sonreí, estirando una mano hacia él para agarrar su miembro haciéndolo jadear. Comencé a moverlo arriba y abajo.

—Ya te he dicho varias veces que no me conoces...

—Y me encanta lo que estoy descubriendo —susurró, echando la cabeza hacia atrás.

Estuve a punto de continuar con mi boca, pero preferí dejar que se pusiera el preservativo, quería escucharlo gemir, pero por estar dentro de mí. Así que no dejé que volviera a colocarse entre mis piernas, lo tumbé sobre la manta y me subí a su cuerpo. Él sonrió y me agarró el trasero. Estaba tan húmeda que se deslizó en mi interior con absoluta facilidad. Ambos gemimos y nos quedamos muy quietos cuando entró por completo. Sus manos abandonaron mi culo para coger las mías, entrelazó nuestros dedos y tiró de mí obligándome a agacharme.

—Muévete, forastera, demuéstreme de lo que es capaz una chica de ciudad.

Recorrí sus labios con mi lengua muy despacio antes de besarlo con lentitud, dejando que mi cuerpo se acostumbrara a él. Comencé a moverme sin parar de besarlo, sin prisa, contoneándome, haciéndolo gemir sobre mi boca, deleitándome en el sonido de nuestros jadeos, en lo bien que se sentía en mi interior. Jugué con las velocidades, primero más rápido y viéndolo abrir la boca mientras observaba mis pechos moverse arriba y abajo; luego más lento y describiendo círculos con mis caderas.

Dentro de mí, comenzó a formarse esa sensación placentera que amenazaba con estallar. Llevé mi mano derecha hasta mi sexo para acariciarme, y Jorge me agarró del trasero, acelerando las cosas. Nuestros jadeos rompieron la calmada noche de junio, cada vez más altos, más apremiantes, hasta que de nuestras gargantas salieron gemidos del más absoluto placer que nos recorrió como un latigazo. Me dejé caer sobre él para escuchar los latidos atropellados de su corazón. Estábamos sudando, pese a que la temperatura no era nada cálida. Me apartó el pelo de la cara antes de besarme en la frente, todavía jadeante.

—Me declaro fan de la chica pija desde este momento —anunció, sin dejar de acariciarme la espalda.

—Y yo soy la presidenta del club de fans del Sombrío desde hoy.

Se echó a reír y me hizo rodar hasta dejarme tumbada a su lado. Se quitó el preservativo con cuidado, antes de pasar un brazo bajo mi cintura y pegarse a mí, tiró de la manta hasta cubrirnos a ambos y suspiró sobre mi

cuello haciéndome cosquillas.

—Tengo sueño...

—Y yo...

—No podemos dormirnos aquí, cogeremos un resfriado.

—Deberíamos volver a la borda.

—Sí, ahora volvemos...

—Vale...

Pero mis párpados pesaban demasiado y, en cuestión de segundos, nuestras respiraciones se volvieron lentas y acompasadas.

Ladridos, pisadas, jadeos de animales...

Abrí los ojos con pereza, estiré los brazos y recordé en dónde me encontraba exactamente. En medio de un jodido prado, desnuda sobre una manta en el suelo y con Jorge enroscado a mi cuerpo. Vi pasar a mi lado a varios perros correteando. Un momento... ¿varios?

—¿Picasso? —llamé al perro de Jorge con voz pastosa y apartándome un poco el pelo de la cara.

El animal correteó hasta mi lado con la lengua fuera, sonreí y le acaricié la cabeza. Dos perros negros se colocaron a su lado y retiré la mano, asustada; eran muy grandes. Pero eso no era lo más importante. La cuestión era que esos perros debían de tener dueño, ¿cierto? Y, si los perros estaban por allí correteando tan felices, sus propietarios no podían andar muy lejos.

—Jorge, despierta. —Empujé al cuerpo inerte que dormía a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro y su brazo alrededor de mi cintura—. Tenemos que irnos de aquí echando leches.

Ni se inmutó; es más, todavía me agarró con más fuerza. De no haber estado desnuda, le habría dado un empujón con todas mis fuerzas y me habría levantado sin más, pero estaba en pelotas; no podía salir como si nada del refugio que me proporcionaba la manta. Volví a empujarlo más fuerte, y él gimoteó algo que me hizo sonreír. Estaba mono dormido, con esas largas pestañas que enmarcaban sus ojos, el pelo revuelto y esos mullidos labios contraídos en un dulce mohín. Me agaché y lo besé. Eso sí pareció despertarlo.

—Jorge, vamos. Estamos en pelotas en medio del monte, creo que hay gente por aquí y no quiero que nadie me vea el kiwi.

Abrió los ojos, frunciendo el ceño y me miró confundido.

—¿Qué dices de un kiwi?

—¡Que te despiertes, coño! Que hay gente por ahí y nos van a ver el modroño.

Se incorporó hasta sentarse sobre nuestro improvisado lecho y miró a su alrededor.

—Bingo, por ahí van Asier y Nekane. Toma, vístete echando virutas.

Me dio la ropa e hice lo que me pidió lo más rápido que pude, bajo la manta y con cuidado de que nada se viera desde fuera.

—Acabo de verte un kiwi, forastera.

Me volví hacia Jorge aguantando una sonrisa; él no la aguantaba, sino que la mostraba abiertamente mientras se ponía el jersey. Adiós tatuajes y cuerpo fibroso... hasta luegoito...

—Venga, mueve el culo. —Me dio un cachete antes de ponerse en pie a la vez que se subía los pantalones. Le vi el modroño, pero yo no se lo dije, me lo guardé para mí—. Si nos pillan aquí en pelotas, seremos el hazmerreír del pueblo, y no es algo que me apetezca lo más mínimo.

—¿Por qué? ¿Los conoces? —me interesé, subiéndome los pantalones bajo la manta.

—Son los dueños del refugio.

—¿Qué refugio?

—Ese —dijo, señalando al frente.

Me volví hacia atrás y descubrí lo que me decía. El refugio de Lizara, una edificación de dos plantas bastante grande que presidía los llanos de Lizara, lugar donde nos encontrábamos y que daba nombre al propio refugio. Conocía ese lugar, por supuesto, ya había estado allí, pero la noche anterior había pasado completamente desapercibido para mí. En la oscuridad de la noche, no me di cuenta de dónde estábamos con exactitud, no lo aprecié cuando subimos desde la borda porque iba atemorizada por lo que iba a encontrarme: una vaca pariendo, no lo olvidemos. De todas maneras, en realidad el refugio no estaba justo a nuestro lado, habría unos doscientos metros de distancia desde donde habíamos instalado nuestra *cama*. Pero, coño, que habíamos estado folleteando al lado de un refugio donde solía haber gente alojada. Podrían habernos visto o grabado en vídeo, o vete tú a saber qué.

—¿Son de fiar?

—¿Quiénes?

—Ellos, los del refugio.

Jorge me tendió una mano y me ayudó a levantarme, cogió la manta y la sacudió para quitarle los restos de hierbas, barro y todo lo que hubiera cogido durante la noche.

—Son majos, pero no los conozco demasiado.

—¿Crees que son de los que graban a parejas que lo hacen al aire libre y luego lo cuelgan en las redes?

Se me quedó mirando con la manta ya doblada entre los brazos; poco a poco, una sonrisa burlona apareció en sus labios.

—Sí, Alicia, se dedican a grabar ese tipo de cosas para luego coaccionar a las parejas. Suelen pedir miles de euros para no airear los vídeos, espero que andes bien de pasta o ya puedes ir preparándote para verte menear esas tetas en YouPorn tan maravillosamente bien como lo hiciste anoche.

—Ja, ja, qué gracioso.

Se acercó a mí y me cogió por el trasero para atraerme hacia sí. Sus ojos azules parecían más azules aquella mañana, del color del océano calmado. Preciosos.

—No nos habrán visto, por la noche aquí no se ve nada a más de cinco metros de distancia. —Me besó en los labios—. Seré el único que recuerde lo preciosa que estabas bajo la inmensidad de las estrellas y la tenue luz de la luna mientras te movías como una amazona sobre mí.

Fruncí los labios a la vez que mis mejillas se cubrían de rojo. Pasé un brazo por sus hombros y me acerqué a besarlo, pero esta vez más profundo, porque recordar lo de la noche anterior había conseguido acelerarme el pulso.

—Volvamos a la borda, te prepararé el desayuno.

Asentí, pegada a él, con la frente sobre su hombro, ya que la intensidad del beso me había dejado casi sin fuerzas. Comenzamos a caminar hacia la *pickup*, y Jorge silbó para llamar a Picasso, que acudió rauda a nuestro encuentro. Yo me quedé con el perro mientras él entraba a la nave para observar cómo se encontraban el ternero y su madre.

Observé el lugar que ya conocía, aunque no desde nuestra ubicación de aquella mañana, y me despecé sobre el capó del coche. Se intuía que el día iba a ser soleado, el cielo estaba ya completamente azul y los primeros rayos de sol comenzaban a vislumbrarse a través de las montañas. El Bisaurín y Lo Foratón, todavía con esos restos de nieve en sus cumbres, proyectaban sombras sobre el terreno. Llené de aire mis pulmones a la vez que elevaba los brazos por encima de mi cabeza. Los pájaros ya entonaban su piar armonioso,

y eso me hizo pensar que debía de ser temprano, aunque no demasiado. Puede que fueran las siete de la mañana. Hacía frío, pero, como me encontraba tan contenta y ligeramente templada tras el beso con Jorge, la temperatura no me incomodaba. Escuché el sonido de la puerta de la nave cerrarse y me volví hacia allí. Esbocé una sonrisa al verlo salir. Llevaba la misma ropa del día anterior y, sin embargo, había algo que lo hacía diferente, algo que presidía su rostro desde que había abierto los ojos, algo que no era habitual ver en él durante tanto tiempo seguido. Una sonrisa.

—Te sienta bien —le dije, cuando estuvo a mi lado.

—¿El qué, la cara de sueño?

—No, la sonrisa.

Se hizo todavía más grande mientras daba los dos últimos pasos que lo acercaban a mí. Pasó las manos por mi cintura y me atrajo a su cuerpo. Le eché el pelo hacia atrás y él cerró los ojos, creo que porque le gustó la sensación.

—Tú eres lo que me sienta bien —murmuró, antes de abrirlos de nuevo y clavar sus pupilas en las mías—. Y, cuando haya desayunado y me haya duchado contigo en la borda, seguro que me siento todavía mejor.

—¿Ducharnos juntos?

—Claro, chica pija. —Olisqueó mi cuello, haciéndome reír—. Necesitamos una ducha. Olemos a sexo.

La forma en que pronunció la palabra «sexo» puso de punta todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Mis hormonas se activaron a la vez, y un cosquilleo se instaló en la parte baja de mi estómago. Me pegué a su pecho y acaricié su cuello con las yemas de los dedos.

—Vámonos ya —jadeé, al sentirlo demasiado en mi cadera.

Me besó con ganas, sus manos bajaron hasta mi trasero para agarrarlo con fuerza y levantarme del suelo, pasé las piernas por su cintura y me empujó hasta que mi espalda chocó contra el coche. El beso se nos fue de las manos. Mucho y muy bien. Casi me quito los pantalones ahí mismo para hacerlo sobre el capó. Me hubiera importado muy poco que Koldo y Anne nos vieran.

—Asier y Nekane —me corrigió cuando se lo dije de camino a la borda.

—¿Qué?

—Los del refugio son Asier y Nekane, no Koldo y Anne. Esos son los de Ocho apellidos vascos.

—Ah, bueno... me sonaban vascos y ya.

Se echó a reír a carcajadas y colocó una mano sobre mi muslo, que no

apartó de ahí en todo el trayecto.

Y el resto del día tampoco la sonrisa desapareció de su rostro; incluso cuando nos dormimos después de hacerlo por segunda vez en la cama de la buhardilla en la borda, la expresión que reinó en su rostro fue alegre, nada comparable con esa con la que le conocí al llegar al pueblo.

HABLADURÍAS

A la semana siguiente, el pueblo entero estaba al tanto de mi *escapada* con Jorge. Antonio se había ido de la lengua en el bar de Tomás y había cascado con alegría y regocijo que acudimos juntos a asistir el parto de Adela. Pedazo de bocazas... Aunque también podía tener algo que ver que la señora Palmira nos viera marcharnos juntos en la *pickup* de Jorge y volver al día siguiente por la noche, juntos también. Y sonrientes. Y morreándonos como adolescentes antes de que yo me bajara del coche. Fuimos la comidilla del lugar durante días. Así que con mis amigas no pudo ser menos.

—Sales con él.

—No lo definiría de esa forma, pero si lo quieres llamar así...

Miriam se me quedó mirando con sus ojos oscuros, y Esther carraspeó para llamar mi atención desde el otro lado de mostrador de la tienda.

—Se afeitó ese gato que llevaba pegado a la cara por ti, te llevó a su borda, con sus vacas, dormisteis bajo las estrellas... Sales con él, y punto —dijo, corroborando la afirmación de nuestra amiga.

—Vale, de acuerdo. Si os vais a sentir mejor, os diré que sí, salgo con él.

—Joder, Alicia... ¿quién nos lo hubiera dicho? —Esther apoyó los codos sobre el mostrador—. Llegaste hace dos meses y te has llevado al guapo del pueblo.

—Mujer, guapo, guapo... —interrumpió Miriam—. Los hay más guapos que Jorge.

—Sí, claro, Ander, que es más feo que pegarle a un padre.

—¡No es feo!

—Lo es, Miriam, lo que pasa es que a ti te hace tilín, no lo miras de manera objetiva. Aunque apareciera por aquí a comprar el pan vestido con un tutú blanco y una camiseta de Hello Kitty, tú perderías las bragas por él.

—¡Yo no pierdo las bragas por nadie! —gritó la aludida, cruzándose de brazos y saliendo de la tienda en tres largas zancadas.

—No la piques —reprendí a Esther—, ya sabes lo que le cuesta hablar de estas cosas. Lo último que necesita es que la azuces con tonterías.

—Sabes perfectamente que no he dicho ninguna tontería. Dime que tú ves guapo a Ander y dejaré de decir que es feo. Venga, listilla, dime que es guapo.

—A ver... guapo, lo que se dice guapo, el chico no es... Tiene su... su encanto.

—Sí, claro, su encanto oculto tras esa cara que gasta.

—¡Esther! Por favor...

—Es que me cae mal, ¡qué quieres que haga! Como es el compinche de Abel, se cree que puede decir y hacer lo que quiera. Va de listo, tan listo que en realidad es gilipollas. No me gusta. Y menos para Miriam. Con lo inocente que es ella.

Miré hacia la puerta y la vi a través del toldo de tiras de plástico que separaba la tienda del exterior. Estaba apoyada en la barandilla que acompañaba los cinco escalones de subida a la puerta, mirando al frente, hacia las casas. Miriam era inocente porque no había salido nunca de aquel lugar. No conocía nada que no fuera su casa, cuidar de su madre enferma y las personas que vivían en Aragüés. Cursó los estudios obligatorios y no siguió adelante porque tuvo que quedarse con su madre. Siempre estuvo condicionada por su enfermedad, y sé que le apenaba que su vida no hubiera ido a más.

Lancé un suspiro antes de decirle a Esther que se quedara ahí un momento porque quería hablar con Miriam sin que lo estropeará con sus comentarios.

—Mis comentarios son realidades —soltó indignada, sentándose en la banqueta que tenía tras el mostrador.

—Realidades que duelen y que te podrías guardar en esa boca de vez en cuando.

—Mimimi mimimimi —respondió, cruzándose de brazos y haciendo muecas.

—Muy adulta, Esther, acojonantemente adulta.

—Que te peten.

—Gracias, lo mismo te digo.

Salí de la tienda dejando atrás a la persona menos adulta que conoceré en mi vida y pasé un brazo por los hombros de Miriam. No se volvió a mirarme, continuó con la vista fija al frente, justo hacia su casa.

—Me gustaría ser diferente —murmuró tras dejar salir un profundo suspiro.

—Eres estupenda tal como eres, Miriam.

—Pero tenéis razón al decir que soy inocente. No he salido jamás de mi casa. Nunca he dejado este pueblo sin compañía. Y con veintiocho años es algo bochornoso. No sé nada de la vida, al contrario que tú, que has vivido un

montón de cosas.

—Pero no todas buenas.

—No importa que hayas pasado por cosas malas, te han ayudado a crecer, a madurar. Eres como eres gracias a ellas. Tú has viajado a lugares que yo jamás conoceré, Alicia, has estudiado lo que querías, has dado un cambio a tu vida porque necesitaste hacerlo y viniste aquí, sola, sin tener ni idea de lo que encontrarías, para comenzar de nuevo. Ojalá yo pudiera hacer algo así alguna vez.

—Y lo harás, seguro que sí. La vida es muy larga, Miriam, tendrás tiempo para todo.

—Me gustaría estudiar. No sé, creo que se me daría bien y podría hacerlo.

—¿Has pensado el qué?

—No sé... me gustan los ordenadores. Me paso tanto tiempo en casa que he aprendido un montón de cosas por mí misma. Y... bueno... me da algo de vergüenza contarte esto.

—¿El qué?

Me miró a los ojos, tenía las mejillas sonrojadas, y eso la hacía estar preciosa. Pasar tanto tiempo en casa cuidando de su madre le daba un tono blanquecino a su piel, casi enfermizo, y el rubor favorecía a su rostro.

—Tengo un blog —murmuró, en tono tan secreto que parecía que estaba contándome algo de lo que dependía la estabilidad nuclear de nuestro país, como si un espía de Corea del Norte pudiera robar esa información, utilizarla en nuestra contra y hacer estallar la Tercera Guerra Mundial.

Un poco exagerado, lo sé, pero es que me lo dijo de una manera...

—¿Un blog? ¡Eso es genial!

—Chist, no quiero que se entere nadie.

—Oh, de acuerdo. —Me agaché un poco y me pegué a ella para tener más privacidad—. Pero tienes que decirme cómo se llama para poder seguirte.

Le dio la risa y respiró profundo.

—*Sobre amores y libros*.

—¿Cómo? ¿Es un blog de literatura romántica? —casi grité sorprendida.

Miriam asintió con la cabeza y yo sonreí.

—¡Me encanta! ¿Y qué haces en él?

—Reseñas, comentarios de series que veo *online*, lecturas conjuntas con chicas de otros blogs que conozco, algún sorteo... Colaboro con varias editoriales, ¿sabes? Me mandan libros para reseñar y, a cambio, les hago publicidad.

—¡Pero eso es fantástico! En cuanto llegue a casa voy a seguirte. Me parece algo genial, Miriam, de verdad. No tenía ni idea de que te gustaran ese tipo de cosas. ¡Yo también leo novela romántica!

—¿En serio? —exclamó sonriente—. ¿Y quién es tu autora favorita?

—Susan Elizabeth...

El sonido de un claxon nos hizo dar un bote en nuestra posición a ambas. Levantamos la vista para ver aparecer ante nosotras la *pickup* gris más llena de polvo de la historia, avanzar y detenerse justo frente a las escaleras de subida a la tienda. Miriam me dio un codazo en las costillas y a mí se me subieron los colores. Sonreí al ver a Jorge bajando del vehículo. Llevaba su gorra de siempre, el pelo suelto y la barba ya salpicaba de nuevo su rostro. La verdad es que me gustaba más con barba, puede que no tan descuidada como cuando lo conocí, pero sí lo prefería con el mentón cubierto. Qué guapetón estaba, hasta con la ropa llena de barro.

—¿Qué pasa, mozas?

Levanté una ceja de manera involuntaria ante esa manera de saludarnos.

—Hola, Jorge, ¿qué tal? —lo saludó Miriam, muy sonriente y nada disimulada. Otra cosa que tampoco había aprendido a lo largo de su vida.

—Bien, Miri, cansado después de todo el día haciendo quesos.

—¿Quesos? —exclamé, abriendo mucho los ojos.

—Todavía me quedan muchas cosas con las que sorprenderte, chica pija.

Me sonrió con toda la artillería pesada y casi me pongo a dar palmas, como las focas. Miriam volvió a darme un codazo en las costillas.

—Te llama chica pija, qué mono —susurró en mi oído.

—Soy muy mono, ya lo sabe bien ella.

Me volví hacia mi amiga y le indiqué con un gesto que cerrara la boca. Ni el disimulo ni el cuchicheo; esta mujer necesitaba unas clases exprés de marujeo. Con urgencia.

—Voy a comprar un par de cosas que necesito para la cena —dijo Jorge, subiendo los escalones—. ¿Me acompañas hoy, preciosa?

Me dio un mordisquito en el cuello que hizo que soltara un pequeño grito y que Esther aplaudiera desde el interior de la tienda. Estaba muy claro que en ese pueblo lo del disimulo estaba pasado de moda, nadie lo practicaba ya, y mucho menos Jorge, que no parecía dispuesto a mantener lo que fuera que había entre ambos en secreto ante el resto de sus habitantes. Accedió al interior de la tienda, y Miriam me cogió del brazo antes de suspirar como una cursi y apoyar la mejilla en mi hombro.

—¡Sois tan cuquis!

Me volví a mirarla con el ceño fruncido. ¿Pero a qué pueblo de pirados había ido yo a parar?

—Deberías tener más cuidado delante de la gente del pueblo, van a pensar cosas que no son —le dije a Jorge cuando entramos en su casa un rato después.

—¿Y qué van a pensar exactamente?

—Pues no sé, que somos algo que no somos.

—Ah, de acuerdo.

Dejó la bolsa con la compra sobre la encimera de la cocina y se quitó la gorra, que lanzó al cuarto donde tenía la lavadora. Se recogió el pelo en una de sus maravillosas coletas y estiró los brazos haciendo que el bajo de su camiseta se levantara y dejara a la vista parte de su abdomen y el elástico de sus calzoncillos. Mi mirada golosona no perdió detalle y almacenó esas imágenes en mi cerebro para poder recrearlas después a su gusto.

—¿Quieres darte una ducha conmigo? —comentó al pasar a mi lado, de una manera demasiado desinteresada, como dejándolo caer.

—Ya me he duchado en casa.

—Vale.

Y desapareció escaleras arriba, dejándome plantada en el salón sin tener muy claro cómo debía tomarme aquello. No había rebatido ni dicho nada acerca de mi comentario sobre aparentar ser algo que no éramos ante los vecinos, y tampoco había dado demasiada importancia al hecho de que no me fuera a duchar con él. ¿Por qué? ¿Acaso le daba todo igual? Fruncí el ceño y me senté sobre el brazo del sofá. Que hubiera pasado de la conversación del «qué somos» me mosqueaba. Yo había sacado el tema, sí, también yo misma había dicho que no podíamos dar muestras de ser algo que no éramos, pero... ¿ni una sola contestación al respecto? Coño, no sé, qué menos que un «¿pero es que tú y yo somos algo?». Sí, con una respuesta así me habría dado por satisfecha. Esa parecía una alegación masculina habitual, lo normal, lo que todos los tíos respondían. Pero Jorge no, él había dicho «de acuerdo» sin más. Y después no había insistido en lo de la ducha. Algo estaba pasando allí y yo pensaba descubrirlo.

Bajó las escaleras tan solo en calzoncillos. Casi me caigo inconsciente de

espaldas sobre el sofá. Lo había visto desnudo ya, pero... joder... que mis pupilas no se acostumbraban al espectáculo. Espalda ancha, abdomen marcado aunque no en exceso, cintura estrecha, piernas largas y delgadas, brazos musculados y plagados de tatuajes. Los huesos de sus clavículas me encantaban, y sus manos, y que no tuviera pelo en el pecho me volvía loca, y ese culito prieto que...

—Forastera, soy una persona, no un pastel. Mírame como si mirases a un ser humano. Gracias.

Y pasó a mi lado sin más, para desaparecer en el interior del cuarto de baño. Tragué saliva y recordé todo lo que había estado pensando mientras él permanecía en el piso de arriba. Me puse de pie, escuché el sonido del agua correr, fui hasta el baño y entré sin llamar.

—¡Coño! —exclamó desde el interior de la ducha—. Esto es a lo que yo llamo intimidad. ¿Quieres entrar?

Y restregó sus partes por la mampara. En serio, lo hizo. Y en mi interior algo rugió, activando a mi yo más primitiva cuando en realidad debería haberme sentido horrorizada ante ese comportamiento tan asqueroso. Quise entrar en la ducha vestida y todo, para hacérselo primero sobre los azulejos, contra la mampara después y en el suelo a cuatro patas para terminar. Pero respiré hondo y me obligué a centrarme. Lo último no lo conseguí. Acababa de ponerme caliente como una estufa con esa asquerosidad. ¡Mierda!

—Quiero que dejemos claras unas cositas —dije, tragándome las ganas del fornicio.

—Soy todo oídos.

—Lo que te he dicho antes, lo de ser algo que no somos ante la gente...

—Ajá.

Guardé silencio unos segundos, él siguió enjabonándose el pelo.

—¿Qué somos? —solté al final.

—No lo sé, dímelo tú, que eres la que parece tener reparos en que la gente piense cosas que no son.

—No son reparos.

—¿Entonces?

—Tú dijiste que no querías que Abel y los demás pensaran que teníamos algo y que luego se rieran de mí.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

Abrió la puerta de la mampara y su rostro mojado apareció como si del

anuncio de un canal porno de pago se tratara. Madre mía, qué éxtasis, qué barbaridad tan bárbara. Lo que he dicho en otras ocasiones, era el puto hijo de Zeus. ¿Cómo se llamaba? Ese que era un semidiós... joder, ¿y yo había estudiado Arte? Ese hombre conseguía que no fuera capaz de recordar incluso lo más sencillo. Lo miraría en internet sin falta.

—Quítate esa ropa y entra aquí conmigo.

Su voz ronca envió descargas eléctricas bajo mi piel.

—Te he dicho que ya me he duchado —murmuré, para después tragar saliva con dificultad.

—No es para ducharte, chica pija, quiero hacerte otras cosas bajo el agua.

—Pero tenemos que dejar claro esto que estábamos hablando.

Sacudió la cabeza y, cuando sus ojos azules me miraron cargados de deseo, empecé a quitarme la ropa casi como una autómatas. La dejé en un montón en el suelo y cogí la mano húmeda que me tendía. En cuanto puse un pie sobre el plato de ducha, sus manos estuvieron a mi alrededor y su cuerpo se pegó al mío, cálido, resbaladizo, jugoso...

—Echaba de menos tenerte así de cerca —susurró antes de besarme apasionadamente.

Perdí el control de la Alicia que quería respuestas. Se fue por el desagüe junto con mis gemidos y mis jadeos.

—Yo quería hablar —me quejé mientras recuperaba el aliento minutos después.

—Hablemos ahora. ¿Qué narices te pasa con lo que diga la gente o deje de decir?

—A mí nada —exclamé—, era a ti al que le importaba. Y ahora me besas en la tienda y no te importa nada de lo que esos idiotas piensen.

—Es que me da igual.

—Pues no lo entiendo.

—Cosa bastante habitual tratándose de mí, ¿no crees?

Me besó en los labios antes de abrir la puerta de la mampara, coger una toalla y comenzar a secarse. Verlo hacer eso consiguió que todita mi atención se centrara en él. Pero hice de tripas corazón y meforcé a seguir con la conversación que estábamos manteniendo, por mucho que los movimientos de sus músculos me llamaran a gritos. Parpadeé antes de seguir hablando.

—Eres raro. Hermético a veces y demasiado abierto otras. No te pillo el truco, Jorge.

—Pues soy más sencillo que el mecanismo de una cuchara.

—Seguro...

Cuando terminó de secarse, se colocó la toalla alrededor de las caderas, me tendió una mano y salí de la ducha. Cogió otra toalla blanca y esponjosa de la preciosa estantería de madera que había a la izquierda y comenzó a secarme con delicadeza. De nuevo, un gesto por su parte que me dejó noqueada. Porque lo hacía de manera suave, con dulzura, mirándome con calidez. De repente, me cogió por el trasero y me pegó a su pecho. Pasé las manos por sus hombros. Cambio brusco al más puro estilo Jorge.

Era la segunda vez que nos duchábamos juntos, pero la primera que me miraba de esa manera tan tierna mientras nuestros cuerpos estaban uno contra el otro. Casi podía sentir los latidos de su corazón acariciándome la piel. Se agachó un poco para besarme en los labios. Los mechones mojados de su pelo vinieron hacia mí y me mojaron la cara. Reí, y él corrió a colocarlos tras sus orejas antes de mirarme de nuevo con ojitos brillantes.

—Te dije que no quería que ellos pensaran que tú eras una más de la que luego me aburriría y pasaría porque ya no me interesa. No quería que la tomaran contigo ni que se comportaran como los gilipollas que suelen ser. Pero ahora me da igual, sé que no lo harán.

—¿Por qué?

—Porque tú me gustas de una manera en que nadie me había gustado jamás. Estoy tan bien a tu lado que no tengo intenciones de comportarme contigo de manera diferente dentro y fuera de casa, eso no va conmigo, yo soy como soy en todas partes. Si quiero besarte, lo haré; y si quiero tocarte el culo también lo haré, estemos en la plaza, en el bar o en la cocina de tu casa. Si estoy contigo, es con todas de la ley. No me importa ponernos nombre, decir que estamos juntos o no. No creo en eso de novios y novias, ponerle título a lo que tenemos no lo hará más real ni más fiable. Sabes perfectamente que hay cosas oscuras en mí, puede que cuando las descubras eches a correr y no vuelvas nunca, pero... —Se pasó la lengua por los labios para humedecerlos—. He decidido que voy a ser egoísta por una vez. Quiero serlo porque contigo las cosas son mejores. Quiero ser egoísta y pensar en mí, y en ti, en nosotros. ¿Novios? De acuerdo, seamos novios. ¿Follamigos de esos que están de moda? Vale, seremos follamigos. ¿Amigos con derecho a roce? Me la sopla, Alicia, solo si tú estás conmigo y yo estoy contigo voy a ser más feliz de lo que lo he sido en los últimos años, todo lo demás me da absolutamente igual.

Las comisuras de mis labios fueron estirándose hasta dar forma a una

sonrisa. Nunca jamás en mi vida nadie me había dicho algo tan bonito. Acababa de tener la declaración más preciosa de toda mi existencia. Incluso con el mensaje aterrador de que en el momento en que conociera toda la verdad, esos demonios que formaban parte del infierno que había en su interior, echaría a correr hasta desaparecer de su vida. Tragué saliva y abrí la boca para hablar, pero la cerré. No tenía ni idea de qué decir. Jorge sonrió y colocó las manos en mis mejillas.

—Ay, chica pija, me encanta cuando te pones colorada.

Se agachó para besarme en los labios. Y yo casi pierdo el equilibrio. Por suerte, sus fuertes brazos me asieron a tiempo y me colgué de su cuello para abrazarlo.

—¿Te ha quedado claro ya qué somos? —me preguntó al oído.

—Sí.

—¿Y te parece bien?

—Sí.

—¿No vas a decir nada más?

—Que a mí también me da igual cómo lo llamemos, solo sé que esto es una locura, pero ya decidí que saltaba. —Me aparté un poco de su pecho y pasé una mano por su mentón, cubierto por esa barba de tres días, antes de besarlo—. Esto es una locura de las épicas.

Los siguientes días, Jorge y yo no nos separamos, excepto los ratos en que él tuvo que subir a vigilar que su rebaño estuviera bien y que Sebastián se encontrara en plena forma. Dormíamos juntos, desayunábamos juntos, leíamos juntos el periódico, comíamos juntos, nos echábamos la siesta juntos, cenábamos juntos y veíamos la televisión juntos. Todo juntos, sí, pegados, tocándonos mucho y besándonos más. Porque todo me parecía poco y me sabía a menos cuando de Jorge se trataba. Él me daba vida y alegría, me hacía reír a todas horas y también me daba calma en otros momentos. Entre los dos se estableció una especie de rutina (que en realidad no podía llamarse así, puesto que no teníamos horarios fijos en los que vernos) que nos hacía renacer a ambos.

La paz que empecé a encontrar en aquel lugar se vio aderezada por la que me transmitía la compañía de Jorge. Tenerlo cerca me ayudaba a sentirme bien. Completaba la parte rota de Alicia. Me era más fácil olvidar el pasado si

lo tenía a mi lado. Todo lo malo desaparecía y me sentía capaz de dejarlo atrás. Porque las horas con él pasaban entre risas, caricias, complicidad, conversaciones que me llenaban...

Hablamos de nuestras novelas preferidas, de su autor favorito (John Grisham, pues era un apasionado del *thriller* policiaco), de mi pasión por la novela romántica y lo mucho que disfrutaba con una novela de Susan Elizabeth Phillips entre mis manos. Vimos muchas películas, de acción, históricas, de terror, y nunca me decía que no a una comedia romántica. Creo que por la gracia que le hacía verme llorar con los finales felices. Se emocionaba al hablar de música, pues era un fanático de los Beatles y de la música antigua, influenciado por sus padres, ya que ellos la escuchaban a todas horas. Hicieron que su hijo se convirtiera en un entendido en la materia y trataba de convencerme de que nada había mejor que la música de los sesenta. Debía darle la razón en parte, pues a mí también me habían enseñado a amarla desde muy niña. Mi padre fue fan de la Creedence Clearwater Revival, y yo adoraba todas y cada una de sus canciones, unas más que otras, aunque también me causaba mucho dolor escuchar alguna, ya que me recordaban demasiado a él.

No hablamos mucho más de nuestras familias. Yo sabía que sus padres habían fallecido hacía mucho tiempo, pero no sabía qué había sucedido, y él sabía que el mío también se había marchado tres años atrás, pero desconocía las causas. Quería contárselo y sabía que él también lo haría algún día. No obstante, hablar de eso nos costaba a los dos, no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que ese era uno de nuestros demonios. Y después estaba el resto... Pero de eso él todavía no sabía nada. Ni yo de lo suyo. Y eso era algo que sí me preocupaba. Porque lo veía quedarse en silencio de vez en cuando, evocando recuerdos de un pasado que añoraba, ya que lo notaba en el velo de dolor que cubría su rostro y que después alejaba a parpadeos antes de mirarme con sus ojos azules cargados de secretos que luchaban por salir. Sin embargo, decidí que no lo agobiaría ni le pediría que me lo contara. Todavía no. Sabía que no estaba preparado para hacerlo. Puede que algún día yo me atreviera a hablarle de todo lo que pasó en Madrid cuando mi vida se convirtió en una mentira, y que él decidiera hacer lo mismo y contarme lo que lo hizo tan sombrío.

Excepto esos pequeños instantes de abstracción, ya no veía nada de sombrío en él. La mayor parte del tiempo sonreía, bromeaba e incluso lo escuchaba canturrear mientras preparaba la cena. Y yo sonreía embobada

desde el quicio de la puerta de su cocina o desde uno de los sillones de mi salón, sin poder quitarle ojo de encima.

Creo que fue una de esas veces, me parece que era jueves por la noche. Estábamos en mi casa, él cocinaba berenjenas rellenas de carne escuchando *Sweet Home Alabama*, de Lynyrd Skynyrd, y yo lo observaba apoyada en la encimera. Ahí fue cuando, mientras él meneaba el culo al ritmo de la música y yo no podía dejar de sonreír, tuve una especie de epifanía. Sí, una revelación que me dejó casi sin aliento. Jorge me gustaba, mucho, demasiado, más que eso. Y me asusté. En ese jodido instante, me di cuenta de que aquello se me estaba yendo de las manos y que sentía más de lo que podía permitirme en mi situación.

Pero, lamentable o alegremente, ya no había vuelta atrás.

LIDIAR CON LO NUESTRO

Me di cuenta de que el verano en el Pirineo también es caluroso. Nada comparable al de Madrid, claro, pero durante el día el sol picaba desde su altar en el cielo azul y marcaba tu piel mucho más que en la ciudad. Me acostumbré a aplicarme protector solar todos los días, después de que una mañana buscando un lugar donde ponerme a pintar me quemara los hombros. Las marcas de aquel día no desaparecieron de mi piel en todo el verano, así que evité a toda costa que volviera a suceder.

Las noches eran frescas, por no decir frías. Durante el día, podías ir con pantalón corto, pero en cuanto el sol desaparecía tras las montañas te veías en la obligación de ponerte una chaqueta, incluso a veces debías cambiarte a pantalón largo. Pero era una maravilla dormir sin necesidad de abrir la ventana o utilizar un ventilador. ¡Y ni hablar de aires acondicionados! ¿Para qué? La temperatura nocturna permitía incluso usar una manta fina para cubrirte. Lo dicho, una maravilla. Ni punto de comparación con el infierno de asfalto que era Madrid en verano. Aragüés era una bendición a la hora de descansar durante la estación cálida.

Eso sí, era la temporada estrella de mis nuevas archienemigas: las tormentas. La madre que las parió, qué pánico me daban. Hasta que llegué allí no me habían dado un miedo excesivo, pero a raíz de las que tuvimos durante aquella primavera creo que desarrollé un insano temor por los truenos. Me parece que ya lo he comentado, pero, por si acaso, volveré a decirlo: parecía que el cielo se nos caía encima. O el tejado. O los árboles. O la puñetera montaña entera. Qué escándalo de truenos. Y qué espectáculo más aterrador y a la vez precioso el de ver los rayos dibujados en el cielo oscuro de la noche. Jamás los había visto tan claros y nítidos, recorriendo el horizonte de arriba abajo, plateados e intimidantes. Eran capaces de cargarse repetidores de líneas móviles, antenas de televisión y dejarnos sin luz a todo el valle durante varios días.

Tras una de aquellas mega tormentas (dicho con voz tétrica, como dicen el título del programa del canal Discovery: *¡Mega Construcciones!* Así las nombraba yo: *¡Mega Tormentas!*), cuando recuperé la cobertura en mi móvil, volví a recibir una de esas raras llamadas que tenía de vez en cuando. Siempre desde el mismo número, que casi me sabía de memoria por ser uno

fuera de los habituales que solían llamarme. Observé el aparato con recelo. No me gustaba eso. Que alguien me llamara por error una vez podía suceder, pero se había repetido en bastantes ocasiones. ¿Quién sería? Dejé el móvil sobre la mesilla, lo miré desde lejos, como si pudiera ponerse en pie y venir a por mí, y salí de mi habitación para ir al piso de abajo. No lo olvidé esa vez, se convirtió en algo en que pensar de vez en cuando y que guardé para mí misma.

Era un jueves de mitad de julio, por la mañana, temprano. Aquella noche había dormido mal, ya que era la tercera que pasaba sola. Jorge llevaba con el rebaño cuatro días y no sabía cuándo volvería. Una mierda, vamos. Lo echaba de menos, un montón, y no tenerlo al lado por las noches suponía que algunas de mis antiguas pesadillas volvieran. Desde que comenzáramos lo nuestro, no habíamos pasado tantas noches separados, dos a lo sumo, y me había acostumbrado a dormir con él a mi lado, a su calidez, a la cadencia de su respiración y a despertarme sabiendo que sus ojos azules me mirarían con dulzura antes de desearme los buenos días y plantarme un beso en los labios. Esa especie de rutina había conseguido que mis pesadillas desaparecieran por completo, y las dos últimas noches habían vuelto con toda su intensidad. Estaba sola en el bar, tomándome un café, porque ni siquiera los habituales habían llegado. Creo que eran las ocho. Demasiado temprano. Tomás me dijo que iba a la cocina a preparar los almuerzos.

—Si viene alguien, sírvele tú, ya sabes cómo.

—De acuerdo, Tomás.

Cogí el periódico del día anterior (el de ese día todavía no había llegado) y comencé a pasar las páginas sin hacer caso a ningún titular. Tosí y me repantingué sobre la barra a la vez que trataba de estirar un poco la espalda. Unos pasos acercándose hicieron que me irguiera a toda velocidad. Me di la vuelta para ver entrar a cinco personas, forasteras, ataviadas con ropa de montaña, pero con toda la pinta de ser nuevos en eso de *montañear*. Bajé de la banqueta y fui tras la barra.

—Buenos días, ¿qué os pongo?

—Buenos días. Cinco cortados y... ¿podrías prepararnos unos bocadillos?

—Le preguntaré a Tomás.

Caminé hacia la puerta de la cocina para preguntarle al jefazo.

—Unos chicos quieren bocadillos para llevar, ¿qué les digo?

—Que pueden ser de jamón o de queso.

Grandes posibilidades, sí, señor. Tomás era así. Sin mucho para elegir, pero de buena calidad.

Salí para comunicárselo a los chavales y decidieron pedir todos de jamón. Buena elección. Se lo dije a Tomás, que se puso manos a la obra mientras yo hacía lo propio con los cortados que me habían pedido. Los tres chicos y dos chicas, que rondarían la veintena, se sentaron en una de las mesas, y comenzaron a hablar de los caminos que debían tomar para llegar al Ibón de Estanés. Los miré con los ojos muy abiertos. Si pensaban salir a esas horas para ir al Ibón desde Lizara, iban a terminar socarrados por el sol del mediodía, pero no sería yo la que les dijera que se iban de cabeza y que esas excursiones había que hacerlas saliendo a las seis de la mañana. Como tarde. No podía decirles nada, principalmente porque yo todavía no había hecho esa caminata, aunque sí sabía cómo funcionaban ese tipo de cosas porque Jorge me había contado acerca de sus travesías y lo precioso que era todo por allá arriba. Habíamos acordado que haríamos una excursión de ese estilo en cuanto regresara de su obligada estancia con las vacas. Me puse triste al recordarlo. Serví los cafés a los chicos y me quedé tras la barra por si querían algo más.

Unos minutos después, Alfredo, Manuel y Miguel entraron al bar con sus estruendosas carcajadas. Les sonreí y los tres me miraron demasiado sonrientes.

—¿Qué pasa?

—Creo que deberías salir fuera, hay algo que te encantará ver —dijo Miguel sin borrar esa sonrisita que no me gustaba nada.

Los miré recelosa.

—¿Qué es?

—Haznos caso —dijo Alfredo, guiñándome un ojo—. Sal, te gustará.

Lo hice, pese a no estar del todo segura de lo que hacía. Desde lo de la noche en la montaña, no me fiaba mucho de nadie, y menos de cosas secretas «que me iban a gustar». Ahí había gato encerrado.

Di la vuelta a la barra, atravesé el toldo de tiras de plástico que separaba la puerta de la calle y miré al frente. Se me escapó un grito de alegría antes de echar a correr hacia la persona que estaba apoyada de manera desenfadada contra el capó de una *pickup* de color gris.

—¡Por Dios, qué efusividad! —exclamó Jorge entre risas cuando salté

sobre él abrazándolo como si fuera un koala—. Cualquiera diría que me has echado de menos.

—Mucho —admití, enterrando la cabeza en su cuello y aspirando su familiar aroma a montañas.

Suspiró y me apretó más fuerte.

—Yo a ti también, forastera.

Nos quedamos así una fracción de tiempo indeterminada. Yo no tenía ninguna intención de separarme de él, pero, como en ese pueblo la gente es demasiado cotilla y no entienden que las cosas de pareja son eso, de pareja, nos vimos interrumpidos por los comentarios jocosos de los tres graciosetes que habían entrado en el bar avisándome de la llegada de Jorge.

—Aún recuerdo cuando yo era joven y me ligué a la Josefina —soltó Manuel con voz nostálgica.

—Pero no me suena a mí que la Josefina saltara sobre ti de esas maneras.

—No, ahí tienes razón, Alfredo, como mucho me dejaba que le mirara las rodillas.

—Y a Alicia se le ve algo más que las rodillas —exclamó Miguel, haciendo mención a mis *shorts*.

—Bueno, ¡ya vale! —exclamó Jorge, dejándome en el suelo—. Lo hemos pillado. Sois unos viejos verdes que echan de menos momentos pasados. No os daremos envidia con lo que se lleva en estos nuevos tiempos.

—Ay, zagal... Estos nuevos tiempos son una locura —se quejó Miguel—. Yo sigo sin entender qué es eso del *guasal*.

—Ni yo —lo secundó Alfredo—. Aunque todavía no entiendo cómo funcionan los móviles con que...

—A mí aún no me queda claro cómo funcionaban los teléfonos fijos, así que ya ni os hablo de los móviles estos modernos. ¿Cómo lo harán?

Dejamos a los tres en la puerta del bar conversando acerca de las moderneces del siglo veintiuno, y Jorge y yo nos metimos al bar cogidos de la mano entre carcajadas. Eso del *guasal* me había provocado un ataque de risa en toda regla.

—¿Quieres un café? —me preguntó Jorge entrando en la barra.

—No, gracias, tengo el mío aquí todavía.

Se quitó la gorra y la dejó sobre la superficie de madera, en un rápido movimiento recogió su melena castaña clara en una de sus gloriosas coletas y comenzó a prepararse un café. No aparté los ojos de él en ningún momento.

—¿Te quedas? —le pregunté cuando se dio la vuelta y caminó hasta la

barra para colocar su café frente al mío.

—Me quedo.

Mi sonrisa se hizo enorme. Nos miramos a los ojos y el mundo desapareció. Ni Tomás volvía de la cocina con los bocadillos que le habían encargado, ni los excursionistas reían de vete tú a saber qué, ni se oían las carcajadas graves de Manuel ni los ladridos de Picasso por algo que había llamado su atención. Solo Jorge y yo. Sus ojos azules conectados a los míos. Profundos y transmisores de más emociones que nunca porque, por primera vez, me dejaron ver calma en esas aguas tan azules. Una calma acompañada de tanto sentimiento que me ponía la piel de gallina. Esbozó una sonrisa y se acercó a mí sobre la barra para besarme con dulzura.

—Te he echado mucho de menos estos días —confesó acariciando mi mejilla—. Tendrás que explicarme qué me has hecho para que esté así por ti, nunca me había pasado.

—Soy medio bruja, hago conjuros y esas cosas. ¿No te lo había dicho?

—¿Me has lanzado un conjuro?

—Uno de los jodidos.

—Ya veo...

Habíamos ido bajando el volumen de nuestras voces. Mi corazón latía atropellado, tenía ganas de saltar la barra para besarlo y hacérselo en el suelo. Él sentía algo parecido, porque ya podía reconocer el brillo oscuro que cubría su rostro cuando se excitaba. Rompí la escasa distancia que nos separaba para besarlo con ganas, me daba igual que estuviéramos en el bar. El fuego se extendió desde mi pecho hasta el resto de mi cuerpo, actuando de manera especial en la parte baja de mi estómago. De repente, Jorge se apartó a toda velocidad, dejándome con la boca abierta. Tal cual. Como un pez boqueando. Lo miré extrañada, a la vez que él daba un paso atrás en la barra y fingía normalidad. Fruncí el ceño al darme la vuelta para ver qué había originado tal cambio de actitud. Abel y Nagore. ¡Estupendo! Ya estábamos todos.

Cogí mi café para beberme de un trago lo que quedaba. Podía sentir sus miradas clavadas en mi espalda y veía a Jorge con su habitual fachada seria, que ya no solía mostrar ante mí y muy pocas veces ante el resto, pero con ellos, al parecer, todavía la sacaba a relucir.

—Hola, Jorge, ¿qué tal? —dijo Abel, sentándose un par de banquetas más allá de la mía y lanzándome miraditas cargadas de sorna—. Hace tiempo que no nos veíamos, cualquiera diría que vivimos en un pueblo tan pequeño.

—He estado ocupado allá arriba. ¿Qué tal vosotros?

—Nos hemos escapado de vacaciones aprovechando que Nagore tenía unos días libres en el curro. Volvimos ayer de la playa.

—Qué bien. Se os ve morenos.

—Gracias —contestó ella sentándose entre Abel y yo, sin mirarme, con pose de estrella de Hollywood y echándose la melena oscura hacia atrás, dándose las de diva.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—¿Y tú que tal, Alicia? —se interesó Abel, mirándome.

—Muy bien, no puedo quejarme en absoluto.

—Ya hemos visto, ya... —Sonrió son sorna de nuevo.

—Este sábado Tomás nos deja el bar —empezó Nagore, llamando la atención de todos— y hemos pensado en organizar algo diferente: una cena elegante. Como si fuera Nochevieja o fuéramos de boda. Puede ser divertido, ¿no os parece?

Ni Jorge ni yo abrimos la boca. Para mí era igual de divertido que me tiraran por un terraplén, ¿qué tal?

—He pensado en encargar un cáterin y contratar una orquesta para que amenice la velada después. Debe tratarse de algo que no hagamos habitualmente y que nos haga pasar una noche inolvidable. Y, por supuesto, hay que asistir en pareja, no puedes ir solo a una cena de ese estilo. —No me pasó desapercibida la mirada que me lanzó en ese momento—. Sé que Mariela tiene intención de pedírtelo, Jorge.

—Ah, que esto es una chorrada de esas americanas de los bailes de instituto, con prendido para la chica y alcohol oculto en petacas para verterlo en la ponchera —soltó cruzándose de brazos y mirándola fijamente.

—No, claro que no, es una cena de gala. Para parejas.

—Sí, sí, te he entendido. Parejas. Yo ya tengo una.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber quién?

—La tienes al lado.

El cuello de Nagore giró con lentitud hacia mí, como en una película de terror. Me miró casi con desprecio, pero enseguida recompuso su expresión y fingió una sonrisa. Rematadamente mal, por cierto, pero al menos intentó parecer contenta por la noticia. Yo le devolví una igual de falsa, eso se me daba bastante mejor que a ella, había vivido en un mundo cargado de hipocresía en Madrid. Solo de mi madre había aprendido la mitad de lo que sabía sobre ese asunto. Era la reina de las falsas.

—Qué bien —exclamó, casi atragantándose con las palabras.

—Si he de ir con alguien a esa cena de la que hablas, será con Alicia —añadió Jorge con seguridad, antes de acercarse a mí desde el otro lado de la barra y colocar una mano sobre la mía—. Es mi chica.

Mi sonrisa falsa desapareció y se convirtió en una auténtica. Pero la que se dibujó en las bocas de Nagore y Abel parecía más la mueca previa a unas náuseas que algo relacionado con alegría.

—Y ahora, si nos disculpáis —dijo, dando la vuelta a la barra y viniendo hacia mí—, nos vamos. Llevo cuatro días sin verla y no tengo demasiadas ganas de compartirla con nadie, la quiero solo para mí durante... no sé, todo lo que queda de jueves. Como mínimo. ¿Qué me dices, forastera, nos vamos?

—Por supuesto.

Salté de la banqueta, cogí su mano y los dos nos marchamos del bar sin mirar atrás. Me dieron ganas, sí, muchas ganas. Hubiera dado cualquier cosa por ver la cara de vinagre que se les había quedado a esa pareja de gilipollas al enterarse de lo nuestro. Pero hice bien en no girarme, era mejor dar a entender que no me suponían ningún interés, ni ellos ni su opinión. Y además, así era. Me daba igual lo que pensarán. Yo solo quería irme con Jorge, encerrarnos en su casa, meternos en la cama y recuperar el tiempo perdido.

Y lo hicimos, vaya si lo hicimos. Tres veces antes de comer y dos después, justo antes de quedarnos dormidos desnudos, con las ventanas Velux de su habitación abuhardillada abiertas y el sol de la tarde incidiendo en nuestra piel. Fue la primera vez en días que dormí de un tirón.

¡Ah! Y creo que a Nagore se le fueron las ganas de organizar ninguna cena de gala porque ni la hubo aquel sábado ni la hubo nunca. Parece que la noticia de nuestra relación se le atragantó un poquito demasiado.

A principios del mes de agosto se celebraron las fiestas del pueblo, en honor a la Virgen de la Nieve, cuyo día grande era el cinco de ese mes. Plagadas de actos tradicionales como bailes, cabezudos y procesiones, atraían a gran cantidad de personas a celebrarlas. Como el pueblo es pequeño, cuando llegaban demasiados visitantes enseguida parecíamos estar como sardinas en lata. Aunque era algo de agradecer para los negocios locales, por muy escasos que fueran.

Las casas rurales estaban llenas, las habitaciones de las que disponía

Tomás encima del bar también, y esos días decidí dejar de lado lo de salir a pintar porque había demasiado movimiento en la carretera. Fueron los comienzos de mi odio hacia veraneantes y domingueros. Pero de eso te hablaré un poquito más adelante. Ahora me centraré en esas primeras fiestas que viví en Aragüés del Puerto.

Varias orquestas nos visitaron para amenizar las horas muertas, con una sesión de baile por la tarde y otra por la noche. A las ocho de la tarde, en la carpa municipal, una de esas orquestas nos regalaba los oídos con temas de ayer y siempre. No bailaba ni Richard, claro está, a esas horas no había ambiente suficiente como para que nadie se atreviera a mover el esqueleto. Pero la cosa cambiaba en la sesión de noche. Comenzaba a partir de la una de la madrugada y entonces sí había bailongos y bailongas dándolo todo. Mayores y niños, sin importar qué canción, salían al centro de la pista a mover las extremidades. Y daba igual que sonara una de Mocedades que lo último de Amaia Montero, o si te descuidabas te encontrabas cantando a pleno pulmón aquella canción de la Orquesta Mondragón con Javier Gurruchaga que decía eso de: «Ellos las prefieren muy muy gordas, gordas, gordas, súper gordas, gordas, gordas y *apretás*». De verdad, lo juro, me pasó una noche. Sin quererlo, me vi arrastrada por la fiebre festiva de los asistentes y me encontré a mí misma saltando con Miriam y Esther mientras lo cantaba. No me siento orgullosa, pero es lo que hay.

Para mí fue todo un descubrimiento vivir unas fiestas como aquellas. No estaba acostumbrada. En Madrid las fiestas son diferentes, y yo las vivía de manera completamente distinta. No salía todos los días, como mucho alguna noche a cenar y a tomar alguna copa. Las fiestas en Madrid podían ni siquiera existir para ti si te quedabas en casa y hacías lo habitual de cada día. No en todas partes de la ciudad tenían lugar actos festivos, así que desde mi piso en el barrio de Salamanca no me enteraba de nada. Pero en Aragüés... o vivías las fiestas o las vivías. No había más opciones.

Se celebró una comida popular con todos los habitantes del pueblo. Sí, sí, todos, en serio. Tampoco era algo excesivo porque éramos ciento y pico personas, pero aun así se trataba del pueblo al completo, y solo de escucharlo a mí me acojonó bastante: «Comida popular para todos los vecinos». No sé qué me imaginé exactamente, pero creí que los anuncios de Fairy de Villarriba y Villabajo se quedarían a la altura del betún. Mesas y mesas plagadas de platos que luego había que fregar... Pero nada más lejos de la realidad. Pusimos tableros con caballetes en la misma carpa donde tenían

lugar los bailes por la noche y preparamos un picoteo entre todos: tortillas de patata, queso, chorizo, longaniza, croquetas, montaditos... No faltó de nada y pasamos un rato muy divertido. Jorge no estaba mucho por la labor al principio. Cuando le dije que Alfredo me había insistido mucho y que teníamos que ir sí o sí, que no teníamos excusa posible para negarnos a asistir, me miró con una cara que dejaba claro que no tenía ninguna intención de ceder ante los deseos de Alfredo. No le gusta estar con gente, así que en una comida de esas magnitudes muchísimo menos, pero terminó accediendo porque me vio muy emocionada. Mis deseos parecían primar sobre los del señor alcalde. Así que yo lo recompensé de manera más que efusiva en la encimera de la cocina cuando me dijo que sí iríamos. Creo que eso lo hizo ir más alegre a la comida. Incluso lo vi sonreír en un par de ocasiones cuando contaron chistes mientras tomábamos café.

También fui a ver los bailes tradicionales. Me encantaron. El *palotiau*, que es como se llama, consiste en un grupo de personas que se colocan por parejas, frente a frente. Cada uno lleva un par de palos y los chocan entre ellos con fuerza, con mucha fuerza, siguiendo el ritmo de la música. A la vez bailan, se entremezclan entre ellos, pero siempre sin dejar de chocar sus palos. Y chocan tan fuerte que incluso lanzan astillas, llegando a romperse en ocasiones. Me dejó muy impactada, ya que nunca había visto algo similar. También me sorprendió ver que los niños pequeños continuaban con esa tradición pese a ser tan antigua. Al terminar la actuación, me di cuenta de que era algo que no debía perderse nunca.

En resumen, fueron cuatro días muy intensos en los que disfruté como nunca de unas fiestas que cambiaron el concepto que yo tenía de las propias fiestas. Desde entonces, comencé a verlas como una forma de reunión, de pasar tiempo con tus amigos y de disfrutar de un rato en comunidad.

Jorge me miraba con el ceño fruncido una de aquellas noches, mientras volvíamos a su casa para acostarnos. Eran las cuatro de la madrugada, la música todavía se escuchaba en el centro del pueblo.

—¿Pero quieres dejar de bailar? ¿Jamás te cansas o qué?

—¡Me encanta!

—Me estás asustando demasiado estos días, forastera. Desconocía tu afición por las fiestas patronales y me parece que se está creando un monstruo.

Reí antes de saltar sobre su espalda y que él me agarrara mientras seguía caminando.

—Tú eres el raro, Jorge. ¿A quién en su sano juicio pueden no gustarle unas fiestas como estas?

—Pues a mucha gente, aunque no lo creas.

—No, solo a ti. Eres el único que no ha bailado esta noche. Ni ayer ni antes de ayer.

—La Eusebia tampoco ha bailado.

—¡Porque tiene casi noventa años! —exclamé entre risas—. Y, además, ni siquiera ha bajado al baile. No me sirve como ejemplo. Que eres un aguafiestas, Jorge, no intentes negarlo.

—No trataba de hacerlo. Solo digo que no me gustan las fiestas, no me gusta...

—La gente, ya lo sé.

—No es únicamente eso, es que... —titubeé unos instantes—. Da igual, no importa. Aunque la verdad es que verte bailar con Esther al ritmo de King África es algo que no conseguiré olvidar nunca.

—Boooooombaaaaaaa —grité levantando los brazos en el aire—, ¡sensual! ¡Un movimiento sensual!

—Cállate, jodida loca, que vas a despertar a todo el mundo.

—¡Si están todos en el baile!

Jorge me cargó sobre su espalda hasta su casa mientras yo cantaba eso del movimiento sexy como una histérica. Santa paciencia la que tuvo conmigo aquella noche. Todavía hoy lo recuerdo y me entra la risa al imaginar la estampa que ofrecíamos los dos. Cuando llegamos, me dejó en el suelo y fui al baño a lavarme los dientes todavía canturreando.

—Te juro por lo que más quieras que si no puedo dormir esta noche porque esa puñetera canción se me queda grabada en la mente no dejaré que tú duermas tampoco.

Me volví hacia él tras escuchar su amenaza.

—¿Eso es una propuesta indecente? —inquirí con voz coqueta a la par que sensual.

—No, forastera. Es una advertencia. Y que conste que quiero dormir, voy molido. No me interesa para nada lo de pasar la noche en vela.

—Y eso que tú no has bailado nada de nada.

—Y dale. Qué pesada eres, por favor.

Se fue hacia el piso de arriba y yo entré al baño riéndome. Observé su cepillo de dientes y me sentí tentada a utilizarlo, pero no lo hice. Así que me eché pasta dentífrica en el dedo índice para realizar el peor lavado de boca de

la historia. De esa guisa me encontró Jorge cuando entró en calzoncillos.

—Deberías pensar en traerte un cepillo de dientes.

Me quedé muy quieta. Helada. Paralizada. Ni pestañeaba. Con el dedo dentro de la boca y los ojos muy abiertos. Él me dio un pequeño empujón para hacerse un hueco a mi lado frente al lavabo, cogió su cepillo y se puso a lavarse los dientes como si nada. Como si no hubiera hecho la propuesta entre las propuestas. Como si no acabara de hacer que nuestra relación ascendiera un peldaño. Como si eso no significara que lo nuestro iba en serio.

—¿Qué pasa, que te has quedado ahí pasmada? —preguntó con la boca llena de espuma.

—En *shock* —aclaré.

—¿Por qué?

—El cepillo de dientes.

Frunció el ceño y observó mi reflejo en el espejo.

—Es demasiado —expliqué.

—No entiendo.

—Dejar aquí un cepillo de dientes es... Muy formal. Muy serio. Muy mucho.

—Ah...

Siguió a lo suyo y yo no pude continuar. Ni me enjuagué la boca, tampoco había conseguido generar espuma suficiente así que simplemente me pasé el dorso de la mano por los labios y me limpié en el pantalón los restos de humedad. Di varios pasos atrás, hasta quedar apoyada contra la pared de baldosas blancas y me crucé de brazos. Lo observé mientras él se agachaba para sorber agua. Los músculos de su espalda se tensaron con sus movimientos. Miré la tinta negra que recorría sus brazos y suspiré. Entonces me di cuenta de que me contemplaba a través del espejo y sus ojos azules me preguntaron qué pasaba. Llevaba la boca llena de agua y sus mofletes se movían al ritmo del líquido. Yo negué con la cabeza para quitarle importancia. La expresión de su rostro me dejó claro que no se lo creía. Escupió el agua y cogió la toalla para secarse, se acercó a mí apartándose de la cara varios mechones que se habían soltado de su coleta.

—Lo del cepillo no es uno de tus demonios, ¿verdad? —preguntó mirándome con precaución.

—No, no lo es. Lo que pasa es que... no sé. Dejar el cepillo de dientes en casa de tu ligue siempre es un paso importante, o al menos a mí me lo parece. No tengo claro que sea el momento, puede que estemos corriendo demasiado.

—¿Se puede saber por qué? Que dejes aquí un cepillo de dientes es para tu propia comodidad. No me gusta verte con el dedo en la boca, prefiero ver otras cosas ahí dentro.

Solté una carcajada, y él sonrió, acortando la distancia que quedaba entre ambos. Me acarició la mejilla y me colocó el pelo tras la oreja.

—En serio, chica pija, es solo un cepillo de dientes.

—Lo sé, y puede parecer una tontería pero... me da la sensación de que acelera las cosas. No sé si deberíamos frenar un poco.

—¿Quieres echar el freno?

—No, no quiero.

—¿Entonces? Joder, qué rara eres, Alicia —exclamó antes de echarse a reír.

—Lo sé, soy incomprensible. Pero no quiero correr antes de tiempo y que todo se vaya a la mierda en el momento menos pensado. Estoy muy bien contigo y quiero que siga así.

—Pues deja aquí el jodido cepillo y no le des más vueltas.

—No puedo evitarlo.

—Vamos, te ayudaré a dejar de pensar en el cepillo de dientes. Vamos a hacer eso que decía la canción que cantabas antes.

—¿El qué? —pregunté sin entenderle.

—El movimiento sexy...

Y se pegó a mi cuerpo haciendo que notara excesivamente bien las curvas del suyo. Las curvas y los salientes, claro, sobre todo uno. Sus manos fueron a mi culo y las mías al suyo. Centré la vista en sus preciosos ojos azules. Su nariz acarició la mía antes de que mi lengua abandonara su lugar para recorrer sus labios. Entreabrió la boca y aspiré su aliento mentolado. Mis labios acariciaron los suyos mientras ascendía con mis manos por la cálida piel de su espalda. Nuestras bocas se abrieron a la par para dar rienda suelta a lo que comenzaba a quemarnos por dentro. Y fue un beso que sabía a demasiado, como toda nuestra conversación anterior, pero, cuando me quitó la camiseta por la cabeza, se me olvidó el mensaje oculto en nuestros besos y me centré en su cuerpo, sus labios y sus jadeos.

Al día siguiente compré un cepillo de dientes en la tienda de Esther y lo dejé en el cuarto de baño junto al suyo.

PERSEIDAS

—Coge ropa de abrigo, esta noche nos vamos a la borda.

—Estoy en pijama, Jorge.

Me observó un instante antes de encogerse de hombros.

—Y prepara también algo de beber, tenemos para varias horas por allí arriba y nos vendrá bien.

Pestañee un par de veces al ver que se daba la vuelta y subía al piso de arriba para meterse en el cuarto de baño.

Acababa de llegar a mi casa, entrando sin llamar a la puerta, como se había convertido en costumbre. Ni me había dicho hola ni me había dado un beso. Eran las diez de la noche del martes siguiente a las fiestas de Aragüés, y yo no tenía ni pizca de ganas de ir a ningún lado. En la tele echaban capítulos repetidos de *Mentes Criminales* y mis planes no abarcaban otra cosa que verlos. No me moví del sillón. Cuando él bajó las escaleras, se me quedó mirando apoyado en la barandilla de madera. Llevaba unos pantalones vaqueros cortos hasta la rodilla, una camiseta de color negro que le quedaba de escándalo y botas de montaña. En ese momento llevaba el pelo suelto.

—Venga, va, ¿qué haces ahí todavía? Mueve el culo, que nos vamos.

—Yo no voy a ningún lado —dije acurrucándome en el sillón.

—De eso nada. Tú vienes conmigo, hay algo que tengo que enseñarte.

Avanzó hasta el centro del salón, cogió el mando de la tele de encima de la mesa y la apagó. Me volví hacia él.

—Que no voy a ir a ningún sitio, no seas pesado. Vuelve a encender la tele, por favor.

—Ni de coña. Levanta el pandero del sillón.

—¿Perdona?

Me levanté, sí, pero porque estaba empezando a molestarme que estuviera tan cabezota con eso de ir a la borda esa noche. Con lo a gusto que me encontraba yo en el sillón sin intenciones de hacer nada excepto dormir. Él se escondió el mando de la televisión en la cintura del pantalón.

—Voy a llevarte a ver una cosa que te va a encantar. Hazme caso, chica pija, no te arrepentirás.

La manera en que lo dijo y cómo me miró al hacerlo consiguieron que me ablandara un poquito.

—¿Puedo ir en pijama?

Se echó a reír a carcajadas. Qué guapo estaba cuando se reía así y cuánto me gustaba observar las arruguitas que se formaban alrededor de sus ojos y su boca. Cada vez reía más, y yo babeaba de manera proporcional al verlo (es decir, mucho, muchísimo). Terminé sonriendo, contagiada por el sonido de su risa.

—Puedes ir en pijama, pero no te lo recomiendo —dijo, acercándose y cogiéndome la mano—. Ponte unos vaqueros de esos que te sacan un culito espectacular, venga, que con ese pijama de cuadros me matas la libido.

Me reí antes de plantarle un beso en la boca. Y, después, subí a hacer lo que me pedía. Sí, me puse uno de esos vaqueros que dijo pero, principalmente, porque todos me sacaban un culo espectacular.

Cuando salimos a la calle, miré al cielo y aspiré una honda bocanada de aire. La noche era cálida, no había ni una sola nube, por lo que las estrellas brillaban solitarias en el firmamento, sin la luna que solía acompañarlas cada noche en su eterna vigilia. Jorge me cogió de la mano y entrelazó nuestros dedos mientras caminábamos hacia su *pickup*. El hecho de ir por la calle con él de esa manera me hizo sonreír. Nunca lo habría imaginado. Jamás habría pensado que él iba a provocar en mí todo lo que provocaba. A su lado me sentía más Alicia que nunca. Con más ganas de mirar hacia delante y de luchar por todo lo que siempre quise conseguir.

Mis sueños se vieron truncados cuando las cosas cambiaron en Madrid. Yo misma dejé que se difuminaran poco a poco, hasta casi desaparecer. Pero nunca se marcharon del todo, seguían ahí, en un rinconcito de mi interior esperando su momento para volver y hacerme feliz como debió haber sido. Y puede que ese momento hubiera llegado.

—He cogido un queso que ya estaba listo. Quiero que lo pruebes.

La voz de Jorge me hizo girarme para mirarlo. Asentí sonriente y él tiró de mi mano hasta la plaza, donde nos esperaba su coche, que seguía siendo de ese habitual color gris polvo. Como casi siempre, tuvo que intentar arrancarla hasta en cuatro ocasiones, dijo cosas muy feas acerca del motor, de las ganas que tenía de mandar a la mierda «esa jodida *pickup*» y de que Cristóbal terminaría teniendo razón. Yo hice mutis por el foro y no dije que opinaba exactamente igual que Cristóbal. Hacía demasiado tiempo que su coche necesitaba una puesta a punto, o una venta urgente. Llevaba dándole problemas durante meses, Cristóbal (el dueño del bar Subordán, en Hecho) lo había estado advirtiendo acerca de lo que pasaría si no le cambiaba no sé qué

cosas de las válvulas o las bujías o algo así. La verdad es que desconectaba un poco cuando ambos se ponían a hablar de coches cada vez que pasábamos por su bar a tomar algo. Pero tenía razón. O lo vendía pronto o invertía una cantidad de dinero importante en arreglar ese coche infernal. Y es que sacaba lo peor de Jorge cada vez que se empeñaba en no arrancar a la primera. Juramentos, insultos e improperios muy serios.

Yo me callé y dejé que se calmara sin decirle lo que pensaba. Sabía perfectamente que, en cuestión de un par de minutos, se le pasaría la mala leche y volvería a ser el Jorge de siempre.

Hicimos todo el trayecto en silencio, escuchando la música que sonaba en el reproductor. Con las primeras notas de *Mira cómo vuelo*, de Miss Caffaina, Jorge empezó a tamborilear en el volante. Me sorprendió que incluyera esa canción en una de sus recopilaciones, lo habitual en él era la música de los sesenta o los setenta. Pero lo que me dejó alucinada de verdad fue que comenzara a cantar moviendo la cabeza al ritmo. Nunca lo había oído cantar, no sabía que pudiera hacerlo. Y todavía menos que lo hiciera tan bien. Casi tengo un orgasmo del gusto que sentí al escuchar su voz entonando a la perfección. Embriagadora y penetrante, envió una señal al centro de mi ser, poniendo en marcha todas las células de mi cuerpo, que comenzaron a moverse, haciendo que un calor alarmante me recorriera entera. No sé con qué cara me quedé mirándolo, pero, al darse cuenta, sonrió de lado y llevó una de sus manos a mi pierna, haciendo que diera un respingo porque las yemas de sus dedos recorrieron la piel más sensible del interior de mi muslo.

—¡Canta conmigo, forastera!

Y lo hice. Porque estaba adquiriendo la aterradora capacidad de conseguir todo lo que me pedía que hiciera. Así que ahí estábamos los dos, cantando entre carcajadas que no le teníamos miedo al miedo. No sé si queda bien que diga que en ese momento estaba muy cachonda. Puede que no sea el comentario más adecuado, pero es la pura realidad. Qué voz, qué manera de activarme entera al escucharla. ¡Por Dios!

Llegamos a la borda poco después, y yo me dirigí a la puerta de entrada.

—No, no, ven aquí conmigo.

Me di la vuelta y vi que Jorge se encaminaba hacia la explanada del exterior. Fruncí el ceño sin entender qué hacía, pero lo seguí. Extendió una manta (la de nuestra primera vez) sobre el suelo y se sentó con las piernas flexionadas.

—Ven, siéntate a mi lado.

—¿Por qué no vamos dentro?

—Porque hemos venido a ver lo que hay fuera.

—¿Me lo explicas, por favor? —pedí, tomando asiento junto a él.

—Primero quiero que estemos un ratito en silencio, luego te cuento de qué va todo esto. ¿Quieres tumbarte a mi lado y disfrutar de unos minutos de paz en mi compañía?

Sonreí.

—Siempre.

Me devolvió la sonrisa antes de tumbarse sobre la manta, lo imité y me coloqué a su lado. Al mirar lo que teníamos sobre nosotros, dejé salir el aire lentamente de mis pulmones y me relajé. Un cielo negro plagado de estrellas en el que la luna permanecía oculta. Y silencio, mucho silencio. Estiré la mano hasta la de Jorge y la coloqué encima, su calidez me provocó un escalofrío, puede que porque estar viviendo ese momento con él me estaba emocionando. O puede que se debiera a que, en ese instante, una calma desconocida me invadió haciendo que los ojos se me llenaran de lágrimas. Recordé a mi padre, me descubrí pensando en lo muchísimo que hubiera disfrutado con esas vistas. Me acordé de Megan y reparé en lo que la echaba de menos. E, irremediamente, los recuerdos de los malos momentos pasados me acecharon, haciendo que el cúmulo de sentimientos fuera difícil de manejar.

—Hoy es un día especial —dijo Jorge, interrumpiendo la calma con su susurro—, y quería compartirlo contigo.

—¿Por qué es especial?

Se volvió hacia mí y vio la lágrima que recorría mi rostro. No dijo nada, simplemente la limpió con suavidad antes de incorporarse y acercarse para darme un beso.

—¿Has oído hablar de las lágrimas de San Lorenzo?

Negué con la cabeza, y él volvió a tumbarse.

—Las perseidas son una lluvia de estrellas que se conoce como lágrimas de San Lorenzo porque las fechas en las que suelen caer son próximas al día de San Lorenzo. Como es el patrón de Huesca, es lógico que aquí se conozcan más por ese nombre que por perseidas.

—¿Has dicho lluvia de estrellas? —exclamé, mirando al cielo con emoción.

—Sí, chica pija, eso es de lo que vamos a disfrutar hoy aquí tú y yo, de una lluvia de estrellas en el lugar perfecto para poder ver las máximas

posibles. Aunque puede que todavía tarden en comenzar a caer.

—¡Jamás he visto una estrella fugaz! —casi chillé sentándome de repente.

—Y, si no te tumbas, no la verás hoy tampoco.

Me reí, lo observé y fui a tumbarme, aunque no lo hice. Alargué una mano y la coloqué en su mentón. El pelo de su barba me hizo cosquillas en los dedos. Jorge me miró a los ojos, y la oscuridad que descubrí me pareció la cosa más aterradoramente bonita que he visto y veré en la vida. Y no porque significara que había algo oculto en ellos, al contrario, tenía unos ojos preciosos y bajo la luz de las estrellas aquella noche... Joder, algo se activó en mi pecho, algo que sí daba miedo.

—Gracias —murmuré, agachándome hasta quedar rozando su nariz—. Gracias por esto y por todo.

—No tienes que dárme las.

—Estás haciendo cosas preciosas por mí... y yo... ¡ni siquiera sé cómo devolvértelas! ¿Sabes qué? Te pintaré un cuadro.

—¿Como el que le pintó Jack a Rose?

Me eché a reír antes de besarlo en los labios.

—Ya puedes ir buscando un colgante con forma de corazón.

—No tienes que devolverme nada, Alicia —dijo posando su mano en mi cuello y desarmándome con la mirada—. Hago esto porque quiero. Me gusta pasar tiempo contigo, me divierto como hacía mucho tiempo. Y no se me ocurre nadie mejor con quien vivir este tipo de cosas. Hasta hoy siempre he visto la lluvia de estrellas solo, con Picasso, pero nunca con nadie más. Es la primera ocasión en que tengo ganas de compartir este momento con alguien.

—Para mí va a ser la primera vez y tampoco puedo imaginar a nadie mejor con el que compartirla.

Las comisuras de sus labios dibujaron una sonrisa y se incorporó un poco para besarme. Y vaya pedazo de beso. Toda la leña se nos fue al asador. Tanto, que creo que dentro del beso se nos escapó también algún sentimiento que significaba mucho más, pero que ninguno nos paramos a analizar. Eso sí, durante más de quince minutos nos dedicamos a besarnos y a acariciarnos, dejamos las estrellas de lado por completo. Cuando una de sus manos se deslizó por mi cintura y comenzó a desabrochar los botones de mis vaqueros, gemí muy alto. Puede que algún búho me oyera, porque los escuchamos ulular. Jorge rio sobre la piel de mi cuello cuando le dije que vendrían a atacarnos si no dejaba de hacerme esas cosas.

—Tranquila, te protegeré de los búhos.

Esa promesa me convenció. Por lo que, cuando me quitó los pantalones y los dejó al lado de la manta antes de introducir la mano en mis braguitas, me dio igual gemir muy alto. Solo pensaba en que esas caricias estaban matándome de placer. Lo besé con ganas mientras trataba de quitarle sus pantalones. Me ayudó a hacerlo y terminaron al lado de los míos. Segundos después, nuestra ropa interior se sumó al montón de prendas. Los dos estábamos desnudos de cintura para abajo. Mi pierna terminó sobre las suyas y los dos acabamos de costado, besándonos y tocándonos, presas del más absoluto descontrol. Fue tanto que, cuando lo sentí húmedo deslizándose entre mis pliegues, ahogué un gemido, a la vez que echaba la cabeza hacia atrás, y sentí cómo entraba en mi interior. Esa sensación, la de tenerlo dentro sin nada más, piel con piel, hizo que lo mirara a los ojos de repente. Sus pupilas estaban fijas en mí. Tragó saliva y me apartó el pelo de la cara.

—Alicia, un condón.

—No llevo.

—¡No me jodas!

—No sabía adónde íbamos, no tenía ni idea de...

Una embestida me hizo callar de manera automática. Lo miré con la boca abierta y el corazón palpitando incesante en mi pecho.

—No hagas eso —le pedí en voz baja.

—¿El qué? ¿Esto?

Y lo repitió de manera deliciosa. Cerré los ojos y me mordí el labio inferior.

—No quiero parar...

—Tienes que parar... —jadeé, todavía con los párpados cerrados.

—Oblígame.

Embistió una vez más, y yo gemí agarrándome a sus hombros. Era maravilloso. No quería que parara, ¡claro que no quería! Pero debía... ¿o no?

Cuando me quise dar cuenta, estaba sobre él, dejándome llevar por el torbellino de sensaciones que tenerlo dentro de mí estaba causando y sin pensar en ningún instante que estábamos haciéndolo a pelo. ¡A la mierda!

—Si sigues moviéndote de esta forma, no voy a aguantar mucho —gruñó, agarrando con fuerza mi trasero.

—Espérame...

Cerró los ojos con fuerza. Ver la expresión de su rostro fue lo que necesité para acelerarme del todo. Lo vi tan liberado, guapo y sexy que se me fue de las manos sin darme cuenta. La velocidad de mis movimientos se precipitó,

sus manos me agarraron con más fuerza, su cabeza se fue hacia atrás, mis gemidos aumentaron y los sonidos de los búhos se vieron eclipsados por nuestro orgasmo. Brutal. Simultáneo. Acojonante.

Pero de repente... la realidad.

—Te has corrido —conseguí decir, todavía sobre él y con la respiración agitada.

—Lo de guardármelo dentro es algo que no he conseguido hacer nunca.

—No bromees, esto es serio. Mierda, Jorge... No tendríamos que haberlo hecho.

Dejé caer la cabeza sobre su pecho y sus brazos enseguida estuvieron a mi alrededor.

—No pasará nada.

—Sí, claro, eres experto en embarazos no deseados.

—Ni lo mentes —me advirtió, acariciándome el pelo—. Se nos ha ido un poco la pinza, nada más.

—¿Un poco?! —grité incorporándome de repente—. Se nos ha ido del todo. Madre mía, madre mía... soy demasiado joven para ser madre.

—Pero ¿te estás oyendo? —exclamó, llevándose las manos a la cabeza—. Hemos echado un polvo un poco loco, nada más. Sería demasiada casualidad que tuviéramos el arte de conseguir algo así a la primera. No digas tonterías, por favor.

—No son tonterías. Si me quedo embarazada, te harás cargo del bebé.

—De acuerdo.

Me quedé mirándolo muy seria, todavía sentada sobre su cuerpo, con él aún en mi interior.

—¿Lo harías?

—¿Crees que sería capaz de dejarte sola con el marrón?

—No.

—Entonces cállate ya, Alicia, estás empezando a volverte más loca de lo habitual. Se nos ha ido de las manos, no volverá a pasar, ¿de acuerdo?

—A partir de hoy, siempre llevaré toneladas de condones encima.

—Genial, te comparé una maleta para que los transportes.

Me eché a reír y él me acompañó. Cogió mis dos manos para entrelazar nuestros dedos y tirar de mí hacia él, me agaché para darle un beso.

—Ha sido un polvazo. Una sensación alucinante, forastera. Eso no me lo puedes negar.

—No lo haré. Pero ni siquiera deberíamos recordar la sensación, ¿sabes

por qué? —Negó con la cabeza—. Pues porque voy a querer más cada vez que lo piense, y eso sí es preocupante.

Estalló en carcajadas antes de volver a tirar de mí para abrazarme.

Un rato después, estábamos vestidos de nuevo, yo había ido al interior de la borda para asearme un poco y sacar un par de copas para poder servir el vino que había cogido de casa. Nos tumbamos sobre la manta en silencio, mirando el cielo lleno de estrellas titilantes en el que todavía no se veía ni una sola fugaz. Jorge cortó el queso que había traído y me ofreció un trozo.

—Está bueno —murmuré mientras lo masticaba.

—¿Qué pensabas, que estaría malo viniendo de mis vacas? Eso es imposible.

—Dejando de lado tu comentario ególatra diré que cada día me sorprendes un poquito más. ¿Hay algo que no sepas hacer?

—¿A qué te refieres?

—Vamos a ver... sabes cocinar, tienes la casa más bonita y limpia que he visto en mi vida, cantas como los ángeles, eres veterinario y haces quesos. ¿Me dejo algo?

—No tengo el título de veterinario, todavía me quedan unas asignaturas que ni siquiera sé si me sacaré algún día. Pero aparte de esa pequeñez, sí, te dejas una cosa muy importante: que beso de forma alucinante.

—Sí, tienes razón —admití entre risas.

—Y que te hago ver las estrellas cada vez que lo hacemos.

—No flipes tanto, chaval. Las estrellas las estoy viendo ahora —apunté señalando al cielo.

—Sí, claro. —Rio, incorporándose—. Admite que las ves cada vez que follamos.

—Pues parece que va a hacer calor esta noche... —cambié de tema, observando a mi alrededor.

Escuché sus carcajadas antes de sentirlo caer sobre mí, consiguiendo que ambos termináramos tumbados sobre la manta.

—Tú sí que me provocas calor, chica pija —gruñó a milímetros de mi rostro.

—¡Mira! ¡Una estrella fugaz! —grité, empujándolo a un lado y señalando al cielo.

—¿Has pedido un deseo?

Cerré los ojos un instante antes de mirarlo a él, que me observaba sentado sobre la manta y apoyado en su brazo derecho. Estiré la mano para apartarle

los mechones que se habían soltado de su coleta.

—Deseo pedido —susurré.

Esbozó una sonrisa antes de agacharse para besarme, se tumbó a mi lado y suspiró.

—¿Te da miedo que se cumpla? —preguntó segundos después, rompiendo el cómodo silencio que se había instalado entre ambos.

—Me daría miedo que no lo hiciera.

Escuché su risa sofocada, antes de notar cómo me cogía la mano.

—Yo no tenía deseos, ¿sabes? Hasta hace un tiempo todo me daba igual. No me importaba demasiado qué pasaría al día siguiente.

—Eso es muy triste.

—Mi vida era triste, Alicia. Días que se sucedían sin más, monótonos y solitarios, sin sentido y vacíos. No había nada que me motivara para levantarme de la cama cada mañana.

Aparté la mirada del cielo para fijarla en él, que lo observaba embelesado, centrado en esa oscuridad plagada de lucecitas inmóviles aunque temblorosas que nos iluminaban tenuemente. Estudié su perfil. La curva de su nariz dibujaba un horizonte en la negrura de esa cálida noche.

—Hasta que llegaste tú —soltó, haciendo que mi corazón se detuviera por un instante—. Entonces todo cambió.

—¿Para bien?

Se volvió hacia mí, posó su mano en mi mejilla y sonrió iluminando la noche.

—Para más que bien —murmuró antes de acercarse y besarme con suavidad.

Me apreté a su cuerpo, él pasó un brazo bajo mi cuello y dejé que mi rostro reposara sobre su pecho, sintiendo su calidez y los latidos de su corazón. Seguimos mirando al cielo, señalando las estrellas fugaces que dibujaban estelas en su caída, comiendo algún trozo de queso e incorporándonos de vez en cuando para dar un sorbo a nuestras copas de vino. Rompimos el silencio con algún comentario eventual sin importancia y los minutos dieron paso a las horas, consiguiendo que los párpados me pesaran y la comodidad del pecho de Jorge se convirtiera en el lugar perfecto donde dejar que el sueño me alcanzara.

—Hey, forastera... Despierta.

Parpadeé al ser consciente del sonido de su voz y me lo encontré sobre mí, mirándome con una sonrisa que le devolví somnolienta. Acaricié su mejilla

antes de bostezar.

—¿Ya nos vamos? —quise saber.

—Nos hemos quedado dormidos, será mejor que entremos en la borda si no quieres que los animalillos del bosque corroteen a nuestro alrededor.

Me desperecé sobre la manta bajo su atenta mirada. Todavía era de noche, no tenía ni idea de qué hora sería. Me senté frotándome los ojos, y él se estiró, haciendo que su camiseta se levantara. Observé sus brazos tatuados y me fijé en dos nombres que tenía grabados en la parte interna de los antebrazos. Ya los había visto antes, pero nunca me había interesado por ellos. Puede que estar medio dormida diera rienda suelta a las preguntas que me había hecho tantas veces y que no me había atrevido a formular.

—¿Quiénes son Lorenzo y Marisa?

Su mirada se centró en mí de repente, adquiriendo una oscuridad repentina que me recordó demasiado a nuestros primeros encuentros, pero que se fue difuminando tan rápido como llegó. Tragó saliva y respiró hondo antes de agachar la cabeza.

—Eran mis padres.

Ya lo sabía. Lo supe desde la primera vez que leí esos nombres en su piel. Pero escucharlo decirlo consiguió que se me erizara la piel y mi estómago encogiera. No abrí la boca, no podía decir nada, solo mirarlo.

—Murieron —añadió, levantando la vista.

Tragó saliva de nuevo y centró sus preciosos ojos en la borda que nos esperaba a mis espaldas. Coloqué una mano sobre la suya, llamando su atención y consiguiendo que me mirara. Traté de sonreír, aunque no sé si conseguí transmitir la tranquilidad que trataba de darle.

—Lo sé —murmuré, apretando sus dedos.

Asintió con la cabeza antes de ponerse de pie y comenzar a recoger todo. En silencio. Demasiado silencio. No podía dejar que se fuera a dormir así porque no conseguiría conciliar el sueño. Reconocía esa situación, los sentimientos encadenados a ella. Recordar algo así antes de meterte en la cama significaba que no serías capaz de pegar ojo en toda la noche. Me acerqué a él y pasé mis brazos por sus hombros, me acerqué a su cuerpo y lo abracé con fuerza.

—Lo siento —susurré antes de besarlo con ternura en el cuello—, no quería hacer que te sintieras mal.

—No te preocupes, estoy bien. Hace muchos años de aquello y lo tengo superado. —Guardó silencio un instante—. No es cierto, no lo tengo

superado, pero soy capaz de vivir con ello.

—Creo que estas cosas no se superan jamás.

Negó con la cabeza antes de apretarme fuerte entre sus brazos. Nos besamos una última vez bajo la luz de las estrellas y cogió mi mano para llevarme al interior de la borda.

VERDADES QUE DUELEN

Nos encontrábamos en pleno agosto, con todo el apogeo de visitantes que interrumpían la habitual paz del pueblo. Bueno, no exactamente, aunque sí se notaba más movimiento: muchos niños correteando por la calle, excursionistas, domingueros y visitantes. A mí, en particular, me tocaban mucho las narices los domingueros. Se trataba de una especie que amenazaba mi propia existencia. ¡Ocupaban los lugares que yo solía utilizar para pintar! Desde finales de junio, comenzaron a ocupar los sitios más atractivos, los más visibles desde la carretera y junto al río, para bañarse o plantar su mesa de camping con sus fiambreras de tortilla de patata. Por esta razón, yo había comenzado a moverme un poco más, a buscar lugares menos accesibles. Con su consiguiente riesgo, también lo diré, porque transitar por caminos de piedras con el lienzo y mis bártulos no era tarea fácil. Pese a todo, encontré sitios preciosos que se convirtieron en mis nuevos rincones para las musas. Hasta que llegó agosto. Y mis rincones para las musas pasaron a ser rincones de domingueros, que madrugaban más que yo y buscaban y buscaban hasta dar con pozas recónditas en el río donde chapotear con sus niños, o hasta hallar pequeños prados bañados por la sombra de un haya en donde plantaban su mesa plegable y dejaban a la suegra a la espera de que ellos volvieran de su paseo por los caminos con el perro y el cuñado. Y todos le jodían el sitio a Alicia.

Me convertí en *hater* oficial de los domingueros de la zona. Alfredo se partía de risa conmigo en el bar cuando le anunciaba los días que quedaban para el peor día de la semana, o cuando le decía que durante lo que restaba del mes de agosto no pensaba salir de casa ningún domingo, que atrancaría mi puerta para observar desde el interior a los visitantes y murmurar improperios hacia ellos.

—La perfecta vieja cascarrabias —me decía, antes de acariciarme el brazo con cariño.

Me encantaba cómo habían cambiado las cosas desde que llegué, en aquel mes de abril que ya me parecía tan lejano. Los vecinos seguían siendo algo secos (la mayoría), pero me di cuenta de que era su habitual manera de ser. Llevaba cuatro meses viviendo allí y me sentía una más. Todos me llamaban por mi nombre y yo hacía lo mismo con ellos. Las señoras me sonreían al

verme caminando con mis útiles de pintura, con mis *shorts* manchados de pintura, mi moño desaliñado y mis camisetas anchas, que solían dejar a la vista uno de mis hombros. Algunas veces incluso trataban de limpiarme las manchas de pintura de la cara. Sí, ya sabes cómo digo: cogiendo una esquina de su delantal (salían al banco de la puerta de sus viviendas con el delantal puesto, y en zapatillas de estar por casa. Ahí no había reglas de vestimenta para estar en la calle, y era genial), chupándola y restregándomela por la cara. Chachi, ¿verdad? Solía ser rápida y me apartaba a tiempo, aunque la señora Palmira había desarrollado una habilidad pasmosa para hacerlo y conseguía limpiarme alguna mancha, por pequeña que fuera, casi siempre.

En resumidas cuentas, con la excepción de los domingueros, me encantaba vivir en ese lugar.

Cuando comenzó septiembre y el pueblo empezó a vaciarse poco a poco de visitantes y excursionistas, casi organizo una fiesta para celebrarlo. Me di cuenta de que, definitivamente, me había convertido en una más del pueblo: huraña y casi desagradable, alguien a la que no le hacían demasiada gracia las visitas a su oasis de paz.

—Oh, joder —exclamé, haciendo que Jorge apartara la vista del libro que leía y la centrara en mí, que volvía del piso de arriba de recoger un poco la habitación.

—¿Qué pasa?

—Acabo de darme cuenta de una cosa que me acojona bastante.

—¿Has descubierto algo allí arriba que deba asustarme a mí también? Sé sincera, comparto esa cama contigo y ya sabes que no me da demasiada buena espina esa manta horrible de Dora la Exploradora que tienes.

—¡No es de Dora la Exploradora! —exclamé entre risas, ya acostumbrada a que se metiera con la manta rosa y morada que me hizo Megan en uno de sus cursos de *patchwork*.

—Algo abstracta, pero sí, lo es. No puedes negar que, desde que te lo dije, la miras con otros ojos. Megan debía de estar bajo los efectos de alguna sustancia psicotrópica mientras la hizo porque... a mí no me jodas. Es horrible.

Le lancé el cojín de uno de los sillones y lo cogió al vuelo entre risas. Me senté frente a él, que me miraba con ojos risueños. Qué guapo estaba aquella mañana. Era domingo, fuera el día era desapacible, nublado y amenazaba con lluvia. Jorge llevaba puesto su pijama azul marino de tela y una de las camisetas blancas que había dejado en mi casa para ponerse los días que

pasaba allí conmigo. Le había vuelto a crecer la barba, no tanto como cuando lo conocí, pero sí la llevaba larga, aunque bien cuidada. Y he de admitir que me encantaba. Estaba más guapo con barba, sí. Desde aquella vez que se afeitó, no había vuelto a pedirle que lo hiciera, y tampoco tenía intención de volver a hacerlo. Esa mañana llevaba el pelo suelto porque, si se hacía una coleta, le molestaba para recostarse en el sillón y poder leer cómodamente. Y a mí me daba igual verlo con coleta que con el pelo suelto que con ropa que sin ella; de todas las maneras habidas y por haber, ese hombre me resultaba lo más atractivo del mundo entero.

—¿Piensas decirme qué es eso que te acojona o te vas a pasar toda la mañana mirándome con esa carita de boba?

Sonreí y me encogí de hombros.

—Me gusta observarte, ¿qué le voy a hacer?

—Y a mí que me observes con esa cara, estás muy mona. Pero dime, ¿qué sucede?

Se incorporó hacia delante y apoyó los codos en sus rodillas para prestarme más atención.

—Me he vuelto como la gente de aquí —solté sin más—, soy como vosotros.

—¿De qué manera? Porque te queda mucho para ser una verdadera mujer de montaña. Ni siquiera has tenido los huevos necesarios para llegar al Valle de los Sarrios.

—¡Hacía demasiado viento aquel día! Una corriente inesperada podría haberme tirado de un saliente barranco abajo.

—Sí, claro... —Rio, negando con la cabeza.

—Da igual, ya iré al Valle de los Sarrios otro día.

—Mañana.

—¿Cómo?

—Vamos mañana.

—Esto... ¿tú ves el tiempo que hace? —Señalé por la ventana.

—Y qué importa, no va a llover.

—¿Y eso tú cómo lo sabes?

—Lo sé y ya está. Fíate de la palabra de un pastor. Soy una estación meteorológica con patas.

—Venga, vale, iremos mañana.

Accedí para que dejara de decir tonterías, porque a veces era muy complicado mantener una conversación con él. Ya ni me acordaba de qué

quería decirle. Siempre me salía con cualquier cosa que desviaba el tema. Tenía una habilidad innata para ello. Sonrió complacido antes de estirar una mano y coger la mía.

—¿Por qué dices que te has vuelto como nosotros?

—Cascarrabias, huraña y cerrada.

Estalló en carcajadas echando la cabeza hacia atrás. Por favor, qué sexy, qué guapo y qué de todo.

—Tú no eres así, Alicia, ni de coña. Bueno, y nosotros tampoco. ¿Por qué dices eso?

—Vamos a ver, el primer día que puse un pie en este pueblo me perseguiste tocando el claxon como un perturbado, fuiste desagradable y borde conmigo. Una señora presencié todo desde uno de los bancos de la plaza y pasó del asunto como si nada. Al día siguiente, fui al bar y nadie me atendía, como si fuera un fantasma que nadie pudiera ver. Tuve ganas de llorar a todas horas, hasta que conocí a Alfredo y después a Miriam. La hospitalidad no es algo que os caracterice, tienes que admitirlo.

—¿Tuviste ganas de llorar a todas horas?

—Eeehh... sí, pero ahora eso ya da igual.

—No, claro que no. ¿Tuviste ganas de llorar por algo de lo que yo hice?

Me eché a reír con amargura. Él me miró interesado y me pareció que incluso preocupado.

—Todo lo que tú hacías me provocaba unas intensas ganas de asesinarte lentamente, aunque a veces también me daban ganas de llorar. No entendía por qué te comportabas así conmigo.

—¿De verdad?

Se puso de pie y se acercó hasta el sillón que yo estaba ocupando, me tendió una mano que acepté e hizo que me levantara. Sus brazos me envolvieron en menos de un segundo y me vi sorprendida por una efusividad inesperada. Respondí a su abrazo con torpeza.

—Lo siento, chica pija. Lo último que quise fue hacerte llorar.

—Pero si ya está olvidado. De verdad, no pasa nada.

—Claro que pasa. —Se apartó de mí, tomo asiento en el sillón e hizo que me sentara en su regazo antes de pasar sus brazos por mi cintura—. Mi intención nunca fue hacerte daño pero... no entendía qué me pasaba ni por qué me interesaba tanto esa chica que acababa de llegar al pueblo y parecía tan perdida. A veces tiendo a alejar a la gente que me atrae para evitar lo que viene después.

—Lo sé. No pasa nada, Jorge. —Acaricié su mejilla con cariño—. Está ya olvidado.

—Sabes que mis habilidades comunicativas con la gente dejan mucho que desear.

—Te encargaste de dejármelo claro esos primeros días. No tienes idea de lo mucho que te odiaba.

—A mí no, al Sombrío.

Los dos nos echamos a reír y me acerqué a besarlo en los labios.

—Pero ahora no tratarás de alejarme para evitar eso que dices que viene después, ¿verdad?

—Debería hacerlo. Créeme, forastera. Debería hacer que te marcharas corriendo despavorida para que no lo hagas después, cuando todo sea mil veces peor —suspiró mirándome a los ojos—. Pero ya es tarde para mí. No quiero alejarte.

—Ni yo que lo hagas.

—¿Sabes ya que la gente del pueblo, esa que dices que es huraña y cerrada, no deja de comentar que nunca había visto al chico del Lorenzo con esa sonrisa caminando por la calle? Creen que me has sorbido el seso.

Solté unas risitas antes de dejarme caer sobre su pecho. Sus manos acariciaron mi espalda y ambos suspiramos. Permanecimos así, en silencio, juntos y abrazados, durante unos minutos preciosos. Jorge apartó un brazo para apoyarlo en el sofá y yo miré los tatuajes que lo recorrían. Me centré en los nombres que presidían su antebrazo: Lorenzo y Marisa. Sus padres.

No sabía mucho acerca de ellos. Después de la noche que pasamos viendo estrellas fugaces, no habíamos vuelto a hablar de ellos. Ya me había contado que su padre también fue pastor y que heredó el ganado de él. Supe también que la casa en la que él vivía había sido la vivienda familiar y la reformó cinco años atrás, creo que para borrar parte de los recuerdos. Pero no lo consiguió del todo. Aunque dudo mucho que quisiera que así fuera. Jorge los recordaba todos los días. Lo sabía porque muchas veces lo pillaba con la mirada perdida, envuelto por alguno de los recuerdos que evocaba sin querer y que lo hacían abstraerse de la realidad durante minutos o segundos. Después me miraba y sonreía triste. Pero yo no le preguntaba jamás. Sabía lo que era guardar recuerdos tristes y que no había que obligar a nadie a contarlos; el tiempo hace que todo salga.

—¿Los echas de menos? —pregunté en un arrullo.

Tomó aire y lo dejó salir despacio.

—Todos los días.

—¿Eran buenos padres?

—Los mejores. —Sonrió entonces, haciendo que sus ojos brillaran—. Pero qué voy a decir yo, que era su hijo. Para mí no habrá padres mejores que ellos.

—Es una suerte que puedas decir eso.

—¿Acaso tus padres no eran los mejores para ti?

—Mi padre sí, aunque no puedo decir lo mismo de ella.

—¿De tu madre?

—Sí, una persona fría, falsa y que fue mi madre biológicamente hablando, no porque nos unieran lazos de afecto.

—Eso suena horrible...

—Bueno, no creas, tuve todo el afecto que necesité de mi padre. Él sí me dio todo el cariño que precisé y más. Mi madre fue fría y distante desde que yo era una niña, así que yo pensaba que era normal que una madre se comportara de esa forma. Cuando comencé a ver a mis amigas de la escuela con sus mamás, me di cuenta de que en mi casa había algo extraño. Ella no se comportaba de la misma manera conmigo, no me abrazaba ni me besaba, tampoco me acariciaba con dulzura o me animaba a hacer las cosas que me gustaban. Mi madre nunca quiso que yo estudiara Arte, pero gracias a mi padre pude hacer lo que realmente me gustaba. De haber sido por ella, me hubiera matriculado en Derecho o Dirección de Empresas. Ella siempre quiso que continuara con el negocio familiar.

—¿Y cuál es ese negocio?

Lo miré recelosa. No me gustaba hablar de eso con nadie. Hablar de la empresa que había pertenecido a mi padre, y que por ley fue mía, no era un tema que me agradase tratar con la gente. Pero Jorge no era gente, ¿verdad? Él era más. Igual que él me dijo a mí semanas atrás. Podía confiar en él.

—Mi padre heredó un pequeño negocio de su padre, una empresa que se dedicaba a la telefonía. Cuando mi padre se convirtió en el gerente, comenzó a interesarse por el futuro y acertó al invertir en servicios electrónicos asociados a la telefonía móvil. Fue una de las primeras empresas españolas en trabajar con chips, placas base y cosas de esas. La verdad es que nunca tuve muy claro a qué se dedicaban hasta que me tocó adentrarme en los entresijos de la empresa, cuando él se fue.

—Así que, como heredera, tuviste que ponerte al frente de algo que no tenías ni idea de qué se trataba. Qué divertido, ¿no?

—Fue la monda —ironicé, antes de respirar hondo—. Mi padre falleció hace tres años, un catorce de marzo en el que llovía a mares. Sufrió un infarto fulminante.

—Joder, Alicia, lo siento muchísimo.

Nos quedamos en silencio unos segundos. La mano de Jorge acariciaba despacio mi espalda, ayudándome a sentirme calmada.

—¿Cómo te hiciste cargo de una empresa que no entendías y de un puesto para el que no estabas preparada? —preguntó.

Tragué saliva y lo miré un instante.

—No lo hice yo.

—¿Entonces? —Frunció el ceño, extrañado.

—El puesto de dirección lo asumí el que entonces era mi pareja. Yo simplemente ejercía de segundona y ponía una sonrisa ante los demás, fingiendo ser la perfecta heredera del negocio familiar. Lo que mi madre siempre quiso. Lo que mi ex siempre quiso.

Guardé silencio. No sabía si quería decir más. Aunque, por otro lado, soltarlo, contarlo y desahogarme era algo tan tentador... Pestañeeé antes de echarme el pelo hacia atrás.

—No tienes que contármelo si no estás segura, forastera —susurró, volviendo a acariciar mi espalda—. No necesito saber nada de ti que tú no quieras que sepa. Has empezado hablándome de tu madre y de tu padre, podemos seguir hablando de eso si te sientes más cómoda.

Asentí agradecida. Todavía no era el momento de contar más.

—Mi padre era un gran hombre, ¿sabes? —comencé a hablar con nostalgia—. Me llevaba al parque todos los domingos para que pintara. Él se quedaba sentado en un banco leyendo el periódico mientras yo esbozaba en mi cuaderno cualquier cosa que veía a mi alrededor: niños jugando, árboles, unos columpios, el chiringuito de los helados... Mi madre nunca entendió mi pasión por la pintura, así que cuando comencé a modelar todavía lo entendió menos. Decía que del arte no se podía vivir, que los artistas eran unos *hippies* que malvivían. Yo no podía ser artista, la hija de Emilio Ciruelos no podía dedicarse a esa vida bohemia y con tan poco glamur. Yo debía ser la digna heredera de mi padre y dedicarme a la empresa en cuerpo y alma, nada de hacer realidad mis sueños. Pero mi padre se plantó y conseguí estudiar lo que quería. Él me llamaba «maga del arte»... Lo echo mucho de menos, ¿sabes?

—Lo entiendo. Yo echo de menos a los míos todos los días.

Me volví hacia él con la mirada empañada por los recuerdos. Sus ojos

estaban perdidos en la pared del salón. Acaricié su mejilla y me acerqué a besarlo en los labios. Entonces me miró y trató de sonreír, pero únicamente una mueca de tristeza enmarcó su rostro.

—Tuvieron un accidente —dijo de repente.

No supe qué contestar, así que guardé silencio. Los segundos pasaron haciendo eterna la espera. Creí que no diría más, pero me equivoqué.

—Volvíamos de Jaca, de visitar a un tío abuelo que vivía allí. Casi era Navidad. Ya hacía mucho frío por aquí y habían caído las primeras nieves. La carretera estaba despejada aquel día, puede que esa misma mañana pasara el quitanieves a retirarla. No recuerdo qué sucedió con exactitud, si algún animal cruzó la carretera o si mi padre se despistó, pero perdió el control del coche y atravesamos el carril contrario para terminar cayendo por el terraplén que lleva hasta el río. Yo desperté en el hospital. No recuerdo nada. Solo sé que, cuando abrí los ojos, ya no estaban.

—Lo siento muchísimo —murmuré con voz trémula.

Su respiración acelerada inundó la habitación.

—Solo tenía doce años.

Lo miré horrorizada y lo abracé con fuerza, tratando de contener las lágrimas. Se aferró a mí y enterró el rostro en mi cuello.

El tiempo pasó lento, demasiado, dilatando los segundos por culpa de los recuerdos que nos asolaban a ambos y acabábamos de compartir. Conseguimos que esa carga se disipara un poco, aunque todavía seguía siendo pesada. Yo había perdido a mi padre y mi madre jamás supo comportarse como una verdadera madre, pero él los había perdido a ambos. Con solamente doce años. ¡Era un niño! Entonces empecé a entender muchas cosas, por qué era tan oscuro, tan distante, tan sombrío. Ningún niño debería pasar por algo así.

—No quiero que me compadezcas —soltó, apartándose de mí de repente y sobresaltándose.

—No te compadezco.

—Durante todos estos años, la gente me ha mirado con esos ojos cargados de pena que tanto odio. No quiero que tú me mires igual.

—¿Por qué dices eso?

Se levantó del sillón dejándome ahí sola y observándolo sin comprender nada.

—Porque es la primera vez que le cuento esto a nadie y no quiero que sea como ha sido siempre. Aquí todos lo saben y me han compadecido desde el

primer día. Odio despertar ese sentimiento en la gente. No quiero despertarlo en ti, no lo soportaría.

Lo observé desaparecer escaleras arriba. Parpadeé un par de veces, tratando de entender qué acababa de suceder. Pensé en subir tras él, pero decidí no hacerlo. Conociéndolo, era probable que le sentara fatal y no quería empeorar lo que fuera que había pasado hacía unos segundos y que seguía tratando de comprender. Escuché que iba al cuarto de baño, me puse de pie y fui a la cocina a preparar un par de tazas de té, seguro que nos sentaría bien. Mientras colocaba la bolsita con la infusión en el agua caliente de una de las tazas, escuché que bajaba las escaleras. No me volví hacia él, dejé que se moviera a sus anchas para no agobiarlo.

—Me marchó.

Eso sí que hizo que me volviera, a toda velocidad.

—¿Por qué?

—Me apetece estar solo. Ya te llamo después.

Y se marchó sin decir ni una sola palabra más, dejándome paralizada en la cocina con la otra bolsita de té en la mano y cara de no entender absolutamente nada. Creo que me costó un minuto entero reaccionar. Fui hasta la ventana para ver si se había marchado de verdad. Descubrí que sí, que se había ido, y me sorprendí al encontrarme muy enfadada. ¿Por qué narices se había ido de esa manera? ¿Era por algo que había dicho? Si ni siquiera le había preguntado por sus padres, él solito había comenzado a hablar y me había contado lo que les pasó. Yo no le había obligado a hacerlo, así que ¿por qué esa reacción?

Primero pensé que era un idiota que no sabía aceptar un poco de apoyo y me enfadé todavía más. Me senté en el sillón con el té entre mis manos, frunciendo el ceño y tratando de encontrarle algo de sentido a lo sucedido. Instantes después, me di cuenta de que la idiota en realidad había sido yo.

Acababa de abrirme su corazón. Él, Jorge, el Sombrío. Esa persona que desde el primer momento había sido tan hermética acerca de sus sentimientos que parecía sacada de un infierno de hielo. Ese chico que había pasado por tanto en su vida y que estaba solo desde hacía años, que por primera vez había admitido frente a alguien lo que había vivido para convertirse en lo que era entonces. Ese chico que tenía miedo de ser juzgado bajo el velo de amargura y que su sentencia fuera la de seguir siendo observado con ese pesar que había soportado durante años. Él no había pedido aquello, pero había tenido que hacerle frente solo y aguantando que los demás lo juzgaran

de esa forma. Y no quería que yo hiciera lo mismo. Pero el problema era que no me conocía del todo. Yo jamás haría algo así.

También perdí a un ser querido y tuve que convivir con otro no tan querido que únicamente se preocupaba de que su hija fuera la hija diez frente a los demás. En mi caso, jamás me importó lo que pensara el resto, nunca le di importancia. Puede que fuera así porque siempre tuve a mi padre a mi lado, empujándome, haciéndome ver que podía ser todo lo que quisiera ser, dándome alas cuando parecía perderlas, ayudándome a luchar por todo sin que nada de lo que mi madre dijera me afectara.

Jorge no había tenido eso. Con doce años se quedó solo. Completamente solo en este mundo que a veces es tan cruel con los que más ayuda necesitan.

Joder...

Imaginé a un niño de doce años, con ojos azules, despertando desorientado en el hospital y recibiendo la terrible noticia de que sus padres habían fallecido. Recordé el día que mi padre murió, el dolor y la tristeza que sentí, la sensación de encontrarme perdida en la vida si él ya no estaba junto a mí. E imaginé que Jorge debió de padecer lo mismo aunque por partida doble, y siendo solo un niño. Sin esperarlo, volviendo de un viaje familiar, probablemente sonriendo al pensar en la Navidad que estaba por llegar...

Respiré hondo. Noté mis ojos llenándose de lágrimas y no las contuve. Dejé que salieran sin ponerles barreras porque de repente sentí que me hacía pequeña, que él era tan valiente y había luchado tanto que no tenía ningún derecho a juzgarlo.

Me dieron ganas de salir a buscarlo, ir corriendo hasta su casa para abrazarlo con fuerza en cuanto me abriera la puerta. Pero no lo hice. Sabía que él volvería cuando estuviera preparado.

SER VALIENTE

Jorge

O muy cobarde, que es exactamente como me comporté yo los siguientes días a mi conversación con Alicia.

No pasaron horas ni un día hasta que fui a verla. Me encerré en mí mismo durante tres días. Tres jodidos días. Cogí la *pickup* y a Picasso y me fui del pueblo. Conduje hasta Lizara, subí más arriba atravesando los caminos que mis animales habían recorrido a comienzos del verano y llegué hasta el que me pareció un buen lugar para detenerme. Salí del vehículo y miré a mis pies, al valle, antes de gritar. Y solo así conseguí sentirme mejor.

Pero después no volví a casa. Pasé esos tres días en la borda, subiendo a controlar a las vacas temprano por las mañanas, ya que las noches pasaban sin que pudiera dormir las; y bajando de nuevo para encerrarme en el que fue el hogar de mis abuelos muchos años atrás.

Quería verla, decirle que sentía mi reacción, que sabía perfectamente que ella no me miraría con la pena que el resto me miraba, y que la quería. Sí, así es, la quería, y necesitaba sacar todos esos sentimientos de mi interior. El dolor, la rabia, la tristeza, la pena, la incertidumbre... y ese amor que había empezado a sentir por ella hacía tiempo y que tanto pánico me daba mostrarle. ¿Cómo se le dice a alguien que la quieres cuando tienes miedo de perderla? ¿Cómo le dices que todo lo que alguna vez has querido con todo tu corazón ha desaparecido de tu lado sin que pudieras hacer nada por evitarlo? Porque no solo habían sido mis padres, ella también se marchó y fui incapaz de retenerla a mi lado. Porque en realidad yo era un mierda que hacía que todos los que eran importantes se marcharan para no volver. Todos. ¿Pasaría lo mismo con Alicia?

Mis miedos me atormentaron todas las noches que pasé solo, acompañando a los recuerdos que habían vuelto a salir a la superficie. Y las pesadillas llegaron, haciendo de las horas de sueño momentos en que pensar para evitarlas a toda costa. Cerraba los ojos y el accidente volvía a suceder, una y otra vez, una y otra vez... Recordaba el frenazo, los gritos de mamá y, de repente, oscuridad. Y soledad y miedo e impotencia, rabia y dolor concentrados en lo más hondo de mi ser. También la recordé a ella. Sus recuerdos eran más recientes. Y eso sí que no podía soportarlo.

Lloré bastante aquellos días. Puede que porque llevaba demasiado tiempo sin hacerlo. Había tratado de no pensar mucho en ellos, creyendo que así el dolor se disiparía poco a poco hasta, con algo de suerte, desaparecer por completo. Entonces comprendí que jamás desaparecería, que ese dolor sería mi compañero de por vida. Nunca conseguiría desprenderme de él porque esos recuerdos seguirían anclados a mí. Ellos formaban parte de mi historia, así que la seguirían viviendo conmigo.

Nosotros escribimos nuestra propia historia, y está dentro de cada uno decidir si se quiere que alguien más forme parte de ella. Fue algo en lo que pensé mucho esos días, observando el cielo azul, sentado en una roca mientras mis vacas pastaban, o viendo el sol ponerse tras las montañas sin dejar de acariciar a Picasso. ¿Quería que Alicia formara parte de mi historia? ¿Estaba dispuesto a dejarla entrar en el libro de mi vida?

No fue hasta la última noche cuando tomé la decisión final. No sé qué hora era, pero ni siquiera miré el reloj, me monté en la *pickup* con Picasso y conduje hasta el pueblo. Aparqué al lado de su casa y llamé a la puerta. Tragué saliva antes de meterme las manos en los bolsillos del pantalón. Estaba nervioso. No se escuchaba nada, solo los ladridos de varios perros que resonaban en el valle. Volví a llamar con más fuerza. Oí ruidos y supe que estaba bajando las escaleras.

—¿Quién es? —preguntó con voz firme y clara.

—Soy yo.

Entonces sí que hubo silencio, incluso los perros dejaron de ladrar. Posé una mano sobre la madera de la puerta.

—Alicia, lo siento mucho. Ábreme, por favor.

—¿Tú crees que puedes pasar tres días desaparecido y venir a estas horas a decirme que te abra la jodida puerta?

—Estás en tu derecho de mandarme a la mierda. Lo comprenderé.

—Pues vete a tomar por el culo, Jorge. Y vete a torear a... a...

—¿A mi tía?

—Que te jodan.

Y escuché de nuevo sus pasos subiendo las escaleras. Si pensaba que me iba a dar por vencido, estaba muy equivocada. Volví a llamar a la puerta una vez más.

—¡Alicia! ¡Por favor, ábreme! Tenemos que hablar.

—Puedes ir a hablar también con tu tía —escuché que gritaba.

—No pienso moverme de aquí hasta que abras.

—Estupendo, puedes estar ahí todo el tiempo que quieras, ¡pero en silencio!

Traté de abrir la puerta, pensando que no habría echado la llave, pero no. Había cerrado, como solía hacer todas las noches. Volví a golpearla con algo más de fuerza.

—¡Por favor! Lo siento mucho, necesito decírtelo.

—Que te jodan, Jorge —repitió a gritos desde el interior de la casa.

Menudo mal genio gastaba la forastera. Me hizo sonreír. Esa chica tenía que estar en mi vida, sin ninguna duda.

Empecé a llamar a la puerta cada varios segundos, aporreando la madera con fuerza para que pudiera oírlo desde el piso de arriba. Se iba a cabrear mucho más, pero terminaría abriéndome antes o después, no soportaría el ruido durante demasiado tiempo. Alicia y los ruidos constantes y repetitivos eran incompatibles. Odiaba hasta el tictac de un reloj. Esa era la razón de que no tuviera relojes con agujas, todos los suyos eran digitales. Me di cuenta de que ese detalle la hacía diferente, especial. También me di cuenta de que mi cara de canelo en ese momento era de competición. Pensar en esos pequeños detalles de Alicia me volvía un atontando.

No pasó mucho tiempo hasta que escuché sus pasos furiosos bajando las escaleras. Di un paso atrás y ella abrió la puerta con rabia.

—¿Qué coño pasa contigo? —gritó, realmente cabreada.

Iba en pijama, con ese de cuadros que siempre le decía que odiaba, pero que en realidad me encantaba porque la hacía parecer adorable. Llevaba la melena rubia recogida en un moño despreocupado y unas enormes ojeras rodeaban sus bonitos ojos marrones. Tenía las mejillas coloradas, seguro que a causa del enfado.

—¿Puedo pasar?

Vi que apretaba la mandíbula y tomaba aire muy despacio. Me preparé para la respuesta.

—No, no puedes pasar. Te puedes ir a donde sea que has estado metido estos días. ¿Te parece un buen destino?

—La verdad es que no.

—Pues es lo que hay.

—¿Decirte que lo siento no es suficiente?

—Necesitaría mucho más. Verte de rodillas y suplicando podría ayudar, por ejemplo.

—De acuerdo.

Me puse de rodillas y uní las palmas de mis manos antes de elevar el rostro hacia ella, que me miraba con una mezcla de sorpresa e indiferencia que le salía genial.

—Por favor, forastera, déjame entrar y pedirte disculpas por comportarme como un gilipollas cobarde estos tres días. Lo siento muchísimo, soy un imbécil y te lo recompensaré si me dejas.

Sus ojos no se apartaron de los míos y supe que ella sentía exactamente lo mismo que yo. También me quería en su vida. Se echó a un lado y chasqueó la lengua.

—Pasa, idiota.

Me levanté a toda velocidad y entré antes de que cambiara de opinión. Se sentó en uno de los sillones e hice lo mismo frente a ella. Se cruzó de brazos, mirándome muy seria.

—¿Y bien? —dijo con toda la dureza que me merecía.

—Me dio miedo.

—Ajá...

—Y hui, acojonado. Lo sé, lo siento y espero que me perdones por haber pasado de ti estos días.

—Y ahora se supone que yo tengo que decirte que no pasa nada y que todo va a ir bien, ¿verdad? Pues no lo voy a hacer, Jorge, no me da la gana de decirte que te perdono y que luego finjamos que esto no ha pasado. ¿Sabes por qué? Porque, cuando te fuiste casi corriendo después de hablarme de tus padres, pensé que eras un idiota por marcharte de esa manera, pero luego me di cuenta de que la idiota era yo. Sabiendo cómo eres, esa era la reacción más normal que podías tener en una situación así, abriéndome tu corazón y contándome algo sobre tus demonios al fin. Decidí que te daría tiempo hasta que te sintieras cómodo para volver, no iba a agobiarte. Pero has estado tres días desaparecido. ¡Tres putos días! No he sabido de ti, no contestabas al móvil, no estabas en casa, nadie te había visto... ¿Sabes que he estado preocupadísima? ¡Casi llamo a la Guardia Civil, gilipollas!

Me quedé en silencio, observándola respirar agitada, todavía más colorada que antes y con los puños apretados.

—Lo siento —murmuré.

—Si eso es lo único que vas a decir, te puedes ir por donde has venido.

Se puso de pie con intenciones de abandonar el salón, pero la cogí de la mano. Detuvo sus pasos y se quedó al lado de mi sillón.

—Alicia... perdóname... —Acaricié sus dedos con lentitud—. Soy un

gilipollas y no he pensado en ti como debería haber hecho, solo dejé que mis demonios volvieran y se apoderaran de mí.

—No voy a tolerar que esto pase cada vez que te abras un poco, Jorge.

—Lo sé, pero no tendrás que hacerlo, te lo aseguro.

—No puedes asegurarme algo así. Lo sabes perfectamente. No estás preparado para abrirme tu corazón, no si cada vez que lo haces necesitas desaparecer para hacerte a la idea. Y yo no quiero una relación así.

—Ayúdame —le pedí en un susurro—. Ayúdame a aprender a abrirme. Pero no me digas que no quieres una relación conmigo. No digas eso, por favor...

Apoyé la frente en su mano, que permanecía entre las mías. Nos quedamos en silencio.

—Yo no puedo meterme en algo tan complicado ahora —dijo, apartando la mano y sentándose en la mesita de madera que había entre los dos sillones.

—Lo haremos sencillo. Juntos, tú y yo, haremos que funcione.

—¿Cómo sabes que funcionará?

—No lo sé. Ninguno podemos asegurar que saldrá bien, pero quiero intentarlo. Sabes que eres muy importante para mí, Alicia. Desde que estás aquí, has hecho de mi vida algo mejor. Ahora tiene luz, ¿sabes? El camino hacia delante está más definido ante mis ojos ahora que lo recorreremos juntos.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba y negó con la cabeza.

—¿Cómo es posible que seas tan gilipollas, pero a la vez capaz de decir cosas tan bonitas? —dijo mirándome con los ojos brillantes.

—Viene todo en el *pack* del Sombrío.

Sonrió abiertamente antes de suspirar.

—No vuelvas a hacerme esto —apuntó muy seria—. Jamás vuelvas a desaparecer de esta manera. Habla conmigo, y si necesitas un respiro, tómatelo, pero de una noche, unas horas... nunca de más tiempo.

—Lo prometo.

—No sé por qué voy a hacer esto, de verdad que no, pero... de acuerdo.

—¿Me perdonas?

—No lo digas como si fueras un niño pequeño que acaba de romper la figurita de porcelana favorita de la abuela. Si me miras así, no puedo negarte nada.

Sonreí antes de ponerme de rodillas en el suelo y meterme entre sus piernas. Me abracé a su cintura y hundí la nariz en su cuello para aspirar ese aroma que tanto había echado de menos. Un poco de azahar y un poco de

cítricos, y Alicia... su esencia, su olor, ella. Cerré los ojos con fuerza y con el corazón atropellado. Quise decirle la verdad, confesarle mis sentimientos, contarle todo lo que faltaba por contar, hablarle de ella... pero no lo hice. Simplemente la abracé con toda la fuerza que fui capaz, mientras sus suaves manos recorrían mi espalda y me atraían más y más a su cuerpo.

—No hagas que me arrepienta —murmuró muy cerca de mi oído.

—Ni loco.

—Te he echado de menos, y te he odiado mucho también.

—Yo a ti también, forastera, te he echado muchísimo de menos. Lo de odiar a alguien lo he dejado solo para mí mismo.

—No digas eso...

—Es la verdad. Me he odiado por comportarme de esta manera cuando no tenía razones reales para ello. Solo te había contado lo que sucedió con mis padres, han pasado años, debería ser capaz de hacerlo sin dramatizar tanto.

—Puede que no haberlo contado nunca haya sido el problema.

Suspiré antes de apartarme un poco de ella para mirarla a los ojos. Coloqué una mano en su mejilla y me sonrió con ternura.

—Eres un buen chico, Jorge, no te atormentes más. Deja todo de lado, olvídate de lo que la gente piensa o pensaba, que no te importen las miradas... solo mírame a mí.

—Eso hago. Eres preciosa.

—Y tú un adulator de miedo.

—Pero tuyo, Alicia, solamente tuyo.

Vi su pecho comenzar a moverse más deprisa, tratando de reaccionar a su respiración acelerada de repente. Puede que hubiera hablado más de la cuenta, pero fue lo que quise decir en ese momento. No dejé que le diera más vueltas, me acerqué a su boca y la besé con todas las ganas que tenía de sentirla sobre la mía. Y todo fueron besos, caricias, suspiros... Ella y yo, Alicia y Jorge, forastera y Sombrío, juntos, unidos por unos sentimientos que podían conseguir que recorriéramos nuestros caminos uno al lado del otro, y que las historias que hasta entonces se habían escrito en libros independientes pasaran a ser una sola y compartieran las hojas de la que sería nuestra historia conjunta.

PREGUNTAS, RESPUESTAS Y SORPRESAS

Después de la desaparición de Jorge durante aquellos tres días, de mi posterior episodio de mala hostia concentrada y preocupación extrema, más el numerito que montó en mi puerta para pedirme perdón por haberse comportado como un auténtico imbécil, las cosas se calmaron entre nosotros. Y cuando digo «se calmaron», me refiero a que no volvió a hacer algo similar. Es más, si se atrevía a volver a hacérmelo le cortaría las pelotas y se las daría de comer a las cabras de mi vecino Manuel. Y él lo sabía perfectamente, así que había desarrollado cierto temor a que mis amenazas se hicieran realidad. Porque no lo decía de broma. Si volvía a desaparecer sin más, mi nombre aparecería junto al de Lorena Bobbit en Google cuando buscas «mujer que le cortó el miembro a su pareja». Avisado estaba.

Tampoco volvió a hablarme de sus padres. Es decir, sí los nombraba muy de vez en cuando, si surgía en la conversación, pero como algo anecdótico en plan: «Mi padre también hacía eso», o «Mi madre odiaba las acelgas». No dijo nada más acerca de lo sucedido el día de aquel terrible accidente, y yo guardé silencio al respecto y me tragué todas las preguntas y las ganas de saber cómo se había sentido y cómo había tirado hacia delante siendo tan pequeño en un pueblo como ese. En lugar de preguntárselo a él, acudí a la persona que podría resolver mis dudas y contarme un poco más sobre el asunto.

—Buenas tardes —saludé, entrando en casa de Alfredo, que, como la mía propia, permanecía abierta durante el día.

—Hola, Alicia, ¿qué tal estás?

Vi que estaba sentado en el banco que tenía en el porche de entrada, tallando algo en un trozo de madera. Cuando me acerqué un poco, descubrí que se trataba de una cuchara de madera de boj.

—He vuelto hace un rato de pintar cerca del río, y al pasar por tu puerta me ha apetecido entrar a verte.

Me miró por encima de sus gafas bifocales.

—Nos hemos visto esta mañana en el bar.

—Ya lo sé, pero ¿qué pasa? ¿Acaso no puedo visitar a un amigo cuando quiera?

—Sí, sí, por supuesto. Toma asiento, anda. ¿Quieres tomar algo?

—No, tranquilo, estoy bien.

Me senté a su lado en el banco y observé cómo volvía a la madera, con delicadeza y cuidado, manejando la navaja como un experto que ha hecho eso cientos de veces a lo largo de su vida.

—¿Y bien? ¿Qué quieres saber acerca de Jorge?

Su pregunta me sorprendió. Abrí mucho los ojos y lo miré, tratando de que no se me subieran los colores por la monumental pillada. Fracapé estrepitosamente. Me puse como un tomate.

—¿Cómo has... cómo sabes...?

—No hace falta ser muy listo para imaginar que tus preguntas llegarían antes o después —dijo, dejando el proyecto de cuchara a su lado sobre el banco y quitándose las gafas para dejarlas apoyadas en su cana cabellera—. Vuestra relación avanza e imagino que habrán salido temas de conversación complicados, sobre todo para él.

—Más o menos... No quiero que pienses que soy una cotilla cualquiera que quiere enterarse de lo que sucedió por el morbo. Tan solo me gustaría saber qué pasó. Él es bastante hermético y le cuesta mucho hablar del tema. No quiero hacer que se sienta molesto, pero...

—Necesitas respuestas.

Asentí, algo incómoda. Sentía que me estaba metiendo donde no me llamaban, pero era cierto que necesitaba saberlo. Por él, para comprenderlo, para entenderlo.

—Sé qué sucedió aquel día —me expliqué, gesticulando nerviosa con las manos—, sé que tuvieron un accidente muy grave y que, cuando despertó, sus padres ya habían fallecido. No necesito saber más detalles al respecto. Lo que me pregunto es cómo salió adelante un niño de doce años sin sus padres y en un pueblo tan pequeño. ¿Asuntos Sociales no se metió por medio?

—Bueno, en realidad sí. Siempre que menores de edad pierden a sus padres, Asuntos Sociales toma cartas en el asunto. Recuerdo aquel día como si fuera ayer... Lorenzo era sobrino mío, ¿lo sabías?

—No tenía ni idea. Lo siento.

—Está bien, Alicia, no pasa nada. Aquí todos somos familia por un lado u otro. Llamaron por teléfono para comunicarnos la triste noticia, y mi mujer y yo fuimos a Huesca todo lo rápido que pudimos, al hospital San Jorge, donde estaban ingresados. Fue un duro trago que nos costó digerir. ¿Cómo consuelas a unos niños tan pequeños que han perdido a sus padres? No hay forma de hacerlo. Fue desgarrador. Jorge ni siquiera lloró, enseguida asumió

el mando de la familia, y se hizo cargo de Sofía sin dudar.

—¿Sofía? —pregunté, extrañada.

—Sí, su hermana.

Mi boca se abrió, aunque no emití sonido alguno.

Hermana.

Jorge tenía una hermana.

La ropa que me había dejado, la habitación de su casa que siempre permanecía cerrada, el hermetismo cada vez que abría sus sentimientos más de la cuenta... Ya lo entendía todo.

—No tenía ni idea de que tuviera una hermana —murmuré, sorprendida—. ¿Y dónde está?

—Ese tema... —suspiró, antes de quedarse mirando muy fijamente la pared frente a nosotros—. Será mejor que dejes que te lo cuente él cuando se sienta capaz. Es mucho más complicado.

—De acuerdo.

Joder. Yo había ido buscando respuestas y me iba a volver a casa con una sorpresa y más preguntas. Jorge tenía una hermana: Sofía. Qué nombre tan bonito. La imaginé con sus mismos ojos azules y con una sonrisa tan radiante como la suya, puede que con el pelo más rubio, y alta, muy alta. ¿Dónde estaría? ¿Qué sucedería entre ellos para que no la hubiera nombrado ni una sola vez en todos esos meses?

—Mi mujer y yo nos hicimos cargo de ellos cuando volvieron al pueblo —continuó Alfredo con voz seria y afectada—. Servicios Sociales nos nombró sus tutores. Éramos los únicos parientes vivos que Sofía y Jorge tenían. Bueno, los más jóvenes, por así decirlo. También estaba el tío abuelo de Jaca, pero era demasiado mayor para ocuparse de ellos. Preferimos que se quedaran aquí con nosotros, en su entorno, con sus amigos. Hubiera sido peor para ellos sacarlos de aquí. O eso dijeron los dos señores que llevaron el caso.

Guardó silencio unos segundos, perdido en sus propios pensamientos, imagino que recordando esa temporada y cómo les afectó a todos.

—Jorge se volvió más reservado con el paso del tiempo, no tanto como lo es ahora, pero le costaba mucho relacionarse como el resto de los niños. Se echó a los hombros el cuidado de Sofía y continuó con sus estudios, aprendiendo para convertirse en veterinario y así poder continuar con el negocio familiar mucho mejor de lo que lo hizo su padre. Quería aprender, siempre fue un niño muy curioso. No dejó que esa determinación de querer saber, de ser más, se desvaneciera, pese a todo lo que estaba pasando. ¿Sabes

cuál es el recuerdo que tengo de Jorge aquellos años? Verlo con un libro entre las manos, apartado de lo que atraía al resto de chavales del pueblo y enfrascado en su afán por aprender. Se esforzó muchísimo por conseguirlo y fue una pena que no terminara la carrera. De todas maneras, aquí lo consideramos todo un veterinario, que no tenga el título no nos importa. Y esas vacas tuyas son de lo mejorcito que hay en el Pirineo, ¿lo sabías? Varios restaurantes de esos Michelin solo sirven carne de las vacas de Jorge.

—¡No fastidies!

—Este chico es demasiado secreto con las cosas importantes. ¡Mira que no contarte que tiene la mejor carne para el consumo del Pirineo!

Cabeceó entre risitas, y yo me quedé con la boca abierta de nuevo. ¿Pero cuántas cosas no me contaba este tío?

Alfredo siguió hablándome de Jorge, de su complicada adolescencia, de cómo fue volviéndose más cerrado día a día, más huraño, menos sociable... hasta llegar a ser el que era.

—Bueno, en realidad ahora no es como era hace unos meses —añadió con una sonrisita—. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

No pude evitar sonrojarme. Claro que lo sabía. Jorge había cambiado, ya no era ese ser oscuro y sombrío al que incluso llegaba a dar miedo acercarse; era una persona diferente y creía que parte de eso se debía a mí. Dios, ¿podía sonar más pretenciosa?

—No te pongas colorada, Alicia —exclamó Alfredo al verme—. Sabes perfectamente que desde que estáis juntos ha cambiado, ¡para mejor! Si mi mujer estuviera aquí, te daría un abrazo y te daría las gracias por haber conseguido lo que ella nunca pudo. Charo te habría adorado.

—Me hubiera encantado conocerla. ¿La echas de menos?

—¿Conoces a alguien que no eche de menos a la persona que lo significó todo en su vida?

Sacudí la cabeza mirando al frente, sobrecogida por sus palabras. Alfredo suspiró profundo antes de continuar.

—Aprendes a sobrellevarlo; mal al principio, mejor con el paso del tiempo. Sin embargo, nunca desaparece esa sensación de vacío que ella dejó. Todas las mañanas recuerdo cómo me sonreía al despertar a mi lado. ¿Y sabes qué? Me encanta la sonrisa que me provoca su recuerdo, no la cambiaría por nada.

Las comisuras de mi boca se curvaron hacia arriba y me dejé llevar al apoyar la cabeza en su hombro. Alfredo no se sorprendió, colocó su mano

sobre la mía y le dio palmaditas durante varios segundos antes de que ambos nos quedáramos en silencio recordando a esas personas importantes de nuestras vidas que ya no estaban.

Llegué a casa de Jorge dándole vueltas a todo lo que acababa de descubrir. Tenía una hermana. Y yo tenía mil preguntas al respecto. ¿Dónde estaba? ¿Cómo era? ¿Qué había pasado entre ellos? ¿Por qué nunca la nombraba? ¿No la echaba de menos?

De todas maneras, la pregunta más importante me la debía hacer a mí misma: ¿haría bien interesándome por ella? Si lo hacía, metería a Alfredo en un lío, además de que corría el riesgo de ocasionar otra escapada épica por parte de Jorge. Puede que no regresara en una semana o más. No pensaba arriesgarme. Preguntar por Sofía también supondría confesar que había estado curioseando sobre él a sus espaldas, y no quería que se enfadara conmigo. Además, yo tampoco le había contado todo acerca de mí, así que no podía pedir algo que no estaba dando. Y, sin embargo, me había buscado la vida para enterarme de lo que deseaba saber. *Mal hecho, Alicia.*

Abrí la puerta de su casa y sonreí al escuchar las notas de *Here Comes the Sun*, de The Beatles, inundando la estancia. Las últimas luces del día iluminaban el salón, Picasso estaba tumbado sobre la alfombra, olía a tortilla de patata. No podía imaginar un lugar mejor: buena música, la luz del atardecer de septiembre y el aroma de una cena perfecta.

Mi vista se desvió hacia la puerta a mi izquierda, hacia la habitación que nunca había visto por dentro ya que siempre estaba cerrada, hacia el lugar que escondía tantas y tantas cosas que Jorge no quería contarme.

Su voz hizo que apartara la vista de allí.

—Ey, forastera, ¿dónde te habías metido? He pasado por tu casa, pero no estabas.

Acababa de bajar las escaleras vestido con unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca. Llevaba el pelo recogido y una sonrisa preciosa. Caminé hacia él.

—He ido a dar un paseo. ¿Qué tal ha ido el día?

—Agotador —exclamó, antes de besarme en los labios y dirigirse hacia la cocina—. Antonio es muy capullo a veces y se empeña en hacer cosas que no se pueden hacer. ¡Pues no se ha empeñado en que las vacas deben bajar ya de

donde las tenemos pastando y está tratando de convencer al resto de pastores para que lo hagamos este mismo fin de semana! ¡Todos los años aguantamos hasta octubre! Pero no, él está erre que erre con que lo mejor es que las bajemos ya porque tiene el presentimiento de que se avecinan muchas lluvias. Así que no me van a quedar otras narices que hacerlo el domingo. Alucinante... ¡Pero dime quién se atreve a decirle que no con la mala hostia que gasta!

Lo observé desde mi ubicación, apoyada en el quicio de la puerta. Pensé que dejaría que las cosas avanzaran poco a poco, que me contase lo que quisiera a su ritmo y cuando se sintiera preparado, sin agobios ni obligaciones. Y lo mismo haría yo. Porque tarde o temprano tendría que contarle lo que me había llevado allí de verdad, de lo que huía y a lo que temía. La confianza es importante en una pareja, y ambos parecíamos no tenerla del todo el uno en el otro.

Jorge abrió la nevera para sacar algo de su interior y yo dejé salir el aire de mis pulmones con lentitud. Si tenía que ser sincera con él, puede que lo más importante fuera hablar primero de mis sentimientos, decirle que sentía cosas que... cosas que... ¡coño! Si ni siquiera sabía expresarlas. Eso iba a ser interesante.

VISITAS

La llegada de octubre me pilló desprevenida. No es que hiciera frío en exceso, pero al final del día se notaba la bajada de temperatura, y las casas comenzaron a estar más frías que la propia calle. Tuve que pedir a Ander que me preparara leña para el hogar porque no tenía ni un triste leño para encender fuego en el salón. Era uno de los pocos suministradores de leña de la zona, y aunque al principio fui reticente a contactar con él, me di cuenta de que no podía estar enfadada eternamente. El chico fue muy amable, más de lo que pensé, y no dejó que metiera ni una astilla a la despensa. Me gustó ese detalle y pensé que a Miriam le encantaría saberlo. Lo invité a una taza de té y estuvimos charlando un rato. Me cayó bien y eso me sorprendió. Puede que porque siempre lo había asociado con Abel y eso me causaba una mala impresión sobre él de manera automática, aunque también podía influir que hubiera tomado parte en aquello de la noche en la montaña. Fue un gilipollas accediendo a esa estupidez.

—Oye, Alicia... —empezó cuando se encaminaba hacia la salida de casa al terminarnos el té—. Quería decirte una cosa.

—Tú dirás.

Tomó aire y me miró directamente a los ojos.

—Siento mucho lo de aquel día. Fuimos unos gilipollas haciéndote eso.

—Lo fuisteis, sí.

—Quiero que sepas que lo he pensado muchas veces, pero no me atrevía a venir a hablar contigo. Ahora que estoy aquí, no podía dejar pasar la oportunidad.

—Pues gracias, Ander, te agradezco que tengas las pelotas suficientes para pedir perdón por aquella gran gilipollez.

Sus ojos castaños se mostraron avergonzados de verdad, y yo decidí perdonarlo. No dijimos nada más, lo acompañé hasta la puerta, le pagué la leña y nos despedimos hasta otro día. Me quedé observando cómo se iba. Antes de doblar la esquina, se dio la vuelta y me sonrió, creo que de nuevo en una especie de disculpa. Lo saludé con la mano como respuesta y volví a casa. Justo entonces, el sonido de mi móvil me hizo correr escaleras arriba. Maldita manía de dejarlo cargando en la mesilla de mi habitación.

—¿Quién es? —contesté, casi sin aire tras la carrera.

—¿Cómo que «quién es»? ¿No tienes mi número?

—Claro que lo tengo, Megan. Solo es que vengo corriendo del piso de abajo y ni siquiera he mirado el nombre en la pantalla.

En ese momento me di cuenta de lo que había hecho. ¿Y si llega a ser una llamada de ese número desconocido que recibía de vez en cuando y jamás atendía? Anoté mentalmente no volver a contestar sin mirar la pantalla.

—De acuerdo, ya pensaba que tendría que ir a matarte por borrar me de tu lista de contactos. —Rio mi amiga al otro lado de la línea—. Por cierto, ¿tendrías camas para Estefan y para mí?

—¿Si vinieras a matarme? Creo que no. Te darían bastante por ahí si pretendieras venir a asesinarme y después dormir en mi casa tan campante. Ya de paso podría hacerte un masaje antes de que me clavaras el cuchi...

—Calla un momento, por favor. Cuando te pones así eres insoportable.

—¿Pero tú para qué me has llamado, cacho petarda? —Reí, sentándome sobre la cama.

—Echo de menos a mi mejor amiga. Lleva viviendo en la montaña, como si fuera Heidi, desde hace seis meses. Conoció a una especie de Pedro que no tiene cabras aunque sí vacas, y se pasan el día practicando posturas sexuales en ese columpio infinito mientras cantan *yoooolerelele hi-ho...*

Me aparté el móvil del oído cuando se puso a cantar la canción de Heidi. Aunque más bien la chillaba, como si la estuvieran matando. A ella o a un cerdo, no lo tenía claro.

—¡Megan! ¡Cállate! ¡Megan!

Ni caso. Había sido absorbida por Heidi y los Alpes. ¿O el que estaba allí era Marco? No, eso eran los Apeninos... ¿o no? Por favor, desvariar sobre dibujos animados de hace mil años, lo que me faltaba.

—¡MEGAN! —grité, esa vez sí, consiguiendo que callara.

Se echó a reír al otro lado del teléfono.

—Deberías ir a mirarte esto, ¿sabes? Creo que es motivo más que suficiente para ingresar en un psiquiátrico.

—No me favorecen las camisas de fuerza. Pero vamos, a lo que iba, que me lías con todo el tema de Pedro y Heidi con sus posturas sexuales imposibles bajo la atenta mirada de Niebla.

—¿Yo? —Estallé en carcajadas—. ¡Será posible! Si todo eso ha sido cosa tuya.

—Bueno, ¿tienes cama para Estefan y para mí o no?

—¿Para dormir?

—No, para jugar al mus, no te jode. ¡Pues claro!

—Aquí solo tengo una habitación. Y no tengo sofá, así que...

—Bueno, pues el fin de semana que viene tendrás que buscarte la vida porque vamos a verte.

—¿Qué dices? —chillé, poniéndome en pie.

—Que vamos a verte al fin de semana que viene. Me muero de ganas por conocer al montañero. Y ver todo lo que has pintado hasta ahora, claro, eso también.

—Sí, ya, a mí no me engañas. Vienes para cotillear porque te mueres de ganas por conocer a Jorge. Admítelo, llevas meses mordiéndote las uñas, deseando saber cómo es y cómo nos miramos para poder analizar nuestra relación al dedillo. Te conozco, Meg.

—Voy a admitir que tienes razón, pero solo en parte. Desde que estás allí te has limitado a mandarme fotos de paisajes, de cuadros y nada más. Ni una jodida foto del Sombrío. ¡Ni una! ¿Y eso te parece justo para con tu mejor amiga? Porque yo creo que es lo más ruin del mundo, Alicia, ni una puñetera foto del tío que te pone mirando a Cuenca y...

—Vale, por favor —la corté sonriendo—. No vuelvas con lo mismo o te veo cantándome de nuevo la cancioncita de Heidi.

Se echó a reír al otro lado, antes de volver a hablar con voz muy seria. Se le daba de miedo eso de fingir ofenderse. Qué tía, esta Megan. Cuánto la echaba de menos.

—Tienes abandonado al mundo y necesito saber acerca de tu relación, de esa relación con ese hombre que primero era el hijo de Satán y ahora resulta ser el mismísimo Perseo.

—¡Eso es, coño! ¡Perseo! ¿Te puedes creer que el otro día no me salía su nombre?

—Pues sales con él, tía, me parece una falta de respeto hacia su persona.

Nos enfrascamos en una conversación sin sentido, la verdad. Que si uno de los hermanos de Perseo fue Apolo y que ella había visto su estatua en un museo y la tenía demasiado pequeña, que jamás saldría con él, que puede que Perseo, al ser medio dios y medio humano, la tuviera más grande. Que si el otro día había visto la película *Furia de titanes*, de Sam Worthington, y que la furia de verdad se desataría si la dejaran a solas con el actor en una habitación porque le haría la caidita de Roma... Vamos, un sinsentido medio erótico y medio cómico como la mayoría de las conversaciones que solía tener con Megan. Todo era puro postureo, porque ella estaba completamente

enamorada de Estefan, pero le encantaba decir tonterías de ese estilo. Debía advertir a Jorge sobre ella y sus posibles... ¿piropos? Dioses santísimos, probablemente le soltaría una barbaridad en cuanto lo conociera.

—¿Puedes estar quieta un momento?

Negué hacia Jorge antes de volver a mirar por la ventana.

—Creo que lo mejor será bajar a la entrada del pueblo, por si se pierden al entrar.

—Alicia, tu casa está en la entrada del pueblo, no tiene pérdida. Relájate, por favor.

Tomé aire y traté de hacerle caso. Me senté en el sillón, crucé las piernas y lo observé mientras leía su libro. Parecía tan tranquilo.

—Recuerdas lo que te dije acerca de Megan, ¿verdad?

—Sí, lo recuerdo —contestó, hastiado, sin apartar la vista de la lectura.

—¿Y de verdad tendrás paciencia si te suelta alguna salvajada en cuanto te vea?

—Sí, la tendré.

—¿Y...?

—¡Alicia, vale ya! —Dejó el libro sobre la mesa y se puso de pie—. Venga, vamos a la entrada del pueblo, que me estás poniendo de los nervios.

Lo seguí a toda velocidad hasta la puerta de mi casa, ambos salimos al exterior y comenzamos a caminar calle abajo para encontrarnos (o eso esperaba) con mis amigos cuanto antes. Si no se habían perdido.

—¿Y si se han perdido? —le pregunté mientras andábamos.

Él resopló antes de mirar al cielo, puede que invocando una fuerza superior que le diera paciencia. Colocó una mano sobre mi hombro derecho y me atrajo hacia su cuerpo. Lo observé un instante, su barba cuidada, su pelo casi rubio recogido en esa coletilla que me encantaba, sus ojos azules claros como el agua translúcida, ya que el sol incidía sobre ellos, sus labios de caramelo... Y ese día se había vestido de persona normal, es decir, con vaqueros, un jersey y una cazadora de piel. El primer día que lo vi aparecer con esa cazadora casi me dio un ictus. Bendita y alabada, cómo le quedaba la jodida cazadora de piel. De nuevo desbancando al mismísimo David Beckham.

—Respira conmigo, forastera —me pidió, mientras seguíamos caminando

cuesta abajo hacia la entrada del pueblo. Imité sus respiraciones lentas y profundas durante unos segundos—. ¿Lo sientes?

Lo miré frunciendo el ceño.

—No, ¿el qué?

—El jodido silencio, Alicia, algo de lo que me gusta disfrutar de vez en cuando, pero que hoy parece imposible contigo. ¿Vas a estar así todo el fin de semana? Porque soy capaz de coger la *pickup* y largarme a...

—Ten los huevos de desaparecer este fin de semana, Jorge. Atrévete a irte y atente a las consecuencias.

Paró en seco y se me quedó mirando con los ojos muy abiertos. Una sonrisa fue apareciendo poco a poco en su boca.

—¿Sabes que lo dices de una manera que es imposible no creerte? Parece que fueras a ser capaz de cualquier cosa.

—Es que lo sería.

Levantó las cejas y sonrió abiertamente. Pasó las manos por mi cintura y me pegó a su cuerpo, yo me agarré a sus hombros.

—Sé que debería sentir cierto miedo por esa mala leche que sacas a relucir de vez en cuando, pero me pasa todo lo contrario. Ahora mismo me has puesto cachondo, chica pija, y me encantaría meterme contigo en el porche de casa de Manuel y...

—Hola, perdonad.

Los dos nos volvimos hacia esa voz que acababa de hablarnos. Había un coche a nuestro lado que no habíamos oído llegar, ni detenerse, y por las justas escuchamos a su conductor hablar. En mis oídos se había instalado un tenue pitido y mi corazón latía tan rápido que sus palpitaciones acompañaban a ese sonido que inundaba mi cabeza. Tenía la boca seca, aunque otra parte de mí estaba completamente húmeda. ¿Cómo era posible? El efecto sombrío, no había más.

Unas carcajadas que reconocí al instante me hicieron reaccionar. Parpadeé un par de veces y entonces fui capaz de ver con claridad al conductor del vehículo. Grité y di dos pasos hasta él para abrir la puerta y meterme dentro. Así, tal cual. Estefan se echó a reír a la vez que se quejaba de lo mucho que había engordado, pero los chillidos de Megan en mi oreja no me dejaban escucharlo bien.

Montamos bastante jaleo, la verdad. Jorge nos observaba desde su sitio, apartado del coche, como si temiera que le pegáramos algo. No me sorprendió, y tampoco se lo tuve en cuenta; semejante griterío y locura no era

fácil de sobrellevar, así que lo entendía. Sobre todo tratándose de él y su anti-sociabilidad.

—Vamos a montarnos con ellos y así los llevamos hasta donde puedan aparcar —le dije a Jorge, abriendo la puerta de atrás.

Me miró fijamente, muy serio, imagino que planteándose qué hacer. Podía ir andando y tranquilo hasta casa para evitar estar en un sitio tan reducido con dos extraños ruidosos, o podía montarse con nosotros y hacerme feliz por esa pequeñez. Tomó aire y me siguió hasta el interior del BMW X3 de Estefan. Por lo menos no era un Panda y no estábamos apretados y faltos de oxígeno. Le sonreí agradecida por que hubiera tomado esa decisión.

—Chicos, este es Jorge —dije cuando Estefan arrancó.

—Lo suponía —murmuró Megan, volviéndose hacia nosotros y observándolo a fondo—. Encantada de conocerte.

—Igualmente —respondió él en voz baja.

—¿Perseo?

Le di un puñetazo a Estefan a la velocidad de la luz. Rio entre dientes y Megan lo acompañó.

—Ni caso, Jorge —dijo ella, colocando una mano sobre su rodilla que lo puso tenso—. Pues sí es cierto que tienes unos ojos oscuros y penetrantes. Qué pasada.

—Esto... ¿gracias? —contestó, incómodo.

—No les hagas caso a ninguno de los dos —murmuré en su oído, a la vez que apartaba la mano de mi amiga de su rodilla, que seguía allí aunque hubieran pasado los segundos que podrían considerarse correctos—. Y tú, no lo sobes, que tu novio está delante.

—No he visto nada.

Miré a Estefan a través del espejo retrovisor y le lancé una mirada de advertencia. Parecía que tanto Megan como él habían venido con ganas de cachondeíto.

Al llegar a la plaza donde yo solía aparcar, me apoyé sobre los asientos delanteros y señalé al frente.

—Aparca ahí, dejaremos el coche aquí y llevaremos las maletas hasta mi casa.

—Este sitio es precioso, Ali, escogiste bien el destino cuando decidiste escapar de la gran ciudad —comentó mi amiga saliendo del coche una vez estuvo aparcado—. Creo que podría acostumbrarme a un lugar así... durante dos días. Más sería imposible. No puedo vivir sin Starbucks ni mis sesiones

de manicura con Chanel.

—Menos mal —soltó Jorge.

Me volví a mirarlo con los ojos muy abiertos, a modo de aviso, porque no quería que se pasara el fin de semana haciendo comentarios similares. Pero mis amigos lo habían oído, claro. Estefan soltó una carcajada y le palmeó la espalda.

—Tienes toda la razón, aguantar a Megan es una tarea casi imposible. Creo que yo puedo hacerlo porque la veo poco a lo largo del día. Después de este viaje tan largo, necesito desconectar de ella con urgencia.

—¿Te apetece una cerveza? —le dijo Jorge con un tono de voz que me sorprendió muchísimo. Era amistoso.

—Me encantaría —exclamó Estefan sonriente.

Y se fueron. Sí, tal como te lo cuento, se fueron calle arriba y nos dejaron a las dos con el maletero del coche abierto. Parpadeé muy deprisa.

—¿Perdona? ¿Qué acaba de pasar?

—Déjalos, que se vayan y nos dejen solas un ratito —dijo mi amiga, sacando la única maleta que traían, me la dio a mí y ella cogió un par de bolsas de tela que parecían pesar bastante—. Quiero que me hables de ese pedazo de espécimen masculino. Da la impresión de que no la tiene del tamaño de un dios. ¡Menos mal, Ali!

Me eché a reír a la vez que cerraba el maletero. Las dos comenzamos a andar hacia mi casa. Megan y Estefan se iban a alojar allí y yo me mudaría a casa de Jorge, solo por esos dos días. No tuve que llevarme demasiadas cosas ya que tenía todo lo que podía necesitar allí, lo había ido dejando poco a poco: el cepillo de dientes, un pijama, desmaquillador, crema hidratante, unas zapatillas de estar por casa, unas bragas... Vamos, lo indispensable. Así que solo había tenido que llevar algo de ropa.

Megan me interrogó a conciencia acerca de Jorge. Sabía todo lo que había pasado entre nosotros, así que no fue necesario que le repitiera ninguna situación o anécdota, lo que quería saber es qué me había hecho para estar tan radiante.

—¿Radiante? —repetí con el ceño fruncido.

—Sí, Ali, brillas. Tus ojos, tu piel, tu pelo... todo. Estás preciosa y creo que él tiene mucho que ver en eso. Nunca te había visto así, la verdad.

—Bueno... no sé, imagino que él tendrá algo que ver. Aunque también es este lugar, que me ha conquistado. Me siento en casa, por primera vez en mucho tiempo me siento en mi casa de verdad. Estoy cómoda con la gente,

en sintonía con lo que me rodea. Pinto todos los días y ahora estoy comenzando a plantearme volver a modelar. Voy a vaciar un cuarto que tengo en el piso de arriba para acondicionarlo como estudio. Es pequeño, pero más que suficiente para lo que llevo en mente.

Megan me observó desde su sillón mientras yo metía la comida que había traído en la nevera. Llevaba una copa de vino en la mano y la movía en círculos sin apartar sus ojos oscuros de mí. Megan siempre había tenido una belleza especial, como solía decir mi padre. No era atractiva a primera vista, tenía los ojos más separados de lo normal y los labios demasiado gruesos; pero cuanto más tiempo la mirabas, más guapa la veías. Puede que fuera su melena negra y lisa, o esa seguridad que transmitía, o que cuando sonreía se le formaban unas arruguitas adorables en las comisuras de la boca.

—Veo que te has mimetizado con el entorno.

La miré frunciendo el ceño sin saber a qué se refería. Ella me señaló desde su asiento en el sillón.

—Esa camisa de... no sé, ¿leñadora cuqui?

Me eché a reír y dejé la última fiambarrera dentro de la nevera.

—Es ropa cómoda, la verdad. Al principio no me gustaba demasiado, pero he de admitir que hay camisas de cuadros preciosas. Están muy de moda, ¿sabes? Y aquí no tiene sentido ir vestida con ropa de marca; o me mancho pintando o mientras voy caminando por ahí. Y hace frío, por si no te has dado cuenta. Ninguna de mis blusas abriga demasiado, así que están guardadas en el armario. Esta ropa es más práctica. Ya sé que nunca habrías imaginado verme con botas de montaña, vaqueros y camisas de franela; te soy sincera, yo tampoco. Y espera a verme con mi pantalón térmico y mi abrigo polar de The North Face, que...

—¿Te has enamorado de Jorge? —soltó de repente.

Me puse colorada al momento.

—¿Yo?

—Vamos, no intentes engañarme. Estás coladísima por él.

Pestañeeé muy deprisa y rellené mi copa de vino, casi hasta arriba. Le di un buen trago y la miré desde mi posición tras la barra de la cocina.

—Si te dijera que sí... ¿pensarías que estoy jodidamente pirada?

—Sí, lo pensaría, pero ¡qué coño! El amor es así, Ali, inoportuno, loco, inesperado...

—No pierdas la cordura y respira, Meg. Y vuelve a sentarte y a dejar de bailotear, que la pirada pareces tú ahora mismo.

Rio bajito y volvió a sentarse en el sillón.

—No tienes que avergonzarte por estar enamorada, ¿sabes? —dijo, mirándome con ternura.

—No estoy avergonzada, no es eso.

Respiré hondo, cogí mi copa y fui hasta el otro sillón, frente a ella. La miré, tragué saliva y le di otro trago al vino. Hablar de eso me costaba mucho.

—Me parece una locura haberme enamorado en tan poco tiempo, después de lo que pasó con Jesús Ángel. Que sea capaz de sentir esto me tiene descolocada.

—¿Porque sientes mil veces más con Jorge de lo que llegaste a sentir con él?

Joder. Qué bien me conocía mi amiga.

—Efectivamente. Lo que me pasa con Jorge no me había sucedido jamás. Cómo me hace sentir, la seguridad que siento a su lado, la tranquilidad que me transmite... y cómo me hace reír, Meg. Nadie había conseguido que riera de esa forma.

—Pues entonces no entiendo qué tiene de malo. Te hace feliz.

—Sí, mucho.

—¿Y él lo sabe? —inquirió, acercándose a mí.

—No soy capaz de decírselo, me muero de vergüenza.

—¡Por favor, Alicia! Habrás hecho cosas con él que sí deberían darte vergüenza, no confesarle lo que sientes. Cuando te empotra contra los azulejos de la ducha seguro que no...

—¡Cállate!

Se echó a reír y estiró una mano para coger la mía.

—Te echaba de menos —confesé, mirándola con emoción—. Me encanta que hayáis decidido venir a verme.

—Sabía que lo de venir tú a Madrid no te apetecería demasiado, así que... ya sabes lo que dicen: si Mahoma no va a la montaña, Megan y Estefan lo hacen por él.

Me guiñó un ojo y le sonreí de vuelta.

—¿Quieres un poco más de vino?

Aquella noche cenamos los cuatro juntos en casa de Jorge. Megan casi muere de gusto al verla. Le dije que ya se lo había advertido, pero sé que no se la esperaba tan perfecta ni tan bonita, como una casa de revista. No preguntaron nada acerca de la habitación cerrada, sabían de qué iba el asunto

y no dijeron ni mu, igual que llevaba haciendo yo desde hacía unas semanas. El chef nos sorprendió con un asado de cordero a baja temperatura con patatas panadera. Confesó que lo había dejado en el horno antes de venir a mi casa aquella tarde y que temía que hubiera quedado demasiado seco. Estefan le dijo que estaba exquisito y que era el mejor asado que había comido en su vida. Cuando Jorge sirvió el postre, Megan se tragó las ganas de tener otro orgasmo como el que casi le causó ver su casa. *Coulant* de chocolate con sopa de chocolate blanco, nada más y nada menos.

—Alicia me dijo que te gustaba el chocolate —le dijo Jorge a mi amiga cuando esta se quedó sin habla al probarlo—. Me pareció una buena elección para el postre.

Megan lo observó varios segundos antes de exclamar:

—Santo cielo bendito, ¿hacemos cambio de pareja?

El resto de la noche pasó entre risas, copas de vino y conversaciones animadas. Vi a Jorge tranquilo, a gusto incluso. Creo que había hecho buenas migas con Estefan durante el rato que pasaron solos en el bar aquella tarde. Y sabía que podía pasar de Megan en cualquier momento y no habría ningún problema, ninguno nos sentiríamos ofendidos, ella menos que nadie. Pero tampoco lo hizo ni dio signos de sentirse agobiado por sus comentarios. Fue atento con ella y sonrió ante las barbaridades que soltó conforme el vino empezó a caldearle el seso. A eso de la una de la madrugada, se ofreció a acompañarlos a mi casa mientras yo recogía los restos de la cena. Los vi marcharse entre risas, porque Estefan se había puesto la cazadora del revés, y la felicidad que me embargó en ese momento me pilló por sorpresa.

Verlo con mis amigos, con mis dos únicos amigos de Madrid, me hizo muy feliz. Saber que se habían caído bien consiguió que se me llenaran los ojos de lágrimas. Puede que fuera por el vino, o simplemente por él, que cada día me sorprendía con algo nuevo.

Llevé los platos a la cocina y me puse a fregarlos. Cuando Jorge volvió, me encontró guardando los restos del asado en una fiambarrera. Me miró con el brillo que el vino había proporcionado a sus ojos azules y con las mejillas ligeramente sonrosadas. Estaba guapísimo.

—Me han caído bien.

—No sabes lo que me alegra que digas eso. Pensaba que saltarían chispas en algún momento. Tenía un poco de miedo, sobre todo por Megan. Es demasiado explosiva a veces.

—Son tus amigos, Alicia. Si a ti te caen bien, ¿cómo no me van a caer

bien a mí?

—Eso no siempre es así —dije pensando en mi ex, que odiaba a Megan con toda su alma (si es que tenía de eso el muy cabrón).

—Megan es especial, en eso estoy de acuerdo, pero es muy divertida. Me ha gustado esa manera de ser que tiene, que suelte todo lo que se le viene a la cabeza sin importar que sea lo menos correcto del mundo. Esta noche ha tenido verdaderos puntazos.

Se echó a reír de repente. Dejé la fiambarrera en la nevera y lo miré sin poder evitar una sonrisa.

—Estás acordándote de todos sus comentarios obscenos mientras se comía el *coulant*.

—Joder, ¿cómo no me voy a reír? —exclamó entre carcajadas—. Ha dicho auténticas barbaridades. Qué puta loca. Me ha caído genial. Y Estefan, con esa serenidad, pero a la vez el punto justo de locura para soportarla. Son una pareja estupenda, forastera.

Me quedé mirándolo mientras se secaba una lágrima provocada por la risa. Se acercó a una de las sillas de madera y la apartó para sentarse. Yo me apoyé en la encimera y crucé los brazos. Él seguía sonriente, lo más seguro es que continuara recordando las tonterías de Megan, pero lo vi tan guapo, tan tierno, tan de todo que...

—Creo que me he enamorado de ti.

Me salió solo. No di permiso a mis cuerdas vocales para dar forma a esas palabras que me quemaban por dentro desde hacía tanto tiempo. Lo juro. Verlo ahí sentado, relajado y sonriente tras lo que me había dicho sobre mis amigos fue lo que las dejó salir sin mi consentimiento.

Levantó la vista hacia mí y se me quedó mirando con sorpresa. Parpadeó un par de veces antes de ponerse de pie, tragar saliva y acercarse a mí. Su mano derecha acarició mi mejilla.

—No te has puesto colorada al decirlo.

—Ah, ¿no?

Negó con la cabeza conforme se acercaba más a mí. Su nariz rozó la mía y cerró los ojos antes de suspirar y unir nuestras frentes. Entonces me arrepentí de lo que había dicho. Había metido la pata hasta el fondo. Mi corazón estaba a punto de salirse de su lugar en mi pecho para echar a correr calle abajo. ¿Por qué narices él no decía nada y los segundos pasaban tan lentos que parecían horas? Abrí los ojos y traté de descifrar su expresión, pero estaba demasiado cerca y su rostro estaba borroso. ¿Sus sentimientos también lo

estarían?

—¿Jorge? —pregunté finalmente.

—¿Mmmm?

No se movió ni un ápice, siguió pegado a mí, con su mano en mi mejilla y la frente unida a la mía.

—¿Vas a decir algo o quieres que muera de nervios?

Escuché su risa sofocada. Se apartó unos centímetros, los justos para que su rostro se volviera nítido. El azul de sus ojos asemejaba al del océano, profundo pero ligero, oscuro pero radiante, diciéndolo todo sin palabras. Me quedé sin respiración. Nunca nadie me había mirado igual.

—Forastera...

Moví mi cabeza arriba y abajo, presa por completo de esa mirada que me estaba dedicando. Su dedo pulgar acarició mi labio inferior, consiguiendo que los latidos de mi corazón se dispararan.

—Yo no puedo decir lo mismo.

Desperté del letargo causado por el azul de sus ojos y abrí la boca dispuesta a contestarle con algo, no sé el qué exactamente. Pero no pude, sus labios me lo impidieron. Me besó con tal deferencia que me temblaron las rodillas. Y en mi cabeza no entendía nada de nada, pero ese beso... oh, qué beso. Cuando se apartó de mí, me miró de nuevo a los ojos y sentí que me derretía ante su intensidad.

—Yo no creo haberme enamorado de ti, estoy seguro de ello. Llevo mucho tiempo sintiéndolo, Alicia —confesó, antes de dejarme obnubilada con una de sus sonrisas genuinas.

—Pensaba que ibas a decirme que tú no sentías lo mismo —admití, respirando por fin y agarrando la muñeca de la mano que mantenía en mi mejilla.

—Quería habértelo dicho hace mucho, pero no me atrevía. ¿Y si tú no lo sentías también?

—Menuda tontería. Llevas viendo mi cara de boba desde hace tiempo. Era obvio.

—No para mí.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, sonriendo, acariciándonos el rostro de vez en cuando... Me hubiera pasado la noche así.

—Pequeña, es hora de que nos vayamos a la cama si mañana quieres ser capaz de aguantar a la pirada de tu amiga.

—Vale, vamos.

Cogí su mano y subimos juntos las escaleras que llevaban hasta el piso de arriba, hasta esa habitación de madera abuhardillada que aquella noche fue testigo de nuestros besos, nuestras miradas y nuestras caricias. Y también escuchó algo cuando dejamos de lado la pasión y nuestros cuerpos se vieron vencidos por el sueño.

—¿Forastera?

—Dime, Jorge.

—Te quiero.

Sonreí, mi corazón latió emocionado, me di la vuelta hacia él, lo abracé por la cintura y me acerqué a besarle en el cuello, justo bajo la barba.

—Y yo a ti, chico sombrío.

Oí el sonido de su risa y noté que me besaba en la frente con ternura. Segundos después se quedó dormido, escuché la cadencia de su respiración y reconocí el sueño en ella. Yo tardé un poco más en seguirlo, me entretuve rememorando sus palabras durante lo que pudieron ser horas. Y soy capaz de apostar lo que sea a que, una vez me hube dormido, la sonrisa no desapareció de mi rostro en ningún momento.

LOS AMIGOS DE ALICIA

Jorge

El fin de semana que Megan y Estefan pasaron con nosotros fue estupendo. Y sí, esto lo estoy diciendo yo, la persona más antisocial sobre la faz de la Tierra. Pero es que me habían caído bien, bien de verdad.

Aquel sábado por la mañana, tuve que marcharme a dar una vuelta por la borda. Un par de vacas estaban enfermas y me acerqué a ver cómo evolucionaban. El día anterior había tenido que llamar al veterinario de Jaca para que subiera a verlas; como yo no tenía el título oficial, no podía suministrarles ningún medicamento sin la aprobación de un veterinario. Por suerte, conocía a Víctor, un chaval que había salido hacía poco de la facultad y que estaba planteándose abrir una clínica en la ciudad. Cada vez que podía me echaba una mano, así aprendía en situaciones de campo, como él solía decir. Me caía bien Víctor, siempre diciéndome que me animara a terminar con las dos asignaturas que tenía pendientes de la carrera para conseguir el título oficial.

—Podrías ser mi socio en la clínica —decía con esa sonrisa esperanzada cada vez que nos veíamos.

—Podría, sí...

Y ahí terminaba nuestra conversación. Porque volver a estudiar era algo que no entraba en mis planes. Principalmente porque no tenía tiempo. Ni ganas, a quién pretendo engañar. No necesitaba ayuda de un veterinario con papeles más que en contadas ocasiones, no me causaba ningún problema tener que llamarlo. Además, así podía conversar un rato con Víctor, que casi siempre era agradable.

Casi siempre.

Aquel día llegó de un humor de perros y me lo contagió. Llovía. A mares. Subir hasta la finca le había costado más de lo que pensaba y había llegado jurando y maldiciendo las carreteras de montaña. Miró a Josefa y Lupita, me dijo lo que debía suministrarles y se marchó diciéndome que me pensara lo de sacarme las jodidas asignaturas, porque el día menos pensado me mandaría a la mierda cuando le pidiera que subiera. Mi respuesta fue clara y concisa:

—Que te jodan, Víctor.

Lo dicho, me había contagiado el mal humor. Así que de esa manera bajé en la *pickup* tras haberles dado a las vacas la medicina que necesitaban, y pensando que esa misma noche debía volver a subir a echarles un ojo de nuevo. Con esa puta lluvia. Picasso ladró a mi lado y le lancé una mirada enfadada que le hizo agachar las orejas. Pobrecillo. Corrí a acariciarle la cabeza; con él no podía enfadarme, era mi más fiel compañero.

Dejé que las canciones de mi reproductor me relajaran un poco y cuando sonó *Mira cómo vuelo*, de Miss Caffèina, empecé a cantarla con ganas. No sé qué tenía esa canción, pero se había convertido en una de mis favoritas. Puede que fuera la letra, eso de que sin gravedad ya no hay anzuelo, que me hacía pensar. Porque había dejado atrás el anzuelo que me ataba a mi antigua vida y había empezado a flotar con Alicia. Bueno, en realidad había empezado a flotar por ella, por todo lo que me daba y me hacía sentir.

Sonreí al recordar nuestra declaración la noche anterior. Cuánto me había costado levantarme aquella mañana y dejarla sola en la cama. Con lo bonita que estaba.

Alicia. Sus ojos marrones. Su suave pelo rubio. Sus labios rojos. Su piel y su aroma. Ella. La que me había hecho dejar todo atrás para pensar por primera vez en un mañana. Y en ese mañana solo había sitio para ella.

Y me daba tanto miedo... A perderla. A que se marchara. A que todo se repitiera de nuevo y se fuera de mi lado sin que pudiera hacer nada por impedirlo. Como mis padres. Como mi hermana. Las únicas personas a las que de verdad había querido en mi vida.

Llegué a Aragüés sin pensar más en el gilipollas de Víctor y en su manera de tocarme las pelotas; únicamente pensando en qué haría si mis miedos se hacían realidad. Y en esos momentos, solo necesitaba verla a ella. Aparqué en la plaza, Picasso bajó del coche de un salto y correteó a mi lado bajo la lluvia, ambos en dirección a casa de Alicia. Me estarían esperando allí para ir a visitar Hecho. No llamé a la puerta, sabía que estaría abierta. Accedí al interior de la casa y la vi. De pie en la cocina, al lado de Megan, sonriendo mientras preparaban un poco de café. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, un jersey de color marrón y vaqueros oscuros. Estaba preciosa. Cuando sus ojos castaños se centraron en mí, sentí que todo desaparecía de mi mente. No había miedos, no había temores, siempre que ella me mirara de esa manera nada malo podría suceder.

Corrí a abrazarla, casi empujando a Megan a un lado. Creo que me mandó a la mierda, pero lo cierto es que no le hice mucho caso. Agarré a Alicia por

la cintura, la levanté en el aire y la apreté contra mi pecho. Ella me abrazó con fuerza, no sé si en algún momento pensó en el porqué de mi arranque, simplemente me estrechó entre sus brazos y el aroma de su piel consiguió apaciguarme del todo. Esa mezcla de azahar y cítricos, ese olor a Alicia, a la chica que me había robado el corazón casi sin darme cuenta.

—Forastera... —murmuré contra la piel de su cuello.

—¿Estás bien?

—Ahora sí, ahora lo estoy.

—¿Esta es vuestra habitual manera de saludaros? Porque dejadme que os diga que sois un pelín exagerados.

Ambos nos echamos a reír al escuchar a Megan. Dejé a Alicia en el suelo y observé a su amiga.

—Si tienes envidia, puedo hacerlo contigo también.

Me miró sorprendida un instante y juro por Dios que se le subieron los colores. Alicia se echó a reír a carcajadas.

—Joder, Meg, ¡acabas de ponerte colorada!

—Dime que tú no te pondrías colorada si el Sombrío te dijera algo así.

Sacudí la cabeza, divertido, di dos pasos hacia Megan y la cogí por la cintura para levantarla del suelo y hacerla girar. Empezó a reír y a gritar. Estefan apareció en las escaleras y nos miró detenidamente uno a uno.

—¿Se puede saber qué os pasa para montar semejante escándalo?

Dejé a Megan en el suelo, que se abanicó la cara con la mano antes de mirar a su novio.

—Alicia y Jorge se saludan así todos los días. Estaba probando qué se siente. ¿Quieres que tú y yo hagamos lo mismo a partir de ahora, cariño?

Estefan la miró muy serio un instante, luego a mí, después a Alicia, sacudió la cabeza antes de poner los ojos en blanco y desaparecer escaleras arriba. Todos nos echamos a reír.

—Voy a subir para arrastrarlo al exterior —dijo ella mientras se colocaba bien el jersey—. Y no vuelvas a hacerme eso, Jorge, puedes causar una crisis de pareja. Hueles demasiado a... no sé. ¿A qué huele, Ali?

—A Pirineos.

Me volví hacia Alicia con una sonrisa. Ella dirigió su mirada hacia mí y sonrió. Y casi babeo en ese mismo instante. Qué preciosidad de sonrisa. Cómo iluminaba todo su rostro. Cómo iluminaba toda la habitación. Y mi vida.

—¿Cómo va a oler nadie a Pirineos? Estáis muy locos, los dos.

Megan fue tras Estefan al piso de arriba, gritándole que se vistiera de una vez porque teníamos que marcharnos.

—¿Huelo a Pirineos?

Alicia asintió antes de pasar sus brazos por mis hombros y besarme con dulzura en los labios.

—Hueles de maravilla.

—Ay, chica pija, tú sí que hueles de maravilla.

La besé yo en esa ocasión, y la hubiera desnudado para después hacerle el amor muy despacio frente al fuego, de no ser porque unos gritos en el piso de arriba me recordaron que no estábamos solos. La miré con intensidad y acaricié la piel de su mejilla, que se cubrió de su habitual tono sonrosado conforme mis dedos fueron descendiendo por ella.

—¿Sabes qué?

Negó sin apartar sus ojazos marrones de los míos.

—Que te quiero.

—Y yo a ti —susurró, acariciándome la nuca. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Y que estoy deseando que estemos a solas para poder decírtelo una y otra vez mientras beso todos los rincones de tu cuerpo desnudo.

—¿Pasamos de esa excursión a Hecho?

Me eché a reír antes de besarla en la frente.

—No pasamos de nada. Hay tiempo para todo, forastera. Incluso para aguantar a la loca de Megan.

Aquel día fue realmente divertido. No dejó de llover, por lo que tuvimos que pasarlo debajo de un paraguas y no pudimos ver demasiadas cosas, pero nuestros visitantes no se quejaron en ningún momento. Disfrutaron del paseo por las calles empedradas de Hecho, compraron productos típicos en una de las tiendas del pueblo y rieron a carcajadas con unos chistes que Cristóbal nos contó cuando fuimos a tomar una cerveza a su bar. Comimos de maravilla en el restaurante Canteré, creo que Megan dijo unas quinientas veces lo exquisitas que estaban las migas con huevo poché. Subimos en coche hasta la Selva de Oza sin ninguna prisa y sin cruzarnos con ningún coche, debíamos de ser los únicos locos que habían salido de excursión en un día tan lluvioso como aquel. Pero todo estaba tan bonito, bañado por el chaparrón, que mereció la pena. Por las risas, por los charcos que saltamos trasladándonos a una infancia que yo casi no recordaba y por lo bien que me sentí acompañado por esas tres personas.

Cuando volvimos a Aragüés, agotados, congelados y con los pies mojados, cada pareja nos fuimos a descansar antes de la cena que íbamos a compartir con Miriam y Esther para que todos se conocieran. Y fue entonces cuando el día terminó de ser perfecto. Alicia se metió en la ducha conmigo, su piel resbaladiza, sus gemidos cerca de mi oído, sus besos húmedos bajo el agua caliente y el sonido de su risa me caldearon el alma, haciéndola entrar en calor y olvidar el pasado por completo y por primera vez en muchos años. Y después, tumbados sobre mi cama, con el sonido de las gotas de lluvia repiqueteando contra las ventanas de la buhardilla, al sentirme dentro de ella, todo fue perfecto. Completamente perfecto.

MI SUEÑO

La visita de Megan y Estefan me cargó las pilas. Admito que cuando se marcharon me quedé diciéndoles adiós con lágrimas en los ojos, agitando la mano y bastante triste. Pero no era como si no fuera a volver a verlos en la vida. Habíamos hablado de pasar la Nochevieja juntos, así que solo quedaban dos meses y medio para que llegara nuestro siguiente encuentro. Pasaría volando.

Y así fue. El otoño tiñó las hojas de los árboles de tonos amarillos y marrones, dándole una belleza al entorno que traté de plasmar en mis cuadros. Me encanta esta época del año: la llegada del frío de verdad, que el día se haga más corto, las calles llenas de hojas caídas, ponerme una bufanda enorme que me tape la cara, disfrutar de una taza de algo caliente sentada junto al fuego, leer un libro en la calidez de mi hogar, sabiendo que fuera hace muchísimo frío... Antes me gustaba esa estación; desde que la viví en Aragüés por primera vez, me enamoró.

A finales de noviembre, terminé mi primera escultura tras años sin modelar. Había desalojado el cuarto del piso de arriba que llené de trastos a mi llegada y lo había adecentado para que se convirtiera en un pequeño estudio. Con estanterías, una enorme mesa de madera, un torno y poco más, no era necesario. Cuando le enseñé a Jorge «mi obra», me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Esto lo has hecho tú?

—¿Por qué preguntas lo mismo cada vez que ves alguno de mis trabajos? Voy a empezar a pensar que crees que no sirvo para esto.

—Al contrario, tienes un talento increíble. ¿Me lo vendes?

—¿Qué dices? —exclamé entre carcajadas—. ¿Cómo voy a vendértelo? Es una tontería, ni siquiera ha quedado como yo pretendía.

—Pues a mí me encanta, Al.

Al... así me llamaba. Ni Alicia, ni Ali como mis amigos, simplemente Al. Simplemente perfecto.

—¿Qué crees que es?

Jorge observó la pieza que descansaba sobre la mesa. De papel maché con una estructura metálica interna, en color blanco roto, como el papel, sin adornos, sin florituras, sin forma real. Yo quise hacer algo que veía todos los

días, dar a entender que eso era importante para mí. Y necesitaba saber si alguien era capaz de captar la esencia que había querido plasmar en la escultura.

—Es esto. —Hizo un gesto con la mano señalando hacia la ventana—. El valle. Las montañas. La naturaleza.

Lo miré boquiabierto.

—¿Cómo has podido verlo?

Se encogió de hombros y sonrió con timidez. Adorable, achuchable, masticable... ¡me lo comía!

—Debe de ser porque te conozco, chica pija, y sé qué pretendes mostrar al resto cuando haces tus cositas. Eres una artista, ya lo decía tu padre, haces magia. Y por la razón que sea, yo soy capaz de verla.

Sonreí. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me mordí el labio inferior sin poder apartar la vista de su rostro, que me observaba con una inocencia que hacía palpar más rápido mi corazón.

—No salto sobre ti para abrazarte porque voy llena de polvo y te mancharía.

—Un momento, un momento... ¿vamos a empezar a ponernos tiquismiquis por mancharnos con un poquito de polvo? Te recuerdo que mi coche solo ve el agua una vez al año, a no ser que llueva. Vamos, pequeña, salta sobre mí como la pantera que eres.

Solté una carcajada y sí, salté sobre él. Me aferré a su cuello, pasé las piernas por su cintura y él me agarró por el trasero. Asalté su boca riendo, nuestros dientes incluso chocaron, pero nos dio igual. Las risas dieron paso a besos dulces, a caricias que dejaban una huella blanca a su paso, a susurros que decían «te quiero» y «bésame más». Me llevó hasta mi cuarto, todavía cargando conmigo, hasta dejarme caer sobre la cama. Se quitó el jersey por la cabeza junto con la camiseta, dejándome ver ese torso desnudo y esos brazos plagados de tatuajes que tantos significados guardaban. Yo corrí a quitarme la ropa para alcanzarlo enseguida. En cuestión de segundos, los dos estábamos desnudos sobre la colcha de mi cama, de nuevo pegados, uniendo nuestras pieles en una sola, sin que los sonidos de nuestros besos dejaran de cruzar la calma que reinaba en la casa a esas horas de aquella fría tarde.

—Quiero que dejemos de usar esto —soltó después, al quitarse el preservativo—. Le estoy cogiendo mucha manía.

—Podría tomar la píldora...

La verdad es que se me había pasado por la cabeza varias veces. Quería

sentirlo de verdad, sin capas de por medio. Cada vez que nos duchábamos juntos, coqueteábamos con ello, siempre teníamos que pararnos los pies porque corríamos grave riesgo de repetir lo que había pasado ese verano en la explanada de la borda. A veces se los tenía que parar a él, pero me avergüenza admitir que la mayoría de las veces era yo la que perdía la razón y le pedía que siguiera. Menos mal que Jorge demostraba tener bastante más prudencia que yo en esas ocasiones.

—Empieza mañana mismo.

Me eché a reír antes de apartarle el pelo de la cara.

—¿Sabes que hacía mucho tiempo que no era tan feliz como lo soy aquí? —Negó con la cabeza muy despacio, concentrado en mis caricias en su cuello cabelludo. Parecía relajado, tumbado desnudo sobre mi cama, con los ojos cerrados—. Me alegro tanto de haber decidido venir aquí para cambiar de vida... A veces pienso en qué habría pasado si no me hubiera plantado. Seguiría siendo la infeliz que era en Madrid, atada a las mismas personas terribles que llevaban mintiéndome durante años.

—¿Me contarás algún día qué pasó?

Lo miré. Tenía los ojos abiertos entonces. Puede que fuera la transparencia que vi en ellos o la confianza que sentía hacia él, o simplemente que quería contárselo de una maldita vez. Así que, sin más, lo dejé salir.

—Cuando mi padre murió, yo tuve que asumir «el control» de la empresa, ¿recuerdas?

Asintió, incorporándose un poco sobre las almohadas, poniéndose cómodo. Yo me senté sobre la cama, cubriéndome las piernas con el nórdico, desnuda de cintura para arriba.

—Mi pareja por aquel entonces fue quien hizo de jefe en realidad, lo mío era simple fachada, no tenía idea de cómo llevar una empresa. Así que dejé todo en manos de Jesús Ángel. Confiaba en él, llevábamos saliendo juntos desde los veintidós años, ¿cómo no iba a confiar en él? Así que el tiempo fue pasando. Yo desempeñaba las horribles labores de una secretaria de dirección y a la vez era la única que podía firmar los documentos importantes de la empresa. Dejé de lado el arte. Ni pintaba, ni modelaba, casi ni visitaba museos porque él se volvió la persona más atareada del mundo y nunca podía acompañarme. Mi madre, como te puedes imaginar, estaba encantada. Con él y con la nueva Alicia.

—Pero la nueva Alicia no era feliz.

—No, no lo era. Pero debía hacerlo, comportarme como la adulta que se

suponía que era. No lo hice por mi madre, tampoco por mi padre en realidad. Él fue el único que siempre me animó para que siguiera haciendo lo que me gustaba, pero, al marcharse, me sentí tan triste y me quedé tan desubicada que no sabía qué debía hacer. Sabía que él quería otras cosas para mí, y que me hubiera alentado para seguir con mi vida y dejar de lado esa empresa que tan poco me gustaba. Pero me refugié en Jesús Ángel y dejé que me guiara, pensando que lo haría todo por mi bien.

Tomé aire y miré hacia la ventana junto a la cama. Fuera ya era de noche. Noté las caricias de Jorge en mi pierna y me volví con una sonrisa algo triste.

—Todo es pasado, Al. Ya no te puede hacer más daño.

—Lo sé, pero cuesta recordarlo, ¿sabes?

—Solo son recuerdos.

Asentí, y él me hizo un gesto para que continuara. Respiré hondo mientras esos recuerdos volvían a mi mente. Tenía que pensar que eran simplemente eso, recuerdos.

—Tres meses antes de venir aquí, descubrí una cosa —continué, después de tragar saliva—. Jesús Ángel estaba liado con una de mis amigas. Solo estaba conmigo por mi dinero. Y mi madre lo sabía.

—Joder...

—Mi madre siempre ha sido una interesada. Ya te he hablado del poco cariño que me ha demostrado desde niña, pero, tras el fallecimiento de mi padre, la realidad fue más visible que nunca. Lo único que quería era el dinero, o su propio bienestar gracias a él. No le iba a faltar de nada, ya que tenía el usufructo de la vivienda y una pensión de viudedad maravillosa. Pero quería más. Y eso solo podía conseguirlo aliándose con mi novio de aquel entonces.

—No entiendo nada.

—Es muy sencillo. Jesús Ángel había montado una empresa de aplicaciones informáticas para móviles. Y él también quería más, igual que mi madre. Así que, de una manera un tanto rocambolesca, habían llegado a un acuerdo: mi madre pasaría a ser socia de la empresa que surgiera cuando ambas se fusionaran. ¿Qué te parece? Jesús Ángel pasaría a ser el director general de esa supuesta empresa, y mi madre una feliz socia que se llevaría su parte en forma de dividendos. Y Alicia no tenía ni puñetera idea de nada hasta que descubrió un documento en el despacho de su novio por pura casualidad. —Respiré hondo de nuevo para tratar de calmarme. Serían solo recuerdos, pero dolían y me cabreaban bastante todavía—. En ese documento

estaba todo especificado, y las firmas de mi madre y de Jesús Ángel cerraban un trato que me dejaba en un segundo plano. Lo único que tenían que conseguir era que yo accediera a esa fusión.

—Cosa que no sucedió ni de coña.

—Por supuesto que no. Cuando descubrí aquel documento que los incriminaba a ambos, fui a buscar a Jesús Ángel para pedirle explicaciones. No estaba en su despacho, tampoco en ningún otro lugar de la empresa, así que fui al piso que compartíamos para que me contara qué narices pasaba. Y ese fue el momento en que descubrí que estaba liado con mi supuesta amiga Fabiola.

—¿Te los encontraste en plena faena? —exclamó, abriendo mucho los ojos.

—No, y menos mal. Le hubiera arrancado el pelo a esa zorra teñida y a él los huevos de un zarpazo.

Jorge se echó a reír. Creo que me creía capaz de ambas cosas.

—Me los encontré sentados en el sofá, acaramelados sin más. Pero eran las doce del mediodía, se suponía que ellos no se llevaban bien porque Jesús odiaba a todas mis amigas, y estaban solos en la casa. El cabrón había estado fingiendo a las mil maravillas, llevaba años haciéndolo, era todo un experto. No necesité nada más. Hice mis maletas, recogí todo lo que me pertenecía de aquel piso y me marché. Pasé un tiempo en un pequeño *loft* que mi padre compró en Malasaña, en el que viví durante mi etapa universitaria. Estaba lleno de bártulos, pero lo adecenté y se convirtió en mi picadero personal de esa temporada loca que tuve después de todo esto.

—¿Tuviste una temporada loca? —preguntó, fingiendo estar escandalizado—. Joder con la chica pija, y parecía una mosquita muerta.

Lo miré fijamente y esbozó una sonrisa. Me contagió. Porque trataba de hacerme sonreír para que evitara pensar en lo mal que lo pasé. Porque era un auténtico amor. Y era mi amor.

Estiró una mano y me acarició el brazo con ternura.

—Escapaste de aquello.

No era una pregunta.

—No podía seguir en Madrid más tiempo. Estaba acabando conmigo misma. Salir de fiesta y acostarte con desconocidos no es la solución. Necesitaba tomar las riendas de mi vida de nuevo, sentirme útil y afrontar el futuro con seguridad. No se me ocurrió otra cosa que venir aquí, ya ves.

Sonreí un poco, él entrelazó sus dedos con los míos.

—Fue una suerte que decidieras hacerlo. No es que esté agradecido a tu madre ni al idiota de tu ex por que te hicieran aquello tan terrible, pero sí debo decir que me alegra que vinieras.

Se acercó a mí y me besó en los labios. Correspondí a ese beso con los ojos cerrados, notando que mi corazón se paralizaba un instante y volvía a latir descontrolado por todos los sentimientos que ese hombre despertaba en él. Ahí descubrí que, inevitablemente, ya no era mi corazón. Era suyo.

—¿Y qué ha pasado con la empresa? —quiso saber al volver a recostarse sobre las almohadas.

—Jesús siguió trabajando allí una temporada, pero yo ya no estaba para firmar documentos. Unas semanas antes de marcharme, hablé con un amigo de mi padre que siempre había estado interesado en la empresa. Me aconsejó que se la vendiera, dijo que él la cuidaría en nombre de mi padre.

—¿Lo hiciste?

Me mordí el labio inferior y agaché la mirada.

—Hostias, Alicia, no me jodas. ¡Lo hiciste! Vendiste la empresa de tu padre.

—No había otra solución. No quería que mi ex siguiera al cargo de algo que no le pertenecía, ni que mi madre estuviera esperando como un buitre a ver qué pedazo podía llevarse. Me habían mentido, me habían utilizado. Esa empresa había sido manchada por los dos y ya no había rastro del legado de mi padre en ella. Se habían encargado de acabar con él gracias a sus mentiras y sus trucos.

Jorge parpadeó varias veces con la boca abierta. Sabía lo que estaba pensando. El dinero. Imaginé que estaba sacando cuentas, tratando de hacer números y averiguar cuánto había sacado por la venta de una empresa de telefonía móvil que funcionaba bastante bien en aquellos momentos.

—No te lo voy a decir. Deja de sacar cuentas e imaginar cantidades.

—Eres rica.

Lo dijo de una manera que me hizo sentir algo incómoda.

—No lo soy.

—Vamos, forastera, no me mientas. Llevas meses viviendo aquí sin pegar un palo al agua. No trabajas, no haces nada para ganar un solo céntimo. Tampoco estoy diciendo que vivas a todo trapo, pero... joder, ¡vives como Dios!

Me moví para levantarme de la cama.

No me gustaba que me dijera eso. Nunca me había gustado que me

trataran diferente por el hecho de tener algo más de dinero que el resto. ¿Es que eso me hacía especial? ¿Mejor o peor? ¿Más simpática o más estúpida? Yo era Alicia, una chica normal que había tenido la suerte de no pasar necesidades en su vida, pero no era más ni mejor por tener dinero, ni tampoco peor por esa misma razón. Simplemente era yo. Y no me gustaba nada que Jorge hablara de esa manera.

—No te vayas, chica pija. —Me agarró por la muñeca cuando me puse de pie—. Ni se te ocurra pensar que estoy diciendo algo que en realidad no he dicho, ¿vale?

—Odio que me miren diferente cuando se enteran de esto.

—¿Te estoy mirando diferente?

Centré mis ojos en su rostro y negué con la cabeza a regañadientes.

—Jamás te voy a juzgar por lo que tienes o dejas de tener, Alicia. No pienses tonterías de ese estilo. Te conocí hace meses y me enamoré de ti por lo que descubrí poco a poco. Esto acabas de contármelo ahora, ¿qué crees, que voy a decirte que te quiero más para que me compres un coche nuevo? Aunque pensándolo bien... la *pickup* lleva haciendo de las tuyas mucho tiempo, no me vendría mal una nueva...

Me observó travieso y divertido, consiguiendo que me echara a reír. Tiró de mi mano hasta que caí de rodillas sobre la cama, se incorporó hasta quedar igual frente a mí. Colocó un mechón de pelo tras mi oreja y dibujó la línea de mi mandíbula con sus dedos.

—Quiero a la Alicia que llegó aquí desorientada, obstaculizando las calles del pueblo y provocando los cotilleos de los vecinos cada vez que salía con sus bártulos a pintar a la orilla del río. Me enamoré de la Alicia que me miraba enfadada cuando le soltaba alguna de las mías y se ponía colorada después. Adoro a la Alicia que me ayudó a ver la vida de otra manera. Yo te quiero por cómo eres, no por lo que tienes. Me da igual tu dinero, me importa una mierda que ganaras millones con la empresa de tu padre. ¿Sabes por qué?

Negué despacio, sin apartar la vista de sus pupilas azules. Él se acercó un poco más a mi rostro y besó fugazmente mis labios, colocó las palmas de sus manos en mis mejillas y sonrió.

—Porque yo soy el que se siente como un millonario sabiendo que me quieres. Ni todo el oro del mundo puede compararse con la felicidad que aportas a mi vida, chica pija.

Sonreí, sintiendo que me ardían las mejillas. Su risa al descubrir mi rubor precedió a su abrazo. Escondí el rostro en su cuello para después besarlo.

—Así no vas a conseguir que te compre ese coche —murmuré, apretándome a él.

Sus carcajadas inundaron la habitación, y yo sonreí más y más, sintiéndome feliz, plena y completamente afortunada. Pero debía contarle lo último que faltaba por contar. Mi sueño.

—¿Quieres oír una cosa más?

—No hay nadie, deja de aporrear la puerta.

—Pero habíamos quedado ahora. No me lo puedo creer. ¡Mierda!

Di una patada a la puerta, enfadada. Jorge me agarró por la cintura para meterme bajo el saliente de la casa que nos daba un poco de cobijo.

—Hemos tardado tres semanas en poder quedar con él y ahora nos da plantón. Me parece increíble, una falta de respeto. Qué poca decencia, qué desfacha...

—Alicia, por favor, dale unos minutos —me cortó, señalando al cielo—. ¿Has visto la que está cayendo? Puede que esté conduciendo y le cueste un poco más llegar.

Me crucé de brazos antes de apoyarme contra la pared, a su lado. La verdad es que tenía razón. Nevaba. Mucho. La primera nevada de la temporada. Y no digo del invierno porque ni siquiera había comenzado. Estábamos a mitad de diciembre y ya hacía un frío puramente invernal. Esa nevada no nos había pillado de improviso porque no se habían cansado de avisarlo en todos los medios de comunicación, aunque sí estaba siendo mayor de lo esperado. Los copos eran enormes.

Y preciosos.

Ya había empezado a cuajar. Las calles de Hecho estaban cubiertas por un manto blanco, solo roto por las pisadas de la gente. Justo ante nosotros, las únicas que quebraban la capa invernal de esa vía eran las nuestras. Las de Jorge y las mías, unas junto a las otras. Miré hacia el cielo, completamente encapotado, también blanco. Abrí la boca y dejé salir el aire, observé el vaho ascendiendo entre los copos.

—Qué bonito —murmuré, respirando hondo.

—Ya te lo contaré cuando volvamos a Aragüés. No me gusta nada la que está cayendo. La carretera va a estar imposible.

—Iremos despacio —rebatí, antes de volverme para mirarlo—. ¿Sabes lo

bonito que va a estar todo? Mañana mismo saldré a pintar.

—¿Cómo vas a salir mañana si habrá un palmo de nieve? Forastera, creo que vas a tener que acostumbrarte a pintar en casa durante la temporada de nevadas.

—Imposible. No puedo pintar en casa, necesito ver para inspirarme.

—Pues haces fotos.

Lo miré horrorizada.

—¿Fotos? ¿Tienes idea de cómo funciona la inspiración?

—Pues mira, no, pero lo que sí tengo muy claro es que no voy a dejar que salgas tú sola, cargada como una mula con el maldito lienzo y los cachivaches esos que usas para pintar cuando nieve de esta manera. ¿Y si te pasa algo? Vamos, es que tú estás loca.

Dejó de mirarme y volvió a su apoyo contra la pared. Sonreí al ver que se preocupaba por mí. Decidí dejar de decirle nada acerca de salir a pintar, ya vería qué hacía al día siguiente (y cuando nevara de nuevo en el futuro, por supuesto, porque de eso podían salir cuadros realmente preciosos). Cogí una de sus manos y tiré de él, di un paso atrás y dejé el cobijo que me proporcionaba la casa. Jorge puso mala cara al ver que trataba de arrastrarlo conmigo.

—No quiero mojarme, Alicia.

—Ven un momentito.

Tiré con más fuerza de su mano y él se dejó hacer; si hubiera opuesto resistencia, no habría sido capaz de moverlo ni dos centímetros. Caminó reticente hasta el centro de la calle. La nieve nos envolvió a ambos. Me acerqué a él y pasé los brazos por su cuello, poniéndome de puntillas para llegar a besarle en los labios sin problema. Observé los copos enredándose en los mechones de pelo que quedaban fuera del gorro de lana negro que llevaba.

—Vamos a coger un resfriado por esta tontería —gruñó malhumorado.

—Cállate, y mírame un momento.

Lo hizo. Sus ojos azules se centraron en los míos, hoscos al principio, pero dando paso a una mirada más cálida poco después. Noté que sus manos me apretaban a su cuerpo. Se agachó un poco para besarle de nuevo. Los primeros copos ya se derretían entre su cabello.

—Es la primera vez que vivo una nevada de esta manera, déjame disfrutarla un poquito.

—¿Crees que yo he hecho esto muchas veces? —contestó, apretándose

un cachete del trasero.

—Espero que no. —Reí, echando la cabeza hacia atrás para abrir la boca y dejar que varios copos se deshicieran sobre mi lengua.

—Puedes estar tranquila. Eres la primera a la que beso bajo la nieve.

—¿De verdad? —Me erguí enseguida para poder mirarlo.

—De la buena.

Se agachó de nuevo y me besó. Bajo la nieve, sus labios sabían mejor. O igual se me estaba yendo la cabeza a causa del frío. Pero la cosa es que estaba empezando a sentir calorcito dentro de mí. Bueno, dentro y fuera, porque menudo beso, de los que derretirían la Antártida más rápido que el calentamiento global.

Al separarnos con sendas sonrisas, Jorge me miró antes de ajustarme el gorro y la bufanda. Lo vi tan guapo, tan sexy y tan de todo que me pasó desapercibido el cariz travieso que había adquirido su rostro. Si lo hubiera visto venir...

—¿Sabes qué otra cosa no he hecho contigo?

Dio un paso hacia atrás, yo lo miré con cara de boba que todavía no se ha recuperado de un beso de esos que te hacen temblar hasta las orejas, se agachó a toda velocidad, cogió un puñado de nieve y me lo lanzó convertido en bola. ¡Me cago en la nieve recién caída! El bolazo me impactó de lleno en la cara. Sus risas se debieron de escuchar en todo Hecho. Y el grito que le pegué lo oirían hasta en el bar de Tomás.

—¡¿Pero de qué vas?!

Lo gritaba mientras intentaba quitarme la nieve que, sigilosamente, se escurría dentro de mi cuello y me causaba escalofríos. Llevaba el pelo mojado, la cara también y una mala hostia *in crescendo* que debió de hacerle temer por su vida, porque echó a correr calle abajo mientras seguía partiéndose de risa. La madre que lo trajo. Iba a empezar a correr tras él cuando vi que un señor se acercaba hacia mí.

—Hola, ¿eres Alicia?

Lancé una última mirada furibunda al gilipollas que desaparecía tras una casa sin dejar de carcajearse y sonreí muy educada al caballero que me miraba algo extrañado.

—Sí, soy yo. Disculpe las pintas, a mi novio le ha parecido muy gracioso lanzarme una bola de nieve.

—No pasa nada, no te preocupes, es algo habitual en cuanto caen las primeras nieves. Pero se pasa pronto, de verdad te lo digo; en cuanto nieva

por cuarta vez, las ganas de tirar bolas van desapareciendo. Soy Matías, encantado. Perdona la tardanza, pero, con la que está cayendo, la carretera está algo complicada.

—No se preocupe. Es un placer. —Alargué la mano para unirla a la que él me tendía.

—Y no me trates de usted, por favor.

—De acuerdo —sonreí, comenzando a caminar con él hacia la casa.

—Así que estarías interesada en alquilarla.

—Sí, la verdad es que si coincide con la idea que llevo sería estupendo.

Matías abrió la puerta de madera de dos hojas de la casa en la que Jorge y yo habíamos estado esperándolo, desapareció unos segundos en su interior para dar la luz y volvió a salir, haciéndome un gesto con la mano. Lo seguí después de sacudirme los restos de nieve del pelo.

—Esto es, ¿qué te parece?

Movió la mano en derredor abarcando toda la sala. Pedazo de sala. Rodeada de amplios ventanales que permitían la entrada de muchísima luz. Solo de imaginar la iluminación que tendría un día de sol, la sonrisa brotó sola en mis labios. La sala central era enorme, genial para colocar un montón de caballetes con sus lienzos alrededor de una mesa. Y una pizarra enorme al fondo. Y sillas, banquetas, un baúl... Ya podía verlo, imaginarlo con total nitidez en mi mente. A la derecha, había un pasillo en el que dos puertas indicaban que allí se encontraban los servicios y una habitación privada.

—Esto era el despacho que utilizaba el que fue jefe de la empresa que operaba aquí antes. Y allí al fondo está la otra sala.

Era más pequeña que la principal, pero perfecta para lo que yo la quería. Ya podía imaginar las paredes cubiertas de estanterías, las mesas de madera que podría repartir en ese espacio y los tornos en marcha. Casi podía oler el aroma de la arcilla.

—¿Qué hay de la calefacción?

Me volví hacia la voz de Jorge. Acababa de entrar en la sala, quitándose el gorro de lana. Obligué a mi mente a no pensar en lo que acababa de pensar, pero fue difícil, ese movimiento de melena me había dejado muy loca.

—Es central, no puede utilizarse de manera independiente en cada sala —explicó Matías—. Aunque os diré que es perfecta para esta época del año. Cuando hace frío es necesaria toda la caldera posible. Esto es tan grande que, si no, no se calentaría en todo el invierno.

—¿Gasta mucho?

—Bueno, no sabría decirte... Me consta que la empresa que me rentaba esto no hacía mucho uso de ella. Fabricaban algún tipo de producto metálico, se movían mucho y, que quede entre nosotros, el dueño era bastante rácano.

Asentí a sus palabras aguantando una sonrisa. Observé a Jorge, que miraba todo con ojo crítico, frunciendo el ceño y revisando cada detalle.

—Esta ventana cierra mal —le dijo a Matías mostrándoselo.

—La arreglaría sin problema.

A mí me daban igual las ventanas, las baldosas, los desconchones de la pared y que la calefacción gastara un poquito más de la cuenta. Ese era el lugar. Era ese. Sentí ganas de ponerme a saltar y a bailar, de gritar que lo había encontrado, que iba a hacerlo por fin. Jorge y Matías caminaron hacia el pasillo, hablando de no sé qué de los grifos del baño. Yo me quedé sola, sonriente, observando todo mientras caminaba muy despacio por la sala vacía. Podía verlo. Me veía a mí, a los alumnos, sus obras en las estanterías, sus miradas concentradas, sus manos en movimiento dando vida a lo que querían crear. Lo veía todo. Tal como siempre soñé.

Joder, si mi padre hubiera estado allí... Sabía perfectamente qué me habría dicho.

—*Hazlo, cariño. Es tu sueño, hazlo realidad.*

Sonreí emocionada. Por él, por su recuerdo, porque lo sentí a mi lado en ese instante, porque de verdad iba a hacerlo. Una lágrima descendió por mi mejilla.

—¿Queréis pensarlo un poco y me llamáis para decirme qué habéis decidido en... no sé, un par de días?

Me volví hacia Matías, que había vuelto a entrar en la sala donde me encontraba, seguido de cerca por un sonriente Jorge que me observaba ilusionado.

—No tengo nada que pensar —dije, con los ojos llenos de lágrimas—. Me lo quedo.

INVIERNO, NIEVE, HELADO

Los comienzos siempre son difíciles. O al menos esa es la creencia popular. Para mí fueron fantásticos. No hablo del estrés, que me tenía irascible hasta la médula; tampoco hablo del dinero, que era algo que podía controlar por el momento y no me preocupaba demasiado; me refiero a hacer lo que me gustaba. Dedicarme al arte en cuerpo y alma, enseñarlo, mostrar al resto las cosas que había aprendido durante años y dejar que decidieran si querían entrar en ese mundo que llenaría sus vidas de colores, formas e ilusiones. Vale, hablaba como una loca, pero porque lo estaba. Loca por hacer realidad ese sueño que había tenido a lo largo de mi vida.

Mi padre siempre me animó. En secreto lo hablábamos y él me decía que lo hiciera, que me dedicara a ello si era lo que en realidad quería. Pero todo se quedó ahí, en palabras, en sueños que se desvanecieron cuando él se marchó de mi lado. Aunque jamás desaparecieron del todo. Seguían allí, agazapados en un rincón, esperando que fuera el momento perfecto para volver con toda su fuerza, llegando incluso a quitarme el sueño. Así que me pasé varios días sin pegar ojo, volviendo loco a Jorge e incluso a todo el pueblo.

—Alicia, de verdad, ¿no crees que deberías dormir un poco?

—¿Por qué?

—Porque ayer no pegaste ojo y vas como una moto todo el día. —Miriam me miró muy seria mientras señalaba mi tercera taza de café de aquella mañana—. Al menos deja de beber eso, o tómatelo descafeinado.

—Si lo tomo descafeinado, me dormiré, y tengo mil cosas que hacer.

—No serán tantas.

Levanté una mano y comencé a enumerar con los dedos:

—La escuela abre dentro de dos semanas, tengo que decidir qué obras quiero que adornen las paredes, mañana viene el electricista y ni siquiera tengo claro dónde colocar los puntos de luz, tengo que llamar al fontanero para que revise las tuberías porque hace dos días que huele como si hubiera ratas muertas flotando por ahí y me da miedo que se apunten niños y aparezcan como ratas zombis el primer día de clase. ¿Te imaginas qué locura? Dejarían de venir, y no puedo permitir que eso pase. ¿Sabes de alguna manera que yo misma pueda vaciar las tuberías y averiguar si hay animales muertos en ellas?

Miriam parpadeó varias veces, cogió mi taza de café, se levantó y la tiró por el fregadero tras la barra.

—A partir de ahora no tomas más café. ¡Y no se hable más!

—Pero...

—¡He dicho que no!

—Bien hecho, Miriam, lo que mejor le va a sentar estos días son las manzanas.

Miré a Alfredo, que entraba entonces en la barra a prepararse el habitual vermú de los sábados a mediodía.

—¿Quieres uno de estos? —preguntó, sacando la botella de vino oscuro de una de las cámaras frigoríficas.

—No, gracias, quiero seguir viva dentro de dos semanas. Abro entonces, ¿recuerdas?

—Cómo no voy a acordarme, si no hablas de otra cosa. Relájate, Alicia, tómate esto con calma o vas a terminar histérica. Todo va a salir bien, y si al principio hay fallos no pasará nada, será normal, como en toda casa de vecino. Las cosas no pueden estar siempre perfectas.

—Pero yo quiero que sea perfecto —me quejé, apoyando los brazos en la barra y recostando la cabeza en ellos.

—Y lo será —dijo Miriam, volviendo a mi lado y acariciándome la espalda—, aunque haya algún fallito. Todo irá bien.

—Relájate, niña —repitió Alfredo, devolviendo la botella a su lugar.

—Qué fácil es para vosotros.

—Necesitas dormir, descansar, relajarte... Pensar en otra cosa te vendrá bien. Es sábado, ¿por qué no vas a casa, preparas algo para comer y esperas que Jorge vuelva de la finca para compartirlo juntos?

—El que cocina es él, Miriam. Si me meto en esa cocina, es probable que le prenda fuego. Y es tan bonita... No me lo perdonaría nunca.

—Pues... no sé. Espéralo con un picardías y en plan sexy sobre el sofá.

—Mira, eso me gusta más —acepté sonriente.

—Será mejor que vuelva con los hombres...

Ambas miramos a Alfredo antes de echarnos a reír. Se le acababa de poner la cara como un tomate, estaba gracioso con su bigote blanco y la piel tan roja. La verdad es que me había olvidado de que no debíamos hablar de esas cosas con él delante.

—Perdona, no quería... —se excusó Miriam, también bastante avergonzada.

Alfredo hizo un gesto con la mano quitándole importancia, y volvió con sus amigos a la mesa donde conversaban de sus cosas.

—Dios, me muero de vergüenza —exclamó mi amiga, tapándose la cara con las manos.

Yo me eché a reír a carcajadas antes de acercarme a ella y acariciarle el brazo. Levantó la vista hacia mí y se mordió el labio inferior.

—Pedazo de cagada con el señor alcalde.

—Al menos no has hablado de las posturas sexuales que podríamos practicar —murmuré, tratando de picarla un poco—. Imagínate que dices algo de la flor de loto o del Manneken Pis.

—Madre mía, igual me da algo. ¿Te imaginas? —Rio bajito ante de mirarme curiosa—. ¿Cómo son esas posturas?

Una carcajada se me escapó y llamó la atención de todos los reunidos en el bar.

—No existen, Miriam, estaba de coña.

—Qué graciosa eres, incluso cuando estás medio dormida y al borde de la histeria.

—Entonces es cuando más tonterías por minuto soy capaz de decir.

—Pues vete a casa y compártelas con Jorge, por favor, que no tengo el chichi pa' farolillos.

Que Miriam me contestara así no era demasiado normal, pero podía deberse a que esa misma noche tenía una cita. Sí, sí, una cita. ¿Con quién?, te estarás preguntando. Con Ander. Ni más ni menos que con el amigo de Abel que había colaborado en la tontería de la noche en la montaña y que luego me había pedido disculpas, pasando incluso a convertirse en colega mío, puesto que solíamos hablar todas las mañanas mientras tomábamos un café en el bar. Las vueltas que da la vida. Pero a Miriam le había gustado desde siempre, y se sentía demasiado nerviosa por el importante paso que iban a dar. Habían quedado para ir a cenar a Jaca, Miriam incluso me había dejado teñirle el pelo con un tinte de los buenos, nada de esos de marca blanca. Y le había quedado una melena preciosa. Creo que los nervios previos al encuentro también le estaban haciendo mucho bien, estaba radiante.

—Perdona, no te enfades. No quería que te sentara mal, y menos todavía siendo el día que es. ¿Cómo lo llevas?

Soltó todo el aire de los pulmones, dio un par de vueltas a los hielos de su refresco y cerró los ojos.

—¿Y si no le gusto y todo sale mal y quiere irse a casa y ni siquiera

terminamos de cenar porque estaré muy nerviosa y no podré hablar ni...?

—Chist.

Coloqué las manos sobre sus hombros y la miré a los ojos.

—Todo va a salir bien, Miriam, no te pongas nerviosa antes de hora.

—Pero...

—Ni peros ni peras. Recuerda que fue él quien te pidió que quedarais juntos, ¿vale? Si lo hizo, significa algo. Le gustas, así que él también estará nervioso.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—Eso espero. No quiero parecer la idiota de turno que nunca ha quedado con un chico para cenar, por mucho que sea cierto. —Soltó unas risitas antes de meterse el pelo tras la oreja.

—Dudo mucho que él haya tenido demasiadas citas...

—Vale, puede que tengas razón.

Cogí sus manos y le sonreí con calidez. Ella respiró hondo y me devolvió la sonrisa.

—Todo irá bien. Ya lo verás —aseguré—. Y mañana me llamarás para contármelo todo, con pelos y señales.

—Hecho. Y ahora vete a casa a preparar eso del Maniquí Pis o lo que quieras para sorprender a tu chico y olvidarte un rato de lo que tienes en la cabeza.

—Voy a hacerte caso, me voy. Si me da un tirón intentando alguna postura rara, te lo contaré mañana. ¡O aún mejor! Lo descubrirás cuando me veas caminando como si tuviera ochenta años.

Se echó a reír, la besé en la mejilla y salí del bar despidiéndome de todos, que me dijeron adiós casi a gritos. Me abroché el abrigo hasta arriba, me puse el gorro de lana y salí a la calle. Al frío helador de la calle. Enero en Aragüés del Puerto: frío, nieve, hielo y más frío. Hacía varios días que no nevaba, pero las temperaturas estaban siendo tan bajas que amanecíamos con las carreteras y las calles del pueblo congeladas. Por suerte, no había demasiadas cuestas, aunque teníamos que caminar con cuidado.

Sonreí recordando la cara de Megan cuando despertamos el día de Año Nuevo y nos encontramos todo completamente nevado. Yo ya había visto el entorno blanco, pero ella no. Tuvimos que salir a jugar con la nieve y hubo varios momentos épicos. Jorge y Estefan disfrutaron de lo lindo persiguiéndonos por la zona del campo de fútbol del polideportivo de La

Molina con bolas de nieve para lanzarnos. Megan y yo reímos hasta las lágrimas, y eso que nos llevamos un par de bolazos de esos que he dicho que convirtieron el momento en épico. Pero el que se llevó el premio gordo fue el que Megan le lanzó a Jorge. En toda la cara. Fue el karma, que le devolvía lo que me hizo en Hecho cuando fuimos a visitar el local para mi escuela.

Había restos de sal en los laterales de las calles. Caminé deprisa hasta casa de Jorge, saqué mi llave del bolsillo y la metí en la cerradura para sorprenderme de que no estuviera cerrada. Habíamos pasado la noche en mi casa, y Jorge se había marchado a la finca directamente aquella mañana, ni siquiera lo había oído irse. Solía madrugar mucho para volver a mediodía y no tener que regresar por la tarde. La mayoría de los días, claro, porque a veces le tocaba quedarse a dormir en la borda.

Abrí la puerta y me sorprendió escuchar el sonido triste de una canción que reconocí al instante. *Ain't No Sunshine*, de Bill Withers, una canción que me ponía los pelos de punta con esa voz cargada de sentimiento y esa letra que siempre me llegaba al corazón. Pestañeeé, tratando de acostumbrarme a la oscuridad de la casa, pues todas las persianas estaban bajadas. El sonido de la música venía del salón, al igual que un pequeño haz de luz. Caminé despacio hasta allí y, al asomarme tras la pared que lo separaba de la cocina, vi a Jorge sentado en el sofá, vencido hacia delante, con la cabeza entre sus manos. Fruncí el ceño. Me pareció una estampa tremendamente triste. Puede que fuera la canción, o la nostalgia que desprendía el propio Jorge. El corazón comenzó a latirme con más fuerza. Tragué saliva antes de hablar.

—¿Jorge? ¿Estás bien?

—Márchate.

Me quedé muy quieta. Su voz no había sido la de siempre, había sido la de antes, la voz del Sombrío.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Ha sucedido algo con las vacas?

La única respuesta que recibí fue su silencio. La canción de Bill Withers comenzó de nuevo. Miré el aparato de música. Lo tenía en bucle. Eso no se debía a un problema con las vacas. Nadie pone la misma canción triste una y otra vez si no es porque está acordándose de algo. Algo que hiciste mal o que sucedió por tu culpa, o algo que echas mucho de menos. Eso era un autocastigo.

Caminé con temor hasta el sofá. Jorge no se movió un ápice, seguía con la cara enterrada entre sus manos y, pese a no verle el rostro, fui plenamente consciente de su dolor. Me atreví a estirar la mano y acariciar su pelo. Él se

apartó de mi roce con brusquedad.

—Alicia, he dicho que te marches.

—No voy a irme. Cuéntame qué ha pasado, intentaré ayudarte.

Soltó una carcajada desprovista de alegría y levantó la mirada hacia mí. El infierno helado había vuelto a sus ojos azules.

—No puedes ayudarme, nadie puede. Será mejor que te vayas.

—No pienso moverme de aquí. Quiero ayudarte...

—¡No puedes! —gritó, poniéndose de pie de repente y encarándome.

Me dio miedo, no lo voy a negar. El corazón se me encogió en el pecho y cerré los ojos con fuerza ante su estallido. Pero reconocí el dolor en su voz rota, la ayuda silenciosa que pedía a gritos, pese a decir no quererla ni necesitarla. Me armé de valor y alargué las manos para posarlas en sus hombros. Temblaba. Se apartó de nuevo dando un paso atrás. Yo di un paso hacia él y volví a colocar las manos sobre su cuerpo. Vi que tragaba saliva.

—Joder, Alicia, te lo digo en serio. Márchate. Por favor...

Su voz se rompió un poquito más con esas dos últimas palabras. Noté que se erizaba todo el vello de mi cuerpo al sentir su dolor como propio.

—Estoy contigo, Jorge. Ahora, mañana y siempre. No te voy a dejar solo. Has sido mi apoyo durante todos estos meses, déjame ser el tuyo.

—Eso lo dices ahora, pero mañana no estarás. Como todos. Como ellos.

Dio media vuelta y rodeó la mesita del salón dejándome ahí, sin entender nada. Fui tras él y entré en la cocina, estaba apoyado en la encimera, mirando hacia los armarios.

—No voy a irme a ningún lado —murmuré, tratando de mantener firme la voz.

—Te irás, créeme cuando te lo digo, te irás y no volverás.

—¿Como ellos?

Asintió con la cabeza, haciendo que los mechones de su melena se movieran con él. Di un paso más y me acerqué para acariciarle la espalda. Seguía temblando, pero no era de frío. La tristeza más absoluta recorrió su rostro en una mueca antes de que comenzara a hablar sin mirarme.

—Todos se van. Nadie se queda. Y lo mejor es que yo me quede solo. Siempre consigo que las personas que quiero se marchen, ¿sabes? Nunca he sido capaz de retenerlos. A ninguno de ellos.

—¿Te refieres a tus padres?

—Y a mi hermana.

Mi corazón se paralizó un instante. Jamás la había nombrado. Y yo

tampoco le había dicho que sabía que tenía una hermana. ¿Qué hacía entonces? ¿Decía algo o mejor me callaba?

—Sé que Alfredo te habló de ella —dijo, dándose la vuelta de repente y mirándome fijamente.

—Ya... es que... bueno, ya sabes...

—Eres demasiado cotilla y no podías esperar a que yo te hablara de ella. No pasa nada, lo entiendo. No me gusta hablar de este asunto y necesitabas respuestas.

Me quedé mirándolo a los ojos, a ese océano azul que se había vuelto oscuro de nuevo. Helado. Como antes. Los ojos del Sombrío, lejanos y cerrados para mí. Otra vez envueltos en tinieblas, metidos de lleno en esas pesadillas que parecían volver a atormentarlo hasta el punto de hacerse realidad. Entonces suspiró y los cerró. Al abrirlos se habían calmado un poco, sus aguas parecían serenas, menos revueltas, aunque no sabía si sería así durante mucho tiempo.

—Se llamaba Sofía. Y la quería... —Cerró los ojos con fuerza un instante—. Dios, cómo la quería. Mi hermanita pequeña. Y no tenía a nadie más, ¿sabes? Solo estábamos ella y yo. Nos habíamos quedado solos ante el mundo. Se suponía que yo era el hermano mayor, el que la cuidaría siempre, la protegería e impediría que nada malo le sucediera. Y no supe cuidarla. No supe hacerlo, Alicia, no supe y... se fue...

—No fue culpa tuya.

—¡No tienes ni idea de lo que pasó, joder! ¡No sabes si fue o no mi culpa! —estalló braceando y apartándose hacia atrás.

Yo me quedé muy quieta, respirando acelerada por lo asustada que me encontré en aquel instante. No sé si fueron sus gritos, el sufrimiento en sus ojos o que se apartara de mí de esa manera. Me sentí tan sola de repente, me hice tan pequeñita que tuve que darme ánimos a mí misma para afrontarlo de nuevo y atreverme a pestañear. Jorge se había apoyado en la ventana que daba al pequeño cuarto donde tenía la lavadora. Veía su espalda moverse deprisa, al ritmo de su respiración alterada.

—Cuéntamelo —pedí en un susurro.

Escuché cómo tomaba aire y vi sus manos agarrar con fuerza la repisa de la ventana. Agachó un poco más la cabeza, a la vez que respiraba profundo.

—Hoy hubiera cumplido veinticuatro años.

Me quedé petrificada. Mi corazón se detuvo durante lo que parecieron años y empezó a temblarme el labio inferior. Había dicho «hubiera». ¿Quería

decir que...? Oh, Dios mío. Jorge se quedó mirando la pared y comenzó a hablar en voz baja.

—Cuando mis padres murieron, nos quedamos solos, ella y yo, unos críos de doce y nueve años. Mis tíos Alfredo y Charo se hicieron cargo de nosotros, fue una suerte que aceptaran quedarse con los dos, aunque nadie podría haberme separado de Sofía, jamás. Nunca lo hubiera permitido. Y ellos lo sabían. Creo que ni siquiera se plantearon quedarse con uno solo de nosotros. Alfredo es un buen hombre y su mujer era un auténtico sol, fue maravilloso que nos acogieran. Pero yo seguía siendo la persona responsable de mi hermana. Era su única familia de verdad. Estábamos solos en el mundo después de la muerte de nuestros padres, así que, al quedarnos con mis tíos, decidí que jamás dejaría de protegerla, que nada ni nadie le haría daño nunca. No permitiría que esa niña tan dulce volviera a sufrir de ninguna de las maneras posibles. —Guardó silencio unos segundos—. Pero no lo conseguí.

Entonces, se dio la vuelta y me miró. Jamás he visto una mirada tan destrozada como la que él me mostró en ese momento. Fue allí cuando tuve la certeza de que estaba dejando que alguien la viera por primera vez. A mí, solo a mí. Permittedo que entrara en su infierno personal, haciéndome partícipe de sus demonios, abriéndome las puertas a sus peores pesadillas. Frunció el ceño y se apartó el pelo de la cara con brusquedad. Yo me apoyé disimuladamente en la encimera, me temblaban las piernas.

—Cuando cumplí los dieciocho, comencé en la facultad de Veterinaria, ya lo sabes. Pero no podía asistir a todas las clases. Intenté hacerlo lo mejor que pude, faltando mucho y consiguiendo los apuntes por ahí. Lo hice de esa forma porque debía seguir aquí, cerca de ella, tal y como me había prometido la misma mañana que me enteré de que nuestros padres habían muerto. Así que, poco a poco, fui aprobando las asignaturas, sacando cada curso adelante como mejor podía, estudiando en casa y acercándome a Zaragoza para ir a alguna clase importante o para examinarme. No conseguí aprobar limpio curso tras curso, pero seguía avanzando. A la vez, cuidaba de las vacas que pertenecieron a mi padre. Me gustaba, me sigue gustando. Pero quería ser más, saber más, aprender muchísimo más. Por eso llevé ambas labores a la vez, siempre tratando de hacerlo lo mejor posible. —Respiró hondo y agachó un poco más la cabeza—. Sofía fue al instituto en Jaca, como todos los niños de aquí cuando terminan Educación Primaria. No podía ver qué hacía, con quién estaba... no podía controlarla.

—Tenías otras obligaciones.

—¡Ella era mi obligación! —gritó, volviéndose y mostrándome de nuevo su dolor.

Una lágrima recorrió su mejilla hasta desaparecer entre su frondosa barba rubia. Caminó hasta la mesa y retiró una silla para dejarse caer sobre ella. Se frotó los ojos y limpió aquella lágrima con rabia. Yo me quedé donde estaba, apartada de su cólera y su pesar. Al volver a hablar, lo hizo calmado, con voz pausada e infinitamente triste.

—Recuerdo verla saltar a la comba en la explanada de la borda cuando era una niña. Todavía la veo cada vez que estoy allí solo y cierro los ojos. Con sus coletas moviéndose al compás de cada salto, con su sonrisa inocente, con sus ojitos risueños. Pero he olvidado el sonido de su risa. ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo puedo haber olvidado cómo sonaba la risa de mi hermana? Recuerdo que me hacía reír cada vez que la oía, era tan contagiosa. —Sonrió melancólico, mirando al frente y perdido en la nada—. Adoraba su risa... La adoraba a ella. Era lo único que me quedaba en el mundo. —Guardó silencio unos segundos—. ¿Sabes qué pasó, Alicia? ¿De verdad quieres saber qué pasó con mi hermana?

Levantó la vista hacia mí. Derrotada, cubierta de lágrimas, llena de arrepentimiento, tristeza y culpa. Se me encogió todavía más el estómago. Noté que la emoción me desbordaba y varias gotas brotaron de mis ojos. Lo miré en silencio, con el corazón hecho un ovillo, porque sabía muy bien lo que iba a decirme y era tan duro...

—Murió.

Se me heló la sangre en las venas. Por su manera de decirlo, de contarlo... de abrirse. Acababa de descubrir la verdadera causa de su forma de ser. Las razones de que el Sombrío fuera así acababan de mostrarse ante mí. Y lo único que fui capaz de sentir por él fue amor, más del que ya sentía. Quise abrazarlo y decirle que lo quería y que jamás podría juzgarlo por lo que me estaba contando. Quise decirle que no había sido su culpa, pasara lo que pasara con su hermana, y que debía dejar de culparse de una vez.

—Jorge...

Di un paso en su dirección, pero él levantó una mano para detenerme.

—No me compadezcas. Ni se te ocurra compadecerme, Alicia.

Me quedé muy quieta donde estaba.

—Odio que hagas eso.

—¿El qué? —conseguí decir, en un hilo de voz.

—Mirarme como si fuera un cachorro abandonado.

—No te he mirado así.

—Sí lo has hecho.

Mi respiración se aceleró, la sangre volvió a recorrer mis arterias y venas, y llegó hasta mis músculos, órganos y extremidades. Y entonces me cabreé. No sé por qué, pero lo hice. Y mucho.

—¿¡Qué coño pasa contigo, Jorge!?! —grité, enfrentándome a su mirada helada, que me juzgaba sin tener ni idea de nada—. ¡Yo no te compadezco! ¡Ni siquiera me das pena! Esto hace que te comprenda de una maldita vez, que sea capaz de conocerte por fin y, aunque no te lo creas, te quiero más por ello. ¿Quieres compadecerte de ti mismo más de lo que llevas haciéndolo toda tu vida? Adelante, ¡hazlo! Hazlo y deja de pensar que todo el mundo te ve con los mismos ojos que tú te ves. ¡Pero que te quede claro que yo no te veo así! Deja de pensar por mí, juzgar por mí y creer que soy igual al resto. ¡No lo soy! Ni tú eres como crees ser. Pero está claro que piensas que lo mejor es refugiarte del mundo, meterte en tu propia mierda y regodearte en tu dolor. Pues déjame que te diga una cosa: ¡te equivocas! Estoy aquí para ayudarte, para acompañarte en todo lo que te pase, sea bueno o malo. Me tienes a tu lado para contarme todo lo que quieras contarme. Yo te abrazaré, te escucharé y trataré de ayudarte siempre, ¡pero jamás te juzgaré! Así que deja tú de hacer eso conmigo.

Mi respiración acelerada me sorprendió bastante. La manera en que me temblaban las manos también. Jorge me miraba desde la silla con expresión insondable. De repente, se puso de pie y llegó hasta mí para abrazarme con desesperación. Y fue entonces cuando ambos estallamos en un llanto inconsolable. Me aferré a su espalda con fuerza, con ansia, con toda la angustia que sentía en mi interior. Y sus manos me apretaron contra su pecho con auténtica demencia. Incluso me asustó un instante en que creí que iba a desplomarse ante mí por la crudeza de sus lágrimas. Y cuanto más lo escuchaba llorar, más lo hacía yo misma.

Creo que era la primera vez que Jorge lloraba con alguien.

Acaricié su pelo con cariño, traté de susurrarle palabras de aliento, intenté sujetarlo cuando parecía flaquear, pero no lo solté en ningún instante. Lo necesitaba. Tenía que dejarlo salir. Todo lo que le quemaba por dentro y hacía de sus días un camino incesante por ese infierno que él mismo había creado en su interior.

Minutos después, comenzó a calmarse. Sus manos aflojaron el agarre y recuperé un poco el aliento. Se limpió las lágrimas mientras yo acunaba su

rostro entre mis manos. Me acerqué a besarlo en los labios, un solo roce, una caricia que le dejara más claro todavía que lo amaba y que estaba allí, pasara lo que pasara.

—Lo siento —murmuró, creo que algo avergonzado, antes de dar un paso atrás sin dejar de frotarse los ojos.

—Lo necesitabas, Jorge. Hace muchísimo tiempo que deberías haber llorado de esta manera. No se piden disculpas por estas cosas.

Le ofrecí un trozo de papel de cocina que cogió para sonarse y limpiarse. Tenía la nariz roja y los ojos hinchados. Lo vi tan frágil, tan diferente a la manera en que acostumbraba a verlo que me di cuenta de que, en realidad, aquel ser frío y borde que conocí al llegar al pueblo no era más que una persona herida, cargada de culpas infundadas e incapaz de enfrentarse a la realidad. Suspiré sin apartar la vista de él, que se sentó en la silla que ocupaba antes. Lo acompañé tomando asiento en la otra, frente a él. Lo escuché tomar aire profundamente. Me miró a los ojos y trató de sonreír. Le devolví otro intento de sonrisa antes de cogerle la mano con fuerza.

—¿Quieres contarme lo que sucedió?

Tomó aire cerrando los ojos, echó la cabeza hacia atrás y asintió. Vi que su barbilla temblaba de nuevo.

—No es necesario si no...

—No —me cortó—, quiero contártelo. También necesito hacerlo. Para terminar el ciclo o cerrar el círculo... o lo que sea esto. Tengo que sacarlo fuera o seguirá doliendo.

Lo animé con un pequeño gesto. Tomó aire de nuevo y apretó mi mano. Su azul mirada vagó por la cocina, supongo que perdida entre recuerdos y momentos pasados.

—Ella tenía diecisiete años cuando empezó a salir con un capullo que conoció en el instituto. Se llamaba Yon y tenía dos años más que ella. Yo sabía que coqueteaba con las drogas y que no era trigo limpio. Se lo dije a Sofía, traté de advertirla sobre él, aunque lo único que conseguí fue alejarla de mí. Me dijo que era lo suficientemente adulta como para saber lo que debía hacer con su vida. Le contesté que en realidad era una cría y se enfadó conmigo. Debí haberme callado, pero no pude. La vida que mi hermana llevaba no me gustaba, pero ella decía que yo no era su padre, que un hermano no es quién para dar órdenes. —Dejó salir el aire despacio antes de sacudir la cabeza—. Unos meses después, se marchó con ese gilipollas a Barcelona. Decía que iban a emprender una vida juntos y que se las apañarían

bien, que dejara de preocuparme por tonterías. Así que lo único que pude hacer fue verla marchar, incumpliendo por primera vez la promesa que me hice sobre protegerla.

Suspiró y agachó la cabeza. Yo guardaba silencio, no sabía qué decir ni si debía preguntar algo. Lo único que se me ocurría era cogerle la mano con fuerza, así que no dejé de hacerlo en ningún momento.

—Pasé mucho tiempo sin saber nada de ella, ¿sabes? Transcurrieron meses hasta que me llamó desde un número que jamás volvió a estar operativo. Me dijo que estaba bien, que dejara de preocuparme, que no hiciera el papel de un padre que no existía. ¿Tienes idea de lo que me dolía que dijera eso? La forma en que olvidó que los dos estábamos solos en el mundo y que era nuestro deber permanecer unidos ante todo lo que tuviera que pasar... —Cerró los ojos y agitó la cabeza, creo que tratando de alejar ese pensamiento—. Ya no tenía a mi hermana a mi lado, la familia se había roto del todo; mis padres no estaban y yo no sabía a quién acudir. La mujer de Alfredo murió en esas fechas y no supe manejarlo. Creo que fue la gota que colmó mi propio vaso. Me vine aquí, a la que había sido la casa familiar y traté de reformarla lo mejor que pude. El mismo Alfredo me ayudó. Creo que entendía cómo me sentía y jamás tuvo en cuenta que me marchara de su casa cuando Charo murió. Sabía que necesitaba hacerlo y me apoyó. No sé qué hubiera sido de mí sin él. Es un gran hombre.

—Sí que lo es.

—Algo cotilla, pero es una gran persona —dijo mirándome a los ojos algo más relajado.

—No le tengas en cuenta que me contara nada, por favor. Fui yo la que fue a su casa buscando respuestas.

—No pasa nada, Al, de verdad. Lo entiendo. Imagino que querías saber qué había tras esa puerta que siempre está cerrada.

—Entre otras cosas —murmuré.

—Era su habitación. Lo único que fui incapaz de tocar de toda la casa. La dejé como estaba, con sus cosas, su ropa, sus posters en las paredes, sus libros de la escuela, sus fotos de cuando era niña y aquella sonrisa ilusionada nunca desaparecía de su rostro. Todo. Igual. Esperando a que volviera, aguardando por ella tal y como lo dejó. —Mantuvo silencio unos segundos y me miró a los ojos de repente—. Y un día lo hizo. Regresó. Volvió sin que la esperara, llenando aquel vacío que dejó y haciéndome llorar de alegría. Siempre recordaré cuando la vi caminando calle arriba cargada con una

maleta. Llevaba el pelo recogido en una coleta, la mirada cansada y una cazadora vaquera que todavía guardo en su armario. Corrí hasta ella y nos fundimos en un abrazo... joder, como en un anuncio, Alicia, como en uno de esos anuncios de la lotería que siempre emocionan.

Soltó una risita cargada de melancolía antes de limpiarse una lágrima. Yo sonreí y sentí mis ojos húmedos de nuevo.

—Había venido buscando ayuda —continuó, tras aclararse la garganta—. Resultó que el gilipollas que se echó de novio era tan gilipollas como su hermano mayor le había advertido. Y su vida se complicó demasiado en Barcelona. Se complicó tanto...

—¿Qué pasó? —pregunté al ver que guardaba silencio y su mirada se perdía entre las baldosas de la cocina.

—La dejó embarazada.

—Oh...

—Y el bebé murió poco después de nacer.

—Dios mío. —Me cubrí la boca con la mano libre.

Jorge tomó aire de nuevo, se rascó la cabeza y se apoyó contra el respaldo de la silla. Parecía tan cansado, tan triste.

—Sofía consumía drogas. Las consumió durante el embarazo. El bebé nació con complicaciones respiratorias y no pudieron hacer nada por salvarlo.

Cerró los ojos una vez más, y yo me quedé muy quieta, con el corazón encogido y las lágrimas agolpándose por salir. Madre mía, qué terrible era todo lo que me estaba contando. Y yo que pensaba que mi vida había sido difícil. Solemos creer que lo que nos pasa a nosotros mismos es lo peor, que no hay salida y que no podremos afrontarlo. Hasta que hablamos con alguien y descubrimos que, tras esa mirada que a veces nos ha parecido hostil, hay una historia como la que Jorge me estaba contando en esos momentos. Y es entonces cuando nos damos cuenta de que nada es tan malo como parece, que siempre hay alguien que lo está pasando peor y que, pese a todo, debemos estar agradecidos por lo que somos y tenemos.

—Lo siento mucho —dije, dándole un apretón en la mano.

—Yo también lo siento muchísimo. Pero ¿sabes qué es lo que más me duele? Que jamás lo vi, ni en una foto. Sofía dijo que no tenía ninguna. Ni siquiera sé si decía la verdad. Pero me habría encantado ponerle rostro a ese bebé que imagino muchas noches en mis sueños. Lo veo con los mismos ojos azules que tenía Sofía, con sus mofletes rosados y el pelito rubio. Como ella. Debía de ser un bebé precioso. —Suspiró antes de mirarme con el desierto de

nostalgia en el que se habían convertido sus ojos—. Tampoco me dijo cómo lo llamó. Nunca hablaba de él. Se refugiaba en su habitación. Lloraba por las noches y yo me quedaba sentado junto a su puerta por si me llamaba, para correr a abrazarla y a reconfortarla como debía haber hecho mientras pasó por todo aquello sola. Fue la segunda vez que fallé en mi promesa.

—Jorge... no digas eso.

—Es la verdad. Le fallé a ella y al recuerdo de mis padres. No cumplí mi palabra y no la protegí de lo malo. Y ella perdió a su bebé y pasó sola por ese infierno. No lo entiendes, Alicia, no tienes ni idea de cómo me siento por aquello. Porque sé que, si lo que vivió en Barcelona no hubiera pasado, nada de lo que vino después habría sucedido.

Frotó su frente con fuerza. Se rascó la barba antes de sorberse la nariz. Vi que apretaba las mandíbulas, que se tensaba un poco más. Supe que llegábamos al final de su historia.

—No fue tu culpa —susurré, llamando su atención.

—Es lo que trato de decirme todos los días, pero... jamás me creo.

—No podías hacer nada por ella. Parecía muy perdida.

—Lo estaba. Y debí haberme dado cuenta. Era su hermano, Alicia, su jodido hermano mayor que no supo ver que iba a cometer la locura que cometió.

Se me puso el pelo de punta. Jorge agachó la mirada y vi como una lágrima caía hasta estrellarse contra el suelo.

—Una noche desapareció, cuando desperté ya no estaba en su cuarto —relató sin moverse, con voz afectada por las lágrimas y los recuerdos—. Pasé todo el día buscándola, movilicé al pueblo entero. Nadie la había visto, nadie sabía dónde estaba... y yo no podía creer que de nuevo hubiera desaparecido de mi vida sin poder hacer nada por evitarlo. Pero aquella noche, mientras revisaba mi móvil buscando más teléfonos a los que llamar pidiendo ayuda, alguien tocó en mi puerta. Era la policía. Habían encontrado el cuerpo sin vida de Sofía en un descampado a las afueras de Jaca. Murió de una sobredosis.

PEDIR AYUDA

Jorge

Jamás creí necesitarla. Nunca pensé que hablar me haría bien. En ningún momento me imaginé que un abrazo fuera lo que conseguiría que las cosas dentro de mí cambiaran. Y me sorprendió tantísimo descubrir que todo aquello que jamás pensé que necesitara era justamente lo que más me hacía falta que lloré como un niño. Como nunca había llorado. Dejándolo salir a través de lágrimas saladas, abrazado al cuerpo de la mujer que había cambiado mi vida y me había hecho descubrir tantas cosas que desconocía.

Me acarició el pelo con dulzura, susurrando que todo estaba bien, que no era mi culpa, que ella estaba allí, que me quería y no pensaba moverse, que dejara de sufrir, que se iba a quedar a mi lado siempre... Y la creí. Porque de verdad quería creer que no se iba a marchar como había pasado con el resto de personas a las que había entregado el corazón en mi vida. Alicia se quedaría, ella no se iría, como los demás. No iba a salir corriendo tras escuchar como, por mi culpa, mi hermana había cometido una estupidez y yo no había sido capaz de salvarla.

—No eres ningún héroe, Jorge. Nadie lo es. Deja de culparte, no podías hacer nada. Fue lo que ella decidió, tú no tuviste nada que ver.

Y de nuevo la creí. Por primera vez, dejé que las palabras de alguien se deslizaran lentamente en mi interior, recorriendo todos mis órganos vitales, mis venas y arterias, metiéndose en mi cabeza y rozando esa parte de mi cerebro que había sido ocupada por la culpa. Aquel rincón oscuro de mi ser se desinfló un poquito. Fue la primera ocasión en años en que dejé de sentir su peso sobre mis espaldas. Respiré hondo y permití que las caricias de Alicia me reconfortaran.

No tengo muy claro el tiempo que pasamos sentados en la cocina, inclinados uno hacia el otro, abrazados, en silencio, mirándonos de vez en cuando para volver a fundirnos de nuevo. Ella no se daba cuenta, pero había cambiado al Jorge que había sido hasta ese momento. Acababa de hacer algo tan grande por mí que nunca podría decirle todo lo que significaba que me diera su ayuda, que estuviera ahí escuchándome y dándome ese apoyo que jamás pensé necesitar.

—Gracias —murmuré una de esas veces en que nos separamos.

—No, cariño, gracias a ti.

Fruncí el ceño extrañado y ella lo delineó con sus dedos tratando de relajarlo.

—Por abrirme tu corazón al fin —dijo, recorriendo mi rostro despacio—. Ahora ya conozco todos tus demonios, me has dejado entrar en tu infierno.

—Espero que no quieras echar a correr calle abajo horrorizada.

—Jamás.

—¿De verdad?

—Te quiero con sombras y con luces, con recuerdos tristes y felices, con risas y lágrimas, con todo lo que me ofrezcas día tras día, chico sombrío. Ahora y siempre.

Las comisuras de mis labios se convirtieron en una sonrisa antes de acercarme a besarla.

—Ahora y siempre, chica pija.

—Chica pija y chico sombrío... Parece el nombre de unos dibujos animados —murmuró sonriente y mirándome con sus ojitos hinchados tras el llanto.

—Ni de coña. En unos dibujos animados no podría aparecer esto.

Y la besé de verdad. Con emoción, con agradecimiento, con amor, con devoción, con locura... con todo los sentimientos que hervían dentro de mí y que en esos momentos me desbordaban por completo.

No se lo dije a ella, pero, en aquel instante, con sus lágrimas fundidas con las mías, tras escuchar la peor parte de mi vida y de mí mismo, sin haberme juzgado por ello y diciendo que me quería más que nunca, fue cuando decidí que la quería siempre conmigo. Ese fue el momento en que supe que Alicia había llegado al pueblo por una razón, que era la encargada de arreglarme, de hacerme funcionar como una persona normal debía. Ella no lo supo, no pudo verlo en la forma en que la miré esa noche mientras dormía y yo permanecía despierto a su lado. Si había alguien en ese jodido mundo para mí, era ella. Nadie más.

¿PARA QUÉ CONTESTAS?

Después de abrirme su corazón, Jorge parecía un hombre nuevo. Él mismo lo decía varios días más tarde, una fría tarde justo tras mi regreso de Hecho de decidir qué color quería usar para pintar las paredes de la escuela.

—Necesitaba contárselo a alguien, pero no me valía cualquiera. Te necesitaba a ti, forastera. Y ahora me siento diferente, más ligero, más yo.

—Menos sombrío.

—Eso es —aceptó con una sonrisa—. Aunque sigo echándola de menos. Imagino que eso nunca cambiará. ¿Quieres ver su habitación?

Me pilló tan desprevenida que abrí tanto los ojos que incluso sentí un pinchazo en la cabeza.

—¿En serio? ¿Quieres que entre allí y... y...?

—Quiero compartirlo contigo. Vamos, dame la mano, voy a presentarte a Sofía.

Cogí su mano nerviosa. Él me regaló una de sus sonrisas más deslumbrantes antes de abrir la puerta y cederme el paso al que, hasta aquel momento, había sido un lugar prohibido y secreto en esa casa. Caminé insegura, sintiendo que invadía su intimidad, que ese santuario era únicamente suyo y yo no debería estar ahí.

—Te quiero aquí conmigo ahora, Al —murmuró en mi oído a la vez que pasaba las manos por mi cintura y se pegaba a mi espalda—. No te pongas nerviosa.

Respiré algo más tranquila. Acaricié sus manos, agradeciendo que fuera capaz de descifrar mis sensaciones con solo notar la tensión en mi cuerpo.

La habitación de Sofía era la típica habitación adolescente. Las paredes estaban pintadas en color rosa claro. A la derecha, justo bajo la ventana, había una cama nido cubierta por una colcha de colores chillones. Frente a ella, un escritorio con todo lo necesario para un estudiante: un flexo, un cubo con bolígrafos, varios cuadernos de anillas cubiertos de polvo, una calculadora Casio como la que yo llevaba a clase. El armario empotrado tenía las puertas lacadas en blanco, pero casi no se apreciaba, ya que ambas estaban cubiertas de posters y fotos, al igual que parte de las paredes de la habitación. Esparcidos por ahí estaban los componentes de NSync con sus pelos en punta y aquellos pantalones de campana tan de moda en los noventa; a su lado, las

Spice Girls sacaban la lengua a la cámara (todas no, Victoria era muy pija y Emma muy ñoña), y un póster de la película *La vida es bella*, de Roberto Benigni, coronaba la cabecera de la cama. Que estuviera ahí me pareció algo tan paradójico que casi se me escapó una carcajada amarga. Pero, al ver la foto que descansaba sobre la mesilla de noche, me olvidé de las ironías de la vida y me solté del abrazo de Jorge para acercarme a ella.

Y entonces conocí a Sofía.

Rubia, de pelo largo, con ojos azules exactamente iguales a los de su hermano, aunque más risueños. Debía de tener alrededor de trece años cuando le tomaron esa foto. Tenía una sonrisa preciosa y parecía contenta, pese a haber pasado por tanto en su vida.

—Se la ve feliz aquí.

—Puede que entonces lo fuera.

Me volví hacia Jorge, que estaba tras de mí con las manos en los bolsillos y expresión triste, aunque mucho más serena que la última vez que hablamos de ella. Me acerqué hasta él y coloqué ambas manos en sus mejillas, obligándolo así a mirarme a los ojos. Lo hizo reticente, sin demasiadas ganas de escuchar lo que sabía que pensaba decirle.

—Fue feliz, Jorge. No creas que porque pasara todo aquello tu hermana nunca lo fue. Mírala ahí —señalé hacia la foto—, se la ve alegre. Y apuesto lo que sea a que parte de esa sonrisa se debía a ti.

—Yo le hice esa foto —murmuró, observando la imagen de su hermana.

—¿Lo ves? La hacías reír, la hacías feliz. Pero pasó por muchas cosas en su vida que no supo cómo afrontar. Era muy niña cuando tus padres fallecieron, seguía siéndolo cuando todo lo demás sucedió. Le tocó aprender a vivir con algo que nadie tan joven debería tener que pasar solo, y no supo cómo hacerlo. Eso no quiere decir que no tuviera momentos felices a lo largo de los años.

—Esa es una cosa que me atormenta a veces. ¿Era feliz? ¿Reía de vez en cuando? ¿Los buenos recuerdos primaban sobre los malos en su vida? Y entonces me doy cuenta de que la respuesta a todas esas preguntas es la misma: no. De haber sido feliz no habría hecho aquello. Y en cierta parte... la entiendo. Vivió cosas terribles y las pasó sola, así que... me pongo en su lugar y... no sé, comprendo que desde un punto de vista egoísta y cobarde tomara esa decisión. Pero saber que yo estaba tan cerca y que podría haberla ayudado sigue consumiéndome, Alicia. Saber que pude haber hecho algo la noche en que falleció siempre pesará en mi conciencia. Creo que podría haber

conseguido que cambiara de opinión, ¿sabes? ¿Y si hubiera entrado en su cuarto al escucharla llorar las noches anteriores? ¿Y si hubiera intentado hacerla hablar de lo sucedido?

—Basta, Jorge, por favor. No sigas haciéndote esto.

—Es tan difícil...

Lo miré a los ojos y fui incapaz de decirle nada más. Lo entendía. Por eso, no abrí la boca de nuevo, solo pasé los brazos a su alrededor y lo abracé con tanta fuerza como pude. Sus manos me apretaron a él, agachó la cabeza hacia mi cuello y aspiró mi aroma antes de suspirar y besarme con suavidad en la sien.

—No sé qué haría si no te tuviera —susurró en mi oído.

—Me tienes. Siempre.

—No te voy a dejar marchar, forastera. Nunca.

Los días se sucedieron lentos. Jorge continuó bastante triste y taciturno un par de semanas. No lo agobié ni traté de hacerle hablar más. Necesitaba silencio, dejar reposar las cosas, admitir que había contado lo peor de su vida a alguien y esa persona no había huido despavorida como siempre creyó. Por las noches me abrazaba muy fuerte, diciéndome que me quería. Yo me dormía antes que él, pero sabía perfectamente que su sueño tardaba mucho en llegar porque, cuando abría los ojos, él ya estaba observándome con esas ojeras oscuras que se habían instalado bajo sus ojos. Sé que varias de esas noches las pasó en vela. Pero tampoco le dije nada. Solo seguía siendo yo, tratando de hacerlo reír, dándole besos escandalosos cuando lo veía distraído, bailando al ritmo de las canciones que ponía en casa de vez en cuando, cantando a grito pelado hasta hacerlo reír con mis gallos, pero, sobre todo, queriéndolo mucho y muy fuerte, como merecía que lo quisieran.

El mes de marzo llegó con muchísimas nevadas. Tantas, que estuvimos incomunicados durante tres días. Nada de pan, pescado ni periódico y, por unas horas, tampoco luz. Fue como retroceder en el tiempo hasta otro siglo. Lo de moverme por la casa con velas fue lo peor, el dedo pequeño de mi pie izquierdo puede dar fe de ello; me lo dejé en la esquina de la barra de mi cocina.

Tras esos días de desconexión con el mundo moderno, estaba en casa ultimando los detalles de los carteles que anunciaban la inauguración de la

escuela. Se había retrasado más de lo que pensaba debido al tiempo de las narices. Me gustaba el frío y las nevadas, pero eso de que las carreteras se complicaran tanto para el transporte de mercancías y de los gremios de la construcción me tocaba un poquito la moral. No pude luchar contra las inclemencias meteorológicas, por lo que la inauguración iba a tener lugar a finales de ese mes porque no me quedaron otros cojones. Aquella mañana estaba tan concentrada retocando las preciosas letras que había elegido para los carteles y que estaba pintando a mano con mis témperas que, cuando llamaron a mi móvil, contesté sin mirar quién era.

—¿Dígame?

—Casi un año después, creo que iba siendo hora de que contestaras.

—¿Mamá?

Se me cayó el pincel y poco le faltó al móvil para ir detrás.

—La misma, aunque parece ser que ni recuerdas que tenías una por el desapego que has mostrado.

—¿Quieres que hablemos de desapego? ¡¿En serio?!

Me puse de pie, se me cayó el bote de pintura roja por el pantalón manchándome hasta las zapatillas. Me importó un pito. La mala leche estaba subiéndome como la espuma y tenía dos opciones: colgar y después lanzar el teléfono a la chimenea (que por suerte estaba encendida y consumiría el aparato echando virutas hasta convertirlo en un charco de plástico) o decirle a esa señora todo lo que pensaba de ella de una maldita vez.

—Alicia, por favor, no te he llamado para esto.

—¿Entonces? Ah, espera, es para decirme por primera vez en tu vida que me quieres, ¿verdad?

—Odio que utilices el sarcasmo de esa manera. Ya lo hacías cuando eras joven y veo que ahora lo manejas a la perfección.

—Qué suerte, mamá, como tú a las personas.

Se hizo el silencio al otro lado. El corazón me latía de manera tan violenta que creí que iba a tener un ataque de ansiedad. Me ardía la cara de rabia.

—¿Eres capaz de dejar de atacarme por un instante? —preguntó con su voz de mujer de la alta sociedad que jamás se altera ni muestra sus emociones.

Tomé aire y respiré hondo. Creo que entendió ese descanso como una vía libre para continuar porque siguió hablando.

—Te he llamado varias veces y jamás he recibido respuesta. Sé que te marchaste de Madrid por todo lo que sucedió y que te enfadaste muchísimo

conmigo y con Jesús Ángel. Ahora no quiero hablarte de las razones que tuve para hacer aquello.

—Ah, claro, no es necesario —solté con ironía de nuevo.

—Si hubieras contestado antes a mis llamadas, esto podría haber sido de otra forma, pero ahora ya no hay tiempo. No me queda más tiempo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo cáncer, Alicia. Me lo diagnosticaron hace varios meses y ahora está en fase terminal. No sé cuánto me queda, pero me gustaría volver a verte por última vez. Pese a todo lo que haya pasado entre nosotras en el pasado, quiero verte. Eres mi hija.

Parpadeé, y el teléfono se me escurrió de entre los dedos. No sé cuánto tiempo permanecí de pie en medio del salón. Cuando Jorge abrió la puerta de casa, me encontró ahí, paralizada y completamente helada.

—¿Qué pasa, qué haces ahí con esas pintas? ¿Te has dado cuenta de que llevas el pantalón manchado de pintura?

Al ver que no recibía respuesta, se acercó a mí y colocó sus manos sobre mis mejillas.

—Al, ¿te encuentras bien?

Negué despacio, despertando poco a poco de la impresión que me había causado la noticia que mi madre me había dado hacía... Miré el reloj de la cocina. Media hora. Llevaba ahí media hora. Agaché la mirada buscando mi teléfono, que permanecía apagado en el suelo junto a la encimera. Lo cogí para encenderlo. Jorge estaba a mi lado, mirándome sin entender nada.

—¿Me cuentas qué coño pasa, por favor?

—Mi madre.

—¿Tu madre?

—Sí.

Me puse a encender el teléfono, concentrada en meter bien el código pin.

—Perdona que me haga repetitivo, pero... ¿me explicas qué sucede?

Le hice un gesto con la mano para que callara mientras seguía con el arduo proceso de encender el móvil. Jorge chasqueó la lengua y se apoyó sobre la encimera. Lo miré de reojo. Llevaba el gorro de lana negro que Estefan le regaló por el amigo invisible en Nochevieja. Le quedaba muy bien. Me olvidé un segundito del móvil y de todo lo demás para acercarme y besarlo en los labios. Su familiar aroma y el roce de su boca me ayudaron a tomar contacto con la realidad.

—¿Ya eres Alicia de nuevo? —preguntó cuando nos separamos.

—Todavía no.

—Mientras vuelves, voy sentarme en el sillón un rato. Puedes encontrarme allí cuando te sientas más tú.

Asentí, devolviendo toda mi atención en la pantalla del teléfono.

Entonces mi cerebro comenzó a reaccionar por fin.

Mi madre. Cáncer. No le quedaba tiempo.

¡Mi madre! ¡Cáncer! ¡No le quedaba tiempo!

La palabra «terminal» comenzó a flotar en mi mente, a la vez que se me llenaban los ojos de lágrimas. Y que conste que no quería llorar, no por ella. ¿Por qué debería yo derramar una sola lágrima por una persona que jamás había mostrado cariño hacia mí y que había conspirado con mi exnovio para lucrarse a mi costa? No, no debería llorar. Pero, pese a saber que no se lo merecía, una lágrima traidora y odiosa resbaló por mi mejilla.

—¿Estás llorando, forastera?

Jorge estaba a mi lado de nuevo, escrutando mi rostro con expresión preocupada. Me acarició el brazo con dulzura.

—Un poquito —admití, sorbiéndome la nariz.

—¿Qué pasa con tu madre? Cuéntamelo ya, porque me estoy poniendo cardiaco de verte así y no sé si tengo que preocuparme o todo está bien.

—No está bien, Jorge, no está nada bien.

Me miró contrariado.

—Se muere. Mi madre se muere y yo... —Me toqué la cara nerviosa y me revolví el pelo—. Y yo no sé qué hacer. ¿Qué hago? Dime, ¿qué se supone que tengo que hacer ahora?

Jorge me cogió las manos y tiró de ellas hasta que choqué contra su pecho. Sus brazos me rodearon y me abrazó. Yo comencé a llorar agarrada a su jersey de lana. Después supe que en ese momento me perdí el terror que desprendía su mirada.

Y ME DEJAS...

Jorge

Debí haberlo visto venir. No sé cómo permití que mi corazón convenciera a mi mente de que eso no pasaría nunca. Entonces me di cuenta de lo equivocado que había estado todos esos meses.

Cuando Alicia me dijo lo que sucedía con su madre, pude verlo todo con claridad al fin. Se iba. Se marchaba de mi lado. No podía hacer nada por retenerla. Y algo dentro de mí tomó el control, me nubló la mente con todos los pensamientos que solía tener antes y que durante todo ese tiempo habían desaparecido de mi interior al sentirme enamorado. Las sensaciones casi olvidadas volvieron con tanta fuerza que no pude contenerlas. Tomaron las riendas de mi cabeza convirtiéndome de nuevo un ser desconfiado, irritable, sombrío... un gilipollas.

«Su madre está enferma, tiene que ir a verla», me repetía una y otra vez mientras la observaba haciendo su maleta. «No puede quedarse aquí si estos van a ser sus últimos días. Debe viajar a Madrid, a su lado».

Pero me deja...

Se marcha...

Me abandona...

También ella.

Se iba, y no sabía si volvería. ¿Y si no lo hacía? ¿Y si sucedía como con el resto de las personas que había amado de verdad a lo largo de mi vida? No podría con eso. No podría soportarlo de nuevo. Ella, que se había convertido en mi todo, se iba, y yo no tenía claro que fuera a volver. Puede que en Madrid encontrara a alguien mejor que yo, alguien que la hiciera reír más y no se pasara el día cubierto de polvo y oliendo a estiércol.

Las inseguridades que me asaltaron las horas previas a su partida me convirtieron en una bomba de relojería. Desde que contestó a aquella llamada, transcurrieron solo dos horas, lo que le costó llamar a Megan para pedirle que la dejara alojarse con ellos, darse una ducha y mirar por la ventana con gesto grave. Yo estuve allí todo el tiempo, observándola como un animal enjaulado que quiere escapar y gritar todo lo que acecha en su mente. Pero no lo hice. Hasta el último momento.

—Así que te marchas.

Se volvió a mirarme con sus preciosos ojos marrones. Estaban tristes y parecían vacíos. En ningún momento pensé en lo que supondría para ella tener que volver a Madrid, con las personas que más daño le habían hecho en la vida. Entonces solo podía pensar en mí. Me quedaba solo. Otra vez.

—Tengo que ir, Jorge, no puedo quedarme aquí sabiendo que ella va... que...

—Ya, ya. Lo entiendo.

Mentí. No lo entendía. O no quería entenderlo. Yo lo único que quería era que ella no desapareciera también de mi vida. La necesitaba tanto.

Me apoyé en la pared y vi cómo recogía la ropa que ya nunca llevaba, esa que trajo de su anterior vida y que ahora iba a volver a necesitar. No sé qué activó a mi yo gilipollas, puede que fuera una blusa casi transparente que vi que guardaba con cuidado de no arrugarla. La cuestión es que abrí mi enorme boca para cagarla como nunca.

—¿Piensas ponerte eso para ir a ver a tu madre?

—¿El qué?

—Esa camisa que parece un picardías.

Miró la camisa y me miró a mí.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Solo digo que eso debería utilizarse para dormir, no para ir por la calle, y menos cuando vas a algo tan serio como esto. ¿O piensas salir por ahí a lucirte?

La expresión contradictoria que cruzó su rostro en esos momentos hizo que algo en mi interior gritara para que cerrara la maldita boca. Pero ya era tarde.

—Voy a Madrid a ver a mi madre que, por si no lo recuerdas, se muere. No voy a salir de juerga ni a lucirme. ¿Qué coño te pasa?

—Nada, Alicia, no me pasa nada.

—Pues deja de comportarte como un inmaduro.

—¿Sabes qué? Esto es una locura, debí darme cuenta hace mucho tiempo.

—¿De qué hablas? —Frunció el ceño sin apartar la mirada de la mía.

—De esto. —Nos señalé a ambos—. No tiene ningún sentido. Somos de mundos diferentes, y tú ahora vas a volver al que siempre fue el tuyo.

—Jorge, por favor, no digas tonterías. No voy a Madrid para quedarme, volveré en unos días. Simplemente tengo que ir, compréndelo. Si no lo hago, pesará en mi conciencia para siempre. ¿No lo entiendes?

Me negué a ser racional. Mis inseguridades me lo impedían.

—No, no lo entiendo. Pero sí comprendo lo que va a suceder después. Te vas, Alicia, te vas y no volverás. Lo sé.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Que te largas. Como todos. Y yo... yo no sé qué cojones hago manteniendo esta conversación contigo. Será mejor que me vaya a casa y vuelva al que siempre ha sido mi mundo en realidad.

Me di la vuelta con intenciones de salir de la habitación, pero su mano me retuvo agarrándome por el brazo. No me di la vuelta, no quería enfrentarme a ella.

—Dime que no estás pensando en lo que creo que piensas —murmuró con voz rota—. Por favor, Jorge... No me voy para no volver. No voy a ser como ellos. Estaré de vuelta a tu lado en unos días, solo unos días. Tengo que ver a mi madre, entiéndelo. Pero eso no cambia nada. Te quiero. Mi vida está aquí ahora, contigo.

—Si te marchas ahora, será mejor que vayas olvidando todo eso.

Escuché su exclamación ahogada. Me soltó el brazo, y fue entonces cuando mis demonios terminaron de poseer los gritos anhelantes de mi corazón, que rogaban que no siguiera adelante con aquello. Esos gritos se volvieron susurros que mis oídos no alcanzaban a escuchar. Al volverme para mirarla, no dejé que la expresión de su rostro hiciera mella en mí. Ni hice caso a sus ojos tristes, que me observaban como si no me conocieran. Tampoco tuve en cuenta el precioso rubor de sus mejillas, que tantísimo me había gustado desde el primer día.

—¿Q-qué quieres decir? —balbuceó, conteniendo las lágrimas a duras penas.

—Que te marchas y lo haces con todas de la ley. Si te vas ahora, también lo haces de mi vida.

—¡No! —Me agarró la manga del jersey—. Jorge, de verdad, no está volviendo a pasar. Yo regresaré contigo. No te dejes, no desaparezco como ellos. Volveré. Créeme, por favor.

—No eres diferente al resto. Suéltame, tengo que irme para recuperar mi vida.

Y lo hizo. Me soltó.

La miré una última vez antes de que desapareciera para siempre. Como todos. Como ellos.

Su cabello rubio, que llevaba tan largo y se rizaba en las puntas. Sus ojos marrones, que me lo decían todo y que en esos momentos me recriminaban

mi cobardía. Su boca dulce y suave. Sus mejillas sonrosadas... Qué guapa estaba. Traté de memorizarlo todo de ella porque sabía que jamás volvería a verla. Lo guardé en mi memoria. Lo único que traté de obviar fue la rabia que hervía en su mirada.

—¡Vete a la mierda, Jorge! —gritó mientras la humedad en sus ojos se desbordaba—. Pensé que lo entendías, creí que lo sabías. Yo nunca me voy a marchar. ¡Te quiero más que a nada! ¿No te ha quedado claro en este tiempo? ¡Yo no soy ellos! ¡No soy ellos!

—Adiós, Alicia.

Me di la vuelta, ignorando su llanto y sus gritos. Bajé las escaleras con el corazón latiendo sin control en mi interior, destrozado, chillando para que me diera la vuelta y enmendara mi terrible error. Pero mis inseguridades y mis miedos acallaron sus gritos de dolor y me dijeron que todo estaría bien, que volveríamos a estar bien. Solo tenía que dejar que ellos tomaran el control, permitir que regresara el Jorge que había sido antes de que ella llegara, antes de que me cambiara hasta hacerme creer que nada sucedería de nuevo y nadie desaparecería de mi vida tras entregarle todo. Cerré la puerta de casa de Alicia y me apoyé sobre ella. Tragué saliva para alejar el nudo de angustia que sentía. Podía escuchar su llanto y sentí que algo se desgarraba dentro de mí. Agarré el pomo de la puerta de nuevo. Quise abrirla, regresar corriendo a su lado para abrazarla y pedirle perdón, pero no lo hice. Apreté los párpados con fuerza y comencé a caminar hacia mi casa, decidido a dejar todo atrás, a volver a ser el que era. Decidido a cerrar mi interior para que nada ni nadie volviera a hacerme daño de nuevo.

Mientras caminaba solo podía pensar en una cosa: sus ojos. Y lo peor de todo es que ya no los recordaba como antes, ahora solo había rabia en ellos. Y esa rabia me pertenecía.

Mis demonios sonrieron y dejé que se alimentaran de ella.

MADRID

El viaje en coche fue terrible. Y yo me encargué de aderezarlo con canciones y canciones que me hacían sentir peor todavía. ¿Sabes ese momento en que lo único que quieres es escuchar música que te haga llorar, pensar y revolverte en tu propio sufrimiento? Así me sentía yo. Y todas las canciones que sonaban en la radio o en mi reproductor MP3 hablaban de mí, y de Jorge, y de lo estúpida que fui, y de lo mucho que él se había equivocado, y de lo mal que lo había hecho, y de lo mucho que lo amaba.

Fue horrible. Una tortura de más de seis horas que pasé sola. Carcomiéndome. Dándole vueltas a todo. Intentando entenderlo. Tratando de ver qué había pasado para que las cosas dieran semejante giro en tan poco tiempo.

Se trata, sin ninguna duda, del peor viaje que he hecho en toda mi vida. Algo que jamás olvidaré por la soledad que sentí, lo perdida que me encontré y lo poco convencida que estaba de nada de lo que estaba haciendo. ¿Adónde iba? ¿Por qué no volvía atrás y regresaba con Jorge? ¿Se merecía mi madre aquello? ¿Acaso yo me merecía esas duras palabras de la persona que creí que jamás se separaría de mi lado?

No supe dar una respuesta clara a ninguna de esas preguntas. Así que mi viaje constó de preguntas, canciones tristes, lágrimas esporádicas y una sensación de vacío en mi pecho que dudaba que desapareciera en los días siguientes.

El tráfico, el ruido, la gente, la polución... Lo odiaba.

Quería volver a mi pueblo.

¿Mi pueblo? Ni siquiera sabía cómo había podido llegar a sentirlo así. ¿De verdad lo consideraba mi casa? Sí, Aragüés se había convertido en mi pueblo. Sin darme cuenta, había pasado a ser mi auténtico hogar, el lugar en el que me sentía cómoda de verdad, donde había encontrado mi sitio, amigos, el amor. ¿Qué hacía yo en Madrid cuando lo único que deseaba era estar con Jorge y arreglar las cosas entre nosotros? ¿Qué hacía en aquel lugar, cuando donde de verdad quería estar se encontraba a cientos de kilómetros de

distancia?

Agité la cabeza y alejé a Jorge de mi mente. Ya había llorado bastante por él las últimas horas. En realidad, ese cobarde no merecía estar ahí, ocupando mi cabeza. Tomé aire y llamé a la puerta en la que podía leerse el número 254. Recibí un débil «adelante» desde su interior, y la abrí. Una habitación de hospital privado me recibió con sus paredes blancas, su enorme ventanal cubierto por unas cortinas vaporosas, su aroma antiséptico, su cama articulada en el centro y una señora que no reconocí ocupándola. Mi corazón se encogió por un instante al hacerlo. Apagada, encogida y gris, allí estaba mi madre. Esa mujer con la que había compartido parte mi vida y que jamás lo había hecho como se suponía que debía haber sido. Tragué saliva y avancé hasta su lado.

Volvió su rostro hacia mí al escuchar la puerta cerrándose.

—Alicia... —murmuró, elevando las comisuras de sus labios.

—Hola, mamá.

—Me alegro de que hayas venido.

Traté de sonreír, pero un nudo en el estómago me lo impedía.

Ella cerró los ojos y me pareció ver una lágrima. Supongo que lo imaginé. Tomé asiento en un sillón a su lado y la observé. Ni rastro de la mujer que fue. Alicia Pardo había dado paso a la mujer menuda que descansaba en esa cama atada a un gotero que parecía alimentarla y a unas gafas nasales que la ayudaban a dar oxígeno a sus pulmones. Llevaba un pañuelo gris en la cabeza, cubriendo la melena castaña que, con toda probabilidad, había desaparecido. Su piel traslúcida dejaba a la vista las venas, los tendones. Parecía tan débil que me asustó. Podría romperse en cualquier momento.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté poco después.

—Cansada... pero feliz de tenerte aquí.

Sus ojos se posaron en mí y me pareció que decía la verdad, que en realidad se sentía feliz de verme. Traté de sonreír y, de nuevo, no pude.

—Dame la mano, hija mía, deja que te sienta cerca.

Hice lo que me pedía y me sorprendí al sentir la fragilidad que hasta ese momento solo transmitía su aspecto. Lo era, frágil como una hoja de papel. Sus manos habían perdido su fuerza, eran dedos débiles y con moretones en la piel, simples restos de lo que fueron. Como ella. La mujer manipuladora y fría había dado paso a esto, a la Alicia que tenía frente a mí.

Nos quedamos en silencio, escuchando los ruidos habituales del hospital: pisadas de gente que viene y va, una enfermera pidiendo a los familiares que

salieran al pasillo, las ruedas de un carro deslizándose por el suelo. Incluso unas risas lejanas que rompieron la tensión por un instante, haciéndome olvidar dónde me encontraba realmente.

Durante minutos, acaricié su mano sin dejar de mirarla. Sus ojos parecían perdidos y vagaban por la habitación de vez en cuando. Creí que comenzaba a adormilarse, pero se abrieron de repente llamando mi atención.

—Lo siento.

Cerró los párpados y suspiró. Se me llenaron los ojos de lágrimas. A mí, que me prometí no hacerlo por ella nunca más. A mí, que sentía que mi madre se iba de mi lado sin haber mantenido con ella una verdadera relación madre-hija. A mí, que me faltaba la mitad que seguía en la montaña y que debería estar a mi lado en esos momentos para reconfortarme. A mí, que creí que nada de lo que había dejado en Madrid volvería a hacerme llorar. A mí, que en esos momentos me venció la tristeza y la pena, haciéndome agachar la cabeza y derramar en silencio todas esas lágrimas que mi madre no se mereció nunca.

Aquel «lo siento» pudo significar muchas cosas, pero yo decidí creer que se refería a nosotras. Lo acepté sin decirle nada. La perdoné. Acaricié su mano esa noche y no me moví de su lado. Y ella se apagó poco a poco, dejando que aquellas dos palabras fueran las últimas que pronunciaría en su vida.

El entierro fue duro. No en realidad por los sentimientos, sino por todas las personas a las que tuve que hacer frente. Aquellas que jamás creí tener que volver a ver y que de nuevo desfilaban ante mí para darme el pésame tras el fallecimiento de mi madre.

Muchos de ellos no tenían ni idea de la relación que había entre nosotras, solo habían venido por los lazos empresariales que los unían con mi familia, o por el trato que tuvieron con ella, que tan bien sabía fingir ante el resto que todo marchaba de maravilla. Ni siquiera las que fueron sus amigas sabían la realidad de lo sucedido entre ambas. Por eso nadie preguntó nada acerca de mi vida en otro lugar, ninguno lo sabía. Por eso, solo preguntaban por la venta del negocio familiar y decían que la pérdida de mi madre había sido una verdadera lástima. Yo asentía con la cabeza; fingí como solía hacerlo antes y creo que lo hice francamente bien.

—¿Quieres un poco de agua?

Miré a Megan antes de sacudir la cabeza. Cogí su mano con cariño.

—Gracias por acompañarme.

—¡Menuda tontería! ¿Cómo no iba a estar a tu lado en momentos como este?

—Lo sé, pero, aun así, gracias.

Apretó mi mano y sonrió. En su mirada vi que me acompañaba en esto y en todo, no solo en la pérdida que acababa de sufrir. Ella sabía perfectamente que mi tristeza se debía a otro asunto muy diferente. Sí sentía que mi madre hubiera fallecido, claro que sí, aunque nunca hubo una verdadera relación de cariño entre nosotras. Fue mi madre porque ella me parió, pero jamás fue mi madre afectiva. Me dolía su muerte y me dolía mucho más que hubiera pasado por esa dura enfermedad sola. No quería ser de las que pensaban que se merecía todo lo sucedido por los actos de su pasado. Por eso primaba la pena ante lo que otros considerarían karma. Creía en él, en eso de que la vida te devuelve lo que tú le das. Sin embargo, en esos momentos, al tratarse de mi propia madre, me dolía pese a todo el pasado terrible que hubiera entre ambas.

Lo que sí me pesaba de verdad era eso que sabes que me quebraba el corazón. Él. Jorge. Mi chico. O no... Porque ya no lo era, lo dejó muy claro días atrás.

Dejó que sus miedos ganaran, que aquellos demonios que decía haber apartado de su interior volvieran a conquistar el infierno helado que habitaba en él. Y lo vi claro en sus ojos de nuevo. El Sombrío había vuelto.

Lo echaba tanto de menos que dolía. Por la mañana, al despertar y no tenerlo cerca. Al mirar el móvil y no ver ni uno solo de sus mensajes. Al cerrar los ojos y contemplar su rostro en mis recuerdos y saber que esa sonrisa no volvería.

Varias veces cogí el teléfono y estuve tentada a llamarlo, pero no lo hice. Odié su cobardía, aborrecí su capacidad para vencerse a la primera de cambio y tuve ganas de abofetearlo para dejar salir toda la rabia que sentía. Lloré mucho aquellos días. Megan entraba en el cuarto que ocupé en su piso y se tumbaba a mi lado para abrazarme con fuerza. Estefan nos observaba desde el quicio de la puerta, de brazos cruzados. No dijeron nada, simplemente estuvieron allí.

—Alicia...

El sonido de esa voz me hizo volver al lugar en el que me encontraba,

aceptando los pésames de manera autómatas. Cuando vi esos ojos marrones ante los míos, mi estómago reaccionó como no debía. Se encogió por la impresión. Hacía demasiado tiempo.

—Jesús Ángel...

—Qué guapa estás.

Lo miré con fijeza y fui incapaz de devolverle el cumplido. Puede que antaño lo viera guapo, o simplemente aquello se debiera a la sonrisa carismática que solía exhibir y que envolvía el resto de su rostro hasta darle la belleza que solía creer que tenía. Pero entonces ya no. Solo vi a una persona de mi pasado que había jugado conmigo. Su altura, su abundante pelo castaño y su cuerpo enfundado en un caro traje a medida no consiguieron otra cosa que darme pena. Supe que Jesús Ángel jamás conseguiría ser feliz de verdad.

—Gracias —contesté por educación.

—Siento mucho lo de tu madre, es una verdadera lástima perder una persona tan valiosa.

—Valiosa para tus artimañas, ¿no?

Me miró sorprendido. Puede que creyera que no iba a soltarle algo así en esos momentos, pero no pude callarme. Además, lo dije mostrándole mi mejor sonrisa falsa, la que perfeccioné durante tantos años a su lado y al de mi madre.

—No es momento ni lugar para...

—No, por supuesto que no —lo corté, mirándolo con frialdad—. Gracias por haber venido.

—Me... me gustaría hablar un momento contigo a solas. ¿Te importaría?

Lo miré y observé la fila de gente que conversaba entre ellos, esperando su turno para venir a darme sus vanos pésames. Asentí y dejé que me cogiera del brazo para apartarme un poco de todos. Megan me miró interrogante y le hice un gesto para que no se preocupara. De todas maneras, Estefan se movió estratégicamente para observar todo lo que pasara entre mi ex y yo. Sonreí de manera involuntaria al apreciar su preocupación.

—¿Por qué sonríes? ¿Te alegras de verme?

Levanté una ceja mientras lo miraba, pensando si de verdad creía esa gilipollez que acababa de soltar. Me di cuenta de que sí, lo creía. ¿Cómo pude estar tan ciega durante tanto tiempo al lado de ese imbécil?

—Muchísimo, Jesús, me alegro muchísimo.

—Qué bien, porque yo también me alegro de verte. —Sonrió, dejando muy claro que no había captado mi sarcasmo—. Estás preciosa. ¿Dónde has

estado todo este tiempo?

—Haciendo mi vida.

—Desapareciste de la ciudad, no te encontré por ningún lado. Quería haber hablado contigo de todo lo que sucedió. Creo que fue un error por mi parte y que te debo una disculpa. Espero que puedas perdonarme y que las cosas entre nosotros puedan... volver.

Parpadeé, tratando de asimilar todo. Sonreí sin poder evitarlo. Él confundió el significado de esa sonrisa.

—¿Volver? —pregunté, mirándolo perpleja.

—Sí, Alicia. Tú y yo formábamos un gran equipo y todo puede volver a ser lo que era. Lo sabes tan bien como yo. Con tu belleza y mi carisma podemos llegar a donde queramos.

—Con mi belleza y tu carisma... Ya...

—¿Qué me dices? ¿Cenamos juntos y lo hablamos?

—Por supuesto.

—Genial. ¿Qué te parece si vamos a aquel restaurante que te gustaba tanto donde sirven esas ostras frescas que te encantaba comer? Podemos pedir una botella de buen cava para celebrar la vuelta de todo a la normalidad.

—Claro.

—Estupendo, nos vemos allí a las... ¿nueve?

Asentí despacio, y él sonrió complacido. Se acercó a darme un beso en la mejilla y se marchó tras darme un apretón en el brazo. Lo observé mientras se iba, con esos andares tan seguros, con ese carisma que decía tener, y de nuevo la sonrisa me brotó sola.

Tenía carisma y seguridad, pero era imbécil.

Ni me gustaban las ostras ni sabía de qué restaurante me estaba hablando, y tampoco pensaba compartir con él un minuto más de mi vida. Mi belleza y su carisma jamás llegarían juntas a ningún lado, no compartirían ni un solo segundo más. Me dio pena que mi puño y su mejilla tampoco pudieran hacerlo, era una cosa que siempre me habría gustado probar, pero, tras ese día, supe que jamás volvería a verlo. Respiré hondo y, sonriendo, volví a dirigirme hacia las personas que querían decirme lo mucho que sentían el fallecimiento de mi madre.

En aquel momento, reparé en que ese sería mi último lazo con esa vida, que nunca volvería a tener que tratar con personas como aquellas, que sonreían con falsedad y miraban por encima de su hombro al que creían inferior. Mi vida ya no estaba allí. Mi hogar estaba en otro lugar, con otras

personas. En un sitio al que llegué atemorizada y perdida, en el que me encontré a mí misma y lo descubrí a él. Mi hogar era ese.

Mi hogar era Jorge.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañemos?

—No, Meg, de verdad. Tengo que volver sola.

—No sé si tu plan me convence...

—Para serte sincera, a mí tampoco.

—Los tíos son bastante gilipollas y no captan las cosas como deberían. Es probable que, si le dices todo lo que tienes pensado, se vaya al monte con sus vacas y no vuelva jamás. Igual se convierte en ermitaño, se deja crecer la barba hasta los pies y se mata a pajas pensando en ti hasta el fin de sus días.

Puse los ojos en blanco.

—¿Tú has oído hablar de una cosa que se llama finura? Porque creo que desconoces ese término por completo.

Se echó a reír a carcajadas. La acompañé.

Esos ratos con ella me habían salvado. Fue su compañía la que me ayudó a no hundirme y a darme cuenta de que podía hacer que las cosas con Jorge volvieran a ser lo que eran.

Iba a volver a casa. No pensaba quedarme en Madrid por nada del mundo. Tenía una escuela de arte que abrir, un sueño que hacer realidad y no pensaba compartirlo con nadie que no fuera él. Se daría cuenta de que sus miedos eran infundados y lo ayudaría a apartarlos de su mente para siempre.

Tras varios días pensando y dándole vueltas a lo sucedido, fui capaz de comprender su reacción. No la compartía, pero pude llegar entenderlo. Todos sus seres queridos se habían ido, habían desaparecido de su lado sin que él pudiera impedirlo. Lo habían abandonado ante un mundo que dejó de comprender. Él les había entregado su corazón, y ninguno se había quedado para compartir el tiempo que tenían juntos. Todos habían muerto, y eso jamás fue su culpa. Sin embargo, él no dejó de culparse. Estaba convencido de que la gente a la que quería se marchaba y que eso se repetiría una vez tras otra. Pero no era así. La vida está plagada de casualidades, y muchas son terribles. Jorge había vivido demasiadas siendo muy joven, tenía miedo de volver a amar y volver a perder. Aunque no se había dado cuenta de que yo jamás lo dejaría, que nuestro amor sería para siempre y nada nos separaría nunca.

Cuando me viera de nuevo, se daría cuenta, y las cosas volverían a ser lo que eran. O eso esperaba, porque, cuando se trataba de tozudez, Jorge podría dar una *master class* en la Universidad de Cambridge.

—Cuéntame cómo sale todo —pidió Megan, abrazándome muy fuerte.

—Te llamaré y te lo contaré con todo lujo de detalles.

—Genial, porque sigo sin conocer varios detalles de los importantes. Aún no sé si el montañero la tiene tamaño dios o semidiós. Es una cosa que me quita el sueño por las noches, ¿sabes?

—¡Lo que te quita el sueño son todas esas tonterías que dices! —gritó Estefan, apartándola a un lado antes de colocar sus manos sobre mis hombros —. Ten cuidado con la carretera, respeta los límites de velocidad. Lo importante es llegar a tu destino, no hacerlo pronto. Recuérdalo.

—Pareces un anuncio de la DGT —soltó Megan con una sonrisa.

—Trabajo en el Samur, ¿recuerdas? Veo demasiadas desgracias a lo largo del día y no quiero que algo similar le suceda a alguien a quien quiero.

Se me nubló la vista por las lágrimas e hice un puchero.

—¿Vas a llorar?

—Sí, os odio por decirme estas cosas tan bonitas —balbuceé, limpiándome los bordes de los ojos.

—Mujer, ha hablado como un anuncio de la DGT, no de la lotería de Navidad. No es para tanto, Ali.

—Megan, cállate un ratito, por favor. Está sensible.

—A veces me da la sensación de que los papeles están invertidos en esta relación...

Me eché a reír observándolos hablar. Ellos dejaron de lado esa conversación sin sentido que estaban teniendo para mirarme con cariño. Me encogí de hombros y salté sobre ellos para abrazarlos con fuerza.

—Gracias, chicos. Os quiero mucho. No sé qué haría sin vosotros.

—Ni nosotros sin ti, forastera.

—No me llames así, Meg, que lloraré más todavía.

Estefan me acarició la espalda antes de separarse y darme un beso en la mejilla.

—Todo irá bien, Alicia. Es un buen chico, solo está perdido. No ha tenido a nadie a su lado durante mucho tiempo y no sabe cómo funcionan las relaciones. Tiene miedo.

—Lo sé.

—Es tu alma gemela —dijo Megan muy seria.

—Ya lo veremos...

—Nosotros ya lo vimos cuando estuvimos allí. Estáis hechos el uno para el otro.

—Bueno, basta ya de tópicos —exclamé, cogiendo mi maleta y abriendo la puerta de su apartamento—. Me vuelvo a casa. Os llamaré para contaros todo. Y os espero en un par de semanas.

—Por supuesto, no faltaríamos por nada del mundo.

—Esa escuela va a ser un éxito, Ali —dijo Estefan, pasando un brazo por los hombros de Megan—. Todo va a ir genial.

Bajé en el ascensor con esa última frase en la cabeza. Ojalá tuviera razón y todo saliera como debía.

ERRORES

Jorge

¿Qué has hecho?

Eres gilipollas.

Has echado todo a perder.

Lo sé...

Así fueron mis días siguientes a la partida de Alicia. Un no parar de recriminaciones hacia mí mismo. Los demonios de mi interior no pudieron evitar que los remordimientos me consumieran. Tampoco mis montañas, las que siempre habían conseguido apaciguarme, pudieron hacer nada por cambiar la sensación de cobardía y fracaso que me acompañaba.

Me repetí cien veces que aquello era lo correcto, que Alicia no volvería de Madrid y que había hecho bien en poner fin a nuestra relación. Aunque me repetí mil veces más que había metido la pata hasta el fondo, porque Alicia me amaba de verdad y jamás podría dejarme de esa manera.

Cien pensamientos a favor de mi reacción, mil en contra.

Cien pensamientos manejados por aquellos demonios que sonreían encantados tras recuperar el control. Mil pensamientos que evocaban unos ojos marrones y unas mejillas sonrosadas que añoraba hora tras hora.

Cien recuerdos tristes contra mil momentos felices vividos con ella.

Cien contra mil.

Mil contra cien.

Se abren las apuestas...

HE VUELTO

Cuando tomé la última curva a la izquierda y subí la cuesta de adoquines en la que comenzaba el pueblo, ya tenía el corazón en la garganta y unas ganas de vomitar que casi hicieron que tuviera que parar a la altura de los chalets para echar el bocadillo de tortilla de patata que me había comido cuando paré en el camino. Seguí adelante y conduje hasta la plaza con el miedo recorriéndome las venas. Si me lo encontraba de repente al doblar una esquina, ¿qué pasaría? Esa incertidumbre me estaba matando. Aparqué el Focus junto al Peugeot rojo del padre de Esther y bajé para sacar mi maleta. Casi se me doblaban las rodillas. Qué nervios. Qué tembleque de cuerpo. El pulso resonaba en mis oídos. La sensación constante de que él estaba a mis espaldas me acechaba consiguiendo que las náuseas se intensificaran.

Hacía mucho frío. Cuánto lo había echado de menos. Solo había pasado una semana desde que me fui y me parecía mucho más. Tomé aire mientras miraba a mi alrededor. La tienda estaba cerrada, eran las cuatro de la tarde, Esther todavía no había abierto. Observé la ventana de casa de Miriam y vi la cortina echada, probablemente estarían durmiendo la siesta. Decidí no molestar a nadie e irme a casa para dejar mis cosas e... ¿ir a buscarlo? Miré calle arriba, en dirección a su casa, tragué saliva y, agarrando con fuerza el asa de mi maleta, emprendí mi camino hacia el que se había convertido en mi verdadero refugio, ese número nueve de la calle Lizara.

Cuando accedí a su interior, sonreí, dándome cuenta de lo mucho que había echado de menos esas cuatro paredes y ese aroma. Incluso el frío húmedo que reinaba allí me hizo sentirme bien. Estaba en casa. Por fin.

Tardé pocos minutos en recoger la ropa que había llevado a Madrid. Volvió a ocupar su lugar olvidado en un rincón del armario. No pensaba ponérmela nunca más. Cambié mis botas de piel por unas de montaña y dejé el abrigo de paño negro en el perchero para colocarme el chaquetón con relleno y forro polar interno. Sonreí al sentirme cómoda con la que se había convertido en mi ropa. Lo de volver a llevar tacones y camisas había sido una especie de tortura. Podía tolerarlo por un día, pero el ir y venir del funeral, los papeleos y demás citas obligadas tras el fallecimiento de mi madre habían sido demasiado. Necesitaba volver a mis prendas agradables, cálidas y holgadas. Suspiré al verme a mí misma en el espejo. Así, sí. Ahí estaba la

Alicia de verdad. Bajé las escaleras al trote y, sin pensarlo ni un segundo, salí a la calle camino a mi destino.

Al verme frente a su puerta, los nervios recorrían mis venas como si hubieran sustituido la sangre que debía fluir por ellas. Tragué saliva, cerré los ojos y tomé una honda bocanada de aire. No lo pensé más. Golpeé la madera con mis nudillos. El corazón me latía desbocado. Me temblaban las piernas. Mis respiraciones se oírían desde cualquier punto del pueblo, no me cabía duda. Pasaron cinco segundos, diez, veinte, cuarenta... Nadie vino a abrir. Volví a llamar. Nada. Coloqué la mano sobre la puerta y suspiré.

—¿Dónde estás?

Hacía frío para que se encontrara con los animales y estaba anocheciendo. Pero Jorge no atendía a esas razones. Puede que hubiera subido a la borda con Picasso, puede que estuviera durmiendo allí, como había hecho en otras ocasiones en que habíamos discutido.

«Pero esto no ha sido una simple discusión», me recordé a mí misma, «esto ha sido el fin de lo nuestro».

No para mí. Aunque la verdadera cuestión era: ¿para él sí lo había sido?

Miré al suelo y me llevé la mano al bolsillo. Tenía la llave de su casa. No se la devolví al marcharme a Madrid. Podría... Joder, ¿iba a atreverme a entrar en su casa sin que él lo supiera? La verdad es que conocía la respuesta antes de hacerme la pregunta. Lancé un rápido vistazo a ambos lados de la calle. Ni rastro de vecinos. Aunque si alguno me hubiera visto, me habría importado más bien poco. Saqué la llave que continuaba junto a las de mi casa y la metí en la cerradura. Entré de puntillas, como si fuera una ladrona, y cerré la puerta tras de mí.

Todo estaba a oscuras y hacía frío. Eso me hizo pensar que la calefacción debía de llevar varios días apagada. ¿Hacía cuánto que Jorge no estaba allí? ¿Llevaría durmiendo en la borda desde que me marché?

Encendí la luz y vagué un poco por la casa, recordando momentos con él y aspirando el aroma a Jorge que impregnaba cada rincón. Recorrí con los dedos los lomos de los libros de las estanterías, sonreí al ver una foto enmarcada de él con Picasso y reprimí las ganas de llorar que sentí al echarlo tantísimo de menos. Llevaba más de una semana sin verlo, sin hablar con él, sin saber nada de su día a día... Se me había hecho tan largo que parecían años. Casi sin darme cuenta subí al piso de arriba. Todo estaba igual que siempre: la cama hecha, las cortinas de las Velux medio abiertas, un libro en la mesilla cubierto por una escasa capa de polvo... Caminé hasta el armario y

acaricié las puertas antes de abrirlo. Solté un grito asustada al descubrir su interior. No había nada. Vacío. Solo las perchas descansaban solitarias sobre la barra. Me llevé una mano al corazón.

¿Por qué no había nada en el armario? ¿Dónde estaba su ropa?

Me dejé caer sobre la cama al pensar en algo que me rompió el corazón en dos: ¿se había ido?

Las lágrimas comenzaron a caer despacio por mis mejillas. Trataba de asimilar las cosas, pensar fríamente en todo, pero no podía. Mi mente no iba ni adelante ni atrás, estaba en blanco.

Bajé corriendo las escaleras y entre en el cuarto de baño. Nada. Tampoco ahí. Ni el cepillo de dientes, ni el secador de pelo ni la crema facial que le regalé tiempo atrás. No había nada. Fui a la habitación de Sofía llorando a moco tendido, ya no tenía sentido retener el llanto. Mis temores se hacían realidad, él ya no estaba allí. Se había marchado de la que siempre había sido su casa.

Descubrir que varias de las cosas que adornaban las paredes del cuarto de su hermana habían desaparecido hizo que la realidad de su partida se intensificara, estrujándome el corazón con sus garras para exprimirlo con dureza.

Permanecí inmóvil en el centro de la habitación, observando todo sin poder verlo, dando vueltas sobre mí misma mientras trataba de encontrar una razón, una respuesta, un porqué.

Desolada, volví al piso de arriba, a aquella cama en la que habíamos compartido besos y caricias, pero también risas y conversaciones mientras la noche avanzaba y nosotros solo queríamos bebernos las horas descubriéndolo todo el uno del otro. Me dejé caer sobre el colchón. Utilicé la manga del abrigo para limpiarme la cara, fijando mi mirada en el armario que permanecía abierto. Y entonces vi algo en el fondo, en una esquina, oculto entre las sombras. Era un frasco, un bote de cristal grande con la tapa de plástico. Me acerqué y lo saqué con cuidado para dejarlo sobre la cama. Tomé asiento a su lado sin dejar de mirarlo. Estaba lleno de papeles doblados y enrollados. Lleno hasta arriba. Al darle la vuelta descubrí una pegatina en la que podía leerse algo escrito del puño y letra de Jorge: «Frasco de recuerdos felices». Supe que estaba invadiendo su intimidad por completo y me importó una mierda. Me sorbí la nariz antes de abrir el frasco y saqué uno de los papeles que había en su interior. Era una servilleta. La reconocí. Era igual a las del bar de Tomás.

«Cuando me ha mirado a los ojos por primera vez desde el otro lado de la barra».

Me dio un vuelco el corazón.

¿Eso lo había escrito él? Miré el frasco de nuevo. «Recuerdos felices». ¿Sus recuerdos felices?

Saqué otro papel con manos temblorosas, este doblado en varias partes.

«Cuando he despertado y seguía dormida a mi lado».

Mi respiración se aceleró. Saqué otro papel. Era un ticket de compra de la tienda de Esther, había escrito en el dorso.

«Cuando da vueltas en silencio a su café y finge que no me ve entrar en el bar».

Una sonrisa apareció en mis labios a la vez que una lágrima rodaba por mi mejilla.

«Cuando la he rescatado del terraplén y me ha abrazado con fuerza».

«Cuando he escuchado por primera vez su risa. He sentido paz».

«Cuando se ha emocionado al ver las estrellas fugaces».

«Cuando la he asustado en Las Monjas. Nos hemos besado por primera vez. Creo que esta chica ha venido aquí para ayudarme».

«Cuando ha aguantado el parto de Adela como una campeona».

«Cuando ha dicho que me quería. Y yo a ella. Este ha sido el mejor momento de mi vida».

No los leí todos. Había demasiados. Y qué manera de llorar. Creo que incluso mojé alguno de los papeles con mis lágrimas.

Jamás en mi vida había visto algo tan bonito como eso. Jorge guardaba un frasco con notas en las que apuntaba sus recuerdos felices. Y todos eran sobre mí. Momentos que habíamos vivido juntos, situaciones que compartimos pese a no ser pareja todavía, y muchas de las cosas que sucedieron entre nosotros cuando yo llegué al pueblo. Desde entonces, formaba parte de sus recuerdos felices.

No podía parar de llorar y sonreír. Acaricé los papeles y me dieron ganas de abrazarlos. Estuve a punto de tumbarme en la cama, coger todos los que me cupieran en las manos y lanzarlos al aire para que cayeran sobre mí como si de una rapera en un videoclip se tratara (y lo que tirara fueran billetes de dólar, claro).

La más absoluta felicidad me recorrió entera. Tuve ganas de gritar, de saltar y de llorar un poquito más, pero lo que en realidad necesitaba era encontrarlo. Tenía que verlo para decirle que lo amaba más que a nada, que

nunca iba a dejarlo solo y que haríamos de la nuestra una historia con la que llenar cientos de frascos como ese.

Cogí un último papel. Era más grande que los demás y estaba enrollado. Lo alisé con cuidado antes de leerlo.

«Cuando la veo pintar. Adoro cómo arruga el labio superior y mira concentrada el lienzo. Me encanta ese moño despeinado que suele hacerse y que vaya llena de pintura después porque no se da cuenta de que se mancha la cara cada vez que se toca la frente. Verla hacer lo que le gusta me hace sentir tan bien que creo que jamás encontraré un recuerdo más feliz que Alicia ante un cuadro».

Me cubrí la boca con la mano tratando de silenciar el sollozo. No lo conseguí.

Guardé todos los papeles en el frasco, lo devolví a su lugar en el fondo del armario y bajé corriendo las escaleras para ir hasta mi coche. Tenía que ir a la borda. Seguro que estaba allí. Tenía que encontrar a Jorge.

Corrí hasta la plaza y saqué la llave del Focus del bolsillo de mi abrigo.

—¡Alicia! ¡Has vuelto!

Me giré para encontrarme con Miriam, que correteaba hacia mí. Ya había anochecido. Se veía luz a través de las ventanas de la tienda.

—Acabo de llegar hace un rato —murmuré, tratando de aparentar normalidad.

—Siento mucho lo de tu madre, perdona por no haber ido al funeral...

—No digas tonterías —la corté—, no pasa nada. Ya sabes que mi relación con mi madre era inexistente. Pero tenía que ir a Madrid, no podía dejarla sola. Yo...

—Lo entiendo, Alicia, no tienes que darme explicaciones.

Me abrazó con fuerza y me agarré a su abrigo, sintiéndome reconfortada. De repente, se me llenaron los ojos de lágrimas. Otra vez. Demasiadas emociones en tan poco tiempo. Ella lo vio cuando nos separamos. No dijo nada, solo se quedó mirándome muy fijo.

—Se marchó cuando tú te fuiste.

—Voy a buscarlo ahora. —Señalé hacia mi coche, dándole a entender mis intenciones.

—No creo que esté en la borda.

—¿Qué dices? —exclamé sorprendida—. ¿Y dónde va a estar si no?

—No lo sé... Nadie lo sabe. Nadie lo ve desde que volviste a Madrid.

Sentí que las piernas me fallaban, que se vencían ante el peso de sus

palabras.

—Miriam... no me digas eso, por favor.

—Lo siento, Alicia, pero se ha ido.

—¿Adónde? —balbuceé entre lágrimas—. ¿Cómo va a marcharse? No puede haberse ido... no tiene sentido... ¿A dónde va a ir si no es a la borda? Oh, Dios mío, Miriam, por favor...

Me cubrí la cara con las manos, las rodillas me fallaron y caí hacia delante. Ella se agachó frente a mí, me cogió por los brazos para ayudarme a ponerme en pie de nuevo. No me hubiera importado quedarme en el suelo, se estaba bien, podía quedarme allí un rato. Llorando. Dejando que la pena saliera. Intentando encontrar el sentido a todo lo que estaba pasando.

¿Cómo se iba a marchar de Aragüés? ¿A dónde podía haber ido? Otras preguntas me asaltaban, y esas eran peores. ¿De verdad había decidido dejar de luchar por lo nuestro? ¿Acaso no quería volver a verme nunca y se había marchado del pueblo para hacer ese deseo realidad? No podía ser. No podía haberse marchado. No podía...

Quise gritar, dar patadas, aullar de dolor y frustración.

Los brazos de Miriam me rodearon y consiguieron que no volviera a caer al suelo. Me agarré de nuevo a su abrigo, mi mirada se centró en las luces de la tienda y decidí una cosa. Tenía que comprobarlo con mis propios ojos.

—Voy a la borda.

Miriam se sobresaltó cuando me aparté de ella con brusquedad. Abrí la puerta del coche y entré con torpeza, golpeándome el codo con el asiento al sentarme.

—Alicia, por favor, no conduzcas en este estado —pidió, antes de que cerrara la puerta—. Es de noche y... no vas a encontrarlo allí.

—¡No lo sabes! ¿Has ido a comprobarlo tú misma? —grité mirándola.

Me di cuenta de que sonaba como una histérica, y ella no tenía culpa de nada. Pero no le pedí disculpas. Estaba cegada. Debía ir a buscarlo. Debía comprobar que no estaba allí, descubrir que de verdad había escapado de lo nuestro poniéndole fin a todos esos recuerdos felices que guardaba en un jodido frasco de cristal. Si lo hubiera tenido delante, lo habría cogido para tirarlo al suelo y que estallara en cien pedazos.

—Alicia... por favor...

Negué con la cabeza. Cerré la puerta con fuerza y arranqué. Di marcha atrás y ella se quedó observándome con tristeza. Ni la miré al pasar a su lado. Me daba igual todo lo que dijera, necesitaba ir a la borda. Debía asegurarme.

Tenía que hacerlo. Tenía que comprobarlo con mis propios ojos.

Conduje como pude. Entre los nervios, la angustia y la preocupación que sentía, no sé cómo fui capaz de llegar hasta la borda. Cogí todos los baches del camino forestal. Caí en la cuenta de que yo no podía transitarlos una vez llegué a mi destino. Ni siquiera pensé en qué pasaría si el forestal me detenía y me pedía el permiso. Menos mal que no sucedió. Detuve el coche en la puerta y salí sin parar el motor siquiera. Eché a correr hasta la borda y golpeé la puerta fuera de mí. Grité, lo llamé, aporreé la madera. Pero nada pasó.

No estaba allí.

Las ventanas estaban cerradas. También la nave de detrás. Aquello parecía un lugar fantasma.

Era de noche, los sonidos del bosque me envolvieron y me encontré a mí misma sentada en el suelo de la entrada, abrazada a mis rodillas y llorando desconsolada.

¿Dónde estaría? ¿Por qué se había ido sin decir nada a nadie? ¿Por qué había dejado de luchar por nosotros? ¿Por qué no había tenido el coraje necesario para hacer frente a esos demonios que decía tener superados?

Era un cobarde.

Y yo una ilusa que creyó que todo podría solucionarse.

LA VIDA SIN TI

Los días posteriores fueron terribles. Por no decir que viví en una especie de burbuja de autocompasión y lágrimas.

No dejé que nadie se acercara. Decidí quedarme a solas conmigo, con mis pensamientos, mi enfado y mi tristeza. No contestaba al teléfono ni salía de casa. Pasé dos días completamente recluida en casa, sin ver la luz del sol, con el pijama puesto, alimentándome a base de café. Cerré las ventanas, cerré la puerta con llave y cerré a Alicia. Construí una burbuja a mi alrededor. No se trataba un muro. Jamás fui capaz de incomunicarme durante mucho tiempo, y tampoco soy de las personas que dejan que algo que les pasa se convierta en la base de lo que será en el futuro. Pero sí me metí en esa burbuja que antes o después explotaría y me permitiría continuar con la vida en el mundo exterior. Aunque, antes de que eso sucediera, necesitaba un par de días ahí.

Me harté a ver películas de llorar. Comí gusanitos de maíz en una proporción completamente insana. Lloré a moco tendido con las canciones que más le gustaban a Jorge. Pasé horas tumbada en el sofá abrazada a una de sus camisetas. Recordé mentalmente todos sus tatuajes varias veces al día.

Al tercer día, resucité de entre los muertos. Porque lo parecía de verdad. Mi cara daba miedo. Así que decidí ducharme, adecentarme y tratar de volver a algo similar a la rutina. Tenía una escuela de arte que abrir. Eso fue lo que me dio fuerzas, aunque hacía las cosas como una autómatas. Sin sentimiento, sin ganas, sin alegría. Iba a hacer mi sueño realidad, pero sin él. Y aquello ya no parecía tan bonito como un par de meses atrás.

Lo primero que hice fue volver a su casa. Sí, lo sé, no debería haberlo hecho, pero no pude evitarlo. Mis pies me llevaron solos hasta la puerta y, cuando pude reaccionar, estaba sentada en la cama de su cuarto. Y tenía el frasco de recuerdos felices en mi regazo.

Admito que fue una especie de autoflagelación. Volver allí para ver eso... no sé, puede que no me entiendas, o puede que hubieras hecho lo mismo, pero necesitaba verlo de nuevo.

Saqué todos los papelitos, los leí uno a uno, lloré muchísimo, pero... sonreí más. Y eso sucedió porque me di cuenta de que alguien que es capaz de hacer algo así no puede hacerlo sin estar enamorado de verdad. Supe que Jorge me quería, que me amaba con toda su alma. Esa que decía tener oculta

entre tinieblas. Esa que se dejó vencer por ellos, por esos demonios que ganaron la batalla que llevaba combatiendo tanto tiempo. Darme cuenta de aquello hizo que me enfadara más con él, aunque en ningún instante dejé de quererlo.

Unos días después, cuando Alfredo me vio entrar al bar, se acercó a mí y me miró con cariño. Yo tuve que hacer auténticos esfuerzos para no echarme a llorar. Él se dio cuenta y no dijo nada, solo me acarició el pelo y me dijo que estaba allí para lo que necesitara. Aquella tarde fui a su casa. No se sorprendió al encontrarme al abrir la puerta. Lloré mucho y hablé también, dejando salir lo que pensaba acerca de su sobrino.

—No entiendo qué puede haber pasado por su cabeza —admitió afligido—. De verdad que no sé qué le pasa.

—Es un cobarde.

—Imagino que tendrá sus razones. No quiero juzgarlo sin saberlas, pero estoy preocupado por él. Jamás había estado desaparecido durante tanto tiempo. Ni siquiera cuando pasó lo de Sofía.

—¿Desapareció entonces? —pregunté, sorbiéndome la nariz.

—Se fue del pueblo durante una semana entera. Nadie sabía a dónde había ido. Cuando volvió, tampoco lo explicó. Yo fui el único que le echó la bronca por aquello. Estuve preocupadísimo. Me dijo que necesitaba irse, respirar un aire diferente al del pueblo para poder recuperarse, ser capaz de pensar y de volver a ser como él era antes de que aquello sucediera. Lo entendí. Y por eso te digo que ahora no voy a juzgarlo sin saber qué pasa por su cabeza.

—En esa cabeza que tiene no pasa nada, la tiene vacía.

Alfredo sonrió y me dio unas palmaditas en la mano con cariño.

—En su cabeza solo hay sitio para una cosa ahora mismo, Alicia.

Mi lacrimógena mirada lo observó sin atreverse a preguntar nada. Sabía qué quería decirme, pero no quise oírlo. Que me dijera que solo había sitio para mí, dada la situación, me parecía irreal y una especie de broma de mal gusto. Aunque, en un rincón de mi corazón, algo me decía que tenía razón, que Jorge me quería de verdad y que solo estaba asustado.

Mandé ese pensamiento a la mierda.

Tomé aire, me cuadré de hombros y entré en la sala. Estaba abarrotada. Mucha gente de Aragüés había venido a acompañarme y también bastantes

habitantes de Hecho y otros pueblos cercanos. Rodeaban las mesas cubiertas de canapés y montaditos, charlaban animadamente con un vaso de vino en la mano y reían entre ellos. La inauguración de mi escuela de arte había llegado. El ambiente era muy agradable. Para ellos, claro. A mí me parecía fuera de contexto.

No tenía ganas de sonreír. No quería hablar con nadie. Me causaba malestar escuchar tonterías provenientes de personas que no conocía y que alababan mi trabajo expuesto en las paredes. Solo quería decirles que se fueran de allí para ponerme a gritar. Porque la persona que debía estar ahí, acompañándome, no estaba.

¿Dónde estás, Jorge? ¿Por qué no vuelves?

—Esto está genial, Alicia.

Me volví hacia Esther, que sonreía con un refresco en la mano y observaba mis pinturas. La miré y asentí despacio.

—Gracias.

—Sonríe, por favor.

Miriam acababa de abrazarme por la cintura. Tragué saliva y volví a asentir.

—Es tu sueño, es lo que tanto has luchado por conseguir. Disfrútalo.

—Lo echo de menos.

—Lo sé...

Se me llenaron los ojos de lágrimas y agaché la mirada.

—¡Gabinete de crisis!

Megan apareció entre la gente, me cogió la mano y me arrastró con ella.

Había llegado esa misma mañana, sola. Estefan tenía que trabajar y le fue imposible cambiar turnos para poder estar presente. Me había llamado para desearme suerte, decirme que me quería mucho y que todo saldría genial, que enviaba a Megan con la fuerza de ambos para apoyarme.

—No puedes llorar aquí —exclamó, cerrando la puerta tras nosotras una vez entramos en el cuarto de baño.

—Lo sé, y lo intento.

Me sequé las lágrimas con la manga del jersey. Ella me tendió un trozo de papel higiénico.

—Ali, de verdad... Me rompe el corazón verte así. Dime qué puedo hacer para que seas capaz de disfrutar de este día.

—Borrar el último año de mi vida.

—Eso no puedo hacerlo, lo siento.

Suspiró antes de cogerme la mano. Yo cerré los ojos un instante, tratando de calmarme y centrarme, porque tenían razón. Todas mis amigas la tenían. Ese era mi día, debía disfrutarlo, sonreír y alegrarme de haber conseguido abrir mi propia escuela de arte. Pero la sombra de Jorge oscurecía la situación.

—¿Y nadie sabe nada de él? —preguntó en voz baja.

Se oían las conversaciones de la gente fuera, el ir y venir en la calle, alguna carcajada...

—No ha ido por su casa desde hace tres semanas. En la borda tampoco hay rastro. He preguntado a todo el mundo por él y nada. No hay nada. Incluso fui a casa de Abel y Nagore para saber si habían recibido noticias tuyas.

—Eso es más de lo que deberías haber hecho.

—No lo sé, Meg. Ya me da igual qué debería o no haber hecho. Si me paro a pensar en lo que debí hacer...

—Es tontería hacer eso, tienes razón. Ahora céntrate en hoy e intenta disfrutar. Es tu día, Ali.

—Lo sé.

—Emilio estaría tan orgulloso de ti. Casi me lo puedo imaginar sonriendo ahora mismo. ¿Recuerdas cómo nos regañaba cuando éramos niñas y yo me quedaba a dormir en tu casa y nos pillaba en la cocina robando galletas? — Sonrió con nostalgia.

Se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

—Claro que sí. Pero después nos daba una galleta y nos decía que nos fuéramos a dormir.

—Tu padre era estupendo, Ali. Le habría encantado ver esto.

Megan me acarició el brazo y entonces lloré de verdad.

Cuando volví fuera, con la cara lavada y una sonrisa postiza, traté de hablar con la gente, interactuar con ellos, mostrarles mis obras, contarles qué quería hacer y cómo iba a funcionar todo a partir del lunes siguiente, que sería cuando las clases comenzarían oficialmente. Ya tenía dos grupos para comenzar, uno de niños y otro de adultos. Estaba emocionada, y eso sí era algo que Jorge no podía eclipsar.

Casi sin darme cuenta, una hora después, había conseguido sonreír de verdad en un par de ocasiones. Empecé a encontrarme a gusto, y el resto de la tarde la cosa fue mejorando. Vi que Megan me guiñaba un ojo desde el fondo de la sala al verme.

Serían cerca de las ocho de la tarde cuando todos se marcharon. Esther, Miriam y Megan volvieron a Aragüés juntas, y yo me quedé, argumentando que quería pasar un rato ahí sola. Era verdad. Necesitaba un poquito de soledad.

Cerré la puerta de la escuela, apagué todas las luces excepto la de un rincón y me senté en una de las sillas. Respiré hondo, miré a mi alrededor y sonreí. Fue una sonrisa auténtica. Me sentí orgullosa de mí misma. Imaginé cómo sería eso al lunes siguiente, con el sonido de las sillas moviéndose, con las preguntas de los alumnos, con los tornos en marcha... Se me puso la piel de gallina.

Miré al techo y suspiré.

—Lo he conseguido, papá.

Volví a Aragüés calmada, tranquila tras la inauguración, con mil cosas referentes a las clases y al ritmo de estudio que tendrían mis alumnos rondándome la cabeza, pero habiendo dejado el recuerdo de Jorge a un lado. Me sentía orgullosa por haber sido capaz de disfrutar de mi día pese a todo.

Al ascender la cuesta de entrada al pueblo, me encontré con un Jeep blanco parado en medio de la calle. La puerta del conductor estaba abierta y las luces del interior encendidas, pero no parecía haber nadie dentro. Presioné el centro del volante haciendo que el claxon sonara durante varios segundos. Nadie apareció. El coche seguía ahí plantado y nadie parecía tener intención de ir a moverlo.

—¡Pero bueno!

Volví a tocar el claxon. Los segundos pasaron y mi paciencia fue desapareciendo poco a poco. Tenía una cena con las chicas para celebrar lo de la escuela e iba a llegar tarde por culpa del idiota que fuera. Oprimí el centro del volante con más fuerza, pero no me sirvió de nada.

Lo más gordo es que ningún vecino salió a la ventana a ver qué pasaba. Jodido pasotismo de las montañas.

Mi calma post-inauguración comenzó a evaporarse. Salí del coche para ser yo misma la que moviera el maldito Jeep. Caminé furiosa hasta la puerta abierta y me metí en el asiento del conductor.

No había llaves.

Fue una especie de gota que colmó el vaso. Mi vaso. Y su contenido se

derramó.

Todo lo malo que había estado acompañándome desde que descubrí que Jorge había desaparecido y no tenía intenciones de volver regresó como un huracán para desgarrarme por dentro. Y la pagué con el jodido Jeep. Las lágrimas volvieron y la rabia contenida se desató. Golpeé el volante y grité mucho. Fue una suerte que ningún vecino saliera a mover el coche. Que me vieran en ese estado habría conseguido que nadie viniera a mi escuela de arte.

Pocos minutos después, me quedé en silencio, agarrada al volante, con la cabeza reposando en mis antebrazos, intentando calmar mi maltrecho corazón y mi respiración acelerada. Y fue entonces cuando escuché la canción. Miré el equipo de música del Jeep. Estaba apagado. ¿De dónde venía esa melodía? Me pasé las manos por los ojos para secarlos y bajé del coche. Miré en todas las direcciones. De repente, reconocí de qué canción se trataba y mi corazón se detuvo. Sam Cooke y su *(What a) Wonderful World*. No tenía ni idea de dónde venía, pero sí sabía de quién. Caminé alrededor del Jeep, buscándolo con desesperación, escrutando los rincones entre la oscuridad de la noche que ya se cernía sobre el pueblo, con el pulso acelerado y unos nervios tan intensos que me apretaban el pecho hasta impedirme respirar.

Y entonces lo vi.

Estaba de pie junto a una esquina, vestido con sus habituales ropas oscuras, llevando una coleta que retiraba su melena rubia de su precioso rostro. No recordaba que llevara la barba tan corta, aunque sí la profundidad de sus ojos azules. Quise correr hasta él, pero no podía moverme. Estaba clavada al suelo.

—Hoy soy yo el que obstaculiza la calle —murmuró, colocándose frente a mí y regalándome una sonrisa dulce como la miel.

No sonreí. No dije nada. No podía.

Los segundos pasaron y nosotros permanecimos ahí, uno frente al otro, observándonos como si fuera la primera vez, dejando que nuestras miradas dijeran todo lo que queríamos sin palabras. La canción volvió a empezar y su melodía nos envolvió a ambos.

—Odio verte llorar, chica pija —murmuró, pasado un rato.

—Y yo te odio a ti.

—Deberías, aunque sé que no es cierto.

Su mano fue hasta mi mejilla y la recorrió, consiguiendo que cerrara los ojos ante aquella caricia que sentí hasta en el alma. Lo había echado tanto de menos.

—Lo siento, forastera, lo siento muchísimo —dijo mientras la voz de Sam Cooke seguía entonando. Sus ojos se clavaron en los míos y, por primera vez en todo ese tiempo, se abrieron para mí—. No sé demasiado de la vida. No sé nada de las relaciones. Y me asusté. Cuando dijiste que te ibas, creí que no volverías, que se repetiría la historia y que me dejarías para siempre. Tuve miedo. Y fui un gilipollas. La cagué de nuevo. Siempre la cago, ya lo sabes, te lo dije hace mucho tiempo. Puede que sea tarde para pedirte perdón y tratar de enmendar mis errores, pero sin ti ya no soy.

Sollocé al escucharlo. El azul de sus ojos ya no era helado, jamás había sido más cálido. Parecían completamente serenos por primera vez. Y yo estaba hipnotizada por la sinceridad y la determinación que mostraban.

—Nada me sirve sin ti, Alicia. Me enseñaste a amar, me ayudaste a comprender lo que es el amor. No solo hacia ti, sino también a quererme a mí mismo. Diste luz a mis sombras y, desde que te dejé ir, todo es oscuridad de nuevo. Yo solía creer que esa oscuridad era mi hogar, pero tú llegaste para demostrarme que no es así. Y ahora sé dónde está ese lugar de verdad, forastera. Tú eres mi refugio, mi casa, mi vida. Perdóname, dame otra oportunidad y déjame amarte como te mereces.

Guardé silencio, tratando de asimilar lo que estaba sucediendo, intentando comprender.

—¿Dónde has estado? —pregunté confusa.

—En la montaña.

La sorpresa que mostró mi rostro lo obligó a explicarse.

—Fui a la borda cuando te marchaste, estuve allí unos días, pero después seguí hacia arriba. Necesitaba aire fresco, tomar contacto con el que siempre ha sido mi mundo para encontrarme de nuevo conmigo mismo. Me sentía perdido, sabía que había hecho mal dejándote de aquella manera. Pero tenía que desaparecer por un tiempo para darme cuenta de la mayor de las meteduras de pata de mi vida. Sé que he sido un cobarde, que te he hecho muchísimo daño y también soy consciente de que puede que no quieras perdonarme. Pero no podía aguantar más tiempo sin verte. —Sus ojos se empañaron. Cogió mi mano con delicada lentitud y la llevó hasta su boca para acariciarla con sus labios. Se me erizó todo el vello del cuerpo, se me erizó el alma—. Te amo, Alicia. Siento haber tenido que comportarme así para darme cuenta.

—Darte cuenta de que yo no voy a desaparecer —respondí con dureza, tratando de hacerle ver lo equivocado que había estado.

—Ahora lo sé.

—Creíste que no volvería.

—Es cierto, lo creí.

—¿Cómo pudiste? ¿No te dabas cuenta de lo mucho que te quiero? —
grité.

—Claro que sí, pero dejé que los demonios vencieran. Lo siento mucho.

Y yo lo creí. Supe que decía la verdad. Supe que lo que pensé al volver a su casa y leer todas y cada una de las notas de aquel frasco era cierto. Me amaba, pero tuvo miedo. Tenía que saber la verdad. Tenía que entenderla.

—¿Qué iba a hacer yo en Madrid? ¿Cómo iba a quedarme allí? —sollocé, apretando su mano, que todavía sujetaba la mía—. Ese lugar ya no es para mí, no me gusta, no quiero volver nunca. ¿Sabes por qué?

Él negó sin apartar la mirada.

—Porque mi lugar favorito en el mundo eres tú, Jorge.

Sonrió emocionado antes de dar un paso hacia mí. Sus manos se aferraron a mi cintura. Yo me acerqué a él un poquito más, coloqué mi mano en su mejilla y acaricié su barba con dedos trémulos.

—Sé que te asustaste, que creíste que todo volvía a suceder de nuevo, pero yo no soy ellos, Jorge. Te lo dije mil veces y jamás lo creíste. El pasado es eso, pasado. Tienes que abrirte ante el futuro y el presente, dejar los fantasmas atrás y permitirte vivir la vida de una vez. Debiste creerme cuando te dije que volvería. Debiste creerme cuando te dije que te amaba de verdad.

—Lo sé, y no me cansaré de pedirte perdón por no hacerlo.

Cerré los ojos antes de tomar una bocanada de aire. Al volver a abrirlos y verlo allí, arrepentido, sabiendo que se había dado cuenta de su equivocación, decidí que ya estaba bien de hacernos más daño. Coloqué mis manos en sus mejillas.

—Fui a buscarte a tu casa el mismo día que volví aquí y encontré algo que olvidaste en tu armario.

Me observó dudoso, aunque una chispa de entendimiento cruzó su rostro de repente. Sabía lo que iba a decirle. Su expresión se tornó vergonzosa. Lo había olvidado. No recordaba que había dejado su frasco de recuerdos felices en un rincón del armario. Me pareció tan adorable que me hizo sonreír.

—Es lo más bonito que he visto en la vida, Jorge. Solo tú podías hacer algo así y pretender aparentar que eras una persona tan fría.

—No es cierto. Siempre lo he sido. El Sombrío, ¿recuerdas?

—Nunca lo fuiste. Alguien que es capaz de anotar día tras día, momento

tras momento, las cosas que más feliz lo hacen de otra persona, incluso cuando no la conoce... no puede ser sombría.

Nos quedamos unos segundos en silencio. La música seguía acompañándonos. Jorge me agarró por la cintura para mecernos al ritmo. Se agachó hacia mi cuello y respiró profundo, haciendo que su aliento chocara contra mi piel, erizándola a lo largo de toda mi espalda. Comenzó a cantar en voz bajita, penetrante y clara, eso que Sam Cooke decía en aquel momento.

—Pero sé que te quiero, y que si tú también me quieres, qué mundo tan maravilloso sería este.

Tenía razón. Qué mundo tan maravilloso con él a mi lado. Ese día, al siguiente, al otro, al otro...

Me aferré a su espalda, apoyando la nariz en su hombro, cerrando los ojos mientras bailábamos y él seguía cantando con voz suave en mi oído.

—No vuelvas a desaparecer —murmuré, aferrándome con fuerza a sus hombros.

—Nunca.

Abrió la boca para decir algo más, pero no dejé que lo hiciera. Mis labios estuvieron sobre los suyos para besarlos como solo en los finales felices de las películas se besan.

CINCO AÑOS DESPUÉS...

Jorge

Alguien debió explicarme cómo funcionaba esto en su momento. De haberlo sabido, me habría pensado mucho mejor las cosas.

Ni siquiera la voz de Paul McCartney cantando *Let It Be* consigue relajarme mientras conduzco. Y hay muy poco que las canciones de los Beatles no consigan.

—Quiero a Picasso.

—Lo sé, yo también.

—No, lo quiero ahora. Aquí.

—No puede ser, Sofía, está en la borda. Lo sabes perfectamente. Iremos a por él mañana por la mañana.

—¡Pero yo lo quiero ahora!

Respiro hondo y miro a través del espejo retrovisor. Ni rastro de la dulzura que derrocha a veces. Ahora solo hay mal genio y esos aires de mandona que ninguno nos hemos atrevido a bajarle nunca. Deberíamos haberlo hecho. Cuando tenía dos años y comenzó a refunfuñar de esa manera. Ahora que ya tiene cuatro va a ser complicado.

—Sofía, por favor. Iremos mañana, no hagas que me enfade. Vamos a ver a mamá en uno de los días más importantes de su vida. ¿Quieres que papá se enfade contigo y luego se lo tenga que contar a mamá para que se ponga triste en este día tan especial?

Hace un puchero y se cruza de brazos. Yo sigo observándola a través del retrovisor.

—Sofía... —la llamo para que me conteste.

—¡Vale! Pero quiero un caramelo.

La madre que la parió. Pongo los ojos en blanco y respiro hondo. Ni siquiera le contesto. No pienso entrar en su juego otra vez.

Me vuelve loco. Por completo. Mental y emocionalmente. Me tiene loco de amor por ella, aunque a veces me den ganas de escaparme para gritar en soledad. Cosa que hago de vez en cuando. A Alicia no le hace ni pizca de gracia que siga haciéndolo, pero, si no tuviera esos ratos a solas cuando las cosas se ponen complicadas, sería incapaz de seguir adelante.

Cuando volvió de Madrid tras el fallecimiento de su madre, decidimos

avanzar en lo nuestro y comenzar la convivencia. Se vino a mi casa y dejó la que había sido la suya durante casi un año. Lo más complicado no fue la convivencia en sí, en absoluto; eso con Alicia es sencillo casi siempre. Lo malo fue encontrar un lugar para establecer su estudio. En mi casa no había espacio, así que tuve que convencer a Manuel para que me vendiera la casa junto a la mía. Era vieja, no tenía intención de habitarla, y era el lugar perfecto para que mi forastera dejara todas sus pinturas, lienzos, tornos y demás utensilios. Sonríó al recordar sus lágrimas cuando le enseñé el estudio. Fue una sorpresa por su cumpleaños. Me lo agradeció justo donde ahora hay un sillón viejo y desvaído frente a uno de esos tornos que usa para las esculturas. Y sé a ciencia cierta que fue entonces cuando concebimos a nuestra pequeña.

Recuerdo la cara que se me quedó cuando me dijo que estaba embarazada. Creí que me tomaba el pelo. Y jamás me había hablado más en serio. La abracé y la besé entre carcajadas. Ser padres. Ella y yo. Alicia sería la madre de mi hijo. Incluso lloré. Y ella rio al verme, consiguiendo que ese sonido que tanto me recordaba al verano y a la felicidad me llenara por completo. Iba a ser papá, gracias a ella.

No fueron unos meses sencillos. Tuvo un embarazo complicado. Cuando estaba de dos meses y medio, comenzó a sangrar. Nos llevamos un susto tremendo, pues creímos que el bebé había tenido problemas y que las cosas saldrían mal. Le recomendaron reposo absoluto y pasó tres meses en casa, durante los que no hizo otra cosa que leer y ver películas. Cada noche, yo la subía en brazos hasta la cama y por las mañanas la bajaba al salón con mil cuidados. Ella me sonreía cuando yo me marchaba a trabajar y entonces comenzaba mi suplicio. Fui bastante pesado aquella temporada, pero tenía tanto miedo de que algo malo pasara y perdiéramos al bebé que no podía dejar de llamarla por teléfono o pedirle a Miriam y Esther que pasaran a verla un rato. Si ella se agobió, en ningún momento me lo dijo.

La llegada de la niña me provocó una pequeña crisis. No te voy a engañar, un bebé en mi vida fue algo que tardé en ubicar. Sabía que llegaría, que la querría mucho, estaba emocionado por ser padre, pero... la sombra de mi pasado planeaba sobre mi cabeza, de día y de noche. Y tenía miedo. Mucho miedo. ¿Y si...? No podía evitar esas jodidas preguntas los días previos al gran día. Pero, cuando la vi, todo desapareció. Era tan bonita...

—Se llamará Sofía —anunció Alicia cuando la sostuve entre mis brazos por primera vez.

Parpadeé antes de mirarla. Ella me sonrió, y sus ojos castaños se humedecieron emocionados. Yo lloré como una magdalena. Tal como te lo cuento. Incluso hice llorar a Sofía. Un recuerdo penoso que debe quedar entre tú y yo.

Y, desde entonces, la vida ha cambiado tanto que los recuerdos del pasado me parecen irreales.

La niña nos trajo alegrías, discusiones, risas, indecisiones, miedos, cansancio... Todo lo que antes me atormentaba dejó de importar, ahora había cosas importantes que sí merecían quitarme el sueño de vez en cuando. Y, cada vez que veía sonreír a Sofía, lo compensaba todo. Esa carita redonda de mejillas sonrosadas como su madre y de ojos azules como mi hermana, esa vocecita que a veces parecía tan dulce y otras tan resabiada, mi niña, mi Sofía. Ella lo valía todo.

—Papá...

Me vuelvo hacia mi pequeña tras haberla sacado del coche y veo que me hace gestos con las manos para que la coja en brazos. Su madre suele decirme que debemos dejar de hacerlo, porque ya es mayor y tiene que caminar, pero a mí esa carita de ángel me puede. Así que me agachó para cogerla y ella pasa las piernas a mi alrededor. Sentir sus bracitos agarrándome el cuello y su cabeza apoyada en mi hombro me vale la vida entera; si su madre me ve, puede echarme el rapapolvo que quiera.

Caminamos los escasos cien metros que hay desde donde he aparcado hasta la escuela de arte. Bueno, yo camino, Sofía se entretiene toqueteándome la barba. ¿Qué pensabas, que me la había afeitado? Eso solo lo hice una vez y fue porque la mujer que me lo pidió me llevaba de calle con sus ojazos marrones y todo eso de que era un greñudo y parecía un pordiosero. Si ella no vuelve a pedírmelo, yo no pienso afeitármela. Y me consta que le gusta muy mucho, así que preveo barba para días. Lo que sí he cambiado ha sido la largura de mi pelo. Ya no lo llevo tan largo; ahora que tenemos una peluquera en el pueblo, dejo que me peine a la moda y no me importa demasiado cómo me lo deje. Nagore es peluquera. Menuda sorpresa, ¿eh? A Alicia no le hacía demasiada gracia al principio. Cuando le dije que iba a ir a cortarme el pelo allí, casi me fulmina con la mirada. Pero terminó aceptándolo e incluso ella misma va cada cierto tiempo a hacerse unos retoques.

—¿Y si me pone un tinte azul? Podría matarla —me preguntaba, horas antes de su primera cita en la peluquería de Nagore.

—Lo sé, forastera, pero no lo haré. ¿Crees que va a ser tan idiota de perder

una clienta como tú y de que el resto del pueblo se entere de algo así? Aunque he de admitir que verte con el pelo azul sería todo un acontecimiento. Madre mía, incluso podríamos hacerte una foto para enmarcar y ponerla en el bar. Junto a la de la abuela de Tomás, ya puedo imaginarlo.

Alicia me dio un manotazo a la velocidad de la luz y después se echó a reír a carcajadas, saltó encima de mí y me besó con las ganas que le pone siempre a todos los besos que me da. Porque puede estar enfadada, preocupada o incluso triste, pero siempre le da a sus besos el énfasis que me deja claro que me quiere más que a nada.

¿Sabes qué otra cosa ha cambiado? Mi coche. Sí, ¡por fin! La *pickup* terminó dejándome tirado en la carretera poco después de que Alicia fuera a Madrid al entierro de su madre; Cristóbal me prestó un Jeep hasta que pude bajar a Huesca y decidir cuál sería mi nuevo vehículo. ¿Te pica la curiosidad? Pues siento decepcionarte, pero compré otra *pickup*, solo que esta vez es blanca, así el polvo se nota menos, aunque el barro suele ser su complemento habitual. Alicia ya ni siquiera me dice que la lave, aunque me deja notas en el cristal de atrás cuando está lleno de polvo. Me encantan esas notas porque suelen ser una mezcla de amor y ganas de tocarme las narices. Por eso me gustan, porque son tal como Alicia es.

Sofía y yo llegamos a la puerta de la escuela, que está plagada de gente. Veo a Alfredo apoyado en su bastón. El muy cabezota ha venido, pese a los achaques que tiene, y mira que le digo que no salga mucho de casa. Cuando sus ojos se posan en mí, veo una disculpa junto con el orgullo que le sale por los poros ante la celebración de esta tarde. Cómo iba a quedarse en casa, quiere a Alicia como a una hija. Me acerco a él y dejo a Sofía en el suelo.

—Mira que estás grande, granuja —le dice a la niña, agachándose para acariciarle el pelo rubio.

—Yayo Alfredo, ¿tienes caramelos?

—Sofía, hija mía, por favor. —La agarro por el brazo y la atraigo hacia mí para que no meta las manos en los bolsillos del pantalón de Alfredo. Tanta confianza es demasiado.

—No pasa nada, Jorge —dice él riendo, quitándole importancia.

La tiene tan mimada que es un culpable más de ese aire mandón de la niña. Pero es el único *abuelo* que tiene, y ella la única *nieta* que Alfredo tendrá nunca; no puedo negarles nada a ninguno de los dos. Mierda, se me complica eso de plantarle cara a mi hija.

—Toma, cariño. De fresa, como a ti te gustan.

Sofía grita «bien» a la vez que coge el caramelo que Alfredo le da. Yo sacudo la cabeza, dándome por vencido con ambos.

—¿Cómo van esos nervios?

Me giro hacia la voz de Ander. Viene de la mano de Miriam, que luce orgullosa su barriga de embarazada. Justo tras ellos, van Esther y su marido, un chico que conoció en Jaca y se mudó al pueblo para llevar juntos la tienda de su padre cuando falleció. A lo lejos, veo que Abel y Nagore vienen hacia aquí, él empuja el carrito en el que su pequeño descansa plácidamente antes de que Sofía lo vea.

—¡Edu!

Justo lo que decía. Mi hija echa a correr hacia ellos y se agarra al carro para comenzar a toquetear al pequeño Eduardo, de solo un año y medio, y que se ha convertido en su juguete particular. Nagore le sonrío y le acaricia la cabeza con cariño.

Madre mía. Si te digo que Nagore y Alicia se llevan bien, ¿te lo creerías? Bueno, pues haces bien en no creértelo, porque en realidad no se llevan bien del todo. Aunque se toleran. Y de vez en cuando se toman algún café juntas. Alucinante, ¿cierto? Pero forman parte de los cien habitantes del pueblo, entre los que somos una veintena de personas de entre veinte y treinta y cinco años. Tenemos que juntarnos de vez en cuando. Y ellas, además de compartir esos ratos en la peluquería, también comparten ratos en la escuela. Creo que jamás se harán amigas, pero que no haya malas caras entre ambas hace que me sienta orgulloso de mi chica.

Hablando de Alicia... Mírala, ahí viene. Está nerviosa, se le ve a la legua. Expone por primera vez una colección. Sin colaboraciones como otras veces y sin dejar que sus alumnos expongan ni una de sus obras. Solo ella. Alicia Ciruelos expone por primera vez todas sus obras y está como un flan. Y preciosa como siempre.

Veo que habla con Puri, la mujer de Cristóbal, y ambas sonríen. Imagino que Puri le está dando ánimos y diciéndole que todo irá bien. Pero eso a Alicia le da igual. Es perfeccionista, se ha hecho más durante el paso de los años, y ella quiere que todo salga bien. Y menos mal que no sabe que he llamado a uno de mis clientes de Madrid para decirle que debía mandar a alguien a echar un vistazo a la colección de arte definitiva, a las mejores obras de arte que podrá encontrar para adornar su restaurante con dos estrellas Michelin. No se lo diré hasta esta noche, cuando todo haya pasado,

así evitaré que entre en *shock* y se pase todo el rato escrutando los rostros de los desconocidos para averiguar quién es el pasante de arte que han enviado. Quiero que hoy sea feliz, que disfrute de lo que le gusta de verdad y que se relaje cuando la exposición quede inaugurada.

Me ha visto. Lo sé porque sus mejillas se han coloreado de ese rojo precioso que las ilumina cuando se pone nerviosa, sobre todo por mi presencia o por cosas que le digo. Sonríó al verla acercándose hacia mí.

—Creo que necesito una copa —anuncia, apoyando la cabeza sobre mi pecho con aire angustiado.

—Todo va a ir bien, Al. Lo tuyo es magia, y la magia le gusta a todo el mundo.

—Tú sí que haces magia —dice, levantando la mirada hacia mí y pasando las manos por mi cuello—. Con solo escuchar tu voz, consigues que me calme y los miedos desaparezcan. Debes de ser mago también.

—Sí, pero incapaz de conseguir lo que de verdad quiero de ti.

Comienza a reír, echando la cabeza hacia atrás. Su melena rubia ondea en el aire gracias a la suave brisa que sopla esta tarde de finales de primavera.

—¡Mamá!

Nos volvemos hacia la vocecita que nos vuelve locos a ambos, y Alicia me suelta para agacharse y coger en el aire al tren de alta velocidad en que se ha convertido nuestra pequeña, que choca contra su madre y la abraza con fuerza. La levanta del suelo y le llena la cara de besos. Yo sonrío porque no puedo hacer otra cosa al verlas juntas. Algo en su relación me recuerda a las mujeres que pasaron por mi vida, y evocar esas imágenes siempre me provoca sonrisas. Mi madre y mi hermana son personas que forman parte de mí, que siempre tendrán un hueco en mi interior. Y ver la relación entre Alicia y Sofía es algo que me hace sentir tan feliz y tan pleno que en ocasiones me parece irreal.

¿Sabes qué terminaría de hacerme feliz? ¿Lo que conseguiría que explotara de alegría y dicha? Que Alicia me dijera sí, que se casara conmigo de una jodida vez. ¡Y no será por insistir! Creo que ya ni siquiera me toma en serio. Tantas peticiones deberían ser ilegales, o motivo de acoso, no lo sé. Pero ella no quiere casarse conmigo. Dice que no hace falta, que estamos bien y que es una tontería firmar un papel que el juzgado ratifique para sellar nuestro amor. La primera vez que se lo pedí me rompió el corazón. Me miró a los ojos fijamente, frunció el ceño y empezó a negar muy despacio.

—No lo estás diciendo en serio, ¿verdad? —dijo en voz baja, con algo de

miedo asomando entre las sílabas.

—¿Por qué no iba a decirlo en serio? Te quiero más que a mi vida, acabamos de ser padres de esa preciosidad que duerme en la habitación de abajo, somos felices... ¿qué más motivos quieres para decidir casarnos?

—Yo no quiero casarme, Jorge.

Fue como un jarro de agua fría.

—Sé que no es algo que hayamos hablado nunca. Si te soy sincero, jamás pensé que querría hacerlo, pero ahora que te tengo aquí... Quiero casarme contigo. Ser tuyo y que tú seas mía.

—Paso de posesiones.

—¿Pero qué dices? —exclamé, incorporándome en la cama—. No lo digo de forma posesiva, como si fueras a ser mía y pretendiera anularte como persona. ¿Piensas que sería así si nos casáramos?

—No, en absoluto. Pero no quiero casarme. Estamos bien así, cariño, no tenemos que hacer nada con lo nuestro. Te quiero con locura, adoro nuestra vida como está. Sofía acaba de llegar y todo con ella es nuevo cada día. Vivamos esto tú y yo, juntos, queriéndonos como hasta ahora, amándonos con esta locura que a veces nos hace enfadarnos tanto. Ya me tienes, Jorge, toda, entera. ¿Para qué quieres más?

Y me convenció.

Pero no dejé de intentarlo.

Hasta hoy se lo he pedido cinco veces. Y su respuesta siempre ha sido que no cree en el matrimonio y tal y cual. Pero yo sigo queriendo casarme. Y este año no volveré a pedírselo porque, con una vez que me diga que no cada año, creo que es más que suficiente. Pero el año que viene...

—Ya podéis ir entrando todos.

La voz de Alicia llama mi atención. Está en la puerta, dejando pasar al interior de la escuela a todos sus amigos y vecinos, alumnos y madres de alumnos, colaboradores y personas que se han convertido en su círculo de personas, con las que trata día tras día. Miro a mi alrededor. ¿Dónde se habrán metido? Veo que Sofía está con Nagore y entro en la escuela.

Oigo que los cumplidos comienzan, se escuchan aplausos y veo a Alicia ponerse colorada.

Ahí está. Mi artista. Mi chica. Cumpliendo otro de sus sueños. Exponiendo sus obras y ganándose un hueco en el mundo del arte. Ese hueco que siempre mereció y que su padre tanto habría querido ver hacerse realidad. Observo el retrato que le ha pintado. Emilio estaría tan orgulloso de su hija

que un nudo de emoción me aprieta el estómago. La veo aceptar halagos con esa sonrisa que denota humildad, y aprecio en sus ojos que está feliz. Y si ella está feliz... yo todavía más.

—Joder, casi no llegamos.

Me vuelvo hacia la voz de Estefan. Megan está a su lado y respira con esfuerzo. Les sonrío antes de acercarme a abrazarlos.

—Gracias por venir, chicos.

—¿Cómo íbamos a perdernos el estreno de la forastera como artista?

Me echo a reír. Los ojos de Megan también están llenos de orgullo. Miramos a Alicia, y creo que los tres flotamos en esa nube que causa la felicidad por los logros de la gente a la que se quiere de verdad.

EPÍLOGO

Miro el cielo azul, salpicado de nubes blancas que pasan rápidas impulsadas por el viento que sopla esta tarde. Oigo a los pájaros cantar desde las copas de los árboles cercanos. Me encanta sentir el aire rozando mi piel, notar los rayos del sol acariciando mis brazos desnudos y calentándome el rostro. El murmullo de las voces que se escuchan a lo lejos me hace sonreír de forma tímida. Estoy nerviosa, pero sé que hago lo correcto.

Por él.

Por ella.

Por mí.

Aquel día, tras la inauguración de mi exposición de arte, esa misma noche, le dije que sí. Ni siquiera me lo pidió, no hacía falta que volviera a hacerlo. Sabía que antes o después lo haría. Jorge no es de los que se dan por vencidos, y menos en algo que siempre ha tenido tan claro como que nos casemos.

—Todo ha ido genial hoy —comentó mientras fregaba los platos y yo entraba en la cocina tras haber acostado a Sofía.

—La verdad es que sí. Tanto esfuerzo ha tenido su recompensa.

Me apoyé en la encimera y lo observé. Me encanta hacerlo. Su pelo casi rubio, ya sin coleta de por medio, tan corto y que tan bien le quedaba (porque, admitámoslo, le quedaría bien cualquier tipo de corte de pelo, incluso las rastas, a lo Melendi de los primeros tiempos). Su barba larga y cuidada que a nuestra hija tanto le gusta acariciar. La curva de su nariz y sus labios mullidos. Los tatuajes de sus brazos, entre los que se habían colado cuatro más desde que nos conocimos.

Ahora nos lleva a Sofía y a mí siempre con él, nuestros nombres y un par de aves dibujadas bajo ellos justo en el dorso de sus muñecas. Y, desde hacía un año, había decidido tatuarse en el pecho, ya no por falta de espacio, sino porque quiso que un caballete ocupara el espacio de su corazón. Así que ahí lo tiene, sin lienzo, solo el esqueleto de madera que dice sentirse ante mí. «Tú eres mi lienzo, forastera, eres esa página en blanco que la vida me guardaba y que pienso pintar de mil colores a lo largo de nuestra vida». Eso me dijo. Y se quedó tan pancho. Yo, por mi parte, lloré como una descosida. Qué le voy a hacer, Jorge y esas cosas que me dice de vez en cuando son causa casi

segura de lágrimas de alegría. Lo que quiero a este hombre no tiene nombre.

Y, por último, un pequeño símbolo de infinito. Muy trillado, muy repetido, muy lo que quieras, pero nos lo hicimos juntos. Un día que bajamos a Zaragoza a comprar no recuerdo qué. Paramos con el coche frente a una tienda de tatuajes, me miró un instante, movió sus gafas de sol de espejo para dejar a la vista sus ojazos azules y soltó la bomba.

—A que no tienes huevos de hacerte un tatuaje.

Y aquí lo tengo. En la muñeca. Para siempre. Infinito y su nombre. Al igual que él, que lleva mi nombre por segunda vez tatuado en su piel. Con una promesa intrínseca, con una confianza ciega en nuestra relación, con una seguridad de que esto es para toda la vida.

Así que estaba ahí, en la cocina, mirándolo fijamente, muy entretenida observando lo bien que le quedaba ese pijama de tela azul marino, cuando me dije a mí misma que por qué no. Y no fue por los tatuajes, ni por la niña, ni por sus peticiones reiteradas a lo largo de los años. Fue porque el amor que sentí en esos momentos hacia la persona que permanecía de pie frente a mí, fregando los platos, me sobrepasó de tal manera que me hizo pensar que podría ser capaz de explotar de felicidad. Y me importó una mierda todo aquello de no creer en el matrimonio. Porque creía en Jorge, y en mí, en nosotros. Y eso me valía todo en el mundo entero.

—Jorge, he estado pensando... —dije, llamando su atención.

—Miedo me das.

Solté unas risitas caminando hacia la silla para sentarme.

—Creo que junio sería perfecto —solté, con falsa indiferencia.

—¿Para qué?

—Si ponemos una carpa en la explanada de la borda, a mediodía, la temperatura será ideal. No quiero que nadie pase demasiado calor.

Me miró por encima del hombro, frunciendo el ceño.

—¿Se puede saber de qué me estás hablando, forastera?

—De ti y de mí. De un nosotros. Pero para siempre.

Se quedó muy quieto un par de segundos. Dejó el plato y el estropajo en el fregadero, cerró el grifo y se volvió hacia mí con las manos mojadas. Todo esto lo hizo muy despacio, como si fuera a cámara lenta. Yo sonreí observándolo.

—¿Me lo puedes repetir? —preguntó, con una sonrisa bailándole en los labios y un brillo en los ojos que consiguió acelerar mi pulso.

—Que me gusta el mes de junio.

—En la borda.

—Sí.

—Con una carpa.

—Quedaría bonito...

—Alicia, no juegues conmigo, que bastantes veces me has roto el corazón con este asunto como para hacerlo una vez más.

Me levanté de la silla, di dos pasos hasta él y salté sobre su cuerpo. Me cogió por el trasero mientras yo enroscaba mis piernas en su cintura. Acerqué mi boca a la suya.

—Sí, quiero, Jorge Lacasta.

Soltó una carcajada y comenzó a darme vueltas por la cocina.

Si la felicidad tuviera una foto de perfil, sería la nuestra en aquel instante.

Y ahora estoy aquí, esperando la señal para avanzar por el pasillo entre las sillas blancas que ocupan la carpa. Con mi vestido blanco y mi ramo de flores silvestres. Con mis nervios y mi seguridad. Con la certeza de que esto es lo que tenemos que hacer. Con una vida a mis espaldas de la que no me arrepiento de nada, excepto de haber creído que el hombre que va a casarse conmigo era un ser del inframundo frío, vacío y sin sentimientos.

Megan agita la mano y yo asiento. Es mi turno.

Las primeras notas de *Somewhere Over the Rainbow*, tocadas por un ukelele, comienzan a sonar. Mi cuerpo reacciona haciendo que se erice la piel de mis brazos. No puedo evitar sonreír. Esta es la canción favorita de mi hija. Ella quiso que fuera la que me acompañara a lo largo de este paseo que me lleva hasta su padre. Su emoción, sus ganas, su sonrisa... merecían que sonara en este momento tan importante.

Rodeo la borda y comienzo a caminar hacia el altar en el que Jorge ya me espera. Alfredo está ante él, sonriente, enfundado en un traje negro y dispuesto a convertirnos en marido y mujer. Mi pequeña princesa se encuentra en el centro del pasillo. Lleva una cesta de mimbre blanco con pétalos de rosas que comienza a tirar al verme llegar. Está radiante de felicidad, sus papás se casan y ella lo puede vivir a su lado. Veo a Estefan junto a Jorge, puede que más emocionado que ninguno de nosotros. Es el padrino y testigo. Él y mi futuro marido se han hecho muy amigos en estos años. Al mirar a mi derecha, veo a Miriam sentada con Ander, que está muy guapo con esa pajarita roja. Esther se limpia una lágrima con el pañuelo que su esposo le tiende. Al otro lado, Nagore y Abel me observan sonrientes. Y sé que son sonrisas sinceras. El tiempo nos hace crecer, madurar, aprender de

las cosas realmente importantes. Y nosotros lo hicimos. No digo que vayamos a ser los mejores amigos, pero sí nos llevamos bien. Y me siento orgullosa por ello.

Los observo a todos durante varios pasos, y después levanto la vista hacia Jorge.

Su sonrisa lo ilumina todo. No es el sol ni el cielo azul que preside este día lo que hace que sea radiante, es él. Sé que jamás olvidaré la expresión de su rostro en estos momentos. Está emocionado. Traga saliva y se humedece los labios. Cuando llego a su lado, le acaricio la solapa de la chaqueta y él atrapa mi mano con la suya.

—Forastera... estás preciosa.

—Pues anda que tú... Cuidadito con el chico sombrío.

Sonríe abiertamente y me acerco a besarlo. Alfredo carraspea, llamando nuestra atención. Y es que nos hemos olvidado del resto. Entonces, se oye una risita a nuestras espaldas, y los dos nos volvemos para ver a Sofía mirándonos con una sonrisa enorme, acariciando a Picasso, que jadea a su lado. Estiro la mano y le hago un gesto para que se acerque. Me hace caso y viene hasta nosotros, se coloca entre ambos y nos coge de la mano a los dos. Veo que Jorge observa a Sofía con esa mirada de orgullo y felicidad que tiene siempre que la mira. Incluso cuando se enfada con ella, permanece visible entre la neblina que los cubre. Suspiro antes de mirar al frente, a nuestro futuro, a la siguiente página de la historia que comenzamos a escribir Jorge y yo tiempo atrás y a la que todavía le queda mucho por contar. Y por colorear.

AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión, el primer agradecimiento debe ir para una persona en especial, la causante de que esta historia surgiera de la nada y llegara a tus manos. Gracias, Shia, porque el montañero es tuyo, porque surgió de nuestras conversaciones y, entre risas y bromas, terminó siendo algo real. Y ahora aquí está, para nuestro propio deleite. Gracias por ayudarme a crear a Alicia y a Jorge, por las risas cantando la canción del montañero y por todo. *Love you* mucho.

Ahora quiero hablar de Aragüés del Puerto, un lugar que existe de verdad y que está unido a mí en cierta manera. Vacaciones, escapadas, fines de semana... allí siempre son mejores. Si alguien quiere visitar esa zona del Pirineo Aragonés, puede contactar conmigo y le recomendaré qué cosas hacer una vez esté allí. Alicia y Jorge nos lo han contado a grandes rasgos, pero podría tratar de echaros una mano para pasar unos días inolvidables en un paraje hermoso como es Aragüés del Puerto. Si lo habéis imaginado bonito leyendo esta novela, esperad a verlo de verdad, es increíble.

Gracias a Patricia Rozalén, una de mis lectoras cero y, además, mucho más que eso. Porque es mi amiga, una gran amiga que aguanta todo el coñazo que le doy con mis novelas y mis jaleos, cuando le escribo un mensaje para decirle tonterías e incluso cuando se trata de cosas serias. Te quiero, amiga, más que a la pasta.

También quiero agradecer a Mónica Brandon, la última de las lectoras cero de esta novela. Gracias por tus aportaciones y opiniones sinceras; de no ser por ellas, esta historia no sería tal como es ahora. Poder contar contigo ha significado mucho para mí, sobre todo porque empezaste a leerme en mis comienzos y ha sido un honor poder tenerte como lectora cero de esta historia. Gracias de corazón.

Ahora quiero dar las gracias a todas las personas que me seguís a través de mis redes sociales y me apoyáis día tras día. No sabéis el valor que tiene cada uno de vuestros mensajes, vuestros «buenos días» o un simple emoji sonriente. Saber que estáis ahí hace que todo tenga más sentido. Os siento cerca y eso me reconforta. Gracias, gracias y gracias. Sois muy grandes y os quiero con locura. No os nombro a tod@s porque seguro que me dejaría a alguien. Para los próximos agradecimientos puede que me anime.

A papá y mamá, gracias por estar aquí, tan cerquita como siempre. A Víctor, mi hermano, por quererme como el mejor *bro* de la historia. Vais a

ser unos abuelos y un tío impresionantes.

Y por último, como casi siempre, pero porque es el primero para todo lo demás, gracias a mi chico. Por su paciencia cuando desaparezco por una de mis novelas, por hacerme reír siempre y enfadar también de vez en cuando (qué aburridas serían si no las relaciones). Gracias por haber hecho algo tan grande conmigo como estas dos personitas que acaban de llegar al mundo. Nos volverán locos, pero de alegría. Gracias, te quiero.

Soy Marta, nací en Zaragoza allá por el año 82 (sí, como Naranjito). Adoro pasar tiempo con mi familia y con mis amigos, tomarnos unas cañas y tratar de arreglar el mundo con ellos. Me encanta el olor de las palomitas de maíz y el sonido de la risa. Me declaro enamorada de Netflix, fuente de inspiración y eterna plataforma de entretenimiento. Me gusta pasar mi tiempo libre frente a las teclas blancas de mi portátil, ideando historias, confeccionando personajes, inventando tramas e, irremediablemente, enamorándome de todo ello. Mis historias forman parte de mí y yo soy parte de mis historias. ¿Las conoces?

Controlando a la estrella y *Amando a la estrella* (biología «Love me, pop star»), con Red Apple Ediciones; *Laura va a por todas* y *Laura llega al final del camino*, con Editorial DeBolsillo; y también mis autopublicadas: *Recuperar a Ari* en formato digital y *El vuelo de una mariposa* en papel y digital (ambas en Amazon).

¿Quieres contactar conmigo? Aquí te dejo mis redes sociales, pásate, estaré encantada de charlar contigo.

Twitter: [@martafrances_c](https://twitter.com/martafrances_c)

Facebook: [Marta Francés – Escritora](https://www.facebook.com/Marta-Francés-Escritora)

Instagram: [@martuki_splash](https://www.instagram.com/martuki_splash)

Email: marta.frances2@gmail.com